

EL CAMINO DE DIOS EN EL SANTUARIO



EL CAMINO DE DIOS EN EL SANTUARIO

Porque Dios dijo:

*“Mira, haz todas las cosas conforme al modelo
que se te ha mostrado en el monte”.*

F. T. Wright

Publicado por la:
COMUNIDAD ADVENTO-REPOSO-SABATICA

Producción y despacho:
Editorial Sabbatruhe-Advent-Gemeinschaft
Waldstraße 37
57520 Dickendorf
Alemania

Título original en inglés:
God's Way in the Sanctuary

Primera edición:
Febrero 2003

(God's Way in the Sanctuary, Spanish Edition)

La portada

Cuando Dios llamó a Moisés sobre el monte, le dio los detalles exactos para la construcción del santuario, su mobiliario, y el ministerio para ser realizado en él. En ese plan no hubo un elemento de invención humana, y no se le permitía a los israelitas desviarse en lo más leve del diseño entregado a Moisés.

En estos hechos consiste la seguridad de que el mensaje que Dios escribió en el santuario y sus servicios es correcto y confiable. Es la verdadera revelación del camino de Dios y ha de ser comprendida y seguida por todos los que están dedicados al servicio de Dios de acuerdo con sus proceder y principios. Así como las lecciones contenidas en los ritos del Antiguo Testamento permanecían siempre delante de los israelitas, así también el mensaje de Cristo como el ministro del santuario celestial, debe ser el continuo estudio del cristiano hoy. Es cuando entre por fe a través de la puerta abierta al lugar santísimo, que el verdadero hijo de Dios comprenderá tales vislumbres de la gloria del Altísimo y será elevado en pensamiento, será purificado de corazón y transformado en carácter.

Indice

| | |
|---|-----|
| Los Pilares Permanecen | 9 |
| Un Modelo Exacto | 22 |
| Y Habitaré en Medio de Ellos | 37 |
| El Ocupante Espíritu Santo | 47 |
| El Edificio | 59 |
| ¿Por Qué Carne Pecedora? | 69 |
| El Adorno Interior | 82 |
| El Lugar Santísimo | 102 |
| El Arca y Su Contenido | 110 |
| Las Cuatro Expiaciones | 120 |
| La Expiación de Sacrificio | 132 |
| La Ofrenda Quemada | 142 |
| La Expiación por Pecados de Ignorancia | 153 |
| La Expiación por las Culpas | 181 |
| La Vaca Alazana | 198 |
| La Reunión del Pueblo | 209 |
| El Santuario Mismo Es Purificado | 221 |
| La Norma del Juicio | 232 |
| La Expiación en el Lugar Santísimo | 254 |
| Primero el Juicio | 264 |
| El Borramiento del Pecado | 284 |
| La Cuenta Confiable | 312 |
| Una Lucha Agonizante | 323 |
| La Expiación con el Macho Cabrío Emisario | 345 |
| La Advertencia del Juicio | 352 |
| El Tiempo Profetizado | 364 |
| La Falsificación | 393 |

Introducción

SÓLO existe un camino de salvación, el camino de Dios. En él no hay un trazo de invención humana. No puede ser, porque el problema del pecado es tan complejo y de profundas raíces y poderoso para que una mente humana desarrolle una solución para él. Ningún ser creado ha sido capaz todavía de sondear las profundidades o ascender a las alturas del conocimiento que están encerrados en el plan de redención. Es el tema en el cual los ángeles desean mirar y será el tema de su estudio a través de los interminables siglos de la eternidad. Aun así, nunca llegará el tiempo cuando todo lo que puede ser conocido de él se habrá descubierto, tan infinito es su alcance, perfección y belleza.

Sin embargo, muchísimo de él tiene que ser comprendido y experimentado por los mortales terrenales antes de poder escapar de la muerte y regresar al paraíso. Habiendo resuelto el problema del pecado con la introducción del plan de salvación, la tarea siguiente de Dios era idear un camino con lo cual tal comprensivo plan de infinita grandeza y alcance pudiera ser efectivamente comunicado a los candidatos para la redención. Había de ser explicado en un lenguaje que pudieran entender, y de tal manera que pudiera ser traducido en la experiencia práctica.

Así que, el Señor llevó a su siervo fiel, Moisés, a la cima de la montaña y le mostró el diseño para un tabernáculo terrenal que proveería un lugar para el pueblo reunirse para adorar, y un comprensivo libro de texto revelando su propósito para el alma humana y la manera en la cual este glorioso ideal había de lograrse. Al estudiar los ritos en los que se vieron implicados, ellos debían entender precisamente lo que estaba sucediendo en el santuario celestial y la manera en la cual esto hacía cambios vitales y significantes en las vidas de los que deseaban ser transformados y habían querido hacer los sacrificios necesarios.

Mientras que los servicios reales conectados con un tabernáculo terrenal se ha discontinuado desde la muerte de Cristo, el valor educacional de los ritos del Antiguo Testamento no ha cambiado ni su valor se ha disminuido. El camino de Dios está en el santuario ahora como lo estaba entonces. Los que desean reunir ese

conocimiento por el cual la salvación sólo puede ser obtenida, deben ser estudiantes diligentes del camino de Dios como se reveló en el santuario.

Es verdad que hubo períodos en el pasado cuando el santuario no fue absolutamente entendido por los hijos de Dios. Estos fueron días de gran oscuridad cuando sólo se conocía poco acerca del Evangelio y pocos se salvaron. Pero nosotros estamos viviendo en los últimos días de la historia humana cuando las más severas pruebas de todos los tiempos se ejercerán sobre la iglesia. En este tiempo los hijos del Señor deben ser familiares con el camino de Dios como se reveló en el santuario a un grado no conocido por los cristianos que vivieron en el pasado. Su comprensión era inadecuada para los que pasarán por los tiempos finales de prueba.

Los Pilares Permanecen

Capítulo 1

“**E**L pasaje bíblico que más que ninguno había sido el fundamento y el pilar central de la fe adventista era la declaración: ‘Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas, entonces será purificado el Santuario’ (Daniel 8:14, V.M.)” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 461).

La doctrina del santuario puso aparte a los adventistas como un pueblo peculiar. Los distinguió como un movimiento diferente y separado de todas las demás iglesias, y era un punto de intensa controversia entre ellos. Sin estas poderosas verdades nunca habría existido un movimiento del segundo advenimiento ni la proclamación del mensaje del tercer ángel. Una obra mundial se habría dejado de hacer y la causa de Dios habría estado muy atrás de lo que está hoy.

Los primeros adventistas reconocieron la función vital jugada por estas verdades y permanecieron por ellas con gran amor y tenacidad, tanto que era inconcebible pensar que la iglesia pudiera llegar alguna vez al punto donde no permanecería más por ellas. Es verdad que un adventista sin el santuario es simplemente un no adventista.

Pero el tiempo ha llegado cuando los ministros en particular están expresando serias dudas acerca de los antiguos hitos del adventismo. Aquí están algunas ideas que yo escuché expresar en los recientes años, no de ministros jóvenes que conocen poco del adventismo de antaño, sino de hombres que conocieron la fe adventista antes que ella comenzara a corromperse con el modernismo que se infiltró en los pasados treinta años. Cuando estos hombres se educaban para el ministerio en Avondale, Carmel o Longburn, la enseñanza del santuario, los dos mil y trescientos días, el juicio investigador y la expiación final eran muy enfatizados en el salón de clase. Si un estudiante no era capaz de comprender esta parte del mensaje, con seguridad no se consideraba capacitado para llegar a ser un ministro en la iglesia. En esos días, diluir o destituir de algún modo el santuario como tema en clase era completamente inconcebible. Por consiguiente, escuchar hombres con esta clase de antecedente y experiencia sugiriendo dudas con relación a

estas verdades adventistas fundamentales, es lo que uno menos esperaría. Si solamente fueran los jóvenes que lo dijeran, esto no sería sorpresa.

Los ministros de más edad expresan estas ideas en el tiempo presente: Ellos dicen que el mensaje del santuario como se enseñó por los adventistas en el pasado no se puede comprobar sólo con la Biblia. Por consiguiente, es en realidad, una enseñanza del Espíritu de Profecía, que no debiera ser aceptada si ella primero no puede ser hallada en las Escrituras. Ellos declaran que *Hebreos 9-10* niega la existencia de los dos departamentos en el cielo; no enseña que Cristo entró en el lugar santo y permaneció allí hasta 1844 después de lo cual se transfiere al lugar santísimo; y repudia la idea de los dos diferentes ministerios, el último involucrando un gran día de juicio en el cielo. Además, declaran que no es posible comprobar que los dos mil y trescientos días o años terminaron en 1844, que Antíoco Epífanes cumplió la profecía como un tipo y, que por lo tanto, se ha de cumplir otra vez en el antitipo.

En efecto, ellos están declarando, aunque protesten verbalmente diferente, que el adventismo es un completo error y que el movimiento no tiene justificación para su existencia. Si sus posiciones presentes son correctas, esto ha de ser verdad, porque si las verdades que trajeron el movimiento a la existencia demuestran ser falsas, entonces ese movimiento ciertamente no tiene derecho a existir. Se necesita desintegrarlo y guiar los miembros a conectarse con la organización de la iglesia existente que tiene el derecho de existencia en virtud de tener y enseñar la verdad pura de Dios.

Ninguna sorpresa necesita ser realmente sentida en estos desarrollos. Ellos son solamente el resultado inevitable de decisiones hechas por los miembros y líderes durante los cien y más años pasados. El santuario es la revelación del Evangelio como se halla en Cristo Jesús. Revela más completamente que cualquier otra revelación de la Biblia, la magnitud y alcance de los servicios realizados por Cristo para efectuar la limpieza total de todo pecado y la administración de esa perfección necesaria para la readmisión al cielo. Por lo tanto, si hay un rechazo del Evangelio, la vida y significado salen del santuario dejando solamente formalismo muerto sin ningún significado. Esto coloca a los defensores de la verdad del santuario en una posición donde no son más capacitados para defender adecuadamente sus propias

enseñanzas. Cuando se hallan a sí mismos estropeados con la derrota vez tras vez, eventualmente llegan a dudar, y por fin abandonan su propio mensaje.

Al poco tiempo después de 1844, cuando a pesar de las claras y fervientes amonestaciones dadas al pueblo adventista, permitieron ser arrastrados a la condición laodicense, ellos perdieron su comprensión sobre el Evangelio. Esto continuó hasta que el mensaje del tercer ángel en verdad se abrió paso en 1888, cuando ellos lo rechazaron y repitieron esta acción en los años de mil novecientos cincuenta. Así se colocaron en una posición donde les era imposible defender la verdad del santuario. La desviación presente del mensaje original es por tanto lo que ha de ser esperado bajo las circunstancias. Pero, ni por un momento indican estos desarrollos que el mensaje en sí mismo es sin valor o defectuoso.

El propósito de este estudio será establecer la veracidad oportuna del mensaje del tercer ángel. El gran movimiento del segundo advenimiento no fue un error. Dios fue su autor y director y lo terminará a tiempo. La verdad del santuario se dio para preparar un pueblo para la aparición del Salvador y ésta lo realizará. Existen dos departamentos en el santuario celestial como existían en el terrenal y Jesús precedió su entrada en el lugar santísimo con el ministerio en el primer departamento. Los dos mil trescientos años comenzaron en 457 a.C. y terminaron en 1844 d.C. En ningún sentido de la palabra fue Antíoco Epifanes un cumplimiento de la profecía de *Daniel* capítulo 8. El fue un mero rey seléucida, cuya función en la historia ha sido magnificada y deformada de toda proporción por los sacerdotes jesuitas resueltos a desacreditar la reforma protestante.

Además, será mostrado que todo esto puede ser comprobado con la Biblia y sólo la Biblia. Después de todo, cuando William Miller fue llamado personalmente por Dios para predicar estas verdades, los escritos del Espíritu de Profecía de la pluma de Ellen G. White no existían. Aun las correcciones al mensaje como se presentaron por O.R.L. Crosier y Hiram Edson de ningún otro lado fueron tomadas sino de la Biblia. Por lo tanto, si ellos hallaron estas verdades sólo en la Biblia, entonces ciertamente lo mismo puede ser hecho todavía hoy. El Espíritu de Profecía es por lo tanto una maravillosa confirmación de lo que la Biblia ya contiene.

En este estudio el proceder será presentar la verdad como se halla en la Biblia y sólo en la Biblia. Cuando el punto haya sido



La verdad concerniente al santuario celestial se abrió a los pioneros del movimiento adventista, quienes investigaron diligentemente la Biblia para entender su posición en ese tiempo. Grandes verdades se revelaron ante ellos cuando vieron que el tabernáculo terrenal era la descripción exacta del santuario celestial.

adecuadamente probado con esta fuente, entonces el Espíritu de Profecía será introducido para confirmar lo que la Biblia enseña y para demostrar la perfecta armonía entre los dos. De esta manera la confiabilidad y veracidad del Espíritu de Profecía serán establecidas. Esto está en armonía con la forma que se dio en el

Espíritu de Profecía, la luz en el desarrollo de los mensajes de los tres ángeles. Primero, Dios abrió las mentes de los pioneros para ver la verdad en las Escrituras después de lo cual envió la confirmación por medio del Espíritu de Profecía. El resultado de este sistema fue el establecimiento de la fe firme en los Testimonios dados por medio de la profeta. El mismo sistema producirá los mismos resultados hoy.

Una función indispensable

El santuario es tan importante que la obra de Dios en este mundo no puede ser terminada sin él. Este hecho tiene que ser llevado en mente mientras se estudia *Daniel* capítulo 8, porque es una clave muy necesaria para comprender esta profecía.

Subsecuente al diluvio, la iniquidad que causó la destrucción de la tierra muy rápidamente echó raíces otra vez y brotó con vigoroso crecimiento. Dios no esperó mientras la iniquidad floreciera sino que comenzó a obrar para contrarrestar las fuerzas destructoras. Por consiguiente, llamó a Abraham, planeando por medio de él levantar una nación compuesta de gente justa a quienes El pudiera equipar y usar para llenar la tierra entera de justicia.

Informó Dios a Abraham: “y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (*Génesis* 12:3).

Para ellos cumplir su misión, necesitaban ciertas facilidades, una de ellas era una base de operaciones. Como iban a ser una nación distinta y separada, necesitaban una tierra que fuera de ellos y el Señor prometió dársela.

“Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti. Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos” (*Génesis* 17:7, 8).

Aquí Dios estaba reiterando la promesa ya hecha a Abraham en *Génesis* 12:6, 7; 13:14-18; 15:7.

La tierra indicada era llamada Canaán, que hoy se conoce como Palestina. Estaba estratégicamente situada en lo que era entonces el cruce de caminos de la tierra. Con Egipto situado en el sur y poderosas naciones al norte, oriente y occidente, Canaán era la vía pública para los comerciantes, conectando estos mercados

atractivos. Así todo el mundo tenía la oportunidad de ver la prosperidad y los elevados caracteres que Dios designó exhibir por medio de su pueblo.

“Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?” (*Deuteronomio 4:5-8*).

Confrontados con tales evidencias convincentes del uso de los caminos de Dios, las naciones de la tierra serían guiadas a investigar tales enseñanzas y sucesivamente a suscribirse a ellas. Era la intención de Dios que el templo en Jerusalén se convirtiera en casa de oración para los pueblos vivos sobre la tierra.

“Y a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo * para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos. Dice Jehová el Señor, el que reúne a los dispersos de Israel: Aún juntaré sobre él a sus congregados” (*Isaías 56:6-8*).

El Señor tenía grandes planes para Israel. Ciertamente no habían sido traídos a su favor y provisto de una tierra separada para que establecieran solamente su propia prosperidad, seguridad y comodidad. Fueron comisionados a rendir un servicio a Dios y a la humanidad que se destinaba a cambiar la faz de la historia. La sin igual tragedia de la historia humana es su fracaso de lograr su destino dado por Dios.

Cumplir su obra requería sacrificio en una situación donde era mucho más cómodo usar los tesoros confiados para su propia ventaja. Se requería fe para ver y aceptar el principio de que aun su

* Aquí equivale a sábado

propio futuro dependía de la estricta sumisión a los proceder y planes para ellos. Ellos necesitaban reconocer que lo que les parecía ser la senda de completo cumplimiento era de hecho la senda al desastre.

Tres elementos esenciales

No había necesidad de fracasar en absoluto, porque Dios les proveyó con facilidades necesarias con las cuales cumplir su asignación. Ellos tenían la luz de su verdad, la seguridad de su protección, la idoneidad física y buena salud, y la tierra. Pero había entre estas facilidades tres que se clasifican en tan alta importancia que ellas reciben mención especial en *Daniel* capítulo 8. Estas eran los servicios del santuario, libertad de la esclavitud, y la ministración diaria en el templo. Mientras el pueblo las tuviera, la obra de Dios podía avanzar al éxito final pero privados de estas cosas la causa de Dios se deterioraría hasta que ellas pudieran ser restauradas. Este es un hecho y principio que son críticos en la comprensión y función de la obra de Dios.

Satanás entendía completamente esto. Por lo tanto, era su objetivo constante esclavizar al pueblo de Dios, echar por tierra el santuario y quitar el servicio diario. Un examen de la triste historia de Israel revela que cada vez que Satanás ganaba el dominio, se aseguraba que esto se realizaba.

Los servicios diarios fueron establecidos en las puertas del Edén cuando el hombre fue expulsado del jardín por causa de su pecado. Adán y Eva, y Abel traían el cordero del sacrificio a Dios cada día como una señal en aceptación de la expiación personal de Cristo por sus iniquidades.

Después del diluvio, Abraham continuó esta práctica. El y su casa eran libres y los servicios diarios continuaron durante toda su vida. Así la obra de Dios podía y avanzaba después que su fe se asió del poder de Dios para poner vida donde había muerte. Pero cuando Israel fue llevado a Egipto y conducido bajo su dominio, cesó el sistema de sacrificio.

Había un deseo fuerte en el corazón de Moisés de su reanudación. Por consiguiente, le pidió a Faraón que los dejara ir tres días de camino en el desierto para ofrecer sacrificio a Dios.

“Y ellos dijeron: El Dios de los hebreos nos ha encontrado; iremos, pues, ahora, camino de tres días por el desierto, y ofreceremos

sacrificios a Jehová nuestro Dios, para que no venga sobre nosotros con peste o con espada” (*Exodo 5:3*).

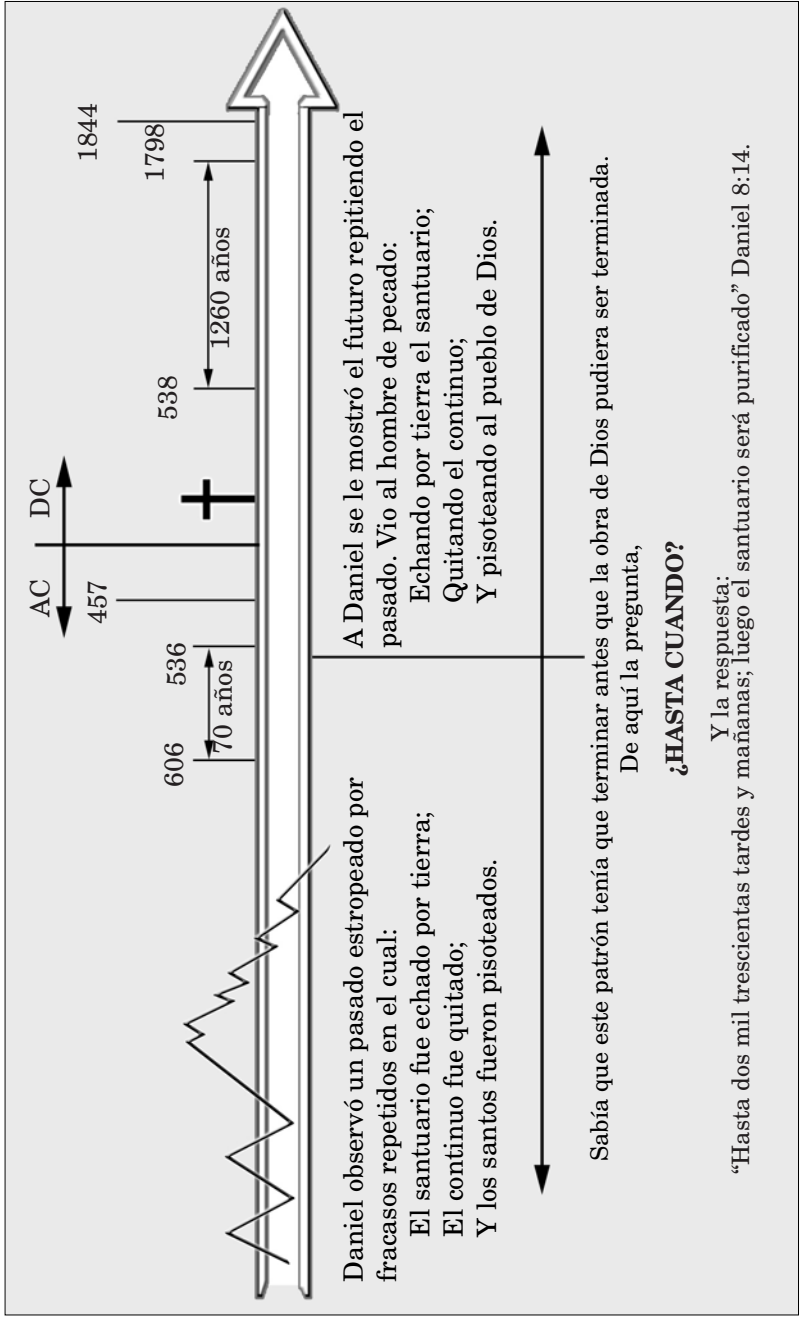
Es obvio que durante la servidumbre egipcia, Israel ciertamente no estaba edificando el reino divino. Dios los libértó de esta opresión para que pudieran ser un pueblo libre otra vez, pudieran restaurar el servicio diario, construir el santuario, y se establecieran en la tierra prometida. Todo esto se logró y el escenario fue puesto para la próspera conversión del mundo a la justicia. Esto no debía presentar problemas reales porque el poder y recursos en el lado correcto eran inmensurablemente más grandes que los del otro lado. No habría de admirarse si Israel hubiera realizado con rapidez su comisión. Lo extraño es que ellos no lo hicieron.

Véase de esta manera. Dos naciones entran en una lucha por la supremacía. Una de ellas tiene diez millones de escuadrones, el más moderno armamento, y el liderazgo más eficiente y experimentado en el mundo. La otra nación tiene solamente pocos soldados pobremente equipados, y un líder que es desigual a sus generales contrarios. Todos aceptarán una predeterminada conclusión que el pequeño ejército no tendría oportunidad de ganar. ¡Qué cosa asombrosa si ganara la victoria sobre el poder más grande!

Del lado de Israel estaba el personal y recursos del universo entero mientras su general era Cristo Jesús, el más diestro y experimentado general en existencia. Satanás sólo tenía sus ángeles y hombres débiles y él no era igual a Cristo como un líder. Pareciera ser una premeditada conclusión que las fuerzas de Dios rápidamente limpiara los problemas y restaurara la justicia perfecta en la tierra. Pero para asombro de asombros, se produce de la forma contraria.

Apenas el pueblo se había establecido en Canaán, el diablo los persuadió a seguir sus propios planes en lugar de los de Dios, con el resultado de que perdieron pronto su libertad con las belicosas naciones que vivían en su derredor. Cada vez que esto sucedía, el santuario se echaba por tierra y el servicio diario se quitaba también. Así ellos eran privados de su libertad, del continuo sacrificio, de la tierra y el santuario. Durante tal período, la obra de Dios se estancaba completamente. En realidad, peor que eso, se perdía terreno mientras que las fuerzas del enemigo lo ganaban considerablemente.

Por ejemplo en los días de Gedeón, los madianitas, los amalecitas y los hijos del oriente vinieron a la tierra para destruirla, tanto que Israel se empobreció grandemente.



“Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de Madián por siete años. Y la mano de Madián prevaleció contra Israel. Y los hijos de Israel, por causa de los madianitas, se hicieron cuevas en los montes, y cavernas, y lugares fortificados.

“Pues sucedía que cuando Israel había sembrado, subían los madianitas y amalecitas y los hijos del oriente contra ellos; subían y los atacaban. Y acampando contra ellos destruían los frutos de la tierra, hasta llegar a Gaza; y no dejaban qué comer en Israel, ni ovejas, ni bueyes, ni asnos. Porque subían ellos y sus ganados, y venían con sus tiendas en grande multitud como langostas; ellos y sus camellos eran innumerables; así venían a la tierra para devastarla. De este modo empobrecía Israel en gran manera por causa de Madián; y los hijos de Israel clamaron a Jehová” (*Jueces* 6:1-6).

El altar de Baal se había erigido en lugar del altar de Dios. El primer paso dado por Dios en la liberación de Israel de esto fue ordenar a Gedeón destruir el altar de Baal junto con los bosques de árboles que estaban asociados con ello y, después de reconstruir el altar de Dios, ofrecer sacrificio sobre él.

“Aconteció que la misma noche le dijo Jehová: Toma un toro del hato de tu padre, el segundo toro de siete años, y derriba el altar de Baal que tu padre tiene, y corta también la imagen de Asera que está junto a él; y edifica altar a Jehová tu Dios en la cumbre de este peñasco en lugar conveniente; y tomando el segundo toro, sacrificalo en holocausto con la madera de la imagen de Asera que habrás cortado. Entonces Gedeón tomó diez hombres de sus siervos, e hizo como Jehová le dijo: Mas temiendo hacerlo de día, por la familia de su padre y por los hombres de la ciudad, lo hizo de noche” (*Jueces* 6:25-27).

Dios, por medio de Gedeón, devolvió al pueblo su libertad, su tierra, el continuo sacrificio y el servicio del santuario, y así se reinstaló el escenario para que la obra de Dios continuara. Tristemente, ellos pronto volvieron a sus propios planes con sus acompañantes desastres. Sin embargo, en los días de David, la obra llegó bastante cerca de su terminación aunque todavía escaso al objetivo total. La exterminación de las naciones adoradoras de ídolos alrededor de ellos se llevaba a cabo al grado más elevado que nunca, durante el reinado del segundo rey de Israel, y se hicieron planes para la construcción de un templo permanente para reemplazar la estructura portátil que había servido

desde el tiempo de Moisés. Pero desdichadamente, Salomón no pudo manejar gran riqueza y poder y puso los pies de Israel en sendas de apostasía que creció fuera de control hasta que cayeron bajo el poder del dominio de Babilonia.

Una vez más vio Satanás que ellos eran privados de su tierra, su libertad, del continuo sacrificio, y del santuario, porque sabía muy bien que la pérdida de estas cosas le aseguraba que no podían llevar adelante la obra de destruir su reino. Durante esos setenta años, mientras se les quitaban estas cosas, el pueblo de Dios sólo podía marcar tiempo y esperar hasta que se recuperaran. Después de setenta años, el ungido de Dios, Ciro, los libertó, y les decretó el permiso para regresar a Jerusalén. A su llegada allí, la tarea primaria era reconstruir la ciudad y el templo mientras al mismo tiempo restituir los servicios diarios.

Daniel, que entendía con gran claridad el propósito de Dios para Israel y el papel para ser desempeñado por el continuo sacrificio y el santuario, no acariciaba duda en la esperanza que, cuando la restauración de la cautividad babilónica tomara lugar, Israel no volvería a fracasar. El buscaba ver el establecimiento permanente de su libertad, su tierra, el santuario, y el continuo sacrificio, a través de todo lo cual vendría la liberación del pueblo de todo pecado, el establecimiento de la justicia perdurable, y la exaltación de Cristo como victorioso sobre el mal.

Pero no iba a ser a través de la nación de Israel. En visión, Dios abrió a los angustiados ojos de Daniel el horrible cuadro del futuro envolviendo el surgimiento y caída de Medo-Persia, Grecia y Roma, primero pagana y luego papal. En el distante futuro, vio que el pueblo volvería a perder su libertad, el santuario sería echado por tierra, se quitaría el continuo sacrificio, y el Príncipe del pacto sería reemplazado en el corazón de los hombres por el hombre de pecado, el hijo de perdición.

“Y de uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho al sur, y al oriente, y hacía la tierra gloriosa. Y se engrandeció hasta el ejército del cielo; y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó. Aun se engrandeció contra el príncipe de los ejércitos, y por él fue quitado el continuo sacrificio, y el lugar de su santuario fue echado por tierra. Y a causa de la prevaricación le fue entregado el ejército junto con el continuo sacrificio; y echó por tierra la verdad, e hizo cuanto quiso, y prosperó” (*Daniel* 8:9-12).

Daniel sabía que no había posibilidad de establecer el reino de Dios bajo estas condiciones. Era un cuadro desalentador de lo que parecía ser una continuación interminable del pasado. La pregunta natural era si esto en realidad continuaría para siempre o llegaría el tiempo cuando el patrón sería roto, el pecado sería terminado, y se traería la justicia perdurable. ¿Llegarían los hijos de Dios a ese tiempo cuando nunca más se privarían de su libertad, del continuo sacrificio, y del santuario? Esta era la pregunta, y fue formulada y respondida en *Daniel* 8:13, 14.

“Entonces oí a un santo que hablaba; y otro de los santos preguntó a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión del continuo sacrificio, y la prevaricación asoladora entregando el santuario y el ejército para ser pisoteados? Y él dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”.

Por un tiempo muy largo antes de darse esta visión, el santuario y el ejército habían sido pisoteados con la pérdida consecuyente del continuo sacrificio y la privación de la tierra. Se iba a continuar todavía por un largo tiempo en el futuro pero no para siempre. El tiempo llegaría cuando nunca más sería el santuario y el ejército pisoteados y quitado el continuo sacrificio. Ese tiempo sería al final de los dos mil trescientos días.

Con la llegada de esa fecha se aseguraría que, puesto que el verdadero pueblo de Dios nunca más volvería a ser conducido bajo la servidumbre de Babilonia, y nunca más sería privado del santuario y del continuo sacrificio, la obra sería terminada, y se pondría un fin al pecado de los pecadores, se traería la justicia perdurable, y Cristo se exaltaría para siempre como el Rey de reyes y Príncipe de los príncipes.

No debe pasarse por alto que *Daniel* 8:14 es la respuesta a la pregunta formulada en el versículo anterior. Por lo tanto, la determinación de la fecha cuando el período de tiempo termina es la declaración del ejército de Dios que tiene ante él la perfecta oportunidad para terminar su comisión, porque saben que nunca más serán esclavos, perderán el santuario y su maravilloso Sumo Sacerdote, o el continuo ministerio de ese sacerdocio.

Así el pasaje “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” es de inestimable valor para el pueblo de Dios. No es extraño que sea considerado con recelo por los enemigos de la verdad de Dios. Que lo sea. Las verdaderas ovejas se regocijarán de la posesión de tan estupefaciente gema de la

verdad viviente. Inspiradas por su promesa, equipadas con el poder de Dios que la pronunció, ellas saldrán adelante como el ejército más grande en la historia humana, llenas del amor, sabiduría, carácter y poder del Altísimo para conquistar para siempre las fuerzas de las tinieblas.

Luego, “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad” (*Daniel* 12:3).

Un Modelo Exacto

Capítulo 2

EL santuario en el cielo es el específico servicio por el cual Dios provee la salvación del pecado y la solución terminante a los problemas que la transgresión ha introducido en el universo. Es la provisión por lo cual el Salvador puede administrar los beneficios de la expiación hecha en el Calvario. Por lo tanto es la revelación del Evangelio, el poder viviente de Dios para salvar del pecado.

“Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (*Hebreos 7:25*)

Esta intercesión se conduce en el santuario en el cielo del cual Cristo es el Sumo Sacerdote.

“Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre” (*Hebreos 8:1, 2*).

Es en virtud de ese ministerio en el santuario celestial que Cristo es capaz de salvar perpetuamente a los que por El van a Dios. Esto no significa que el sacrificio en la cruz no desempeña una parte en la salvación porque con seguridad lo hace. Sin el sacrificio intachable y supremo de Cristo, no habría salvación para nadie, pero al mismo tiempo ha de ser reconocido que si Cristo no hubiera hecho más que ofrecer su vida, no habría todavía salvación. La intercesión de Cristo en el santuario en el cielo es tan esencial para el plan de Dios para la liberación del pecado como la muerte de Cristo sobre la cruz. Es el medio por el cual los beneficios de ese sacrificio son traídos dentro del alcance del suplicante. En otras palabras, lo que Cristo obtuvo por su crucifixión, debe ser administrado por Uno que tiene el poder para traer esos elementos vitales de vida al perdido.

Pablo comprendió claramente este principio, expresándolo en estas palabras: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (*Romanos 5:10*).

El principio involucrado aquí puede ser ilustrado a cierto grado en la forma siguiente: Imagínese que un hombre está en prisión aguardando la ejecución de su sentencia de muerte. Mientras tanto, su padre, que tiene gran influencia con el gobernante del país, está suplicando un perdón. El lo asegura exitosamente, pero esto no significa que el hijo que se halla a mil kilómetros de distancia, está realmente libre en ese momento. El perdón, en forma de un escrito de autoridad para soltar al prisionero, tiene que ser llevado a donde él está, y tiene que ser aceptado por él antes de ser puesto libre. Si, en el curso de este viaje desde la casa de gobierno a la prisión, el padre es asesinado y el perdón destruido, el hijo perecerá tan cierta y completamente como si nunca hubiera obtenido el perdón.

De igual manera, la redención asegurada por Cristo en el Calvario, no hará a la persona ningún bien a menos que se le lleve y él la acepte donde se halla. Sólo Cristo Jesús, a través del ministerio del Espíritu, puede realizar esta obra vital. Por consiguiente, si Cristo hubiera permanecido en la tumba en vez de resucitar para ascender al cielo como el Sumo Sacerdote del santuario celestial, la raza humana se habría perdido tan totalmente como si Cristo no hubiera muerto. El Calvario simplemente no tendría valor.

“Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron” (*1 Corintios 15:14-18*).

Lo que Cristo ganó en el Calvario, se fue con El a la tumba. Satanás anhelaba y esperaba que podía cerrar para siempre las puertas de esa prisión contra el Salvador, pero como un conquistador sobre la muerte y el sepulcro, el Señor se levantó para llevar los preciosos dones de salvación con El al santuario celestial donde los administra para quienes los reciben.

La ilustración ofrecida antes es adecuada hasta un punto, porque Cristo ganó mucho más que perdón para la humanidad. El preso en la lección objetiva anterior salió de la prisión con la misma vida con la que entró a ella. Su mente y actitud pudieron

haber sido cambiadas pero su naturaleza interior ciertamente no lo fue. Toma mucho más que una sentencia carcelaria y amenaza de muerte para cambiar el carácter de un hombre. Ninguno podía estar seguro de que el asesino, una vez suelto, no cometería los mismos crímenes otra vez. En la mayoría de los casos se hace. La mayor parte salen de sus reclusiones más endurecidos y peligrosos que cuando entraron.

Pero Cristo trae más que perdón. El quita esa vieja naturaleza mala e instala una nueva fuerza de vida en su lugar. Luego, día tras día obra en el hombre y con el hombre para prepararlo para el escrutinio penetrante del juicio. El abrumador día de la investigación final, el Sumo Sacerdote celestial presenta su última destreza al examen del Padre, confiado de que lo que ha hecho está a la altura de las normas más exigentes de justicia, y así será.

Esta obra abarca un ancho rango de habilidades y requiere la aplicación del pleno poder y alcance del Evangelio. Para que esto sea posible, ha de haber un santuario en el cielo y el alto ministerio del sacerdocio de Cristo en ese edificio.

Por lo tanto, no importa cuán gloriosa y agradecidamente uno pueda exaltar las maravillas del sacrificio del Calvario, si existe un fracaso en ver y predicar la igualmente importante obra que se hace en el santuario, habrá la privación de un ministerio esencial para la salvación. Ellos predicán el Evangelio de Cristo que presenta la cruz como sólo parte de los servicios perfectos por el pecado que se extiende más allá del Calvario en las cortes de gloria donde Cristo es el ministro del verdadero santuario que el Señor levantó y no el hombre.

La obra hecha por Cristo en el santuario es tan invisible para los ojos humanos como la obra hecha en el corazón del hombre. Con todo es tan real e importante, y aunque la obra hecha en el santuario es tan distante e invisible, tiene que ser entendida en esta tierra por la persona que será salvada. Esto es así porque hay una parte que el ser humano desempeña como colaborador con Cristo. Esto no es inferir que los hombres hacen una porción de la obra real de salvación, porque sólo Cristo puede hacer eso, pero se está diciendo que esa redención no se da a todos automáticamente. Se da a los que comprenden lo que Cristo está haciendo y ofreciendo, y que dan los pasos trazados por Dios en la Escritura por donde esas bendiciones llegan a ser su propiedad.

Las personas no son salvadas en la ignorancia. Es en esta condición que ellas están perdidas como Jesús dijo:

“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libre (*Juan 8:32*).

El Señor advirtió por medio del antiguo profeta que “Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento . . .” (*Oseas 4:6*).

Así indica que los que serían partícipes de la rica corriente de las bendiciones salvadoras, deben entender por ellos mismos la posición y la obra de su gran Sumo Sacerdote en el santuario en las alturas. Sin esto, será imposible que las personas ejerzan la fe que es esencial para este tiempo, o llenar el lugar que Dios designó que deben ocupar.

Dios reconoce plenamente esta necesidad y, por consiguiente, suple los medios por los cuales cada alma puede ver y entender exactamente lo que está sucediendo en el cielo. Así lo hizo al instruir a Moisés para que ordenara a los hijos de Israel construir una completa obra modelo del santuario en el cielo e instituir en esa casa un ritual de servicios que reproduciría en forma simbólica el ministerio real de Cristo en el cielo. Así que, todo el que dedicaba tiempo y energía para estudiar con oración el ministerio terrenal podía entender el celestial. En realidad, no hay manera de comprender realmente el ministerio en las alturas más que a través de la lección objetiva instituida aquí diseñada y suministrada por Dios.

Es importante entender que no había mérito en los servicios del santuario terrenal. Ellos no podían y no remitían pecado. Por lo tanto, no tomaban el lugar del ministerio de Cristo en el cielo sino que servían para señalarlo, revelarlo y enseñarlo a los que participaban en sus servicios. La verdad de esto se enfatiza enérgicamente en la Escritura.

“Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados; porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu

voluntad. Como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismo sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (*Hebreos 10:1-14*).

Estos versículos hacen claro la distinción entre los múltiples servicios y los repetidos sacrificios de ofrendas del santuario del Antiguo Testamento y la expiación lograda por Cristo hecha una vez para siempre. Lo último, después de remover el pecado, establece justicia mientras que lo primero no tiene poder para lograr estos resultados. Si lo tuvieran, ellos habrían cesado de ser ofrecidos porque los adoradores, una vez limpios, no tendrían más pecados en sus vidas. Pero no es posible que la sangre de un toro o macho cabrío limpie pecado.

Únicamente Cristo tenía la vida que estaba a la altura de la vida y la ley de Dios y por tanto sólo El podía suministrar la expiación por el pecado. “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (*Hechos 4:12*). Además, sólo Jesús tiene la posición y poder para administrar los beneficios de esa expiación, para que El y no otro pueda ser el verdadero ministro del verdadero santuario en el cielo

Es muy importante establecer que el servicio del santuario terrenal no se proveyó para remitir pecado. No existe la menor verdad en una idea de que el Señor lo diera para este propósito. Fue con otro propósito que fue erigido en el campamento y el pueblo fue llamado a participar en sus servicios. A menos que la intención real de Dios sea vista, será imposible que el Evangelio sea plena y exactamente entendido y su poder experimentado. Por lo tanto, es vital que todo estudiante de la Palabra dedique tiempo

contemplando el propósito de Dios de dar el santuario hasta que la intención divina sea entendida claramente y fijada firmemente en las convicciones.

En el santuario del Antiguo Testamento se erigió y sus servicios se instituyeron para revelar a los hijos de Dios las funciones en el santuario celestial en donde el Sumo Sacerdote puede “salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios . . .” (*Hebreos 7:25*). Era “. . . símbolo para el tiempo presente . . .”; “. . . las figuras de las cosas celestiales . . .”; “. . . sombra de los bienes venideros . . .” (*Hebreos 9:9, 23; 10:1*).

Dos hechos vitales se confirman en estos pasajes.

Uno es que no había elemento de invención humana en el plan del santuario o sus servicios. Sólo Dios había formado estos planes y se le ordenó a Moisés construir todas las cosas conforme al modelo que se le mostró en el monte. No se permitía desviación o modificación de ninguna naturaleza. Por lo tanto, no había defec-to en esa perfecta lección objetiva y no podía hallarse falta en ella. Si el estudiante de la Biblia encuentra elementos en los que no está de acuerdo con su entender del plan del Evangelio, la falta consiste en su comprensión, no en la lección objetiva provista por un Dios perfecto que no comete error.

“Cuando Moisés estaba por construir el santuario como morada de Dios, se le indicó que hiciese todas las cosas de acuerdo con el modelo que se le mostrara en el monte. Moisés estaba lleno de celo para hacer la obra de Dios; los hombres más talentosos y hábiles estaban a su disposición para ejecutar sus sugerencias. Sin embargo, no había de hacer una campana, una granada, una borla, una franja, una cortina o cualquier vaso del santuario sin que estuviese de acuerdo con el modelo que le había sido mostrado. Dios le llamó al monte y le reveló las cosas celestiales. El Señor le cubrió de su gloria para que pudiese ver el modelo, y de acuerdo con éste se hicieron todas las cosas” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 179).

El segundo punto es que sólo había un posible propósito para el establecimiento del tabernáculo y sus servicios. No era proveer perdón por el pecado ni embellecer solamente el campamento. Era para el específico propósito de suministrar un cuadro exacto y comprensivo de la obra que se realiza por Cristo como el verdadero Sumo Sacerdote con el poder para quitar todo pecado para siempre de la vida y lugar de morada de sus hijos.

Sólo una posible conclusión puede ser extraída de estos hechos bíblicos. Es que el tabernáculo y sus servicios sobre la tierra eran descripciones *verdaderamente confiables* del templo celestial y sus servicios. Lo habían de ser. Sería totalmente ilógico concluir de otro modo, para decir nada de las terribles acusaciones que serían dirigidas al carácter de Dios en el momento que se declarara que el terrenal no es una verdadera presentación del celestial.

No existe ser que conozca la estructura y servicios del celestial mejor que Dios y ninguno es más hábilmente idóneo para suministrar una verdadera función modelo de él que el Maestro. El ha expuesto claramente que el santuario terrenal es modelo del celestial. Por consiguiente, si de cualquier modo el modelo terrenal se desvía del celestial, a ese grado Dios nos está engañando. El es un mentiroso y no el Padre de la verdad.

Ciertamente Dios no nos engaña, sino que hay algunos que lo acusan de haberlo hecho. Con certeza que no dirían abiertamente, “Dios es un mentiroso”, pero en efecto lo hacen cuando descartan el santuario como siendo una revelación confiable del templo celestial, su sacerdocio y ministerio. Ellos están declarando, en contradicción directa a la declaración de intención divina, que Dios proveyó un santuario en el Antiguo Testamento y sus servicios que no revela lo que prometió que haría. Esto es hecho por las iglesias protestantes y la Católica en donde el poderoso mensaje del Evangelio como se revela en los servicios del templo, no se está enseñando. Algunos van más allá todavía en cuanto a declarar que las Escrituras del Antiguo Testamento no son para los cristianos hoy. Ellas fueron dadas solamente para los judíos y pierden su validez con el surgimiento de los escritos del Nuevo Testamento. Por supuesto, es falso razonamiento, porque la primera dispensación era una poderosa revelación de la verdad, y echó el fundamento sobre el cual la última dispensación se construyó. En realidad, el Evangelio del Nuevo Testamento no puede ser verdaderamente entendido excepto que el Antiguo se estudie juntamente con él.

Entonces en términos prácticos, esto significa que, puesto que había dos departamentos en el tabernáculo terrenal, hay dos en el celestial. Así como había dos diferentes ministerios en el terrenal, en el primero y segundo departamentos respectivamente, así los hay en el celestial. Así como había un atrio asociado con el terrenal, así existe uno relacionado al santuario celestial.

La lista podría extenderse para incluir cada aspecto de uno como una descripción exacta y confiable del otro.

Cuán agradecidos podemos estar con el Padre amante que ha provisto una revelación de verdad lo cual es la verdad. Hay un maravilloso sentido de seguridad en saber que en un mensaje se puede confiar completamente. Es en esta categoría que el mensaje del santuario cae.

Tiene que ser reconocido que ciertos textos aparecerán para contradecir el testimonio del tabernáculo del Antiguo Testamento. Hay algunos de este tipo en *Hebreos* que se someterán mas tarde a un examen estricto en este estudio, y que han sido la causa de que muchos rechacen el principio de los dos departamentos del santuario celestial con dos diferentes ministerios apropiados a cada uno. Qué desafortunado que preciosas almas tomen semejantes posiciones. Si su fe se hubiera anclado en la convicción de que Dios es un Dios de verdad, habrían descansado en el conocimiento de que cuando El dijo que había dado una verdadera y exacta descripción del santuario en el cielo, lo hizo exactamente como lo prometió. Entonces nunca admitieran una posición negando que hay dos apartamentos y dos ministerios en el santuario celestial. Más bien, esperarían pacientemente hasta que su dificultad se resolviera y se comprendieran los textos en *Hebreos* comprendidos como Dios propuso que debían ser.

La conclusión que tenían que haber dos departamentos y dos ministerios se basa en la declaración que en el terrenal Dios dio la *verdadera presentación* del santuario celestial. Sería esperado que los escritores del Nuevo Testamento enseñaran en armonía con este principio. Pablo definitivamente lo hace, como lo verifica el pasaje siguiente:

“Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal. Porque el tabernáculo estaba dispuesto así: en la primera parte, llamada el Lugar Santo estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no se pueden ahora hablar en detalle. Y así dispuestas estas cosas, en la primera parte del tabernáculo entran

los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto; pero en la segunda parte, sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo; dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie. Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto, y que consiste sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas. Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (*Hebreos 9:1-12*).

Pablo aquí provee la descripción más concisa que se halla del santuario terrenal, su mobiliario y sus servicios. Luego, en el lenguaje más simple y más claro que pueda ser escrito, declara que esto era un “símbolo para el tiempo presente . . .” Un *símbolo* es una representación exacta de la cosa simbolizada. Por lo tanto, Pablo transmite la idea de que tan cierto como el tabernáculo original, como el símbolo, contenía dos departamentos y dos diferentes ministerios, así también el último en el cielo.

Para confirmar esto, uno sólo tiene que considerar su uso de la expresión “lugar santísimo”, usada por Pablo al describir el santuario celestial. “Lugar santísimo”, se usa como la traducción para *ta hagia* en *Hebreos 9:12*. *Ta hagia* literalmente significa “lugares santos” en el plural. Siendo aplicado al santuario celestial claramente indica que Pablo sabía que había más que un departamento o lugar santo en el santuario celestial, precisamente como era en el terrenal.

De igual manera, Juan describe en *Apocalipsis* la visión que se le dio de Cristo ministrando a la diestra de Dios en el primer departamento del santuario celestial. Vio al Padre sentado sobre su trono y delante de El las siete lámparas de fuego, que indican claramente que la escena se localizaba en el primer departamento en el cielo.

“Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo,

dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas. Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspé y cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces, y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios. Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y al rededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás” (*Apocalipsis* 4:1-6).

A medida que el Señor continuaba abriendo delante de Juan los eventos de los siglos futuros, su mente fue transportada al tiempo cuando los muertos habían de ser juzgados, los santos recompensados, y los impíos destruidos. En ese tiempo, el templo de Dios fue abierto en el segundo departamento, capacitando a Juan ver el arca del testamento de Dios.

“Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra. Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo” (*Apocalipsis* 11:18, 19).

Confirmación de que estas eran visiones del primer y segundo departamento se da en el pasaje siguiente.

“Como se ha dicho, el santuario terrenal fue construido por Moisés, conforme al modelo que se le mostró en el monte. ‘Era figura de aquel tiempo presente, en el cual se ofrecían presentes y sacrificios’. Los dos lugares santos eran ‘figuras de las cosas celestiales’. Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es el ‘ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que el Señor asentó, y no hombre’ (Hebreos 9:9, 23; 8:2). Cuando en visión se le mostró al apóstol Juan el templo de Dios que está en el cielo, vio allí ‘siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono’. Vio también a un ángel ‘teniendo un incensario de oro; y le fue dado mucho incienso para que lo añadiese a las oraciones de todos los santos sobre el



Exactamente como una foto concede una imagen verdadera del objeto original, así también el santuario modelo que Dios dio a Israel fue una reproducción exacta del gran original en el cielo.

altar de oro que estaba delante del trono' (Apocalipsis 4:5; 8:3). Se le permitió al profeta contemplar el lugar santo del santuario celestial; y vio allí 'siete lámparas de fuego ardiendo' y 'el altar de oro', representados por el candelero de oro y el altar del incienso o perfume en el santuario terrenal. Nuevamente 'el templo de Dios fue abierto en el cielo' (Apocalipsis 11:19), y vio el lugar santísimo detrás del velo interior. Allí contempló 'el arca de su testamento',

representada por el arca sagrada construida por Moisés para guardar la ley de Dios.

“Moisés hizo el santuario terrenal, ‘según la forma que había visto’. Pablo declara que el tabernáculo y todos los vasos del ministerio’, después de haber sido hechos, eran símbolos de ‘las cosas celestiales’ (Hechos 7:44; Hebreos 9:21, 23). Y Juan dice que vio el santuario celestial. Aquel santuario, en el cual oficia Jesús en nuestro favor, es el gran original, del cual el santuario construido por Moisés era una copia” (*Patriarcas y Profetas*, págs, 370, 371).

Más atención se dará a estas referencias particulares a medida que el estudio avance. En el momento, la idea para ser establecida es que, para suplir la necesidad de cada creyente de conocer y comprender la obra de Cristo en su favor, el Señor proveyó el santuario terrenal como una representación exacta del templo celestial y su ministerio santo y salvador. Tiene que ser acentuado que si él no era una representación exacta del celestial, entonces no había sentido en darla. Esto es tan importante que todo el mensaje del santuario permanece o cae en esta cuestión.

Al tomar esta posición, sin embargo, el asunto no debe ser tomado al extremo, porque debida concesión tiene que ser hecha para cualquier incapacidad del modelo para describir la realidad. Por ejemplo, el tabernáculo erigido, y llevado a través del desierto, era una estructura muy pequeña comparada con el edificio en el cielo, que tiene la capacidad para acomodar “millares de millares y millones de millones” de ángeles *Apocalipsis* 5:11, *Daniel* 7:10. Si a los israelitas se les hubiera requerido erigir una estructura para representar este aspecto adecuadamente, no habrían podido construirlo ni transportarlo. Por lo tanto, muy poco si nada de la completa magnificencia del celestial se refleja en el terrenal.

Otro problema que el Señor afrontó al dar un modelo exacto en cada detalle minucioso era que no existía un sacerdote sobre esta tierra que pudiera ministrar continuamente en la presencia personal de Dios. Por esta razón, el Señor se había de limitar en la mayor parte del tiempo al lugar santísimo del santuario terrenal.

Esto induce a los adventistas y protestantes a creer que en el santuario celestial, Dios no se halla en otro lugar excepto en el lugar santísimo. Basados en este error supuesto, los adventistas, correctamente colocan a Cristo en el lugar santo hasta 1844, pero incorrectamente limitando al Padre al departamento interior, teniendo separados al Padre y al Hijo hasta que comenzó la expiación final.

Los protestantes entendiendo correctamente que cuando Cristo “habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (*Hebreos* 1:3), concluyeron erróneamente de que no había ministerio del primer departamento en el cielo, porque, como veían las cosas, Cristo había ido directamente al lugar santísimo donde igualmente creían que el Padre se hallaba siempre.

La verdad real es que nuestro gran Sumo Sacerdote y su Padre estaban juntos en el lugar santo hasta 1844, cuando el último salió delante de su Hijo para preparar las bodas. Inmediatamente después, Jesús siguió a su Padre al departamento velo adentro donde están ambos en este momento presente. Estos hechos se enseñan con claridad en los escritos inspirados.

Como ya se declaró en este capítulo, en *Apocalipsis* 4:1; 5:14, se le dio a Juan una visión del ministerio en el primer departamento del santuario celestial donde él vio el Padre y el Hijo en el lugar santo. En *Ezequiel* 1:1-28, el Señor nos da una visión de su trono que no está fijo en un sitio, sino que tiene la capacidad de moverse con la rapidez del relámpago de un extremo del cielo al otro. Sería una simple cosa entonces para el Padre transferirse de un departamento a otro especialmente cuando no había razón para El separarse de su amado Hijo al permanecer en el lugar santísimo mientras Jesús realizaba el ministerio en el otro departamento.

En *Daniel* 7:9-10, se describe vívidamente la preparación de eso, y la gran entrada del Altísimo en el lugar santísimo cuando el juicio estaba por comenzar.

“Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos”.

Esta transferencia se describe en más detalle en la cita siguiente:

“Vi un trono, y sobre él se sentaban el Padre y el Hijo. . . Vi al Padre levantarse del trono, y en un carro de llamas entró en el lugar santísimo, al interior del velo, y se sentó. Entonces Jesús se levantó del trono, y la mayoría de los que estaban prosternados se levantó con él. No vi un solo rayo de luz pasar de Jesús a la multitud indiferente después que él se levantó, y esa multitud

fue dejada en perfectas tinieblas. Los que se levantaron cuando se levantó Jesús, tenían los ojos fijos en él mientras se alejaba del trono y los conducía un trecho. Alzó entonces su brazo derecho, y oímos su hermosa voz decir: ‘Aguardad aquí; voy a mi Padre para recibir el reino; mantened vuestras vestiduras inmaculadas, y dentro de poco volveré de las bodas y os recibiré a mí mismo’.

“Después de eso, un carro de nubes, cuyas ruedas eran como llamas de fuego, llegó rodeado de ángeles, adonde estaba Jesús. El entró en el carro y fue llevado al lugar santísimo, donde el Padre estaba sentado. Allí contemplé a Jesús el gran Sumo Sacerdote, de pie delante del Padre” (*Primeros Escritos*, págs. 54, 55).

En esta declaración, el Padre y el Hijo se les vio primero juntos en el que tenía que haber sido el lugar santo. Entonces al terminar los 2.300 días, el Altísimo dejó ese departamento y se transfirió al lugar santísimo. Esto es en realidad lo que tomaba lugar aunque las limitaciones naturales inevitablemente presentes en el santuario del Antiguo Testamento hizo imposible describir cada detalle.

Hasta donde era posible, lo cual significa en sólo uno o dos detalles, el santuario es un modelo muy exacto del santuario celestial. Revela donde el Salvador está en un punto dado del tiempo, hace claro lo que está haciendo en nuestro favor, y nos aconseja lo que nosotros tenemos que hacer si hemos de recibir los suficientes beneficios de ese ministerio.

Entonces indica que todo el que obtenga vida eterna necesita, especialmente en estos últimos días cuando una obra especial de purificación y preparación se exige para encontrar a Cristo sin pasar a través de la tumba, tener un conocimiento claro, preciso y comprensivo de la obra ministerial de Cristo en el cielo. Esto no es posible a menos que los medios dados por Dios de comprender esto, es decir, el tabernáculo terrenal, llegue a ser el tema de ferviente y constante meditación. Esta es una provisión hecha para asegurarnos de la vida eterna. Por consiguiente, la redención depende de muchas horas dedicadas al estudio de este tema de más importancia que todos.

“Satanás inventa innumerables medios de distraer nuestras mentes de la obra en que precisamente deberíamos estar más ocupados. El archiseductor aborrece las grandes verdades que hacen resaltar la importancia de un sacrificio expiatorio y de un Mediador todopoderoso. Sabe que su éxito estriba en distraer las mentes de Jesús y de su obra.

“Los que desean participar de los beneficios de la mediación del Salvador no deben permitir que cosa alguna les impida cumplir su deber de perfeccionarse en la santificación en el temor de Dios. En vez de dedicar horas preciosas a los placeres, a la ostentación o a la búsqueda de ganancias, las consagrarán a un estudio serio y con oración de la Palabra de verdad. El pueblo de Dios debería comprender claramente el asunto del santuario y del juicio investigador. Todos necesitan conocer por sí mismo el ministerio y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo, les será imposible ejercitar la fe tan esencial en nuestros tiempos, o desempeñar el puesto al que Dios los llama. Cada cual tiene un alma que salvar o que perder. Todos tienen una causa pendiente ante el tribunal de Dios. Cada cual deberá encontrarse cara a cara con el gran Juez. ¡cuán importante es, pues, que cada uno contemple a menudo de antemano la solemne escena del juicio en sesión, cuando serán abiertos los libros, cuando con Daniel, cada cual tendrá que estar en pie al fin de los días!

“Todos los que han recibido la luz sobre estos asuntos deben dar testimonio de las grandes verdades que Dios les ha confiado. El santuario en el cielo es el centro mismo de la obra de Cristo en favor de los hombres. Conciérne a toda alma que vive en la tierra. Nos revela el plan de la redención, nos conduce hasta el fin mismo del tiempo y anuncia el triunfo final de la lucha entre la justicia y el pecado. Es de la mayor importancia que todos investiguen a fondo estos asuntos, y que estén siempre prontos a dar respuesta a todo aquel que les pidiere razón de la esperanza que hay en ellos.

“La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con su muerte dio principio a aquella obra para cuya conclusión ascendió al cielo después de su resurrección. Por la fe debemos entrar velo adentro, ‘donde entró por nosotros como precursor Jesús’ (Hebreos 6:20). Allí se refleja la luz de la cruz del Calvario; y allí podemos obtener una comprensión más clara de los misterios de la redención. La salvación del hombre se cumple a un precio infinito para el cielo; el sacrificio hecho corresponde a las más amplias exigencias de la ley de Dios quebrantada. Jesús abrió el camino que lleva al trono del Padre, y por su mediación pueden ser presentados ante Dios los deseos sinceros de todos los que a él se allegan con fe” (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 542, 543).

Y Habitaré en Medio de Ellos

Capítulo 3

Es a través del santuario que la completa salvación se provee porque Jesús “. . . puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (*Hebreos 7:25*).

Es en el santuario celestial que ese ministerio se lleva acabo de etapa en etapa hasta que la obra de restauración sea completa y los santos estén preparados para entrar al paraíso. Por lo tanto, el tabernáculo terrenal tiene que revelar comprensivamente, la naturaleza y progreso de la obra en las alturas. Declara al pueblo de Dios, como nada más puede hacerlo, precisamente qué posiciones han de tomar y cuáles pasos deben dar para mantener la armonía con la obra de Cristo.

El santuario hace más que simplemente revelar lo que tiene que ser hecho para asegurar un lugar en el mundo eterno. Muestra también en forma modelo justamente lo que un cristiano ha de ser en el mundo. Dios moraría en el templo del cuerpo así como lo hizo en la estructura material de entonces. Así es afirmado con gran claridad el principio que la esperanza de gloria es “Cristo en vosotros” (*Colosenses 1:27*).

El tabernáculo terrenal y sus servicios suplen una variedad de necesidades. El sostiene delante del creyente una clara descripción de la manera que la divinidad y humanidad deben combinarse en él, lo habilita para ver que no tiene necesidad de temer eso porque está imposibilitado con la carne pecaminosa y caída, él no puede guardar los mandamientos de Dios y ser hecho idóneo para la sociedad con los ángeles. Demuestra cómo los servicios en el santuario efectuaban las obras progresivas de justificación y santificación, y revela claramente el diseño del santuario celestial y el ministerio allí lo cual hace efectivo lo que el tabernáculo terrenal prefiguraba.

Un comienzo natural para el estudio de estos varios aspectos es el tabernáculo como la revelación de lo que Dios designó que el cristiano terrenal sea en vida y servicio. Desde ese punto, el estudio progresará a través de la revelación de cómo esta norma ha de ser lograda y sobre el pleno alcance de la obra de Cristo en el cielo.

Cuando Dios ordenó a Moisés construir el tabernáculo del desierto, indicó su propósito de dar esta comisión. El dijo: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos” (*Exodo* 25:8).

Más tarde El dijo: “Y pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará; y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” (*Levítico* 26:11, 12).

Dios nunca deseó que ellos dedujeran de estas palabras que su única presencia entre ellos había de ser en la estructura de la tienda en medio de su campamento físico. El planeó que ellos debían ver en esa casa y su habitante divino un retrato de sus propias vidas, con lo cual ellos dieran los pasos necesarios para traer a Dios *dentro de ellos*. De este modo, al morar *en* la vida real de cada persona, Dios, en el más pleno y en el más verdadero sentido, estaría morando *en medio de* ellos.

Pablo, cuya profunda perspicacia espiritual lo capacitó para comprender lo que Dios estaba realmente diciendo, comprendió lo que Dios deseaba que los israelitas vieran e hicieran. Esto se hace claro por la manera que Pablo cita a *Levítico* 26:11, 12.

“Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré *entre* ellos, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (*2 Corintios* 6:16).

Pablo declara que cuando Dios dijo en el Antiguo Testamento que moraría *entre* ellos, estaba realmente diciendo que moraría *en* ellos. Puede ser preguntado por qué Dios no usaba la palabra “en” más bien que “entre”, cuando la primera es una descripción más precisa de lo que El intentaba lograr. Pero este no es un problema real, porque el hecho es que Dios no puede morar *entre* un pueblo a menos que El more *en* ellos. Ese es un principio fundamental del Evangelio, que ellos, a través de las facilidades educacionales del santuario y sus servicios, se les capacitó para entender. Así que la palabra, “entre”, era todo lo que se necesitaba para transmitir el mensaje. En los tiempos de Pablo, las tinieblas de error se habían establecido tan pesadamente sobre los cristianos profesos que ellos no podían ver tan claro como debían que Dios podía solamente morar *en medio de ellos* cuando El habitara *en ellos*. Lo mismo se aplica a nuestro tiempo.

En su propio tiempo, Pablo tuvo que actuar arduamente, y con frecuencia sin éxito, para enseñar al pueblo el principio de Dios morando *en* ellos como la única esperanza de gloria. El Señor reconocía la profundidad del problema y, para resolverlo, le dio al

poderoso apóstol revelaciones especiales de esta verdad con una comisión personal de hacer conocer este misterio a todos.

De la iglesia Pablo escribió: “de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí” (*Colosenses* 1:25-29).

Cristo en vosotros es un misterio. No puede ser plenamente explicado pero él puede ser experimentado, y de hecho tiene que ser, si la salvación se ha de obtener, y puede ser comprendido a un nivel práctico. Cuando se percibe, es una hermosa y efectiva verdad. Es la voluntad de Dios y la única manera en la ley, conducir al hombre de regreso a la familia celestial.

Por lo tanto, tiene que ser entendido por toda persona que aspira liberarse del pecado y del mundo pecador.

Existe una teología contemporánea y popular que ofrece a todos un lugar en el cielo con tal de que el creyente esté *en Cristo* mientras niega el principio de *Cristo en vosotros*. Esta enseñanza sólo contiene una falsa promesa, porque nadie irá al cielo a menos que Cristo se forme dentro de él, porque esta es la esperanza de gloria. Hay un lugar para el mensaje que el creyente debe estar en Cristo, pero esto no puede ser enteramente verdad porque esto es sólo una parte del todo y no es suficiente por sí misma para proveer completa liberación.

Cristo en vosotros es el misterio de Dios. Los misterios no pueden ser fácilmente entendidos y algunos nunca son descifrados por la humanidad. Pero este es uno que ningún ser creado puede entender a menos que su mente sea iluminada por el Espíritu Santo. Se experimenta dificultad para comprender cómo Cristo puede ser una persona viva y activa en el cielo y simultáneamente estar en múltiples seres humanos sobre esta tierra.

El problema llega a ser aún más difícil cuando se recuerda que Cristo es todavía un ser humano. Cuando Dios lo dio a la humanidad, era en realidad un don que no podía y nunca sería quitado.



Es la voluntad de Dios que los hombres recurran a la luz y reciban la naturaleza divina para que El pueda "... habitar en ellos".

Eternamente, Cristo permanecería Dios en la carne. Aunque su carne es inmortal y santa, el ser un humano coloca ciertas limitaciones sobre El como parte del infinito y eterno sacrificio que hizo para salvar al universo de las intenciones destructoras del pecado.

Impedido por la aparente imposibilidad del hombre Cristo Jesús estando en el cielo, a distancias de millones años luz, y en miles de personas sobre esta tierra al mismo tiempo, muchos han abandonado la creencia que Cristo literal y personalmente mora en cada cristiano nacido de nuevo, y han consignado esta verdad ser

no más que una figura de lenguaje. Esto es muy desafortunado, porque, cuando la Biblia habla de Cristo siendo en vosotros, la esperanza de gloria, está hablando la verdad. En un sentido literal, Cristo debe estar en la persona si ella ha de tener una esperanza de entrar en el reino de gloria. El santuario enseña y confirma esta gran verdad.

Antes que esto se investigue de las evidencias provistas en el santuario, sería bien comprender la misma luz del principio de la semilla. Cuando eso sea comprendido, el mensaje del santuario llegará más enérgico y distinto. Hay buena razón para esto. Consiste en la verdad de que el principio de la semilla se dio por Dios para enseñar a hombres y ángeles el misterio de Dios antes que el santuario fuera provisto para el mismo propósito.

Fue en la creación original de la tierra que el principio de la semilla se estableció. Dios instituyó la ley que toda vida sobre esta tierra excepto para algunas formas llamadas muy simples tal como la ameba, comienzan con la semilla. Un momento para pensar en varias formas de vida afirma claramente el hecho de que cada uno de ellos principió como una semilla. Obsérvense el prado, árboles, aves, peces, mariposas, animales, reptiles y humanos. Algunos pueden argumentar que ciertos árboles se iniciaron por injerto, así que en estos casos la semilla no estuvo implicada. Sin embargo, el material usado para el injerto tuvo su origen en una semilla.

El establecimiento de esta ley inviolable sobre la tierra fue algo nuevo en cuanto a la reproducción del hombre se refiere. Los habitantes creados del cielo no se multiplican por la implantación de la semilla. Cristo expuso esto muy claramente cuando estuvo en controversia con los incrédulos judíos. El dijo: “Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo” (*Mateo 22:29, 30*).

Esto se confirma en el Espíritu de Profecía:

“Existen hombres hoy que expresan su creencia en que habrá matrimonios y nacimientos en la nueva tierra, pero los que creen en las Escrituras no pueden aceptar tales doctrinas. La doctrina que habrá hijos en la nueva tierra no está aparte de la ‘palabra profética más permanente’. Las palabras de Cristo son muy claras para ser mal entendidas. Ellas deben establecer para siempre la cuestión de matrimonios y nacimientos en la nueva tierra. Ni los que serán levantados de la muerte, ni los que serán trasladados

sin ver muerte, se casarán o serán dados en casamiento. Ellos serán como los ángeles de Dios, miembros de la familia real” (*Medical Ministry*, págs. 99. 100).

De este modo, la información suministrada por inspiración cer-tífica que los ángeles no tienen poderes reproductores. Ellos fue-ron creados como fue Adán y Eva, seres completos desde el co-mienzo sin la experiencia de crecimiento de la infancia a la ma-durez. Cada uno era la obra directa del Creador. Con qué intenso interés los ángeles tuvieron que haber observado la introducción de este nuevo orden.

“Todo el cielo se interesó profunda y gozosamente en la creación del mundo y del hombre. Los seres humanos constituían una cla-se nueva y distinta. Fueron hechos ‘a imagen de Dios’, y fue el pro-pósito del Creador que ellos poblaran la tierra” (RH, 11-2-1902), (*Comentario Bíblico ASD*, tomo 1, pág. 1095).

Nosotros no podemos estar seguros de la plena extensión del hombre ser un nuevo y distinto orden aparte de la certidumbre de que se le dio poderes de reproducción. Saber eso es suficiente para entender el propósito especial a lograrse en la creación del hombre, y por qué, cuando ese propósito haya sido logrado, el proceso de re-producción será discontinuado. Como verifica la declaración ante-rior, no habrá niños nacidos en la nueva tierra. Se habrá formado plenamente la familia humana para que ocupe el mundo eterno an-tes de ese tiempo, no admitiendo adiciones después de eso.

La introducción de algo nuevo y con todo temporario en el uni-verso, indica que una necesidad había surgido que no se había pre-sentado antes. La rebelión de Satanás había golpeado el corazón del sistema de gobierno de Dios al echar una sombra de sospecha sobre la única posición y autoridad de Cristo. La seguridad del uni-verso y la intachable y efectiva función del gobierno divino depen-día de un claro entender por todos los ciudadanos celestiales del misterio de Dios como estaba escondido en Cristo. Sin embargo, el tiempo llegó cuando Lucifer, cegado por el orgullo, perdió de vista lo que Dios había hecho en y por medio de Cristo. El único posible resultado fue la abierta y determinada rebelión contra Dios en el que fue más allá del punto sin retorno. En su firme propósito de reclutar a su lado de lucha la población entera en el universo, él dirigió su ataque contra el misterio de Dios en Cristo. Así llegó Dios a la necesidad de proveer clarificación adicional sobre esta verdad vital de modo que los ángeles tuvieran una mejor oportunidad de

comprender por qué Cristo ocupaba la posición que tenía y por qué no había ninguno más que pudiera compartirla con El.

¿Entonces, cuál era la posición singular de Cristo y cómo la creación del hombre sirve para suministrar una revelación de su lugar y obra más allá de la que se había dado antes?

Como el gobernante supremo del universo, y a causa de su carácter infinito en amor, Dios había establecido una forma de gobierno destinado a dar libertad total e ilimitado campo al desarrollo y paz y felicidad perfecta a sus criaturas. Como los seres creados no son originados ni sostenidos por sí mismos, no pueden aparte de Dios, tener estas cosas. Dios es la fuente de todo, y los hombres, junto con otros habitantes del universo, son criaturas dependientes. Su continua existencia depende directamente de un ininterrumpido y completo abastecimiento de sustento de vida de una fuente capaz de suministrar esto. Únicamente la Divinidad, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, sustentados totalmente por sí mismos, son capaces de infundir fresca vitalidad en todos los seres creados.

Es imposible para la mente creada evaluar plenamente las capacidades de Dios. Sin embargo, una cierta idea puede ser ganada al estudiar la inmensidad del universo y tratar de medir el poder requerido para mantenerlo en función a los más altos niveles de actividad. Qué inmenso flujo de energía tiene que proceder de Dios cada momento para ejecutar esto. Contémplese el sol que continúa ardiendo con irreducible intensidad siglo tras siglo. Los hombres pueden calcular la producción diaria del sol. La cantidad de energía producida es prodigiosa, con todo es uno de los soles más pequeños. Cada uno de los billones de soles se energizan simultánea y continuamente por Dios, la Fuente de toda vida y energía. Cuán infinito en poder tiene que ser Dios para hacer esto sin reducirse El mismo en lo más mínimo.

Cuanto más claro se perciba la inmensidad del poder de Dios, tanto más clara será vista la diferencia entre el ilimitado poder de Dios y el limitado poder del hombre. Aun el ángel más resplandeciente, tal como Lucifer era, no puede comenzar a compararse con la Fuente de todo poder.

Esta casi infinita disparidad entre el Creador y sus criaturas produjo un problema que había de ser resuelto si la criatura iba a subsistir y encontrar satisfacción total en vivir. Ni los ángeles ni los hombres podían ir directamente a la presencia de Dios porque

no podían resistir el impresionante poder que lo rodea. No obstante, había de existir una conexión entre El y ellos si iban a vivir. Una simple y limitada ilustración de esto se halla en el abastecimiento eléctrico que llega a los hogares modernos. Dentro del hogar hay varios dispositivos tales como lavadoras, secadoras y estufas. La corriente de la estación generadora fluye a una presión de 110,000 voltios o más. Si esto fuera conectado directamente a los aparatos del hogar, ellos serían destruidos. Para solucionar este problema, los transformadores son alambrados en la línea para reducir el poder a un nivel que las máquinas puedan ser usadas con seguridad. No hay otra solución posible.

Dios usa el mismo principio en el puente del abismo entre El y sus súbditos. El suministró en Cristo Jesús un conector perfecto para que el poder que llega a su pueblo pueda ser recibido en completa seguridad. Esta es la única manera, porque Dios no podía reducir el flujo para quitar la obstrucción al directo acceso a El, porque el universo entero depende de que el flujo se mantenga a un alto nivel.

En la sabiduría, beneficencia y gobierno justo de Dios, a cada persona se le concede la posición para la cual está calificada. Dios mismo está calificado plenamente para ser la Fuente, pero El no es idóneo para ser el conector. Tampoco lo era Cristo originalmente. El Salvador es tan eternamente preexistente y existe por sí mismo como el Padre. Así que hubo un tiempo cuando Jesús era Dios, lo mismo como el Altísimo había sido siempre, es todavía, y será siempre. Si Cristo hubiera permanecido como era originalmente, nunca podría haber ocupado la función de conector, porque esa posición requería la posesión no de una vida, sino dos, la vida del Creador y criatura.

El tiempo vino cuando, se realizaron las primeras obras de creación, y la necesidad surgió de un conector. Dios no fue tomado por sorpresa porque sabía antes de comenzar su obra creadora que habría tal requerimiento. Antes de crearse el primer mundo y sus habitantes, el Poderoso Dios entró en un propósito eterno en Cristo, que, al tomar sobre sí mismo la forma y vida de un ángel sin perder su eterna deidad, llegaría a estar calificado para ocupar la función de conector eternamente.

Este revestimiento de un Dios creador con el cuerpo y limitaciones consecuentes de un ser creado es en realidad el misterio de Dios. Está fuera de explicación y con todo es un hecho que debe

ser aceptado por fe como tal. Esta verdad es vital para la salvación, porque la esperanza de gloria es *Cristo en vosotros*. Por esta razón, Dios lo ha manifestado por revelación y demostración muchas veces en las Escrituras, el santuario siendo un testimonio poderoso para este efecto.

Así que el misterio de Dios no comenzó cuando Cristo vino a esta tierra vestido con carne y sangre humanas. Eso era sólo la continuación por extensión en un nuevo campo de lo que Dios se había propuesto eternamente en Cristo Jesús. Antes de esta manifestación del misterio de Dios, el mismo misterio se había establecido en el cielo cuando Cristo desde un punto extremadamente distante en tiempo eterno, había adoptado la forma de ángel para ser el conectador perfecto entre el Creador y criatura.

Fue este misterio lo que causó tal dificultad a Lucifer después que su orgullo lo cegó para la recepción de esta verdad espiritual. Fue debido a que Lucifer insinuó dudas acerca de la maravillosa provisión de Dios para sus súbditos, que el Señor creó al hombre y mujer como una lección objetiva para revelar el principio por el cual dos vidas unidas producen una tercera, poseyendo la vida de los dos seres del matrimonio. Para que dos vidas produzcan una tercera que sea de las dos, el principio de la semilla se estableció como la ley por la cual en este mundo, toda vida debe hallar su comienzo. Es por este medio que Cristo es habilitado para estar en cada verdadero hijo de Dios y en el cielo al mismo tiempo.

En cada niño concebido se repite este milagro. Es un infortunio que los ojos de muy pocos son atraídos con eso al maravilloso misterio del cual esto es la lección objetiva divinamente instituida. Los que miran más allá de la lección objetiva, a las verdades que Dios propuso que debían ser aprendidas de eso, no tienen dificultad en comprender cómo Cristo puede estar en cada creyente mientras está distante en el cielo. Cuando un padre terrenal implanta su semilla y los hijos nacen, es correcto decir que él esta en esos niños. Ninguno debe entender por esto que él está físicamente encerrado dentro de sus pieles, sino más bien que él esta en ellos por el proceso de la implantación de la semilla, germinación y crecimiento. El está en ellos aunque geográficamente pueda estar distantesmente separado de ellos como esta tierra lo permite.

De esta manera, Cristo habita en sus hijos. Así es capaz de estar en millones de ellos simultáneamente mientras está geográficamente en un lugar lejano. La completa vida del portador de

la simiente está en la semilla, así que tener la simiente de Cristo es tener su vida. Esta es la esperanza de gloria.

Habiendo construido Israel el santuario, fue el propósito de Dios morar no solamente en medio de ellos sino en ellos. Esto puede ser hecho solamente por el matrimonio de la humanidad con la divinidad para que la simiente divina sea implantada en el recipiente humano y la vida de Cristo nazca de nuevo en el creyente*.

* Para una discusión más detallada del principio de la semilla véase el libro *Los Vivos y los Muertos* disponible en Sabbatruhe-Advent-Gemeinschaft.

El Ocupante Espíritu Santo

Capítulo 4

Por la implantación de la simiente divina, Cristo habita en el creyente y esta es la esperanza de gloria. Para alcanzar esto, todas las agencias del cielo combinan su sabiduría y su fuerza para asegurar que los que quieren, pueden tener la certeza de la vida eterna. Uno de esos grandes poderes es la tercera Persona de la Divinidad, el Espíritu Santo. El juega una parte tan esencial en la salvación del hombre como lo hace el Salvador mismo.

De las tres Personas en la Divinidad, el Espíritu Santo es de quien menos información tenemos. Cristo Jesús, en virtud del hecho de que vino y habitó visiblemente entre los hombres, es de quien nosotros más sabemos. Su Padre es también conocido por nosotros a causa de sus grandes manifestaciones que Cristo proveyó. Pero, el Espíritu Santo permanece grandemente rodeado de misterio, tanto que, muchos se preguntan si en realidad es una Persona. Se piensa de El como nada más que el poder real de Dios, una fuerza emanando del Padre eterno.

Por lo tanto es esencial, en el principio de un estudio sobre el Espíritu Santo, aprender tanto como se ha revelado concerniente a El, mientras se evade toda especulación en áreas donde Dios no nos ha dado luz todavía.

El estudio de las revelaciones divinas del Espíritu Santo debe comenzar con las que declaran quién es El. Mientras los escritores bíblicos en ninguna instancia dicen que es una Persona en tantas palabras, ellos, bajo la inspiración divina, le atribuyen capacidades que pueden ser poseídas por una persona.

Está escrito que El se enojaba, se entristecía y se complacía:

“Mas ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar su santo espíritu” (*Isaías 63:10*).

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (*Efesios 4:30*).

“Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias” (*Hechos 15:28*).

Está escrito también que El puede hablar, y llamar o comisionar.

“Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo:

Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (*Hechos 13:2*).

“Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (*1 Timoteo 4:1*).

El guía, escucha, muestra, convence, enseña, testifica y otorga dones espirituales individualmente a todo hombre conforme a su voluntad.

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, el os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir” (*Juan 16:13*).

“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (*Juan 16:8*).

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (*Juan 14:26*).

“Pero cuando venga el consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (*Juan 15:26*).

“Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (*1 Corintios 12:11*).

Si el Espíritu Santo fuera el poder de Dios emanando de El mismo, no estaría dotado con todas estas capacidades, porque poder en sí mismo es completamente sin inteligencia. Por ejemplo, la electricidad es un poder que viene de Dios pero, porque no es una persona, no puede pensar, ser entristecida, enseñar, oír, dirigir, o ejercer una voluntad.

Una persona existe cuando tres capacidades están presentes. Una es poder físico; la segunda es inteligencia, junto con el poder para razonar, y para ejercitar una voluntad; y la tercera es una naturaleza emocional con la capacidad para regocijarse, ser entristecido, chasqueado, etc. Todo puede ser probado por estos simples principios. Como se mencionó, la electricidad tiene poder, pero carece de inteligencia y emociones. Por lo tanto, no es una persona.

Los animales tienen poder y emociones, pero están privados del regio poder de razonar. Así que ellos tampoco son personas. Los hombres tienen todos los tres, poder, inteligencia y emociones, y por tanto son personas.

No hay dificultad en determinar en cuál categoría las Escrituras colocan al Espíritu Santo. Poseyendo infinito poder, inteligencia sin límites, y las más finas emociones, El es incondicionalmente la tercera Persona de la Divinidad celestial. Es por esta razón que se le menciona como a “El”. El nombre “Consolador” como se aplica al Espíritu Santo, está siempre en la forma masculina y nunca en el neutro como sería si el Espíritu Santo fuera sólo un poder y no la poderosa Persona de la Trinidad. Las declaraciones siguientes confirman la verdad de las afirmaciones anteriores:

“Hay tres personas vivientes en el trío celestial; en el nombre de estos tres grandes poderes — el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo — son bautizados los que reciben a Cristo mediante la fe, y esos poderes colaborarán con los súbditos obedientes del cielo en sus esfuerzos por vivir la nueva vida en Cristo” (*Evangelismo*, pág. 446).

“Necesitamos comprender que el Espíritu Santo, que es una persona así como Dios es persona, anda en estos terrenos” (*Id.*, pág. 447).

“El Espíritu Santo es una persona, porque testifica en nuestros espíritus que somos hijos de Dios. Cuando se da este testimonio lleva consigo su propia evidencia. En esas ocasiones creemos y estamos seguros de que somos los hijos de Dios . . .

“El Espíritu Santo tiene una personalidad de lo contrario no podría dar testimonio a nuestros espíritus y con nuestros espíritus de que somos hijos de Dios. Debe ser una persona divina, además, porque en caso contrario no podría escudriñar los secretos que están ocultos en la mente de Dios. ‘Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios’” (*Id.*, págs. 447, 448).

Mientras que se revela explícitamente en la Biblia y el Espíritu de Profecía que el Espíritu Santo es una persona, no se da ninguna información sobre su naturaleza. Obviamente siendo un Dios con poder creador, no estaría alojado en carne y sangre creada como eran Adán y Eva en el Edén, pero lo que El es por naturaleza diferente no nos es dado conocer.

“La naturaleza del Espíritu Santo es un misterio. Los hombres no pueden explicarla, porque el Señor no se la ha revelado” (*Los Hechos de los Apóstoles*, pág. 42).

Habiendo establecido de fuentes bíblicas adecuadas que el Espíritu Santo es tanto una persona como Dios es una persona, se

puede dar ahora consideración a la obra de este Ser todopoderoso con relación a Cristo morando en el creyente como su esperanza de gloria. Aquí es donde gran cuidado debe ser tomado para asegurar que las tenues distinciones implicadas sean claramente vistas por el estudiante de la Biblia. La comprensión exacta y efectiva del mensaje ha dependido siempre de ver las cosas que son diferentes aun cuando ellas sean llamadas por el mismo nombre. Estas nunca fueron más necesarias que en este caso.

Antes que la luz sobre Cristo la Simiente llegara a nosotros, el énfasis sobre una permanente presencia en el creyente era sobre el Espíritu Santo, no sobre Jesús. Ciertos conceptos fueron formados acerca de lo que esto significa. Se creía que el Espíritu Santo llegaba al corazón en una manera misteriosa y moraba hasta que un pecado era cometido por lo cual salía inmediatamente del errante, y no regresaba hasta que se arrepintiera y borrara el pecado de la vida.

Cuando se dio atención a la implantación de la vida de Cristo dentro de los hijos de Dios, este mismo cuadro se determinó, porque se pensó que la presencia permanente de Cristo y el Espíritu Santo era una y la misma cosa. Esto indujo a la conclusión que la vida divina de Cristo está en nosotros solamente mientras permanecemos libres de pecado conocido, pero nos abandona cuando transgredimos. Estos conceptos indujeron a rechazar el principio de la semilla y, a su turno, separar a los que lo aceptaban.

Ahora no hay duda acerca del hecho de que el Espíritu Santo debe llenar al creyente y morar dentro de él, y de que el pecado en la vida entristece esa presencia. Hay muchas declaraciones en las Escrituras diciendo que los hombres son llenos del Espíritu Santo y con éstas somos ya familiares. Sobre el día de pentecostés, por ejemplo, está escrito que:

“Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (*Hechos 2:4*).

De Juan el Bautista se profetizó “. . . y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre” (*Lucas 1:15*).

Jesús fue lleno del Espíritu Santo cuando “fue llevado por el Espíritu al desierto” para ser tentado por Satanás (*Lucas 4:1*), y hay numerosas referencias a los apóstoles siendo llenos del Espíritu Santo cuando salieron después de la resurrección de Cristo a proclamar el Evangelio al mundo. Durante la llegada del

fuerte pregón los creyentes, llenos del Espíritu Santo, avanzarán otra vez, y nada podrá ponerse delante de ellos.

Pero, antes que uno pueda ser lleno del Espíritu Santo y así ser equipado para el servicio efectivo, un importante trabajo preliminar tiene que ser hecho. El Espíritu Santo no puede morar en una persona hasta que El haya obrado primero sobre ella desde afuera. Es por su poderoso ministerio que el individuo primero viene a conocer la verdad salvadora y, sucesivamente, es conducido bajo profunda convicción por sus pecados, lo cual guía arrepentimiento y confesión, y luego la extirpación de su iniquidad y la implantación de la simiente divina de Cristo.

De este modo el Espíritu Santo ocupa la función del jardinero que desmenuza el terreno duro del corazón, lo prepara para la simiente de Cristo, y luego implanta esa simiente en el arrepentido. El Espíritu Santo no es el portador de la simiente, porque esta es la función de Cristo Jesús. Esta distinción tiene que mantenerse clara en la mente: Cristo es el Suministrador de la simiente; el Espíritu Santo el que la implanta. “El Espíritu Santo viene al alma como Consolador. Por el factor transformador de su gracia, la imagen de Dios se reproduce en el discípulo; viene a ser una nueva criatura” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 355).

Esta es la experiencia del nuevo nacimiento y es la repetición de la encarnación de Cristo como el pastor E. J. Waggoner observa; “En esto vemos aparecer nuevamente el misterio de la encarnación. Si podemos creer que Cristo estuvo en la carne, Dios encarnado en Cristo, podemos creer que Cristo mora en nosotros, obrando por medio de nosotros, a través de nuestra carne, exactamente lo mismo como cuando tomó la carne sobre sí mismo y la gobernó. Es un misterio que no podemos comprender, pero lo reconocemos” (*La Carta a los Romanos*, pág. 12.2 por E. J. Waggoner).

Así en la encarnación de Cristo, se da una hermosa revelación de la función del Espíritu Santo en la implantación de la simiente de Cristo en el creyente. A María se le impartió el poderoso ministerio del Espíritu y ese impartimiento era el don para ella de la vida de Cristo mismo. Fue una demostración viviente de la verdad que “El impartimiento del Espíritu es el impartimiento de la vida de Cristo” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 745). La obra hecha por el Espíritu Santo en la encarnación de Cristo es la misma obra hecha por El en la experiencia del nuevo nacimiento.



El Espíritu Santo primero desmenuza el terreno del corazón, justamente como el jardinero labra la tierra, con el fin de prepararlo para la implantación de la simiente de Cristo.

A María se le informó anticipadamente de la obra del Espíritu Santo en ella. Un ángel le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35).

Con el cumplimiento de estas palabras, María fue llena del Espíritu Santo que se le impartió, y en consecuencia de su poderoso

ministerio, Cristo fue nacido de ella en el debido tiempo. Esto prueba que el impartimiento del Espíritu no es en sí misma la vida real de Cristo, sino que este henchimiento del Espíritu es la poderosa agencia por la cual la vida de Cristo se imparte al creyente.

El Espíritu Santo es una persona distinta y separada de Cristo Jesús aun cuando ellos son uno en espíritu, carácter y objetivos. Por lo tanto, si el Espíritu Santo hubiera venido a María para implantar su propia vida en ella, la descendencia no habría sido Cristo como lo fue; habría sido el Espíritu Santo. La simple ley de la reproducción confirma que esto sería así, porque todo portador de simiente produce según su propia naturaleza. Una nueva vida no comenzó cuando Cristo fue nacido en Belén, porque la misma persona divina, que había estado con el Padre eterno y el Espíritu Santo desde la eternidad, nació de María. La única persona que podía ser el Padre en esa encarnación era Cristo mismo. En otras palabras, El fue su propio Padre. Si el Espíritu Santo hubiera sido el Padre, en lugar de ser el portador de semilla, entonces el Espíritu Santo, la tercer persona de la Divinidad, y no Cristo la segunda persona, habría caminado visiblemente entre los hombres y crucificado por sus pecados.

El misterio de Cristo de ser su propio Padre fue propuesto por Cristo a los maestros judíos de su tiempo y comprobó ser algo que ellos ni pudieron comprender ni explicar.

“Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David: El les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿Cómo es su hijo? Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más” (*Mateo 22:41-46*).

David llamó a Jesús, Señor; Isaías lo llamó, el Padre eterno, lo cual es la misma cosa. David debía todo lo que tenía a su Creador, Cristo Jesús, incluyendo el don de la vida, con todo el Salvador obtuvo su cuerpo humano de esta fuente. Por lo tanto, del lado físico, El era su propio Padre. Sin embargo, lo que es más importante, es que la vida divina que Cristo alojó en ese cuerpo por medio del ministerio del Espíritu Santo, era también suya. Era la implantación de sí mismo en un cuerpo terrenal.

Satanás, que es un estudiante diligente del plan de salvación, mostró su entendimiento de estas verdades al hacer una ingeniosa

falsificación de ellas en el desarrollo de los misterios de los antiguos babilonios. Al poco tiempo después del diluvio, Satanás reclutó los servicios de un orgulloso y poderoso cazador cuyo nombre fue Nimrod y que se menciona brevemente en *Génesis* 10:8-10. A la muerte de este hombre, que tomó lugar en la cumbre de su carrera, se le asoció gran significado. Se reporta que él se había ofrecido a sí mismo como un sacrificio para salvar el sistema babilónico de la destrucción, y a todos se les advirtió que si ellos no veneraban la muerte del héroe, una temible destrucción caería sobre ellos. Tan grande fue la veneración manifestada en su muerte, que llegó a ser un simple asunto exaltarlo en sus creencias religiosas al nivel de un dios.

En esos días, los hombres miraban al sol como su fuente suprema de vida, así que no se le podía conceder mayor deificación a Nimrod que ser llamado el dios sol. Algunos años después de su muerte, Semíramis, que no se volvió a casar, llegó a esperar un niño que fue eventualmente nacido en diciembre 25, el día santo conocido como Navidad. Obviamente, el niño era ilegítimo, pero para escapar de esta acusación y para glorificar más a Nimrod, se reclamó con éxito que el dios sol era el padre real del niño que se llamó Tammus. Era una falsificación de Satanás de la encarnación real que venía después en la que se muestra que la vida está sostenida sólo por la unión de lo divino con lo humano, el Creador con la criatura, la Fuente con el receptor dependiente. El sistema babilónico no puede dar vida, porque el sol no es una fuente. Es un receptor que puede dar solamente de lo que primeramente se le ha impartido.

La falsificación no se detiene solamente atribuyendo paternidad a Tammus en la muerte de Nimrod. Se enseñó que Tammus era una encarnación real de Nimrod, que el niño era por lo tanto su propio padre y el esposo de su propia madre. Se declaró de Nimrod y Tammus que eran uno en la misma persona.

Por supuesto, no había la más mínima verdad en esto. Un hombre vivo era el padre real de Tammus, pero es claro ver cuán imperiosa falsificación esto era de la encarnación futura de Cristo, en la cual lo que se pretendía en los engaños de Satanás, era verdad en el caso de Cristo. Las falsificaciones de Satanás están tan cerca a la verdad que es imposible distinguir la diferencia entre ellas excepto por el testimonio de las Escrituras y el ministerio del Espíritu Santo.

Las promesas de vida de Satanás son en realidad un camino de muerte, pero no es así con las proposiciones de Dios. Ellas son en verdad la senda de la existencia eterna e intachable felicidad.

Tan cierto como la persona reproducida en María por la ministración del Espíritu Santo era Cristo Jesús, así, cuando Cristo, la esperanza de gloria, llega a nuestro ser, es El y no el Espíritu Santo quien ha sido implantado.

Esta distinción es muy importante, tanto así, que el Señor provee símbolos muy claros para hacer el punto explícito. Uno es el símbolo del matrimonio en el cual Cristo es el esposo divino de nuestra humanidad y el padre de nuestra naturaleza divina.

“Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado” (*Isaías 54:5*).

Cristo Jesús es el Creador, y por cuyo medio el Altísimo hizo los mundos y por quien los sustenta y los guía momento tras momento. Por consiguiente, El, siendo el Hacedor, es a quien este versículo hace referencias como el Esposo del creyente. Pablo se refiere a Cristo en esta capacidad en un número de referencias. En *Romanos 7:4*, él declara que nosotros debemos ser “. . . de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios”.

De nuevo esto indica claramente que el Esposo es Cristo Jesús, porque existe solamente una persona que ha sido resucitada de los muertos para ser nuestro Esposo. El Espíritu Santo nunca podía ser el Esposo con quien nosotros debemos casarnos, porque El, nunca asumió la carne y sangre caída, pecadora y mortal, nunca murió y, por consiguiente, nunca ha sido levantado de los muertos. Hay una diferencia entre llenar la humanidad con su presencia como el Espíritu Santo hace, y estar casado con ella como Jesús es. Para experimentar lo último, uno tiene que llegar a ser un ser humano como Cristo lo fue, pero nunca se le exigió al Espíritu Santo hacer esto.

La ley del matrimonio que es igualmente válida en el reino espiritual como en el físico, y dentro de los límites de justicia en los que Cristo y el Espíritu Santo moran, prohíbe la implantación de la simiente fuera del matrimonio. Cristo, en virtud de su matrimonio con la humanidad, tiene el derecho perfecto de reproducirse dentro del creyente. El Espíritu Santo, mientras tiene el derecho de llenar al cristiano con su presencia y poder, no tiene el derecho de fecundar a los hijos de Dios con su propia vida.

Es en un específico sentido que puede ser dicho que “El impartimiento del Espíritu es el impartimiento de la vida de Cristo” (*El Deseado de Todas las Gentes*, 745).

Esta verdad se aplica al ministerio del Espíritu en el nuevo nacimiento y en el subsecuente desarrollo diario de la vida de Cristo dentro de la justicia.

En el nuevo nacimiento, como ya se mostró, cuando el Espíritu Santo se imparte al arrepentido, El implanta, no su propia vida, sino la simiente de Cristo. A causa de que es el implantador de la simiente, la vida de Cristo nunca pudiera ser implantada en los hijos de Dios sin su ministerio.

Para entender la aplicación de esta declaración a la experiencia diaria, se debe dar consideración al símbolo empleado para explicar la obra del Espíritu Santo. El está vinculado al viento en la conversación entre Cristo y Nicodemo, al aceite en la parábola de las diez vírgenes, al fuego en el día de pentecostés, a la lluvia en el símbolo de las lluvias temprana y tardía. Este último símbolo, el de la lluvia, revela la manera en la cual el Espíritu Santo provee al desarrollo de la vida de Cristo dentro del creyente.

“En el Oriente la lluvia temprana cae en el tiempo de la siembra. Es necesaria para que la semilla germine. Gracias a la influencia de estas precipitaciones fertilizantes, aparecen los tiernos brotes. La lluvia tardía, que cae hacia el fin de la temporada, madura el grano y lo prepara para la siega. El Señor emplea estos fenómenos naturales para ilustrar la obra del Espíritu Santo. Así como el rocío y la lluvia caen al principio para que la semilla germine, y luego para que la cosecha madure, se da el Espíritu Santo para que lleve a cabo a través de sus etapas el proceso del crecimiento espiritual. La maduración del grano representa la terminación de la obra de la gracia de Dios en el alma. Mediante el poder del Espíritu Santo se ha de perfeccionar en el carácter la imagen moral de Dios. Debemos ser totalmente transformados a la semejanza de Cristo” (*Testimonio para los Ministros*, pág. 506).

Cuando el labriego siembra la semilla, se mete en la tierra en la que están los nutrientes que proveen para su crecimiento a plena madurez y producción del fruto, pero la planta permanece indispuesta para la semilla sin la caída de la lluvia. Es solamente cuando está presente la suficiente humedad que el alimento en el suelo se suspende en solución y puede ser absorbido.

De igual manera, ninguno puede extraer un desarrollo vitalizador de las Escrituras sin la ministración primeramente de la lluvia temprana, y eventualmente de la lluvia tardía. El que trate de recibir una corriente de vida de la santa Palabra de Dios sin las bendiciones de las lluvias temprana y tardía está intentando una imposibilidad.

Cuando la lluvia combina la bondad en el suelo y la solución sube en la planta, llega a incorporarse realmente en las fibras de la creciente vegetación. La vida está siendo impartida a la estructura viviente y en consecuencia crece y eventualmente lleva fruto. Ahora la lluvia de hecho se ha convertido en un árbol. El impartimiento de la vida de uno ha llegado a ser la vida del otro. La lluvia no está desarrollando su propia vida sino toda vida que proviene de la semilla que se irriga. Si la semilla fuera una semilla de abeto, entonces esa es la vida que se desarrolla. Si es una semilla de naranjo, un árbol de naranjo crece, así sucesivamente. Algunos pueden argüir que el agua es sólo un vehículo por el cual los nutrientes se transportan al sitio donde forman células, pero, mientras en un punto esto es verdad, no debe olvidarse que una célula viva es hecha de una buena proporción de agua.

De la misma manera, la suave lluvia del Espíritu Santo llena la vida del creyente, se mezcla con los nutrientes hallados en las Santas Escrituras, hasta que literalmente llegan a ser una parte nuestra. Pero la vida que se está desarrollando es la vida que ha crecido de la simiente, la cual es Cristo. El Espíritu Santo imparte su propia vida en el Cristiano momento tras momento, pero esa vida se transforma en la vida de Cristo. Por lo tanto, es verdad que “El impartimiento del Espíritu es el impartimiento de la vida de Cristo”. Para entender esto se necesita solamente mantener en mente las leyes de la naturaleza y aplicarlas en lo espiritual como en lo físico.

Cristo es la Semilla; el Espíritu Santo es la lluvia. Al recibir su semilla, el creyente obtiene la vida de Cristo en su alma. Al recibir el bendito ministerio del Espíritu, esa vida en él crece vigorosamente a la madurez.

Una vez el creyente ha recibido la vida de Cristo, tiene en él la vida eterna, aunque todavía no la absoluta certeza que él vivirá eternamente, porque, si falta en cumplir las condiciones de la expiación final confesando y apartando todo pecado conocido, él perderá esa vida eterna y se le impedirá la entrada al cielo. El

punto importante es que el cristiano no pierde la vida de Cristo que es vida eterna, cuando él comete un pecado. Si lo fuera, entonces necesitaría volverse a bautizar cada vez que viole los mandamientos de Dios.

Pero, cuando un creyente comete pecado, él pierde la presencia del Espíritu Santo y no lo puede volver a recibir hasta que se haya arrepentido y apartado del mal.

Entonces hay una diferencia entre la presente presencia del Espíritu Santo que ocupa el templo del cuerpo, y la vida de Cristo en el alma. El primero es la Lluvia; el último es la Semilla. Recuérdese que mientras Cristo en vosotros es la esperanza de gloria, esto sólo se convierte en una realidad cuando el Espíritu Santo realiza su ministerio señalado.

El Edificio

Capítulo 5

EN el santuario, Dios suministró dos libros de texto. Primero, en forma de lección objetiva, el edificio en sí mismo revela el ideal de Dios para su pueblo, una descripción de lo que ellos deben llegar a ser. Segundo, los servicios realizados en la estructura mostraban cómo su glorioso propósito divino había de ser realizado.

Naturalmente, el estudio del ideal debe venir primero. Por lo tanto, se dará atención a las lecciones que Dios ha escrito en los varios elementos y su disposición en el diseño y estructura del santuario, antes que el estudio se dedique a las diversas expiaciones por lo cual el alma es elevada donde el Señor desea que ella debe estar.

“Dios quería que el templo de Jerusalén fuese un testimonio continuo del alto destino ofrecido a cada alma” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 132).

“Por medio de Cristo se había de cumplir el propósito simbolizado por el tabernáculo: ese glorioso edificio, cuyas paredes de oro brillante reflejaban en matices del arco iris las cortinas bordadas con figuras de querubines, la fragancia del incienso que siempre ardía y compenetraba todo, los sacerdotes vestidos con ropas de blancura inmaculada, y en el profundo misterio del recinto interior, sobre el propiciatorio, entre las formas de los ángeles inclinados en adoración, la gloria del lugar santísimo. Dios deseaba que en todo leyese su pueblo su propósito para con el alma humana. El mismo propósito expresó el apóstol Pablo mucho después, inspirado por el Espíritu Santo:

“¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal: porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es’ (1 Corintios 3:16, 17)” (*La Educación*, págs. 33, 34).

Dios deseaba que los israelitas se familiarizaran totalmente con cada aspecto del edificio, los materiales usados, el diseño de la construcción de los muebles, el atrio y su contenido, y el número y tamaños relativos de los departamentos. Jehová había dado específicas instrucciones abarcando la construcción de

cada parte del templo y su contenido y se les requirió a los constructores que las siguieran exactamente. La generación realmente involucrada en la erección del edificio tenía la mejor oportunidad de formar una noción comprensiva de estos detalles, pero esto no dejaba excusa por la ignorancia de los que llegaran después a quienes se les legó una estructura operante y terminada.

Pero no era suficiente que ellos conocieran estas especificaciones. Esta información no fue de valor hasta que reconocieron que cada elemento en la estructura era un símbolo que tipificaba lo que había de ser construido en el templo de sus almas. Sólo cuando conectaran el símbolo a la realidad y obraran con corazón y alma para lograr el ideal divinamente señalado, podían recibir todo eso que Dios había puesto en el santuario y sus servicios para ellos.

Aunque el santuario terrenal y sus servicios se terminaron hace mucho tiempo, los mismos principios son verdad todavía. Para cada uno de los hijos de Dios que luchan por alcanzar la perfección del carácter y conducta que habilita a Cristo para venir y reclamarlos como suyos, la necesidad permanece de adaptarse a las especificaciones detalladas de la estructura del templo y ver en ellas el glorioso ideal del carácter de Dios. Ninguno puede demorar esta obra excepto al peligro mortal de su alma. Esto tiene que ser hecho antes que venga el día final de expiación sobre cada individuo. Entonces será demasiado tarde esforzarse por el ideal.

Cristo en vosotros

Las Escrituras son enfáticas que la salvación es solamente para los que tienen a Cristo en ellos, la esperanza de gloria. Nada menos que este ideal satisfecerá las exigencias del juicio, porque únicamente esa vida que desciende de lo alto en la persona del Portador de simiente, Cristo Jesús, puede regresar al cielo. Todo candidato para el reino debe entender que precisamente como la presencia de Dios moraba dentro del tabernáculo terrenal, así debe vivir en todo creyente. Literalmente, ellos han de ser templos del Dios viviente.

Dios designó que el santuario enseñara esta verdad con claridad y poder. La lección se hizo aún más necesaria porque el pecado

había robado a Dios de su lugar correcto en el templo humano. El pueblo necesitaba ver que la presencia del mal había de ser erradicada para que Dios pudiera estar y habitar. Ellos necesitaban dar cada paso en la construcción con estricta atención y compararla con la misma obra en sus propias vidas.

Así que Dios dijo a Moisés: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos” (*Exodo 25:8*).

Este versículo define primero lo que los hombres habían de hacer y segundo lo que Dios haría. La construcción real del edificio era responsabilidad del hombre. Dios dijo: “Y harán un santuario . . .” Después que se terminara, Dios moraría en medio de ellos. Esta promesa no significaba que Dios estaría solamente habitando en la mitad del campamento. Su propósito era residir en cada uno de ellos personalmente.

Bajo inspiración divina, Pablo interpretó estas palabras en esta manera, cuando al citar *Levítico 26:12*, que dice, “y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo”, él escribió: “Habitaré y andaré en ellos, y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo” (*2 Corintios 6:16*, V.A.).

La verdad es que Dios no podía permanecer en el templo en medio de ellos a menos que El pudiera habitar en ellos. Esto es evidente del hecho que cuando ellos cayeron en apostasía y Dios perdió su lugar en sus corazones, la gloria de la shekinah se apartó del templo. Dios dejó de estar en ellos o entre ellos hasta que por medio del arrepentimiento y limpieza, se prepararon para el regreso de su presencia.

La orden de Dios para ellos de construir el santuario es la equivalencia exacta de las palabras pronunciadas a Adán y Eva en el Edén cuando dijo: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla . . .” (*Génesis 1:28*).

Nuestros primeros padres son los únicos seres humanos creados por Dios. El resto han sido hechos por otros seres humanos. Los padres no logran esta función independientes de Dios, aunque la mayoría ha descuidado la parte de Jehová. El Altísimo no fue obligado a dar esa importante responsabilidad al hombre porque pudo haber creado a cada uno de nosotros precisamente como creó a los ángeles. Pero, después de elegir dar al hombre este privilegio, llegó a ser necesario como una lección objetiva dejar la construcción del santuario a los israelitas. Así como los templos humanos fueron construidos por cuerpos humanos, así

también, el santuario que los tipificaba tenía que ser hecho por la humanidad.

En la erección del santuario del desierto, Dios no le dio a los hombres la responsabilidad de diseñar la estructura. El llamó a Moisés al monte y le mostró los planos y especificaciones que se habían desarrollado en el cielo con la explícita instrucción: “Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte” (*Exodo 25:40*).

“Cuando Moisés estaba por construir el santuario como morada de Dios, se le indicó que hiciese todas las cosas de acuerdo con el modelo que se le mostrara en el monte. Moisés estaba lleno de celo para hacer la obra de Dios; los hombres más talentosos y hábiles estaban a su disposición para ejecutar sus sugerencias. Sin embargo, no había de hacer una campana, una granada, una borla, una franja, una cortina o cualquier vaso del santuario sin que estuviese de acuerdo con el modelo que le había sido mostrado. Dios le llamó al monte y le reveló las cosas celestiales. El Señor le cubrió de su gloria para que pudiese ver el modelo, y de acuerdo con éste se hicieron todas las cosas” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 179).

Así también, la determinación de la forma particular que un recién nacido tome, no se da a los padres. La nueva persona puede ser alta o baja, inteligente o torpe, elegante o sencilla, o una de muchas posibilidades, pero ninguna de éstas pueden ser decididas por los padres. Dios ha construido los parámetros de diseño en el sistema y el resultado es conforme a las leyes divinamente instituidas de la herencia. Únicamente Dios permanece como el Diseñador.

Esto no significa que Dios personal y arbitrariamente planea la estructura corporal, talentos, apariencia y temperamento de cada persona. El estableció las leyes de reproducción cuando creó a Adán y Eva, así que cada individuo se formó como el resultado de la aplicación de esas leyes en los siglos sucesivos. Está de más decir, el pecado ha dañado grandemente el proceso, conduciendo la calidad de producción a muy bajo nivel de lo que Dios propuso. Sin embargo, el punto importante permanece que Dios, no el hombre, es el diseñador del tabernáculo terrenal y los templos de cuerpos de los que el tabernáculo es el símbolo divinamente señalado.

Polvo maldito por el pecado

El santuario original se erigió en el desierto. Esta es una ilustración apropiada de la vida del cristiano del extravío de las pacíficas moradas del paraíso. Entonces el tabernáculo, es una representación de los templos de los cuerpos humanos como ellos son en esta tierra y no como ellos serán en el cielo.

Es mientras somos extranjeros y peregrinos lejos del cielo que somos vestidos de carne pecadora y mortal hechos del polvo de la tierra maldito por el pecado. Para que el edificio terrenal tipificara adecuadamente este templo humano, tuvo que ser hecho también de materiales obtenidos del polvo de la tierra maldito por el pecado.

Así lo fue

Habría sido un simple asunto para Dios haber preservado cuidadosamente materiales del jardín del Edén antes de Adán pecar o proveerlos directamente del cielo para construir el santuario. Pero no escogió hacer esto porque, si lo hubiera hecho, el templo nunca podría representar exactamente su propósito para su pueblo.

Una gran variedad de material se usó en la construcción, lino, bronce, plata, oro, madera, pieles de animales, etc., pero cada artículo tenía su origen en el polvo de la tierra maldito por el pecado. No todos saben que cada artículo necesario para sostenernos y enriquecernos es literalmente del polvo de la tierra, pero esto es así.

Al seleccionar los materiales para los lugares santos y el atrio que los rodeaba, Dios podía haberlos tomado cuidadosamente de algún lugar sobre la tierra donde el pecado hubiera hecho menos impresión, pero escogió a Egipto donde en ese tiempo el pecado había hecho sus peores incursiones.

Reconociendo con anticipación que los hijos de Israel necesitarían construir el santuario en el desierto, Dios hizo provisión para la eventualidad futura. Movi6 a los egipcios a dar a los esclavos que partían, todo lo necesario para la obra.

“Jehová dijo a Moisés . . .

“Habla ahora al pueblo, y que cada uno pida a su vecino, y cada una a su vecina alhajas de plata y de oro . . .

“E hicieron los hijos de Israel conforme al mandamiento de Moisés pidiendo de los egipcios alhajas de plata, y de oro, y vestidos. Y Jehová dio gracia al pueblo delante de los egipcios, y les dieron cuanto pedían; así despojaron a los egipcios” (*Exodo* 11:1, 2; 12:35, 36).

Unas semanas después cuando ellos acamparon al pie del Sinaí, Moisés, bajo la instrucción de Dios, invitó a los israelitas a contribuir con el material necesario para el edificio. El oro, plata, lino, bronce y otras cosas que ellos trajeron fueron todo lo que adquirieron en el Egipto maldito por el pecado.

Conforme al modelo que Dios suministró, y por la destreza con la cual dotó a los constructores, el tabernáculo se erigió. Entonces el Señor descendió y llenó el edificio con su gloriosa presencia. Que pudiera hacer esto es un misterio fuera de comprensión. ¿Cómo era posible para tan pequeña parte de su vasta creación alojar al Ser cuyo poder es tan infinito que pudo llamar al universo entero a la existencia? Mientras que ningún israelita podía explicar esto, el hecho estaba delante de sus ojos cada día. Cuando ellos se dirigían cada mañana y tarde a los servicios de sacrificio, podían ver la gloria de la presencia de Dios brillar del interior de la tienda y ellos sabían que estaba allí.

El mismo misterio fue exhibido a Moisés cuando confrontó la zarza ardiendo. El pequeño arbusto extrajo sus recursos de la tierra maldita por el pecado y con todo, por un breve espacio, fue el tabernáculo del Altísimo.

Pero la más grande revelación de este misterio se dio en la encarnación de Cristo. Cuando vino a esta tierra, El se incorporó en un cuerpo de carne y sangre que, en todo aspecto, era hecho del mismo polvo maldito por el pecado como los de las personas que vino a salvar.

“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (*Hebreos 2:14*).

Esta verdad es tan vital para la salvación que inevitablemente viene bajo cruel ataque del enemigo y sus fuerzas. Por esta razón, muchos religioso contienden que Cristo vino en una diferente carne y sangre de la que cubre a la humanidad desde la caída de Adán. Para apoyar sus debates, ellos usan los pasajes que, cuando se toman solos, pueden hacer aparecer que sostienen sus enseñanzas.

Pero los que contemplan la revelación de la encarnación de Cristo que Jehová suministró en el santuario comprenderán las dos diferentes naturalezas que se mezclaron misteriosamente en Cristo. Una naturaleza era completamente de lo alto, divina,



La gloria de la presencia de Dios se veló en los materiales malditos por el pecado que formaron el santuario. Así el Eterno habita en lo temporal. Del mismo modo, la Divinidad habita en nuestra naturaleza mortal y humana.

perfecta, impecable e inmortal. La otra se componía del mismo polvo pecador como se hallaba en los materiales con los que se construyó el santuario y era por lo tanto, pecador, mortal y moría. Tiene que ser enfatizado que mientras Cristo tenía carne pecaminosa, nunca cometió pecado.

La Palabra de Dios específicamente declara que el santuario era una figura de la naturaleza de Cristo en la encarnación.

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (*Juan 1:14*).

“Dios ordenó a Moisés respecto a Israel: ‘Hacerme han un santuario, y yo habitaré entre ellos (Exodo 25:6), y moraba en el santuario en medio de su pueblo. Durante toda sus penosas peregrinaciones en el desierto, estuvo con ellos el símbolo de su presencia. Así Cristo levantó su tabernáculo en medio de nuestro campamento humano. Hincó su tienda al lado de la tienda de los hombres, a fin de morar entre nosotros y acostumbrarnos con su vida y carácter divinos. ‘Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad’ (Juan 1:14)” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 15).

Estas afirmaciones enseñan claramente que la tienda de Cristo era su cuerpo físico que tenía mientras estaba en la tierra, exactamente como habitó en la tienda en el desierto. Así como Moisés edificó el templo de entonces del polvo de la tierra maldito por el pecado, así el cuerpo de Cristo se formó del mismo polvo. Cada vez que su pueblo iba al santuario, Dios quería que esta verdad brillara sobre ellos con rayos más brillantes y claros.

El Señor sabía bien que cuando su pueblo perdiera la verdad de la encarnación lo cual es el misterio de Dios, Cristo en vosotros la esperanza de gloria, no tendrían más el Evangelio de salvación y ya habrían descendido en la apostasía. El siglo presente es uno de tinieblas marcado de ignorancia mundial de la naturaleza de Cristo mientras estuvo en la tierra. Existen varias teorías acerca de cómo el Salvador vivió entre los hombres, pero muy pocos enseñan la simple verdad revelada en el santuario de que vino con la misma carne y sangre como la poseída por los que vino a redimir.

Los templos establecidos sobre la tierra enseñaron la naturaleza del hombre como lo es sin inmortalidad. Cuando Dios ocupaba el edificio, simbolizaba la vida cristiana, pero cuando la presencia divina se apartaba, el edificio no permanecía vacío; llegaba a ser la morada de Satanás. Entonces representaba el alma irregenerada que, estando casada con Satanás, madura su simiente con el resultado de que una cosecha de malos frutos se producía. Es obvio que la presencia de Dios no puede habitar donde Satanás se establece. Por lo tanto, el maligno tiene que ser erradicado antes que Dios pueda entrar.

Otro templo, la nueva Jerusalén, ilustra la naturaleza de los redimidos como ellos serán en el paraíso. Dios será todavía el ocupante de ese templo y las vidas simbolizadas por él, pero el edificio mismo será construido de materiales sobre los que la maldición del pecado jamás a descansado. Por consiguiente él nunca pasará. Así también, los salvados tendrán cuerpos compuestos de materiales que nunca han conocido pecado y ellos vivirán eternamente como la nueva Jerusalén.

Al situar el santuario en medio del campamento donde el pueblo podía ver la presencia de Dios brillando desde el interior, Dios les proveyó de un recuerdo diario de la verdad que Cristo en ellos era su esperanza de gloria. Se esperaba que ellos meditaran continuamente sobre este tema para que nunca fuera cosa común o se diera solamente por segura. Cuando lo hicieran, ellos iban a crecer en gracia a medida que el conocimiento de este misterio se aclara más y más a ellos.

Este requerimiento no ha cambiado. Ningún creyente debe descansar hasta que comprenda totalmente cómo su cuerpo debe ser el templo del Espíritu Santo. Ha transcurrido mucho tiempo cuando la presencia visible de Dios brilló de un tabernáculo fabricado de materiales terrenales, pero esto no priva el alma de su hermoso testimonio. Los registros de su construcción y servicios están escritos en la Biblia, invitando al estudiante dedicado a contemplar con frecuencia sus revelaciones de la manera de Dios salvar.

Todos deben saber su necesidad de investigar estas verdades hasta que vivan en ellos e irradian el amor y la gracia de Dios por donde quiera que van. Que nadie esté satisfecho solamente con llegar a un entendimiento casual de estas cosas.

Cavado profundo en busca del tesoro y cuando lo halléis, no sintáis que habéis llegado y no necesitáis investigar más. Vivid diariamente estos temas para que se realice un continuo progreso en una experiencia más grande cargada de poder espiritual.

“La humanidad del Hijo de Dios es todo para nosotros. Es la cadena áurea que une nuestra alma con Cristo, y mediante Cristo, con Dios. Esto ha de ser nuestro estudio. *Cristo fue un verdadero hombre*. Dio prueba de su humildad al convertirse en hombre. Sin embargo, *era Dios en la carne*. Cuando tratemos este tema, haríamos bien en prestar atención a las palabras pronunciadas por Cristo a Moisés en la zarza ardiente: ‘Quita tu calzado de tus pies,

porque el lugar en que tú estás, tierra santa es (Exodo 3:5). Debiéramos emprender este estudio con la humildad de quien aprende con corazón contrito. Y el estudio de la encarnación de Cristo es un campo fructífero que recompensará al escudriñador que cava profundamente en procura de la verdad oculta” (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 286).

¿Por Qué Carne Pecadora?

Capítulo 6

LAS evidencias consideradas en el capítulo anterior confirman que Cristo vino en la misma carne y sangre caídas y pecadoras que todos nosotros tenemos. Dios nunca habría requerido esto a menos que fuera estrictamente necesario. Hubiera permitido que el Salvador apareciera en esta tierra en una humanidad diferente.

¿Entonces, por qué Jesús debía venir de esta manera? ¿Por qué no podía aparecer en carne santa y sin pecado como la poseída por Adán antes de caer?

Cuanto más entiendan los cristianos las respuestas a estas preguntas, tanto más efectivos serán en confrontar las tentaciones sutiles generadas por los poderes de las tinieblas, así que dedicaremos este capítulo a la discusión de estos interrogantes.

Desde el principio será supuesto que no habrá duda acerca del hecho de que Cristo había de venir en todo igual a la misma carne y sangre con la cual estamos cargados. He aquí una declaración que confirma esto:

“Cristo es la escalera que Jacob vio, cuya base descansaba en la tierra y cuya cima llegaba a la puerta del cielo, hasta el mismo umbral de la gloria. *Si esa escalera no hubiese llegado a la tierra, y le hubiese faltado un solo peldaño, habríamos estado perdidos.* Pero Cristo nos alcanza donde estamos. Tomó nuestra naturaleza y venció, a fin de que nosotros, tomando su naturaleza, pudiésemos vencer. Hecho ‘en semejanza de carne de pecado’ (Romanos 8:3), vivió una vida sin pecado. Ahora, por su divinidad, echa mano del trono del cielo, mientras que por su humanidad, llega hasta nosotros. El nos invita a obtener por la fe en él la gloria del carácter de Dios. Por lo tanto, hemos de ser perfectos, como nuestro ‘Padre que está en los cielos es perfecto’” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 278).

No necesario para comunicación

Cuando Cristo fue originalmente unigénito en la forma de un ángel, el propósito básico era establecer compañerismo perfecto a través de interrumpida comunión entre el Creador y sus criaturas.

Sin embargo, cuando el pecado vino entre el hombre y Dios no fue necesario que Cristo descendiera más bajo para comunicarse con el hombre. Esto se prueba por el hecho de que Cristo caminó personalmente con varios humanos durante los tiempos del Antiguo Testamento antes de tomar la caída y pecadora naturaleza humana. Fue Cristo mismo quien vino a Abraham antes de la destrucción de Sodoma, luchó con Jacob, habló cara a cara con Moisés, Josué, Gedeón y los padres de Sansón, y quien entregó la ley en el monte Sinaí. El logró todo esto y más sin participar de la misma carne y sangre como la de aquellos con los que se comunicó.

Por supuesto, la comunicación no fue tan cercana como fue en el Edén, ni el Salvador podía hablar directamente a cualquiera, pero sin embargo, la comunicación estaba allí. Hombres santos como Moisés recibieron las palabras de inspiración y las pasó a los que Cristo no podía hablar cara a cara.

Dios propuso restaurar todo eso que se perdió en el Edén y dar a los redimidos más también. Ellos caminarán en la presencia de Jehová y lo verán y hablarán con El cara a cara. No habrá velo, ni barreras, ni mensajeros de por medio.

Mientras no era necesario para Cristo venir en carne caída y pecadora para comunicarse con el hombre caído, tenía que descender a este nivel para conducir al salvado a donde se restaura la relación perfecta y la comunión.

Para lograr este maravilloso propósito, Cristo tuvo que ejecutar importantes misiones, cada una de las cuales le requería que viniera en la misma carne y sangre como la poseída por los pecadores que vino a salvar. Tenía que exponer las mentiras de Satanás que la humanidad caída no podía guardar la ley al demostrar que se podía; se le requirió mostrar el contraste entre los caracteres de Dios y Satanás al manifestar la justicia del Señor en lo mejor mientras que la iniquidad satánica aparecía en lo peor; tenía que casarse con la humanidad para dar a los hombres vida; había de morir para pagar la pena que los hombres mismos no podían satisfacer. Habría sido imposible para Cristo hacer cualquiera de estas cosas si hubiera venido en carne santa.

Que a su turno cada una de estas responsabilidades se consideren brevemente.

Mostrando que la ley podía ser guardada

Satanás es un mentiroso inclinado a destruir todos los hombres por engaño. Contiene que la ley de Dios es un yugo de servidumbre que no puede guardarse por seres creados, y que Dios es injusto por castigar a sus criaturas que no guardan una ley que de ningún modo puede ser obedecida.

Fue cuando Dios desafió a Satanás sobre la justicia de Job, que él declaró claramente su posición sobre la ley. Elifaz temanita fue el principal portavoz de Satanás. Este hombre, a quien Dios condena en *Job* 42:7 como uno que no habla la verdad, reclama inspiración directa cuando decía:

“¿Será el hombre más justo que Dios? ¿Será el varón más limpio que el que lo hizo? He aquí, en sus siervos no confía, y notó necesidad en sus ángeles; ¡Cuánto más en los que habitan en casas de barro, cuyos cimientos están en el polvo, y que serán quebrantados por la polilla!” (*Job* 4:17-19).

No solamente Satanás insinúa que los hombres no guardan la ley, sino que acusa que Dios no tiene confianza en la habilidad de los ángeles para obedecerla.

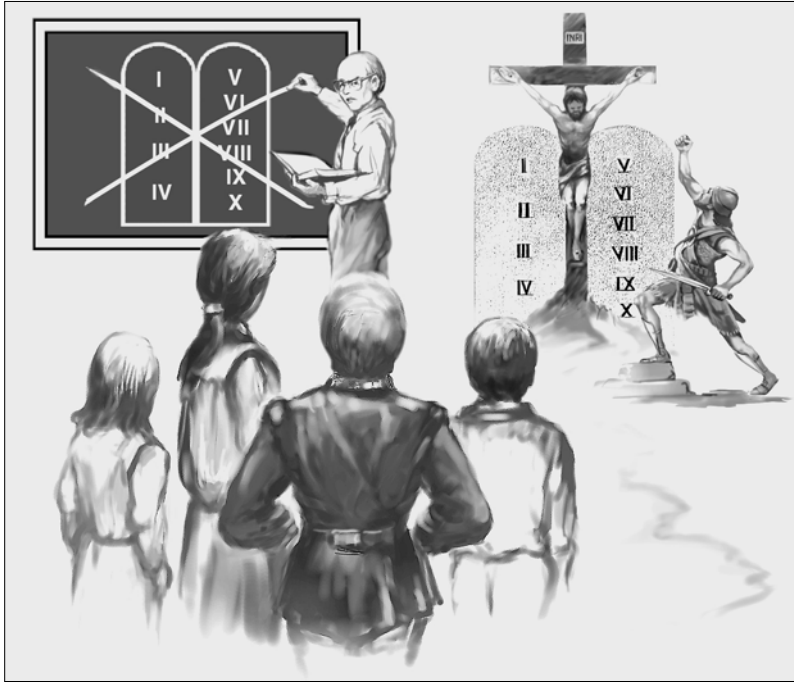
“Satanás representa la divina ley de amor como una ley de egoísmo. Declara que nos es imposible obedecer sus preceptos” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 15).

Satanás lucha con éxito considerable por convencer a los hombres que la obediencia de la ley está más allá de sus capacidades, porque sabe que si creen esta mentira, nunca alcanzarán obediencia, fortalecerán su reino y pierden la vida eterna.

Le era imposible a Dios aclarar la cuestión por declaración, así que envió a su Hijo al mundo para *demostrar* la falsedad de las acusaciones de Satanás al vivir una vida de justicia perfecta, aunque con humanidad caída y pecadora. Cristo hizo lo que fue enviado a hacer. El vivió una vida sin pecado en carne pecadora, así demostrando para siempre que un hombre que le permita al Salvador combinar su divinidad con la humanidad del hombre, y que viva en sumisión a Dios como lo hizo, podía también vivir una vida sin pecado en carne pecadora.

Es por esta razón que la Biblia habla de Cristo como siendo nuestro ejemplo en todas las cosas.

“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (*1 Pedro* 2:21).



La gloria de la presencia de Dios se veló en los materiales malditos por el pecado que formaron el santuario. Así el Eterno habita en lo temporal. Del mismo modo, la Divinidad habita en nuestra naturaleza mortal y humana.

En base a esto, Cristo pudo hacer la promesa de vida eterna a todos los que venzan como El venció.

“Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono “ (Apocalipsis 3:21).

“Así como Cristo vivió la ley en la humanidad, podemos vivirla nosotros si tan sólo nos asimos del Fuerte para obtener fortaleza” (El Deseado de Todas las Gentes, pág. 622).

Muchos más versículos y declaraciones pueden ser citados para establecer estos hechos, pero el punto principal para considerarse

en este capítulo es por qué, para cumplir estos objetivos, Cristo tenía que venir en la misma carne y sangre como la de los que vino a salvar.

Satanás decía que la ley no podía ser guardada por la humanidad caída. Cristo vino a probar que se podía. Si Cristo se hubiera negado a descender y guardar la ley en la misma humanidad caída en la que se le exige a los hombres rendir esta obediencia, no sólo hubiera fracasado en exponer la mentira de Satanás, sino peor todavía, la habría confirmado.

En el momento que Dios declaró que la ley podía ser guardada por una persona en carne caída y pecadora con tal de que tuviera la justicia de Cristo en esa humanidad, el Salvador se sometió totalmente a demostrar la prueba de esas palabras mientras tenía esa clase de cuerpo. Una negación por su parte a bajar toda la senda donde el hombre estaba, sólo podía ser interpretada por los hombres y los demonios como una admisión que no podía ser hecha a ese nivel. Por ello, todo hombre sobre la tierra fuera libre del deber de obedecer los mandamientos de Dios.

No es sorpresa entonces hallar que en esas iglesias donde se enseña que Cristo no vino en la misma carne y sangre como la de los hijos, también se enseña que ningún hombre puede guardar la ley a la perfección. Esto tiene que ser así, porque las dos posiciones son consistentes la una con la otra. Los miembros están seguros que Cristo guardó la ley por ellos, sólo dejándoles la responsabilidad de permitir a Cristo estar en su lugar hasta recibir carne santa en la segunda venida. Después que tienen esta carne exaltada, sus maestros les enseñan, que guardarán la ley aun como Jesús lo hizo mientras estuvo en la misma carne.

Esta enseñanza sirve a Satanás a la perfección y es por eso que la inventó. Todos lo que proclaman que Cristo no vino en humanidad caída y pecadora, por ello lo privan de toda posibilidad para hacer lo que se le envió hacer, exponer las mentiras de Satanás y así derrotarlo. Si esta enseñanza es verdad, las acusaciones de Satanás contra el gobierno divino son rectas y todos necesitan unirse en su rebelión contra el Altísimo.

Pero nosotros no podemos hacer esto porque la enseñanza es errónea. Los puntos del gran conflicto nos dejan sin opción más que creer que Cristo debía de venir en la misma carne y sangre la cual nosotros tenemos.

El contraste del carácter de Dios y el de Satanás

Muy estrechamente relacionado con la cuestión de si la ley podía o no ser guardada, es el asunto sobre el carácter de amor de Dios.

En el comienzo, Satanás resolvió exaltarse a sí mismo a los lugares más altos en el cielo, pero para hacerlo tenía que divorciar a Dios del afecto de las huestes celestiales y ganar para él su lealtad. Su método era difamar el carácter de Dios, un proceder que fue altamente exitoso. En el corazón de toda criatura convencida de sus mentiras, se generó la rebelión y las tinieblas del pecado y el dolor se sentó sobre la tierra.

“Lucifer, el querubín protector, deseó ser el primero en el cielo. Trató de dominar a los seres celestiales, apartándolos de su Creador, y granjearse su homenaje. Para ello, representó falsamente a Dios, atribuyéndole el deseo de ensalzarse. Trató de investir al amante Creador con sus propias malas características. Así engañó a los ángeles. Así sedujo a los hombres. Los indujo a dudar de la palabra de Dios, y a desconfiar de su bondad. Por cuanto Dios es un Dios de justicia y terrible majestad, Satanás los indujo a considerarle como severo e inexorable. Así consiguió que se uniesen con él en su rebelión contra Dios, y la noche de la desgracia se asentó sobre el mundo” (*Id.*, pág. 13).

Había sólo una manera que este espíritu de rebelión podía ser contenido y eliminado y era quitando la causa de ella, — la falsa representación del carácter de amor de Dios. Si esto no era hecho, el mal se diseminaría por todo el universo, destruyendo a medida que avanzara.

Había únicamente un Ser en el universo que podía resolver este problema y ese era Cristo Jesús. Sólo El, que era igual al Padre, podía hacer conocer su carácter. Hasta que esta misión se realizara podía la gran controversia ser terminada. Muchos tienen conceptos limitados del conflicto, imaginando que el único propósito de la venida de Cristo a esta tierra era morir por la humanidad perdida. Esto era relativamente un aspecto menor, porque Dios y Satanás estaban actuando por intereses más altos que este pequeño mundo. El futuro del universo entero estaba en disputa.

Si Satanás podía mantener sus mentiras acerca de Dios, entonces la rebelión ciertamente se dispersaría por todo el reino, pero si él podía ser expuesto, entonces estaría limitado a esta tierra y destruido completamente.

Prueba que Cristo vino a realizar mucho más que la salvación del hombre se provee en las palabras pronunciadas antes de morir, “Consumado es”, *Juan 19:30*.

Si Cristo hubiera venido nada más que a morir por la humanidad, no habría pronunciado estas palabras hasta la mañana de la resurrección, o, antes de morir habría anunciado, “está por ser consumado”. En cambio dijo, “Consumado es”. Luego murió.

“Cristo no entregó su vida hasta que hubo cumplido la obra que había venido a hacer, y con su último aliento exclamó: ‘Consumado es’ (*Juan 19:30*). La batalla había sido ganada. Su diestra y su brazo santo le habían conquistado la victoria. Como Vencedor, plantó su estandarte en las alturas eternas. ¡Qué gozo entre los ángeles! Todo el cielo se asoció al triunfo de Cristo. Satanás, derrotado, sabía que había perdido su reino” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 706).

Cristo terminó la obra que vino a realizar y luego murió por la humanidad perdida. Esa obra era ganar la victoria sobre Satanás al destruir la gran arma que usó para socavar el reino de Dios, la falsa representación del carácter de Dios.

Es imposible exagerar la importancia y significado de esa victoria. Sin ella, la salvación del hombre nunca podría haberse logrado, el universo no podría haber sido limpiado del cáncer del pecado, y el gozo y la paz eternos habrían sido desterrados de todas partes de los dominios de Dios.

Todo creyente necesita estudiar el carácter de Dios como está relacionado a los asuntos de la gran controversia hasta entender cuán esencial era y es todavía que las mentiras de Satanás acerca del Padre eterno fueran expuestas. Todos necesitan comprender que no habría vida eterna para ninguno de los redimidos si Cristo no hubiera ganado esa victoria.

Para lograrla, debió manifestar el carácter de Dios en lo mejor de su gloria “en contraste con el carácter de Satanás” (*Id.*, pág. 13). Ambos habían de ser puestos lado a lado para ser plenamente manifiestos.

Fue en la cruz que estos objetivos se alcanzaron. Allí, cuando Satanás vio que sus mejores esfuerzos por inducir a Cristo a pecar probaron ser inútiles, fue obligado en absoluta desesperación a quitar todo su disfraz y desencadenar las últimas reservas del mal contra el Salvador. Los espectadores residentes en el universo se horrorizaron con las magnitudes del mal a las que Satanás

estaba llegando. Simultáneamente, se llenaron de asombro reverente en el amor, paciencia, espíritu de perdón, y la tierna misericordia que marcaba la conducta de Cristo.

La derrota que Satanás sufrió en la cruz restringió su influencia a este mundo y preparó el camino para el cercano día cuando su capacidad para estimular rebelión en la humanidad terminará y se hallará solo sin nadie que lo ayude. Al terminar el milenio la última confrontación tomará lugar cuando Dios muestre a los expectantes moradores de esta tierra todo lo que fue revelado del carácter de Dios y de Satanás por medio del ministerio y sacrificio de Cristo. La reacción universal de los justos y los impíos igualmente, será que los caminos de Dios son rectos y justos y que ninguna falta puede ser hallada en El. Entonces se introducirá esa grande y maravillosa eternidad libre de todo rastro de pecado y su consecuente miseria.

Todo esto se hizo posible por causa de la obra que Cristo vino hacer. Esa tarea nunca se habría terminado si Cristo no hubiera venido en la misma carne y sangre que nosotros tenemos. La clave para comprender esto consiste en las palabras: “El conocer a Dios es amarle; su carácter debe ser manifestado *en contraste* con el carácter de Satanás” (*Ibid.*).

No puede verse el contraste de dos cosas a no ser que se coloquen lado a lado. Era imposible para Cristo manifestar el carácter de Dios en contraste con el carácter de Satanás mientras permaneciera en el cielo; y Satanás no podía volver a entrar al paraíso para que allí se mostrara el contraste.

Así que, si Satanás no podía ir a Cristo, Cristo debía venir a él. Satanás estaba manifestando su carácter aquí por medio de hombres poseídos de carne y sangre débil, mortal y pecadora. Cristo había de ir al mismo lugar para revelar el carácter de Dios lado a lado con el de Satanás. Si hubiera fallado en unir su divinidad con nuestra caída humanidad en un simple aspecto, no se habría dado la demostración requerida, Satanás no habría sido derrotado, y el universo se habría perdido.

Enseñar que Cristo vino en carne y sangre sin pecado es ubicarlo lejos del lugar donde sólo podía manifestar efectivamente el carácter de Dios *en contraste* con el carácter de Satanás.

Su matrimonio con la humanidad

Cuando Adán, el portador original de simiente, cometió pecado, la herencia que podía transmitir era muerte. En consecuencia, la humanidad se afrontó con la extinción a menos que se hallara una nueva fuente de vida. A causa de que la ley de generación en este mundo dicta que la vida puede adquirirse solamente de una semilla, la fuente alternativa de vida había de ser un portador de simiente en quien hubiera existencia eterna. Afortunadamente para la humanidad, Cristo Jesús se ofreció para cumplir esta función. En las vidas de todos los que desean recibirlo, implanta su simiente divina, ellos son regenerados con vida eterna, y la amenaza de extinción se desvía.

Únicamente los que reciben la vida de la simiente de Cristo serán libres de la maldición y vivirán. Todos los demás ciertamente perecerán.

Cristo está más que deseoso de implantar esta simiente pero El sólo puede hacerlo dentro del marco de la ley la cual declara que no puede haber implantación de simiente fuera del matrimonio. *Por lo tanto, Cristo tenía que casarse con la humanidad para implantar su simiente en ella.*

Tenía que casarse con la humanidad que vino a salvar y ella era sobre la cual descansaba la maldición del pecado. Si Cristo hubiera venido en carne santa como muchos dicen que vino, habría casado su divinidad con una relación distante de las personas que necesitaban su vida. Bajo esas circunstancias El no habría tenido el derecho legal para implantar su simiente en la humanidad caída, y el hombre pecador se habría condenado, porque Cristo no quebranta la ley.

Por lo tanto, el único cuerpo de carne y sangre en el que Cristo podía venir para dar al hombre el don de la regeneración, era la carne y sangre caída y pecadora.

Pero esta no era la única razón de por qué Cristo había de casarse con la humanidad caída y pecadora. El debía hacerlo para volver a ganar posesión de su reino perdido.

Cuando la gran crisis se inició en el cielo y Satanás demandó que Cristo descendiera para que pudiera reemplazarlo, el unigénito Hijo del Padre lo hizo, y descendió en realidad. Dejó de ser el Rey de reyes y Señor de señores y no volverá a ganar su reino hasta terminar el tiempo de gracia. De ese maravilloso momento está escrito:

“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (*Daniel 7:13, 14*).

“La venida de Cristo descrita aquí no es su segunda venida a la tierra. El viene hacia el Anciano de días en el cielo para recibir el dominio y la gloria, y un reino que le será dado a la conclusión de su obra de mediador” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 533).

Entonces vendrá su matrimonio con la nueva Jerusalén.

“Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios” (*Apocalipsis 21:9, 10*).

Cuando Cristo se case con la nueva Jerusalén, la cual es en realidad su posesión del reino universal, la familia humana será la invitada, no la esposa.

“Salta pues a la vista que la Esposa representa la ciudad santa, y las vírgenes que van al encuentro del Esposo representan a la iglesia. En el Apocalipsis, el pueblo de Dios lo constituyen los invitados a la cena de las bodas. *Apocalipsis 19:9*. Si son los *invitados*, no pueden representar también a la *esposa*” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 479, 480).

Antes de que los redimidos puedan ser los invitados a esas bodas, ellos tienen que ser la esposa de otro, de Cristo.

“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” (*Romanos 7:4*).

De igual manera, antes de que Cristo pueda ser el Esposo de esa estupenda unión entre El y el reino restaurado, debía estar casado con la familia humana. Esto era absolutamente necesario para que pudiera ejecutar esos servicios los cuales podían destruir los desafíos satánicos contra Dios y hacer posible el establecimiento eterno del imperio santo.

Esta separación del reino de Dios, el descenso de Cristo a las profundidades más bajas, y su ascenso a la posición más alta en

los cielos, está todo descrito proféticamente en la visión dada a Nabucodonosor y registrada en *Daniel 2*. La gran piedra representando a Cristo fue cortada de la montaña que simboliza el reino de Dios. Mientras estaba en esa condición de separación de su trono de gloria, Cristo desmenuzó la imagen en los pies, la destruyó totalmente, y luego llegó a ser un rey de tal magnitud y poder que su dominio llenó el universo.

Así como la piedra destruyó la imagen en los pies, su punto más bajo, así también Cristo descendió en un cuerpo humano cuando los hombres habían caído a su punto más bajo. La herencia que adquirió no podía ser peor. “El engaño del pecado había llegado a su culminación. Habían sido puestos en operación todos los medios de depravar las almas de los hombres”. “Pero Jesús aceptó la humanidad cuando la especie se hallaba debilitada por cuatro mil años de pecado. Como cualquier hijo de Adán, aceptó los efectos de la gran ley de la herencia. Y la historia de sus antepasados terrenales demuestra cuáles eran aquellos efectos. Más él vino con una herencia tal para compartir nuestras penas y tentaciones, y darnos el ejemplo de una vida sin pecado” (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 27, 32).

Su sacrificio de muerte

Todo predicador en las religiones “cristianas” está de acuerdo que Cristo debía morir para que el hombre se salvara. Había una deuda para ser pagada, una culpa para ser sufrida que, a menos que fuera cargada por un sufriente sustituto, la humanidad sería destruida eternamente.

Cuando se considera el sacrificio incomparable del Salvador, hay ciertos hechos que confirman que la única carne y sangre que Cristo podía tomar era la humanidad caída y pecadora, porque esta es la única clase que puede morir.

Al pecado precede siempre muerte. La muerte no pasó a Adán y Eva hasta que ellos cometieron su primera transgresión. Antes de ese tiempo, sus cuerpos no estaban sujetos a disolución.

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (*Romanos 5:12*).

De manera que, si Cristo hubiera venido como un Dios sin pecado, no podría haber muerto porque esto habría sido imposible.

“Jesucristo depuso su manto real y su corona principesca, y revisió su divinidad de humanidad a fin de convertirse en sustituto y rescate de la humanidad, de manera que al morir como hombre pudiera destruir por medio de la muerte al que tenía poder sobre la muerte. *No lo podría haber hecho como Dios, pero al venir como hombre Cristo podía morir*” (Carta 97, 1898).

“Cuando Cristo fue crucificado, su naturaleza humana fue la que murió. La Deidad no disminuyó y murió; esto habría sido imposible” (Comentario Bíblico ASD, tomo 5, pág. 1088).

Uno no puede verdaderamente predicar que Cristo vino en carne impecable como la poseída por Adán antes de caer, y, al mismo tiempo, enseñar que El murió por la humanidad. Las dos posiciones son totalmente incompatibles y contradictorias. No obstante, si esas personas que creen que Cristo vino en carne impecable fueran acusadas de negar que Jesús murió en el Calvario, reirían burlescamente. Ellas son tan ciegas espiritualmente para comprender el simple principio que la muerte sólo puede reinar donde el pecado ya se ha establecido. En consecuencia, Cristo podía morir solamente porque tenía carne y sangre que se formó del polvo de la tierra maldito por el pecado sobre el cual nosotros vivimos.

Para resumir

No importa cuál aspecto del ministerio de Cristo se considere, era indispensablemente necesario que El tuviera la misma carne y sangre pecadoras, caídas y mortales como la de los que vino a salvar. De otra manera nunca pudiera haber terminado su obra y todo se habría perdido.

Si es verdad que, como la mayoría de las iglesias enseñan hoy, El vino con la misma carne y sangre sin pecado como Adán tenían antes de pecar:

Cristo no podía haber comprobado que Satanás era un mentiroso cuando más tarde contendía que la ley de Dios no podía ser guardada. Esto habría aceptado la gran controversia a Satanás;

No habría podido manifestar el carácter de Dios en contraste con el de Satanás. El diablo habría permanecido sin derrota y el cáncer del pecado se habría diseminado en todo el universo;

Cristo no se habría casado con la humanidad con el resultado de que nadie podría recibir la vida eterna la cual está disponible solamente por la implantación de la simiente divina;

Habría sido imposible para Jesús haber muerto por los pecadores.

No es de admirarse que se nos diga que: “La humanidad del Hijo de Dios es todo para nosotros. Es la cadena áurea que une nuestra alma con Cristo, y mediante Cristo, con Dios. Esto ha de ser nuestro estudio” (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 286).

En este capítulo se ha hecho un esfuerzo para mostrar la relación entre la naturaleza de Cristo y su misión divina. El estudiante necesita investigar estas cosas hasta que pueda *verlas* por sí mismo. Así como a los antiguos israelitas se les amonestó hacerlo, nosotros tenemos que mirar cada día la santa presencia en el santuario y *ver* en él la revelación de las dos naturalezas de Cristo y el elevado y santo ideal que el Señor ha provisto para cada creyente.

El Adorno Interior

Capítulo 7

COMO se ha mostrado en los capítulos anteriores, la belleza del santuario y exactitud descritas de la naturaleza que Cristo tenía en su encarnación, representan la misteriosa combinación de la inmaculada divinidad y la humanidad pecadora hallada en el verdadero cristiano nacido de nuevo. Pero esta no es la única lección enseñada por el edificio real. Cada aspecto de su contenido había de ser una lección objetiva para Israel y para el mundo de lo que Dios quería que fueran sus hijos.

Externamente el edificio era muy sencillo y sin adornos pero internamente era una estructura de brillante hermosura. Estaba techado por cuatro cubiertas de materiales, la primera cubierta siendo “. . . diez cortinas de lino torcido, azul, púrpura y carmesí; y lo harás con querubines de obra primorosa” (*Exodo 26:1*).

La segunda capa era una cubierta hecha “de pelo de cabra” (versículos 7-13), la tercera “de pieles de carneros teñidas de rojo”, y la cuarta era “pieles de tejones” (versículo 14). La declaración siguiente indica que las pieles de tejones eran en realidad pieles de focas:

“El techo estaba formado de cuatro juegos de cortinas; el de más adentro era ‘de lino torcido, cárdeno, y púrpura, y carmesí; y . . . querubines de obra delicada’ (*Exodo 26:1*); los otros tres eran de pelo de cabras, de cueros de carnero teñidos de rojo y cueros de [seal = foca] tejones, arreglados de tal manera que ofrecían completa protección” (*Patriarcas y Profetas*, pág. 358).

Es difícil imaginar un techo menos atractivo que el de pieles de focas. El que ha estado en un museo de historia natural y ha visto los cadáveres desecados y amontonados de ballenas, tiburones, focas, y otras criaturas, recordará la deslustrada y gris apariencia muerta de las pieles en estas exhibiciones. Comparado con las brillantes y vívidas bellezas de esas pieles cuando sus propietarios vivían y nadaban en la frescura de las profundidades del océano, qué contraste hay entre las dos cosas.

Cuando esas pieles se usaron como techos para el santuario, no estaban solamente muertas; sino estaban también aisladas de su habitat natural. El calor seco del desierto bajo un sol abrasador

era un completo contraste con las frías, húmedas y refrescantes condiciones de las profundidades del océano.

Qué representación exacta esto es de la situación en la que los verdaderos hijos de Dios están colocados. Esta tierra, en comparación con la hermosura sin par del Edén, es un desierto desolado, árido, desnudo y sin vida. Así como esas pieles de focas fueron removidas de su ambiente natural, así también el pueblo de Dios está ubicado lejos de la hermosa tierra que es suya por derecho. Y precisamente como los israelitas tenían que marchar a través de la desolación para alcanzar la tierra prometida, así los cristianos no van directamente al cielo cuando ellos se convierten, sino tienen que gastar tiempo viajando por este triste mundo antes de entrar al paraíso.

Cuando esa bella tierra de vida eterna y hermosura se haya alcanzado, el pueblo de Dios poseerá una belleza externa que estará fuera de imaginación. Nunca más serán vestidos con cuerpos de muerte como el santuario fue cubierto con pieles muertas. Ellos retoñarán como hermosas flores con la bendición de una juventud de eterna vitalidad. De esa situación deseable, la nueva Jerusalén es un símbolo adecuado.

Los cristianos deben entender que su suerte es estar privados del adorno externo. Cuando ellos acepten esto, descansarán contentos, sabiendo que el área en la cual concentrarse es la belleza interior de un carácter cristiano. Pedro comprendió este principio muy bien y conforme a ello aconsejó:

“Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 S. Pedro 3:3, 4).

Los que están profundamente interesados en el desarrollo de una idoneidad espiritual para el cielo no tendrán dificultad con el adorno externo. La devoción a la moda es una evidencia, si la persona implicada lo desea ver, de una carencia definitiva de vida espiritual y una preocupación de intereses mundanales. La aprobación de otros es mucho más importante para ellos que la aprobación del cielo.

Los que tienen éxito en ganar la estima de otros necesitan entender que mientras el mundo admira ropas finas y adornos caros, las personas se impresionan más todavía cuando se ponen en contacto con la brillantez superior de un espíritu cristiano genuino. Mientras que muchos no están preparados para hacer los sacrificios necesarios



El interior del santuario del Antiguo Testamento fue magnífico con su hermosura de exquisito trabajo de oro, hermosas cortinas, la delicada luz de los candeleros y el esplendor de la presencia de Dios. La parte exterior era muy sencilla y sin atracción. Dios desea que su pueblo comprenda por esto que el cristiano en el mundo ha de concentrarse en el adorno interno con el seguro conocimiento de que la hermosura que irradia de adentro es mucho más atractiva de la que está colocada sobre lo externo. La primera es real, la última es artificial –un forro destinado a ocultar la deformidad del alma. Todos debieran conocer que todo intento por adornar la apariencia externa del individuo es una demostración de que la belleza interna falta. Sería bueno para los tales recurrir a la solución de Dios para su falta de atractivo que a la solución del hombre.

para recibir la justicia de Cristo, aprecian realmente estas virtudes en otros. Lo que brilla desde adentro es de más grande valor que aquello que adorna por afuera.

Cuando los israelitas miraban al santuario del Antiguo Testamento, no era la monotonía de la cubierta exterior lo que los impresionaba, sino la maravillosa gloria de Dios que brillaba desde adentro. Ellos no podían ver el altar de oro, los candelabros, la mesa de los panes y el arca, aunque sabían que estaban allí, pero podían ver el resplandor de la luz de shekinah que era completamente incontenible dentro del edificio.

Cada artículo del mobiliario enseñaba lecciones de gran importancia. Con excepción de los candeleros que eran de oro puro, los muebles estaban hechos de madera de sitim cubiertos de oro. Así que este material de valor llegó a ser el metal predominante usado por dentro del santuario mismo. La plata, usada para dar forma a los encajes en los que descansaba los tablones formando las paredes de la estructura, era secundaria al oro.

El Señor ordenó el uso del oro en el santuario porque este metal tiene un específico significado espiritual. Representa “la fe que obra por el amor” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 123).

Es la fe la que conduce el alma arrepentida a la armonía con Dios y la prepara para la tierra nueva. Sin fe viviente ningún hombre puede agradar a Dios, porque en ninguna otra manera se puede hacer una conexión salvadora con el Altísimo. La fe tiene que ocupar un lugar bastante grande en la experiencia humana que llene literalmente todo el ser y aparte de ella ninguna acción se toma. El Cristiano debe caminar por fe y solamente por fe. Todo paso que él de en incredulidad está caminando separado de Dios, la Fuente de vida y bendición.

Toda cosa hecha en verdadera fe y con procederes correctos será un éxito incondicional. Todo lo que se hace de otra manera fracasará en el fin. La historia de la iglesia de Dios muestra esta verdad viviente.

Debido a que la fe desempeña una parte muy grande en la exitosa consecución espiritual y servicio cristiano, Dios ordenó que el oro que la simboliza se usara por todas partes del edificio. Cuando su pueblo contemplara este hermoso material cubriendo las paredes de tabla y en cada pieza de mueble, ellos verían cómo la fe debía tener su verdadero lugar en cada parte de su naturaleza física, mental y espiritual.

La verdadera fe embellece la vida como nada más lo puede hacer porque su ejercicio correcto llena la vida con los hermosos atributos del Salvador. Así también, el uso extensivo del oro en el tabernáculo producía un efecto de deslumbrantes rayos de esplendor.

“No hay palabras que puedan describir la gloria de la escena que se veía dentro del santuario, con sus paredes doradas que reflejaban la luz de los candeleros de oro, los brillantes colores de las cortinas ricamente bordadas con sus relucientes ángeles, la mesa y el altar del incienso refulgentes de oro; y más allá del segundo velo, el arca sagrada, con sus querubines místicos, y sobre ella la santa ‘shekinah’, manifestación visible de la presencia de Jehová; pero todo esto era apenas un pálido reflejo de las glorias del templo de Dios en el cielo, que es el gran centro de la obra que se hace en favor de la redención del hombre” (*Patriarcas y Profetas*, pág. 361).

Había tres muebles de oro en el lugar santo; el altar del incienso, la mesa de los panes, y el candelabro con los siete candeleros.

El altar estaba directamente delante del velo detrás del cual esta el lugar santísimo que contenía el arca del pacto. De todos los artículos en el primer departamento él era el más cercano a la presencia real de Dios. Sobre el altar se colocaba el incienso que, cuando quemaba, ascendía en una nube llenando ambos departamentos. Esto representa las oraciones del pueblo de Dios mezcladas con la justicia de Cristo que sólo las hace aceptables a Dios.

“El incienso, que ascendía con las oraciones de Israel, representaba los méritos y la intercesión de Cristo, su perfecta justicia, la cual por medio de la fe es acreditada a su pueblo, y es lo único que puede hacer el culto de los seres humanos aceptable a Dios” (*Id.*, pág. 366).

Este era el “altar de intercesión perpetua” (*Ibid.*). Nunca se permitía extinguirse el fuego quemando el incienso. Esto le transmitía a Israel el mensaje que ellos debían “orar sin cesar” (*1 Tesalonicenses* 5:17).

Muchísimo podría ser escrito acerca de la necesidad, ciencia y lugar de la oración en la vida cristiana, pero sólo una mención breve de ella es posible aquí.

El cristiano no puede vivir y crecer sin una vida efectiva de oración. Cada uno de los hombres por quienes el Señor logró cosas prodigiosas vivió en una atmósfera de constante comunión con el cielo. Uno de los más extraordinarios ejemplos de esto es Daniel,

cuya constancia en oración le dio victoria tras victoria sobre los más poderosos monarcas de esos tiempos, lo preservó del foso de los leones, y le abrió estupendas revelaciones proféticas que guiarán a los hijos de Dios hasta el fin de los tiempos.

Cristo oraba con frecuencia. Mientras otros dormían, salía al bosque o a la ladera de la montaña en comunión con su Padre, recibiendo grande abastecimiento de gracia y poder, y se regeneraba para la obra ante El en el día siguiente. De otra manera nunca habría cumplido su misión.

“Las tinieblas del maligno cercan a aquellos que descuidan la oración. Las tentaciones solapadas del enemigo los incitan al pecado. Y todo porque ellos no se valen del privilegio divino que el Señor les ha concedido de encontrarse con El en oración.

“¿Por qué los hijos y las hijas de Dios han de ser tan remisos para orar, cuando la oración es la llave en la mano de la fe para abrir los depósitos del Cielo donde están atesorados los recursos ilimitados de la Omnipotencia?

“Sin oración incesante y vigilancia diligente corremos el riesgo de volvernros indiferentes y de desviarnos del sendero recto. El adversario procura constantemente obstruir el camino al propiciatorio para que no obtengamos — mediante fervientes súplicas y fe — gracia y poder para resistir la tentación” (*El Camino a Cristo*, págs. 169, 170).

Los que descuidan la oración carecen de un sentido de su necesidad de la Fuente divina. Esto sólo termina en suficiencia propia, independencia de acción, y la sustitución de los planes y sabiduría humanas en lugar de los divinos. El verdadero descanso del sábado nunca será conocido por los que operan de esta manera porque siempre buscarán pero nunca hallan, lucharán pero nada obtienen.

Al colocar el altar de intercesión perpetua en el santuario, el Señor deseaba que el pueblo leyera el mensaje, que solamente cuando hubiera una constante dependencia de El, podían mantener su conexión con El y ser preservados del poder y malicia de Satanás. Que todos hoy miremos esa prodigiosa lección objetiva y tengamos impresa la misma convicción en nuestras mentes.

Se enseña otra lección importante con el constante ascenso del incienso que simbolizaba la justicia de Cristo. A causa de que estamos albergados en humanidad caída y pecadora, todo servicio y obra que rendimos se contamina por este canal. Por lo tanto, nada

de lo que hacemos, a pesar de la intachable justicia de Cristo dentro, puede ser aceptada por el Padre a menos que se mezcle con los méritos de la vida perfecta de Cristo.

“Los servicios religiosos, la alabanza, la confesión arrepentida de pecado ascienden desde los verdaderos creyentes como incienso ante el santuario celestial, pero al pasar por los canales corrotos de la humanidad, se contaminan de tal manera que, a menos que sean purificados por sangre, nunca pueden ser de valor ante Dios. No ascienden en pureza inmaculada, y a menos que el Intercesor, que está a la diestra de Dios, presente y purifique todo por su justicia, no son aceptables ante Dios. Todo el incienso de los tabernáculos terrenales debe ser humedecido con las purificadoras gotas de la sangre de Cristo. Él sostiene delante del Padre el incensario de sus propios méritos, en los cuales no hay mancha de corrupción terrenal. Recoge en ese incensario las oraciones, la alabanza y las confesiones de su pueblo, y a ellas les añade su propia justicia inmaculada. Luego, perfumado con los méritos de la propiciación de Cristo, asciende el incienso delante de Dios plena y enteramente aceptable. Así se obtienen respuestas benignas.

“Ojalá comprendieran todos que toda obediencia, todo arrepentimiento, toda alabanza y todo agradecimiento deben ser colocados sobre el fuego ardiente de la justicia de Cristo. La fragancia de esa justicia asciende como una nube en torno del propiciatorio” (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 404).

Esta declaración ha planteado problemas para algunos, mientras que otros han dependido de ella para “probar” la idea acariciada que una persona nunca puede ser justa sino hasta la segunda venida cuando esta mortalidad será reemplazada por la inmortalidad pura.

La simple verdad es que no importa cuán justa la persona pueda ser, el templo en el cual ella vive es compuesto de polvo todavía sobre el cual descansa la maldición del pecado. Por consiguiente, el instrumento es altamente defectuoso y terriblemente incompetente, haciéndolo incapaz de rendir por medio de él el nivel de logro posible a los que viven en carne y sangre impecable e inmortal. Dios, quien se satisface con nada menos que intachable perfección, nunca puede aceptar este bajo nivel de obtención. Tiene que ser añadido a ello la justicia imputada de Cristo para que eso sea aceptable a Jehová.

Si, por una parte, los humanos tan sólo se dieran cuenta del aprieto en que se han colocado con motivo de la transgresión de

Adán y, por otra parte, de las provisiones salvadoras hechas disponibles por medio de la vida y muerte de Cristo, todo rasgo de suficiencia propia sería borrado, y una dependencia más cercana de Dios sería establecida. Entonces más vida y poder se vería en las iglesias.

Mucho más se podría aprender del altar de intercesión perpetuo, del fuego sobre él, y del incienso que ascendía a la presencia de Dios, pero volvamos ahora a la mesa sobre la cual se colocaban los panes de la propiciación.

Cuando el sacerdote entraba al santuario, hallaba este mueble al lado de su mano derecha en el primer departamento. Estaba hecho de madera de sitim cubierto de oro puro. Esta madera era de un árbol perteneciente a la familia de la acacia. Siendo uno de los pocos árboles que sobrevivía en el desierto, era duro, de textura compacta, durable y, por lo tanto, muy adecuado para trabajo de gabinete. Todos los muebles del santuario estaban hechos de eso, con excepción del sólido candelabro de oro.

Cada sábado, un fresco abastecimiento de doce panes se ponía sobre esta mesa, ordenados en dos hileras cada una conteniendo seis panes.

“Y tomarás flor de harina, y cocerás de ella doce tortas; cada torta será de dos décimas de efa. Y las pondrás en dos hileras, seis en cada hilera, sobre la mesa limpia delante de Jehová. Pondrás también sobre cada hilera incienso puro, y será para el pan como perfume, ofrenda encendida a Jehová. Cada día de reposo* lo pondrá continuamente en orden delante de Jehová, en nombre de los hijos de Israel, como pacto perpetuo. Y será de Aarón y de sus hijos, los cuales lo comerán en lugar santo; porque es cosa muy santa para él, de las ofrendas encendidas a Jehová, por derecho perpetuo” (*Levítico 24:5-9*).

“El pan de la proposición se conservaba siempre ante la presencia del Señor como una ofrenda perpetua. De manera que formaba parte del sacrificio diario, y se llamaba ‘el pan de la proposición’ o el pan de la presencia, porque estaba siempre ante el rostro del Señor (*Exodo 25:30*). Era un reconocimiento de que el hombre depende de Dios tanto para su alimento temporal como para el espiritual, y de que se lo recibe únicamente en virtud de la

* Aquí equivale a sábado

mediación de Cristo. En el desierto Dios había alimentado a Israel con el pan del cielo, y el pueblo seguía dependiendo de su generosidad, tanto en lo referente a las bendiciones temporales como a las espirituales. El maná, así como el pan de la proposición, simbolizaba a Cristo, el pan viviente, quien está siempre en la presencia de Dios para interceder por nosotros. El mismo dijo: 'Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo' (Juan 6:48-51). Sobre el pan se ponía incienso. Cuando se cambiaba cada sábado, para reemplazarlo por pan fresco, el incienso se quemaba sobre el altar como recordatorio delante de Dios" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 367).

La colocación de los panes dentro del santuario era una lección destinada a impresionar la mente que la Palabra viviente había de ser implantada dentro del creyente al alimentarse constantemente de ella. Como el alimento temporal es esencial para la salud y el crecimiento de la vida física, así ninguno puede subsistir espiritualmente sin el alimento diario de la Palabra viva de Dios.

En realidad, la razón de la baja condición espiritual hallada con frecuencia entre los hijos profesos de Dios es su descuido del estudio fiel y diligente de la Biblia.

"La razón por la cual los jóvenes, y aun los de edad madura, se ven tan fácilmente inducidos a la tentación y al pecado es porque no estudian la Palabra de Dios ni la meditan como debieran. La falta de fuerza de voluntad firme y resuelta, que se manifiesta en su vida y carácter resulta del descuido de la sagrada instrucción que da la Palabra de Dios. No hacen esfuerzos verdaderos por dirigir la mente hacia lo que le inspiraría pensamientos puros y santos y la apartaría de lo impuro y falso. Son muy pocos los que escogen la mejor parte, los que se sientan a los pies de Jesús, como lo hizo María, para aprender del divino Maestro. Pocos son los que atesoran las palabras de Cristo en su corazón, y que las ponen en práctica en la vida" (*El Ministerio de Curación*, pág. 364).

La protección de tentación es solamente el comienzo de los beneficios procedentes del estudio diligente de la Palabra de Dios por los que han recibido la vida de Cristo a través de la implantación de su simiente. No hay límites de la consecución mental y espiritual ofrecida a los que siguen esta línea de actividad. La experiencia de Daniel y sus tres compañeros en la escuela de Nabucodonozor verifica esto. Cristo, que no había recibido educación por medio de canales formales, demostró también esta verdad cuando El, a la edad

de doce años, pudo confundir a los hombres supuestamente educados de su tiempo.

“Al ser recibidas, las verdades de la Biblia enaltecerán la mente y el alma. Si se apreciara debidamente la Palabra de Dios, jóvenes y ancianos poseerían una rectitud interior y una fuerza de principios que los capacitarían para resistir la tentación” (*Ibid.*,).

“Aprenda la juventud a hacer de la Palabra de Dios el alimento de su mente y alma” (*Id.*,, pág. 365).

“En su luz veremos luz, hasta que la mente, el corazón y el alma estén transformados a la imagen de su santidad.

“Para quienes así se afirman en las divinas seguridades de la Palabra de Dios, hay maravillosas posibilidades. Ante ellos se extienden vastos campos de verdad, vastos recursos de poder. Cosas gloriosas serán reveladas. Se les manifestarán privilegios y deberes que no sospechaban en la Biblia. Cuantos anden por el sendero de la humilde obediencia, cumpliendo el propósito de Dios, sabrán más y más de los oráculos divinos.

“Tome el estudiante la Biblia por su guía, permanezca firme en los principios, y entonces podrá aspirar a alcanzar cualquier altura. Todas las filosofías de la naturaleza humana han venido a parar en confusión y vergüenza, siempre que no han reconocido a Dios como el todo en todo. Pero la preciosa fe inspirada por Dios comunica fuerza y nobleza de carácter. Al espaciarse en su bondad, su misericordia y su amor, la percepción de la verdad será cada vez más clara; el deseo de la pureza de corazón y de la claridad de pensamiento será también más elevado y santo. Al morar el alma en la atmósfera pura del pensamiento santo, se transforma por su comunión con Dios mediante el estudio de su Palabra. La verdad es tan amplia, de tanto alcance, tan profunda y tan ancha, que el hombre se anonada. El corazón se enternece y se rinde a la humildad, la bondad y el amor” (*Id.*, pág. 370).

Tiene que ser acentuado que todas estas bendiciones son para los que tienen la simiente de Cristo en ellos. La Palabra de Dios es alimento y nutrirá a cualquier vida que se aplique. Entonces, si el individuo tiene todavía el viejo corazón de piedra en él, el estudio de las Escrituras servirá para fortalecer los elementos profanos de su carácter.

Algunos pueden hallar esto difícil de entender aunque está bien ilustrado en la naturaleza. Si el mismo abono nutritivo se aplica al espino y a un manzano respectivamente, los dos crecerán

vigorosamente como un resultado pero el espinoso no se convierte en un manzano. El simplemente se extenderá en un espinoso más próspero. Así que sería mejor no fertilizar el espinoso en absoluto.

La historia de la nación judía confirma que lo que es verdad en lo natural es verdad también en lo espiritual. Durante siglos los judíos estudiaban las Escrituras con corazones llenos de orgullo nacional y un espíritu de venganza contra los romanos. Cuanto más leían la Palabra de Dios, tanto más crecía su orgullo. Su odio por los romanos se intensificó y la ceguera que los rodeaba aumentó, incapacitándolos para reconocer al Mesías cuando vino. Fue el estudio de las Escrituras lo que los descalificó para recibir al Salvador, mientras que, si fueran nacidos de nuevo, el mismo estudio los habría preparado para ver y aceptar a Cristo.

Los que dedican tiempo y esfuerzo a salvar a las almas perdidas con frecuencia se ponen en contacto con gente que han dedicado años a una falsa religión. Estas almas se adhieren loablemente al principio que la Biblia es la infalible Palabra de Dios y dedican mucho tiempo a estudiarla. Estos individuos deberían ser abiertos para recibir la verdad, pero tristemente, debido a que no tienen la vida de Cristo en ellos, su estudio sólo ha servido para fortalecer sus ideas y teorías equivocadas hasta que sus mentes han tomado tal molde que ellos no pueden ser movidos por la verdad. Satanás sabe exactamente cómo usar el estudio de la Palabra de Dios para condicionar una mente contra la luz divina.

Por consiguiente, las maravillosas promesas citadas antes que nos aseguran esas notables bendiciones que acompañarán al estudiante diligente de la Palabra de Dios, son solamente verdad en el caso de los que tienen la simiente de Cristo en ellos y que emplean principios correctos de interpretación. Toda persona necesita tener la certeza de que esta experiencia es suya. Esto no significa que el individuo no debe estudiar la Palabra antes de llegar a ser una nueva criatura, porque en ninguna parte puede la instrucción ser hallada que lo guíe a la Fuente de vida. Lo que significa es que si el estudiante no obtiene la regeneración, el estudio diligente de las Escrituras sólo sirve para confirmar y fortalecer las malas características ya en él.

En cualquier manera el tabernáculo era una descripción de lo que Dios proponía que el creyente fuera, era también una representación de lo que Cristo era en su encarnación. Como la presencia de los panes de la proposición en el santuario indicaban

al pueblo su necesidad de tener la Palabra de Dios en ellos, así la Palabra estaba entronizada en el tabernáculo terrenal de Cristo, su cuerpo. Fue por esta razón que pudo testificar:

“Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postremo. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente” (*Juan 6:48-58*).

Los judíos eran tan familiar con su historia pasada que se enorgullecían de ella. Recordaban el favor especial mostrado a sus padres cuando Jehová les suministró el maná del cielo. Vieron en esto la garantía de que ellos serían para siempre el pueblo escogido de Dios. Fallaron en entender completamente que sólo los que habían recibido el pan espiritual (Cristo mismo), eran realmente el pueblo de Dios. Habían perdido la lección contenida en el pan de la proposición y perdieron la presencia personal de Dios y su esperanza de vida eterna.

Tanto el maná que milagrosamente aparecía sobre el suelo del desierto cada día y los panes en el tabernáculo estaban destinados a enseñarles su posición como receptores dependientes. Si hubieran entendido y recibido esta lección, habrían crecido en poder físico, mental y espiritual, hasta llegar a ser un poderoso pueblo sobre la tierra.

Eso que los israelitas fallaron en percibir, tiene que ser entendido por los hijos de Dios hoy si han de escapar de la suerte que cayó sobre Israel. Con ojos espiritualmente ungidos, deben mirar el santuario y su mobiliario y leer correctamente el mensaje que Dios ilustró allí. En la presencia del pan sobre la mesa

ellos deben discernir la necesidad de pan de vida para ser su continuo alimento.

Nosotros sólo hemos introducido el tema en este estudio y hay mucho más para ser aprendido de este simbolismo por el estudiante que cava profundo por la verdad.

La única pieza restante de mueble en el primer departamento es el candelabro. Este estaba colocado al lado sur del tabernáculo frente a la mesa de los panes. Como todo otro utensilio en el edificio, Dios dio instrucciones explícitas para su construcción.

“Harás además un candelero de oro puro; labrado a martillo se hará el candelero; su pie, su caña, sus copas, sus manzanas y sus flores, serán de lo mismo. Y saldrán seis brazos de sus lados; tres brazos del candelero a un lado, y tres brazos al otro lado. Tres copas en forma de flor de almendro en un brazo, una manzana y una flor; y tres copas en forma de flor de almendro en otro brazo, una manzana y una flor; así en los seis brazos que salen del candelero; y en la caña central del candelero cuatro copas en forma de flor de almendro, sus manzanas y sus flores. Habrá una manzana debajo de dos brazos del mismo, otra manzana debajo de otros dos brazos del mismo, y otra manzana debajo de los otros dos brazos del mismo, así para los seis brazos que salen del candelero. Sus manzanas y sus brazos serán de una pieza, todo ello una pieza labrada a martillo, de oro puro. Y le harás siete lamparillas, las cuales encenderás para que alumbren hacia adelante. También sus despabiladeras y sus platillos, de oro puro. De un talento de oro fino lo harás, con todos estos utensilios. Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte” (*Exodo 25:31-40*).

Mientras que el santuario era mantenido como Dios propuso que debía ser, no era nunca un lugar de oscuridad. Las siete lámparas se vigilaban para que ardieran continuamente día y noche y la delicada luz del candelabro se reflejaba desde la fulgurante superficie áurea de la pared sur para producir un efecto de increíble belleza.

Había ocasiones cuando la luz de la presencia de Dios en el lugar santísimo rebosaba hacia el lugar santo y producía una iluminación todavía más gloriosa del interior del edificio.

El aceite en las lámparas que las mantenía alumbrando, era un símbolo del Espíritu Santo cuya presencia debe estar en el creyente si va a ser una luz en su vecindario. La luz, alimentada por el Espíritu Santo, tiene que estar en una persona antes que ella pueda brillar.

“Cristo no pide que sus seguidores luchen por brillar. El dice: Dejad que brille vuestra luz. Si habéis recibido la gracia de Dios, la luz está en vosotros. Quitad los impedimentos, y la gloria del Señor se revelará. La luz brillará, para penetrar y disipar las tinieblas. No podéis dejar de brillar en vuestra esfera de influencia.

“La revelación de su propia gloria en la forma humana, acercará tanto el cielo a los hombres que la belleza que adorne el templo interior se verá en toda alma en quien more el Salvador. Los hombres serán cautivados por la gloria de un Cristo que mora en el corazón. Y en corrientes de alabanza y acción de gracias procedentes de muchas almas así ganadas para Dios, la gloria refluirá al gran Dador” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 346).

Esta cita define claramente la responsabilidad del creyente. Ningún momento debe ser gastado en luchar por brillar. El debe concentrarse para recibir en su corazón la gracia de Dios, sabiendo muy bien que si hace esto, no puede ser más que un radiante testimonio del carácter de Dios, y, como tal, un ganador efectivo de almas.

El creyente no puede generar esa gracia por sí mismo más que los candeleros poder suministrar su propio aceite y ellos mismos llenarse de él. Sólo Dios es la fuente de esta gracia y el creyente debe mantener la conexión viviente con el Altísimo que le garantizará el flujo diario del suministro fresco de la vida divina.

Una revelación extensa de la luz y la verdad incorporada en el candelabro se dio a Zacarías, el profeta:

“Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó, como un hombre que es despertado de un sueño. Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él; Y junto a él dos olivos, el uno a la derecha del depósito, y el otro a su izquierda. Proseguí y hablé, diciendo a aquel ángel que hablaba conmigo: ¿Qué es esto, señor mío? Y el ángel que hablaba conmigo respondió y me dijo: ¡No sabes que es esto? Y dije: No, señor mío. Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos. . . .

“Hablé más, y le dije: ¿Qué significan estos dos olivos a la derecha del candelabro y a su izquierda? Hablé aún de nuevo, y le dije: ¿Qué significan las dos ramas de olivo que por medio de dos tubos de oro vierten de sí aceite como oro? Y me respondió

diciendo: ¿No sabes qué es esto? Y dije: Señor mío, no. Y él dijo: Estos son los dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra” (*Zacarías* 4:1-6; 11-14).

“Procedente de las dos olivas, corría el áureo aceite por los tubos hacia el recipiente del candelero, y luego hacía las lámparas de oro que iluminaban el santuario. Así también de los seres santos que están en la presencia de Dios, su Espíritu es impartido a los instrumentos humanos que están consagrados a su servicio. La misión de los dos ungidos es comunicar al pueblo de Dios que sólo la gracia celestial puede hacer de su Palabra una lámpara para los pies y una luz para el sendero: ‘No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos’” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 337).

En los tiempos de Zacarías el pueblo había perdido de vista el verdadero significado del santuario y su mobiliario. El profeta mismo tuvo dificultad en entender lo que el Señor le estaba revelando. Fue por esta razón que el Maestro divino le dio la visión en la que se mostraba claramente la conexión vital entre el receptor humano y la Fuente infinita.

En las vidas de todos los que se establecen y se mantienen estos vínculos esenciales con la Fuente infinita las palabras que Cristo habló en el sermón del monte serán verdad. El dijo:

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en casa. Así alumbrá vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (*Mateo* 5:14-16).

Hay una interesante relación entre el candelabro y el pan de la propiciación. El pan representa la Palabra de Dios del cual el cristiano se debe alimentar diariamente, pero era solamente visible cuando las lámparas estaban encendidas y la presencia de Dios llenaba el templo. No existían ventanas y puertas que admitieran luz terrenal, así que si la luz de origen celestial era extinguida, el templo era dejado en tinieblas y el pan que simbolizaba la Palabra de Dios no se podía hallar.

El cristianismo es una religión revelada. Los hombres no pueden hallar a Dios al investigarlo solamente. Ellos deben aceptar las revelaciones que El ha hecho de sí mismo y que se registran en las Escrituras y en la naturaleza. Esas revelaciones han de ser



El mobiliario del lugar santo en el santuario terrenal está lleno de lecciones valiosas que ocupará la mente del pueblo de Dios a través de toda la eternidad.

investigadas con diligencia, pero la obra no tendrá éxito si la ceguera y oscura incredulidad ensombrecen la mente. En el tiempo y a través de la historia Dios ha hecho maravillosas revelaciones a su pueblo pero han sido incapaces de verlas porque la luz de la presencia divina no ilumina más las cámaras internas de sus almas.

De manera que, así como los sacerdotes fieles tenían cuidado de no permitir que se apagase los candeleros, así el cristiano debe concentrarse en mantener la iluminación celestial ardiendo con esplendor y claridad.

Inagotables son las lecciones encerradas en la delicada y hermosa luz brillando de los candeleros, reflejada gloriosamente desde las paredes de oro pulido, que delicadamente iluminaba el altar del incienso, la mesa de los panes, y a los sacerdotes cuando realizaban su ministerio divinamente señalado. Los redimidos contemplarán por la eternidad estas maravillas del poder, amor y sabiduría de Dios, y hallarán siempre más y más que los ilumine y los inspire. Uno puede solamente concluir que lo poco dicho aquí es un pálido vislumbre de la luz que resta por brillar en la mente de los elegidos de Dios ahora y en la eternidad.

En esa luz se revela el pleno alcance del ministerio de Cristo como la luz del mundo, la relación que El mantiene como el gran Conector entre su Padre y su pueblo, y la manera en la cual, para cumplir esa misión mientras estuvo en la tierra, se comunicó con el cielo continuamente para recibir vida de Dios para poder impartirla a los hombres.

A su turno esto induce a la contemplación de Cristo como Profeta, Sacerdote y Rey de reyes, y a las naturalezas divina y humana que tenía que poseer para cumplir estas funciones. Uno podría hacer una lista interminable de las estupendas verdades visibles en los muebles del primer departamento del santuario terrenal, pero el espacio es insuficiente para cubrir todas estas posibilidades. El estudiante debe investigar los misterios por sí mismo.

Una atmósfera de solemne y hermosa paz en un ambiente de perfecta organización y orden armonioso saturaba los lugares santos y santísimo mientras permanecían en el servicio de Dios. Pero cuando el pueblo apostató, y la presencia del Señor se retiró, la paz se cambió por el tumulto y la confusión.

El mismo contraste se halla entre las vidas de los verdaderos creyentes y los mundanos. Cuando, por fe viviente, el creyente consagra toda la vida a Dios para que el poderoso Padre sea su Hacedor del plan y Solucionador del problema, conoce una paz hermosa y perdurable no importa la furia de las salvajes tormentas en su derredor o cuántas amenazas se dirijan contra él.

“Pero los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos” (*Isaías 57:20, 21*).

La vida de Cristo es la mejor ilustración que hay de la paz que Dios desea que sus hijos posean todo el tiempo. No importaba

cuán sería o amenazante fuera la situación en la que se colocara, Cristo retenía la misma paz perfecta como la que rodeaba el santuario cuando Dios estaba presente en él.

Por ejemplo, en esa temerosa noche cuando la ruda tempestad amenazaba hundir la barca en la que El y sus discípulos navegaban a través del lago de Galilea, Jesús dormía en paz en el fondo de la barca, mientras que ellos, absolutamente aterrorizados, luchaban con los elementos. Cuando la luz de un relámpago reveló su posición y presencia, ellos lo despertaron y le rogaron que los salvara.

Se levantó con abierta dignidad, habló al tumultuoso mar, “Callad, enmudece”. en respuesta a lo cual cesó el furioso oleaje. “Entonces, volviéndose a sus discípulos, Jesús les preguntó con tristeza, ‘Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?’” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 302).

Alguien podría hacer una diferencia entre la posición de Cristo y la de sus seguidores, contendiendo que El podía estar cómodo porque era consciente del poder en sus manos. Pero el Salvador no excusó el terror de sus discípulos. El lo consideró como evidencia de que ellos carecían de fe que era su privilegio poseer y ejercitar. En su calmada compostura, Jesús era el modelo de lo que ellos debían haber sido también.

“Cuando Jesús fue despertado para hacer frente a la tempestad, se hallaba en perfecta paz. No había en sus palabras ni en su mirada el menor vestigio de temor, porque no había temor en su corazón. Pero él no confiaba en la posesión de la omnipotencia. No era en calidad de ‘dueño de la tierra, del mar y del cielo’ como descansaba en paz. Había depuesto ese poder, y aseveraba: ‘No puedo yo de mí mismo hacer nada’ (Juan 5:30). Jesús confiaba en el poder del Padre; descansaba en la fe — la fe en el amor y cuidado de Dios —, y el poder de aquella palabra que calmó la tempestad era el poder de Dios.

“Así como Jesús reposaba por la fe en el cuidado del Padre, así también hemos de confiar nosotros en el cuidado de nuestro Salvador. Si los discípulos hubiesen confiado en él, habrían sido guardados en paz. Su temor en el tiempo de peligro reveló su incredulidad. En sus esfuerzos por salvarse a sí mismos, se olvidaron de Jesús; y únicamente cuando desesperando de lo que podían hacer, se volvieron a él, pudo ayudarles” (*Id.*, págs. 302, 303).

La única razón por la que los cristianos no gozan la paz que debieran experimentar es porque no han aprendido a confiar en Dios

como debieran. Repetidas veces en las Escrituras, el Señor nos dice cuánto los hijos de Dios deben estar en reposo en todo tiempo y bajo cualquier circunstancia. Deben estar tan completamente enterados de estas promesas que conocerán cuándo sus reacciones a una situación son menos que el ideal de Dios para ellos. Nosotros hemos sido muy propensos a aceptar como conducta normal una norma bastante baja de la que Dios considera como aceptable para un cristiano.

Los discípulos en el lago se sorprendieron probablemente cuando Cristo los reprendió por aterrizar en esa violenta tormenta. Sin duda se sorprendieron cómo más se suponía que se portarían cuando sus vidas estaban siendo amenazadas. Probablemente consideraban la conducta de Cristo más bien que la suya como siendo anormal.

Ellos necesitaban, como nosotros todavía hoy, levantar sus ojos por encima de los niveles bajos de fe con el que la mayoría de humanos se han contentado. Cuando Dios, con nuestra cooperación, haya terminado esta obra para nosotros, gozaremos una experiencia difícilmente considerada posible.

Un salmista del Antiguo Testamento después que ascendió a estos grandes niveles de fe y bajo la inspiración divina, testificó de esta experiencia en estas palabras:

“Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza” (*Salmo 46:1-3*).

Es muy difícil imaginar un terremoto más aterrador y destructor que el descrito aquí. Debajo, la tierra se hincha, cruje, se alza y baja. Los edificios desaparecen. Grandes montañas se trasladan de sus lugares y son derribadas al océano convulsionado en un gigantesco remolino de destrucción que alternadamente se aleja de las playas y luego regresan en enormes altas mareas.

La tormenta en Galilea fue menor evento comparado con la descripción de esta temible catástrofe, con todo, el salmista declara que el verdadero hijo de Dios será inmovible y sereno en medio de semejante cataclismo. Uno tiene que concluir de su testimonio que la posesión de tal paz en medio de semejante peligro es la conducta *normal* del cristiano. Esto es como Dios espera que sus hijos se comporten y es como ellos debieran esperar conducirse bajo estas

condiciones. Si no es así, ellos no son diferentes de los incrédulos gentiles que se destruyen de pánico cuando se afrontan con peligros, y si no hay diferencia, ¿entonces cuál es el valor de su religión?

Para desarrollar más plenamente este tema de la paz del cristiano se requiere un estudio detallado de los principios del descanso del sábado y esto se ha hecho en un libro sobre este tópico*.

Mientras tanto, permanece siempre la responsabilidad del cristianos de meditar sobre la paz perfecta que continuamente rodeaba al santuario, para que pueda ver el ideal de Dios para sus hijos.

Dios, que conoce mejor que nosotros la gloriosa experiencia que hizo disponible para nosotros, dijo:

¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar” (*Isaías* 48:18).

¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!” (*Isaías* 52:7).

Jesús dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (*Juan* 14:27).

“Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará. Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía. Guarda silencio ante Jehová, y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades” (*Salmo* 37:5-7).

Que la bendita paz y descanso del Altísimo sature el alma así como rodeaban y llenaban el santuario en los antiguos tiempos.

* Para más estudio sobre este tópico, escriba a Sabbatruhe-Advent-Gemeinschaft, para el libro *Reposo del Sábado de Dios*.

El Lugar Santísimo

Capítulo 8

EL lugar santísimo era el segundo o interior departamento del santuario donde la presencia real de Dios por lo general había de ser hallada. Había ocasiones cuando la Presencia llenaba el edificio entero. Tal instancia fue cuando Salomón dedicó el templo el cual tomó el lugar del santuario temporal del desierto.

“Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová” (1Reyes 8:10, 11).

En la equivalencia celestial del santuario terrenal, la presencia de Dios continuamente llena el edificio entero sea que El esté en el primero o en el segundo departamento, pero en el terrenal, el Señor había de restringir su presencia al lugar santísimo cuando los sacerdotes estaban ministrando en el otro departamento.

Como Dios designó que su pueblo debía leer el alto destino abierto a sus almas en el lugar santo y su mobiliario, así habían de aprender más todavía del segundo departamento y su contenido.

Había solamente un mueble en este sitio, el arca de oro en donde estaban las dos tablas de piedra, la vara de Aarón que reverdeció y un recipiente de maná. Encima del arca descansaban los dos querubines de oro. Pablo describe esto como sigue:

“Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no se puede ahora hablar en detalle” (Hebreos 9:3-5).

El arca fue hecha de la misma madera como el mobiliario en el primer departamento y fue también cubierta de oro puro.

“Hizo también Bezaleel el arca de madera de acacia; su longitud era de dos codos y medio, su anchura de codo y medio, y su altura de codo y medio. Y la cubrió de oro puro por dentro y por fuera, y le hizo una cornisa de oro en derredor. Además fundió para ella cuatro anillos de oro a sus cuatro esquinas; en un lado dos anillos y en

el otro lado dos anillos. Hizo también varas de madera de acacia, y las cubrió de oro. Y metió las varas por los anillos a los lados del arca, para llevar el arca. Hizo asimismo el propiciatorio de oro puro; su longitud de dos codos y medio, y su anchura de codo y medio. Hizo también los dos querubines de oro, labrados a martillo, en los dos extremos del propiciatorio. Un querubín a un extremo, y otro querubín al otro extremo; de una pieza con el propiciatorio hizo los querubines a sus dos extremos. Y los querubines extendían sus alas por encima, cubriendo con sus alas el propiciatorio; y sus rostros el uno enfrente del otro miraban hacia el propiciatorio” (*Exodo 37:1-9*).

Era encima de ese sólido propiciatorio de oro entre los querubines que la presencia de Dios se centraba. En el gran día de la expiación cuando el sumo sacerdote entraba a este departamento, su vida sólo era preservada cuando tomaba una extra porción de incienso y mantenía el humo ondeando entre él y esa luz radiante. El incienso era un símbolo de la justicia de Cristo que debía estar para siempre entre el hombre pecador y su Hacedor para que lo primero se preservara.

“El incienso, que ascendía con las oraciones de Israel, representaba los méritos y la intercesión de Cristo, su perfecta justicia, la cual por medio de la fe es acreditada a su pueblo, y es lo único que puede hacer el culto de los seres humanos aceptable a Dios” (*Patriarcas y Profetas*, pág. 366).

El acuerdo por lo cual el Señor habitaba sobre el propiciatorio con la ley, la urna del maná, y la vara reverdecida debajo, ilustraba no solamente un cuadro del gobierno justo de Dios, sino también enseñaba grandes verdades espirituales a su pueblo. Por estos medios, el Señor proveyó maravillosas promesas de las maneras cómo El se relaciona con su pueblo y cuán seguros ellos estaban bajo su protección y conducción. Muchísima verdad está contenida en cada uno de los objetos en el arca y la presencia de Dios y los querubines sobre ella, que un libro podía ser fácilmente escrito sobre cada uno. De este modo, los puntos para cubrir aquí son solamente una introducción al tema.

La presencia

El Ser radiante que habitaba entre los querubines sobre el propiciatorio era un personaje no menos que Dios, el unigénito Hijo del Altísimo. Para ocupar esta posición, tenía que descender desde

el último pináculo de poder y gloria para ocupar eventualmente el nivel más bajo posible, esa de un criminal condenado por hombres degradados de los gloriosos seres humanos que El había creado. Mientras no había venido plenamente cuando moraba en el santuario en los tiempos de Moisés, la profecía que vendría estaba contenida en el sistema de sacrificios. Todo animal que moría en las manos del pecador culpable, era un recuerdo de la suerte futura del que moraba sobre el propiciatorio en medio de su pueblo.

La condescendencia de Cristo al bajar desde lo más alto a lo más bajo es el más estupendo y glorioso sacrificio jamás hecho. No obstante, llamándolo condescendencia falla en transmitir la naturaleza correcta de ese acto salvador.

Conforme al diccionario, condescender es encorvarse o doblarse a un nivel de lenguaje o acción menos formal o digno que al que uno está generalmente acostumbrado. Esto es lo que Cristo hizo, pero la palabra lleva también el significado adicional de desdén velado por una obvia indulgencia o paciencia.

Solamente los que son realmente Cristianos son capaces de condescender. En su mayor parte, las condescendencias que presenciemos son, a cierto grado, artificiales. Ellas se imponen sobre la persona debido a que las circunstancias lo exige, no porque ella es movida por la poderosa compulsión del amor.

Cuando se piensa del sacrificio de Cristo al bajar de la gloria a la ignominia, el significado que se da a la palabra por la egoísta conducta humana tiene que ser eliminada totalmente de nuestras mentes. Jesús descendió, no porque tenía que hacerlo, ni porque la situación exigía que mantuviera una buena apariencia, sino porque su amor por la familia humana era tan intenso que no podía soportar separarse de ella. Por consiguiente, decidió venir tan cerca a ella como fuera posible. Por esta razón, tuvieron que construirle un santuario para que pudiera habitar en medio de su amado pueblo.

Esto no lo satisfizo todavía, porque El deseaba con inexprresable intensidad habitar en cada uno de su pueblo individualmente. Conocía bastante bien que si no aceptaban esta estrecha e íntima relación que El y ellos llegarían a ser verdaderamente uno, sería forzado a retirarse del edificio y dejarlos a su suerte. Trágicamente, esto es lo que aconteció. Generación tras generación confirmaba su decisión de seguir su propio camino hasta

que finalmente “La santa *shekinah*, al apartarse del primer templo, había permanecido sobre la montaña oriental, como si le costase abandonar la ciudad elegida” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 769).

De allí se perdió de vista, dejando al templo y al pueblo vacío de la sagrada presencia de Dios. El pueblo, insensible por el pecado, fue tan ignorante de la magnitud de su pérdida que no sintió el dolor de la separación, pero fue un asunto distinto con el Hijo de Dios. Ningún lenguaje humano podía describir la angustia que sintió cuando fue separado de su amado pueblo.

Mientras la Presencia estaba en el santuario todavía, era una declaración a los israelitas de que el tiempo vendría cuando, a través de su encarnación, Cristo ocuparía otro tabernáculo y así vendría aún más cerca a ellos. Esta tienda, aunque hecha del mismo polvo de la tierra maldito por el pecado, no sería un edificio estable centrado en Jerusalén, sino un cuerpo vivo de carne y sangre semejante al de ellos. Como tal sería una demostración para ellos de lo que serían también, templos vivos para la morada de la Presencia divina.

“Dios ordenó a Moisés respecto a Israel: ‘Hacerme han un santuario, y yo habitaré entre ellos’ (Exodo 25:8), y moraba en el santuario en medio de su pueblo. Durante todas sus penosas peregrinaciones en el desierto, estuvo con ellos el símbolo de su presencia. Así Cristo levantó su tabernáculo en medio de nuestro campamento humano. Hincó su tienda al lado de la tienda de los hombres, a fin de morar entre nosotros y familiarizarnos con su vida y carácter divinos. ‘Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad’ (Juan 1:14)” (*Id.*, pág. 15).

La Presencia en el santuario y en la encarnación de Cristo revela el maravilloso amor de Dios en Cristo Jesús. Ninguno que medite en la gloriosa verdad de “Dios con nosotros”, como se revela en el tabernáculo y la vida terrenal de Cristo, puede fallar en obtener una vislumbre del incomparable amor de nuestro Padre celestial. Aquí hay alimento para el pensamiento que la eternidad misma nunca agotará.

Si el israelita del tiempo de Moisés se hubiera sentado y visto en la frescura de la tarde la suave y radiante luz que emanaba del santuario, su ser entero se habría llenado de admiración, deleite, inspiración y reverencia, cuando reconociera que su Creador,

Dios, Pastor, Protector y Salvador estaba tan cerca, amándolo, sustentándolo e impartiendo constantemente vida. Se habría sentido atraído hacia esa Presencia, sereno en el conocimiento de que no había amenaza de destrucción, sólo la promesa de vida eterna. En todo lo que el Señor había hecho al venir a morir entre ellos, él habría podido leer el mensaje vibrante de vida, “Yo te amo”.

Sin duda hubo algunos que dedicaron tiempo considerando lo que esa Presencia realmente era y lo que significaba para ellos, pero la mayoría la dio por seguro y fallaron en recibir las bendiciones que podían haber sido suyas. Esta tragedia se repite con mucha frecuencia hoy.

Hace muchísimo tiempo que ese santuario pasó y la gloria de la Shekinah regresó al cielo. Siglos han transcurrido desde que Jesús llevó de regreso su humanidad impecable a las cortes de su Padre. Pero es nuestro privilegio todavía ponderar el glorioso mensaje contenido en la Presencia de Dios en Cristo dentro del santuario, hasta exclamar con el escritor inspirado: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios, por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él” (*1 Juan 3:1*).

Los deberes del ministerio celestial ahora demandan que Cristo esté geográficamente localizado lejos de nosotros, pero el amor que halla su fuente en el corazón de Dios no podía soportar todavía el dejarnos. Antes de partir al cielo a tomar sus deberes en la presencia de su Padre dio la alegre promesa de que no nos dejaría solos. El dijo:

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (*Juan 14:16-18*).

Por esta Presencia con y en nosotros hoy, Cristo está aún más estrechamente guardado en medio de su pueblo que nunca antes. Si el Salvador hubiera permanecido sobre esta tierra, las limitaciones de la humanidad física por la que llegó a ser uno con nosotros, lo habría excluido de estar con cada creyente todo el tiempo, pero el Espíritu Santo, no estando limitado a un lugar en un tiempo dado, trae la Presencia a todo los creyentes no importa dónde ellos estén.

El dios de Babilonia es completamente diferente de nuestro Dios. Mientras que el santuario revela que nuestro Salvador no puede soportar separación de su pueblo y por lo tanto ama habitar entre nosotros, el dios pagano vive muy alejado de sus súbditos. En ninguna otra parte está esto mejor mostrado que cuando los sabios de Babilonia se lo dijeron a Nabucodonosor en estas palabras:

“Los caldeos respondieron delante del rey, y dijeron: No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey; además de esto ningún rey, príncipe ni señor preguntó cosa semejante a ningún mago ni astrólogo ni caldeo. Porque el asunto que el rey demanda es difícil, y no hay quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada no es con la carne” (*Daniel 2:10, 11*).

No hay lugar en la teología babilónica para el mensaje del santuario, porque ella contradice totalmente su concepto de Dios. Ellos ven un dios arriba sobre las alturas por encima de sus súbditos que necesitan una clase especial de individuos “santos” para estar entre el pueblo y su señor. Con infortunio para ellos, las supuestas personas “santas” que son vistas como conectadores entre dios y el pueblo, no pueden ocupar más la posición que el pueblo mismo. Los magos de Babilonia admitieron esto cuando confesaron que el secreto era conocido sólo para los dioses que, a causa de no habitar con la humanidad, no podían impartir el mensaje aun a los magos mismos quienes se suponía eran los hombres más sabios sobre la tierra.

Semejante dios no puede simpatizar con su pueblo ni entender las pruebas y perplejidades por las cuales pasa. El no se angustia al separarse de sus súbditos. Todo lo que desea es su adoración esclavizante y el culto incondicional. Se deleita manteniéndolos en la ignorancia, porque él es el dios de las tinieblas más bien que de la luz. El es arrogante y altanero y rápido para destruir a los que no reconocen su autoridad. El no es un salvador, sino un terrible destructor.

Ese dios no es el Dios revelado en la Presencia en el santuario y visto después caminando como un hombre entre los hombres. El es todo lo que el dios pagano no es. Es el amigo de pecadores. El amor por nosotros no depende de nuestro amor por El, porque nos amó antes que nosotros lo conociéramos y continuará haciéndolo así para siempre, no importa cómo lo tratemos y le correspondamos.

“Desde que Jesús vino a morar con nosotros, sabemos que Dios conoce nuestras pruebas y simpatiza con nuestros pesares. Cada

hijo e hija de Adán puede comprender que nuestro Creador es el amigo de los pecadores. Porque en toda doctrina de gracia, toda promesa de gozo, todo acto de amor, toda atracción divina presentada en la vida del Salvador en la tierra, vemos a ‘Dios con nosotros’” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 15).

“Al condescender a tomar sobre sí la humanidad, Cristo reveló un carácter opuesto al carácter de Satanás. Pero se rebajó aun más en la senda de la humillación. ‘Hallado en la condición como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz’ (Filipenses 2:8). Así como el sumo sacerdote ponía a un lado sus magníficas ropas pontificias, y oficiaba en la ropa blanca de lino del sacerdote común, así también Cristo tomó forma de siervo, y ofreció sacrificio, siendo él mismo a la vez el sacerdote y la víctima. ‘El herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él’ (Isaías 53:5)” (*Id.* pág 16).

Es vitalmente importante para el pueblo por medio del cual Dios realizará su victoria final sobre el hombre de pecado, conocer lo que Jesús significa para ellos. Ellos necesitan entender la profundidad e intensidad de su amor y cómo lo llena el deseo de estar con ellos para que, sucesivamente, los pueda llevar donde El está.

Sería bueno que todos levantaran el velo por la fe y, a través de la luz brillando de la Palabra sagrada, contemplen esa maravillosa Presencia como habitó en el antiguo santuario, entró por su encarnación en una tienda humana, y ahora ministra a la mano derecha de Dios en el cielo. Todo creyente necesita entender lo que esto significa para él personalmente y debe estudiarlo hasta que su alma se ilumine de luz y poder; hasta que halle el amor de Cristo formado en él y anhele estar con el Salvador tanto como Cristo anhela estar con el creyente.

Los que dedican tiempo en la inspiración y tranquilidad del Espíritu en directa contemplación de la Presencia entre los querubines sobre el propiciatorio en el lugar santísimo del santuario, hallarán cuánto falla su amor en alcanzar el ideal divino. Ellos sabrán qué común y baja es su experiencia, y, al mismo tiempo, comprenderán las visiones de lo que el Señor hizo disponibles.

¡Qué vasto campo de estudio y meditación abre este tema a nuestra mirada de asombro! ¡Qué poder transformador y salvador hay en la presencia del Salvador entre nosotros como un hermano, amigo, salvador, guía, consolador, protector y mucho más!

¡Cuán poco conocemos y apreciamos a nuestro Sumo Sacerdote! El tiempo ha llegado cuando estas deficiencias tienen que ser superadas y se establezca una nueva relación entre Cristo y nosotros. Nada hay que anhele más fervientemente, ni otra cosa más que lo satisfaga. El camino al lugar santísimo está abierto. Podemos llegar a su presencia para ser enseñados de El y entender la gloria de este misterio, “que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (*Colosenses 1:27*).

Como se citó antes, no hemos agotado en absoluto las gloriosas verdades que se deben aprender de la presencia de Cristo en el santuario en el Antiguo Testamento. No hay una verdad bíblica excepto que esté revelada allí, porque en Cristo está toda la plenitud del Dios eterno. Una biblioteca podría ser escrita sobre este tema al que nosotros hemos dedicado solamente un capítulo.

Ahora se deja con cada creyente el venir a la presencia de Cristo. Los pensamientos expresados aquí pueden servir para abrir los ojos de todos a los gloriosos privilegios ante ellos para que tengan una nueva y vital experiencia, caminen tan cerca de Dios como El desea, y sean idóneos para ser los instrumentos de Dios en el conflicto futuro con los poderes de las tinieblas. Que la decisión de Cristo de habitar en medio de su pueblo nos convenza de que nos ama tanto que no puede soportar una separación y que irá a cualquier dimensión para restaurar la relación perdida.

El Arca y Su Contenido

Capítulo 9

EL arca era el único mueble en el santuario en el que todo lo que se almacenaba era de carácter permanente. Lo más cerca a ella en esta calidad eran las siete lámparas del candelabro de oro que contenía el aceite santo que alimentaba las luces.

En el arca depositaron una urna de maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las dos tablas de piedra en las que estaban escritos los diez mandamientos. Pablo confirma esto:

“Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto” (*Hebreos 9:3, 4*).

En el tiempo cuando se le dio a Moisés las instrucciones para construir el arca, no se dieron instrucciones para incluir el maná. En realidad, las únicas órdenes dadas por Dios que se registran en las Escrituras se hallan en *Exodo 16:32-34*.

“Y dijo Moisés: Esto es lo que Jehová ha mandado: Llenad un gomer de él, y guardadlo para vuestros descendientes, a fin de que vean el pan que yo os di a comer en el desierto, cuando yo os saqué de la tierra de Egipto. Y dijo Moisés a Aarón: Toma una vasiya y pon en ella un gomer de maná, y ponlo delante de Jehová, para que sea guardado para vuestros descendientes. Y Aarón lo puso delante del Testimonio para guardarlo, como Jehová lo mandó a Moisés” (*Exodo 16:32-34*).

Un gomer es cerca de 3.7 litros o como podría ser esperado, era solamente una señal de cantidad.

Fue antes de ellos llegar al Sinaí y, por lo tanto, antes que se les diera la orden para erigir el santuario y hacer e instalar su mobiliario, que se le dijo al sumo sacerdote por medio de Moisés que guardara la urna de maná. Había de ser puesta delante del Testimonio. Cuando el arca fue finalmente oficiada, esta especificación se cumplió al depositar el mana dentro de ella.

El mandato de incluir las tablas de piedra se dio en el mismo tiempo como los planes y especificaciones para hacer el arca, aunque las tablas no fueron entregadas sino hasta después.

“Harán también un arca de madera de acacia, cuya longitud será de dos codos y medio, su anchura de codo y medio, y su altura de codo y medio. . . .

“Y pondrás en el arca el testimonio que yo te daré” (*Exodo* 25:10, 16).

Así que, cuando Moisés más tarde recibió las tablas de piedra de Dios, sabía que ellas debían ser colocadas en el arca. La entrega de estas tablas de piedra se registra en *Exodo* 31:18:

“Y dio a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el monte de Sinaí, dos tablas del testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios”.

Sin embargo, esta edición original nunca alcanzó su lugar de destino en el arca, porque Moisés las quebró cuando vio al pueblo adorando el becerro de oro. Fue el reemplazo que se depositó en el sagrado lugar debajo del propiciatorio.

La vara de Aarón fue el último artículo puesto allí. Esto no sucedió sino hasta después de la rebelión de Coré, Datán y Abirán, que se desarrolló después del fracaso en Cades-barnea donde los israelitas fueron sentenciados a vagar cuarenta años en el desierto.

Los rebeldes Coré, Datán y Abirán, habían mantenido un desafío contra la posición de Aarón. Para aclarar el asunto para siempre, el Señor ordenó que el principal de cada tribu tomará una vara y escribiera su nombre en ella. Las varas habían de ser guardadas durante la noche en el tabernáculo. Dios declaró que la vara que reverdeciera indicaría la persona que había nombrado para el oficio de sumo sacerdote. Así Jehová hizo claro que la responsabilidad descansara sobre Aarón. Entonces su vara depositada en el arca como un testimonio perpetuo a los principios de nombramiento divino. Véase *Números* 17:1-11.

Debajo de la Presencia entre los querubines estaba la tapa del arca que se llamaba el propiciatorio. Semejante al resto del arca, estaba hecho de madera de sitim cubierta de oro puro.

En cada extremo del arca se situaba un magnífico querubín de oro con una ala extendida para cubrir la Presencia y la otra recogida en su lado. La posición y naturaleza de cada uno de estos objetos estaban destinados a transmitir lecciones de gran importancia a los hijos de Dios en cada siglo. Tan extensivas son estas lecciones que la eternidad no agotará las profundidades y alturas contenidas en ellas. Por consiguiente, el estudio dado aquí es solamente una breve introducción a ellas y su significado.

Estos eran los tres artículos depositadas en el arca y de todos ellos, posiblemente el más impresionante era las tablas de piedra en las que estaban escritos los diez mandamientos.

Esto era algo enteramente nuevo, porque la ley en la forma de diez grandes prohibiciones escritas sobre tablas de piedra, nunca antes se había dado al mundo. Tal presentación no se había creado en el Edén antes de la caída, ni se había dado a los que sirvieron a Dios después de la entrada del pecado. ¿Entonces por qué Dios esperó tanto tiempo antes de hacer esta impresionante presentación a su pueblo?

El Señor nunca había hecho esto antes porque nunca deseó hacerlo en absoluto. Solamente cuando la ceguera espiritual del pueblo se había convertido tan aguda por la persistente transgresión, halló necesario hacer esta adición, como está escrito:

“Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador” (*Gálatas* 3:19).

“Si el hombre hubiera guardado la ley de Dios, tal como le fue dada a Adán después de su caída, preservada por Noé y observada por Abrahán, no habría habido necesidad del rito de la circuncisión. Y si los descendientes de Abrahán hubieran guardado el pacto del cual la circuncisión era una señal, jamás habrían sido inducidos a la idolatría, ni habría sido necesario que sufrieran una vida de esclavitud en Egipto; habrían conservado el conocimiento de la ley de Dios, y no habría sido necesario proclamarla desde el Sinaí, o grabarla sobre tablas de piedra. Y si el pueblo hubiera practicado los principios de los diez mandamientos, no habría habido necesidad de las instrucciones adicionales que se le dieron a Moisés” (*Patriarcas y Profetas*, págs. 379, 380).

La ley en su forma pura y original es una transcripción perfecta del carácter santo de Dios, pero el pueblo había perdido la capacidad para ver a Dios o su ley en su verdadera luz. Así que Dios les proveyó de una descripción de sí mismo. Ellos fueron el producto de sus transgresiones que los había reducido en un pueblo de corazón empedernido que tenía un conocimiento intelectual de los requerimientos de Dios pero cuyos caracteres no reflejaban la justicia de Cristo. El deseaba que vieran que ellos, que estaban tan espiritualmente muertos como piedras frías sobre las cuales

la ley se escribió, necesitaban buscar otra Fuente para la vida que tuviera a la altura con la vida de Dios.

Al hacer esto, el Señor reconoció el peligro de su fracaso en ver su real propósito divino en suplir esta adición. Ellos mirarían el ayo que les dio para guiarlos a Cristo, como la fuente en lugar de Cristo. Con celo digno de una mejor causa, ellos buscarían eliminar de sus vidas toda práctica prohibida por esa ley, y entonces esperarían las más grandes advertencias de aprobación del Señor por sus logros. Al hacerlo así, ellos buscarían alcanzar los ideales de Dios para ellos de una manera diferente de la divina.

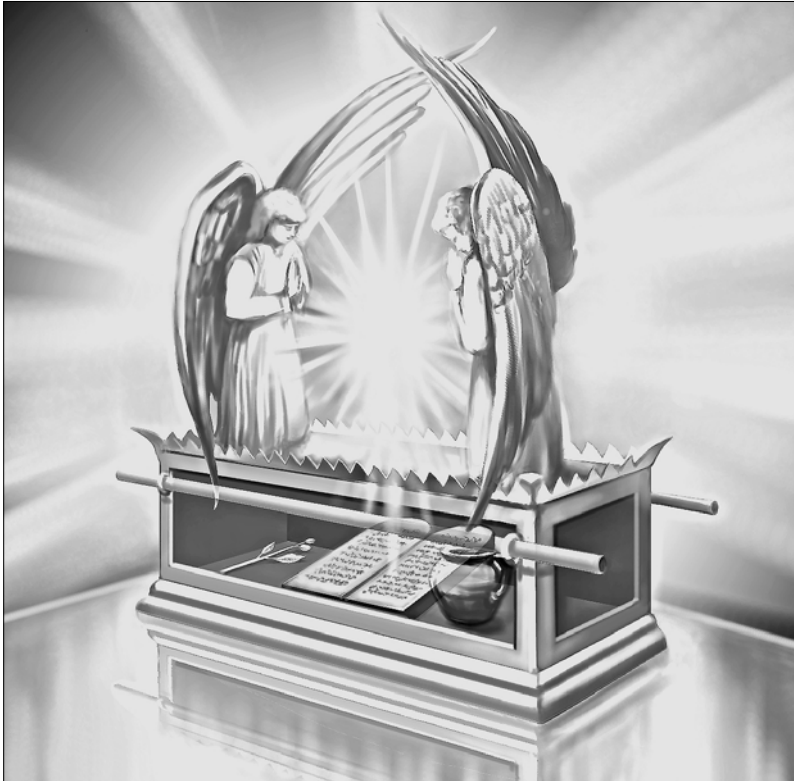
El apóstol Pablo vio el verdadero propósito del Señor en añadir la ley debido a sus transgresiones. Cuando escribió a los Corintios, expresó gran satisfacción de que ellos no fueran tablas de piedra, sino tablas vivas del corazón.

“¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos? ¿O tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendación para vosotros, o de recomendación de vosotros? Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres; siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón” (2 Corintios 3:1-3).

Antes que el Evangelio viniera a los Corintios, ellos ciertamente estaban en una condición espiritual aptamente ilustrada por tablas de piedra. Pero el poderoso apóstol les había señalado a Cristo, el Dador de la vida, que los había transformado de piedras muertas a revelaciones vivientes de la verdad y justicia.

El primer paso vital en esta transformación los condujo a ver su verdadera condición y su necesidad desesperada. La provisión de las dos tablas de piedra estaba destinada a lograr este objetivo. Cuando el pueblo fuera guiado a ver esas tablas de piedra sobre las cuales estaban escritas letras muertas de prohibición fuera una ilustración de su propia muerte, ellos sentirían que estaban bajo la terrible condenación de muerte eterna.

“. . . el ministerio de muerte grabado con letras en piedras” (Versículo 7), fue destinado a mostrar cuán desesperada era su situación. La ley no podía ofrecerles vida. Amenazaba nada más que condenación como se hace clara la verdad de que la ley exige, y conseguirá, la muerte del pecador.



Semejante al lugar santo, el lugar santísimo contiene lecciones de valor infinito para el pueblo de Dios.

Cuando el pecador se hunde en el pozo de la desesperación bajo este terrible ministerio, una luz radiante comienza a brillar en su mente cuando el Espíritu Santo lo dirige al Salvador en quien está el perdón y la vida. Con corazón agradecido, él se entrega a la misericordia de Cristo y es transformado de un pecador de corazón empedernido a un hijo vivo de Dios.

Tan grande es el cambio que él no necesita más estas prohibiciones. No tiene sentido decirle al hombre que ama a sus peores enemigos tanto que les devuelva bien por mal, que ora por los que

lo tratan despiadadamente, y hace todo con su poder para llevar felicidad y prosperidad a los que lo roban y lo destruyen, que no los mate. Nunca entra en su cabeza semejante idea. Dios suministró los mandamientos para restringir del mal a los que en ellos mismos está la tendencia a hacer mal.

Por ejemplo, la señal de “No Fumar” no tiene efecto sobre la conducta de los que no fuman en absoluto. Su propósito es restringir al fumador de practicar su hábito inmundo donde de otro modo contaminaría el aire e irritaría a su prójimo.

“Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente; conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina” (1 Timoteo 1:8-10).

De este modo hay una estupenda relación entre el ministerio de muerte, la ley que fue añadida a causa de las transgresiones, y la posición y obra de Cristo Jesús. Esta hermosa verdad está maravillosamente ilustrada en el orden en el lugar santísimo donde el propiciatorio estaba localizado entre las tablas de piedra y la Presencia del Todopoderoso.

La ley representaba la imponente justicia de Dios que significaba solamente condenación fría y eterna aniquilación al pobre pecador. Esos mandamientos decían a la persona en quien estaba el espíritu de un asesino que debido a esa disposición que estaba allí, estaba condenada a la destrucción eterna.

Entre los querubines sobre la presencia del immaculado e invariable Dios que no daría la más leve consideración a una sugerencia que la ley sea cambiada para acomodar el pecador. La inmutabilidad de su santa ley queda establecida para siempre. Esto es un asunto que no está sujeto a discusión, porque el Señor conoce que cualquier solución para el problema del pecado que requiere una modificación de la ley, serviría sólo para componer más que remover la dificultad.

Era la colocación del propiciatorio entre las dos terminantes del ministerio de muerte debajo, y el invariable y justo Dios encima, que le daba el pueblo esperanza. El infinito amor de Dios, expresado en su misericordia que perdura para siempre, había hallado un camino por donde el hombre podía ser salvado sin una

debilidad de la ley o cambio en el carácter de Dios. La justicia sería satisfecha, el universo restaurado, y el pecador salvado. El plan de salvación es una obra maestra para solucionar el problema que sólo la mente de Dios podía lograr.

Cualquier israelita que contemplara el orden dentro y encima del arca y entendiera el mensaje que se transmitía por ello, iba con fe renovada y ánimo a ofrecer el sacrificio del cordero en la puerta del santuario. El pueblo veía en esta ofrenda la garantía de la salvación que la misericordia de Dios había provisto para ellos. Ellos felizmente dejaban que la ley impusiera la pena al tomar la vieja naturaleza pecadora para que fueran limpiados y libres para recibir la simiente de Cristo en su lugar. Habiendo recibido su vida, ellos eran libres del antiguo ayo, el ministerio de muerte grabado en piedras, y con inexpresable gratitud vivían diariamente en las bendiciones de la expiación.

El tema de la ley es extenso, requiriendo volúmenes para cubrirlo completamente. Sin embargo, habiendo considerado brevemente un aspecto de ella, nosotros pasamos a otros artículos en el arca.

Todo principio del orden y organización divinos para su iglesia sobre la tierra y el cielo se enseña en la reverdeciente vara de Aarón. Desde el comienzo de su liberación de Egipto, el Señor demostró que era la Cabeza de la iglesia y ellos debían ser los miembros de su cuerpo. En ningún momento dio autoridad ejecutiva al pueblo. A ninguna junta se le ordenó hacer un plan para su escape de la servidumbre ni la ruta que seguirían día tras día cuando viajaran hacia la tierra prometida.

Moisés era el portavoz de Dios. A él se le entregaban las órdenes de la Cabeza divina, y era su deber pasar éstas al pueblo de quien se esperaba que las obedecieran.

A pesar de la claridad de los procedimientos de Dios y el éxito perfecto que acompañaba la obediencia a ellos, el pueblo mostraba una disposición persistente a manejar los asuntos en lugar de Jehová.

Es asombroso que los hombres pueden pensar que ellos están mejores calificados que Dios para planear y ejecutar la obra del Señor. Tal disposición es la expresión de un terrible orgullo y suficiencia propia. Con todo los miembros y líderes en confianza emprenden esta función, y esperan siempre que Dios se complazca por sus esfuerzos.

Nada hay más animador que la verdad de que Cristo es la Cabeza real de la iglesia, y que nosotros no tenemos que llevar la responsabilidad de su gobierno, pero se puede con confianza dejar a El todo la responsabilidad de hacer el plan y solucionar los problemas. Esto quita todo temor de que la obra sea manchada por obstinadas equivocaciones y falsos cálculos. Tal gozo y confianza llenará a todo creyente que deja a Cristo ser la única Cabeza de la iglesia, para que pueda cantar sincera e inteligentemente “Guíame, ¡oh Salvador!”.

Esta paz fue desconocida para los antiguos israelitas. El pueblo manifestaba una continua sospecha de lo que Dios estaba haciendo y buscaba en cambio toda oportunidad para seguir sus propios caminos y juicio. De este modo, el nombramiento de Aarón por Dios vino bajo un ataque directo. Coré, Datán y Abirán estaban convencidos de que eran más hábiles para ocupar la función del sumo sacerdote que era el hermano de Moisés, y pudieron reclutar doscientos cincuenta príncipes con sus seguidores para apoyar su contienda.

Mientras se hacía esto, ellos pretendían que estaban sosteniendo y protegiendo el nombre, la causa y honor de Dios, pero en el conflicto que siguió, Dios demostró que estaban enteramente errados en su posición. Ellos habían fallado en reconocer los principios del nombramiento divino y resolvieron establecer la elección humana en su lugar.

“Coré, el instigador principal de este movimiento, era un levita de la familia de Coat y primo de Moisés. Era hombre capaz e influyente. Aunque designado para el servicio del tabernáculo, se había quedado inconforme con su cargo y aspiraba a la dignidad del sacerdocio. El otorgamiento a Aarón y a su familia del oficio sacerdotal, que había sido ejercido anteriormente por el primogénito de cada familia, había provocado celos y desafecto, y por algún tiempo Coré había estado resistiendo secretamente la autoridad de Moisés y de Aarón, aunque sin atreverse a cometer acto alguno de abierta rebelión. Por último, concibió el osado propósito de derrocar tanto la autoridad civil como la religiosa; y no dejó de encontrar simpatizantes” (*Patriarcas y Profetas*, pág. 417).

Cuando Coré y sus compañeros habían perecido en la tierra, aún entonces no era el pueblo liberado de su espíritu rebelde. El día siguiente ellos acusaron a Moisés y a Aarón de ser los asesinos del verdadero pueblo de Dios. Esta acusación enteramente

equivocada era un rechazo tan grave de Dios y sus caminos, que por eso se privaron de su protección y se produjo una plaga que mató catorce mil setecientos de ellos.

Aunque habían recibido evidencia más que suficiente para vindicar los principios de nombramiento divino, los israelitas no estaban preparados todavía para caminar en los caminos de Dios, así que en un esfuerzo final por convencerlos, Jehová obró el milagro de la vara que reverdeció. Esto no dejaba duda de que Moisés y Aarón estaban donde Dios, y no ellos mismos, los había puesto.

La preservación de la vara reverdecida iba a ser un recuerdo perpetuo de que Cristo era la Cabeza de la iglesia, que no había de haber elecciones humanas, y que todos los planes debían emanar de El. Estas lecciones son también escritas para nosotros a quienes están por llegar rápidamente los últimos días. Los que aprendan las lecciones serán los instrumentos fieles de Dios para terminar la obra.

La presencia del maná era una confirmación más de las verdades enseñadas por la vara reverdecida.

Fue por la dirección de Dios que los israelitas habían sido puestos en una posición donde la inanición los amenazaba. Estaban viajando a través de un árido desierto donde no había provisiones para el hombre o bestias y ningún descanso visible. Los fértiles valles y llanuras de la tierra prometida estaban adelante todavía, y nada había que pudieran ver que les proveyera y pudieran conseguir el alimento necesario. La muerte parecía ser el resultado seguro.

En vez de lamentar su suerte, ellos debieron reconocer que el Señor que los había traído era responsable en ver que sus necesidades se suplieran. El era la Fuente de su liberación y sería la Fuente de abastecimiento en cada paso del camino.

Con la provisión del maná Dios estaba amorosa y felizmente cumpliendo su función como la Fuente de vida y gobierno. El pueblo tuvo la capacidad para ver que era impotente para solucionar sus propias necesidades y para depender de Dios a fin de realizar lo que no podía hacer por sí mismo. Era una experiencia que nunca debían olvidar, la cual tenderían a hacer cuando se colocaran en mejores circunstancias. Para este fin, su amante Director les ordenó colocar el maná en el arca como un recuerdo perpetuo de su verdadera relación con El.

Si Coré y sus compañeros hubieran mantenido siempre fresca la lección en sus mentes, Dios no habría necesitado darles la señal especial de la reverdeciente vara de Aarón.

Hay tremendas verdades en Dios ser nuestra Fuente, Cristo el Conector, y nosotros los receptores*. Correctamente vistas, las maravillosas verdades reveladas en el mobiliario del santuario, serán una bendición para el alma, una protección de las tentaciones de Satanás, y la inspiración de la vida.

* Este es el tema del libro *Reposo del Sábado de Dios*, disponible en Sabbatruhe-Andvent-Gemeinschaft.

Las Cuatro Expiaciones

Capítulo 10

DIOS ordenó la erección del santuario para que pudiera habitar *entre* su pueblo. Estas mismas verdades se enseñan en el principio de la semilla que implica el doble proceso de la limpieza de la simiente del antiguo esposo y la implantación de la simiente del nuevo esposo para llenar el vacío así creado. Esta es la obra de expiación, o llevar al pecador a una condición de purificación con Dios.

“Se usan diferentes palabras en el Antiguo Testamento y en el Nuevo, para expresar la idea como expiación.

“Ejemplos: Las palabras *itálicas* son, en el texto, sinónimas de expiar o expiación. Exodo 29:36; ‘y *purificarás* el altar cuando hagas expiación por él’. Levítico 12:8; ‘y el sacerdote hará expiación por ella, y será *limpia*’. Levítico 14:2; ‘Esta será la ley para el leproso cuando se *limpiare*’. Versículo 20, ‘Así hará el sacerdote expiación por él, y será *limpio*’. La expiación no podía ser hecha por él hasta que fuera sanado de la lepra, Levítico 13:45, 46. Hasta ser sanado, debía vivir solo fuera del campamento. Luego Levítico 14:3, 4; ‘Y éste saldrá fuera del campamento y lo examinará; y si ve que está sana la plaga de la lepra del leproso, el sacerdote mandará luego que se tomen para el que se *purifica* dos avecillas vivas, limpias,’ etc. La ley era la misma en la purificación de la lepra de una casa, Versículos 33-57. Las piedras afectadas con la plaga eran quitadas y se había de ‘raspar la casa por dentro y alrededor’ y se reformaba con material nuevo.

“Las impurezas físicas son ahora quitadas y nosotros la llamaríamos *limpia*; pero no es así, ella está preparada solamente para ser purificada conforme a la ley. Versículo 49; ‘Entonces tomará para *limpiar* la casa dos avecillas’ etc. Versículo 52; ‘Y purificará la casa con la sangre de la avecilla etc’. Versículo 53, Así hará expiación por la casa, y será *limpia*. Levítico 16:18, 19; ‘Y saldrá al altar que está delante de Jehová, y lo expiará’. ‘Y Esparcirá sobre él de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel’. Levítico 8:15; ‘. . . y Moisés tomó la sangre, y puso con su dedo sobre los cuernos del altar alrededor, y purificó el altar; y echó la demás sangre al pie del

altar, y lo santificó para reconciliar sobre él'. 2 Crónicas 29:29, y véase 2 Crónicas 29:24. 'y los sacerdotes los mataron, e hicieron ofrenda de expiación con la sangre de ellos sobre el altar, para reconciliar a todo Israel'. Jeremías 33:8, 'Y los limpiaré de toda su maldad con que pecaron contra mí; y perdonaré todos sus pecados . . .' Romanos 5:9-11; 'Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre' . . . 'por quien hemos recibido ahora la reconciliación'. 2 Corintios 5:17-19; ' . . . quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo'. Efesios 2:16; 'reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo'. Hebreos 9:13, 14; ' . . . y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne'. '¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció así mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas . . .' El es el Mediador 'para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones', versículo 15. Hebreos 10:14, 'porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados'. Efesios 1:7; 'en quien tenemos redención por su sangre, y el perdón de pecados . . .' Hechos 3:19; 'Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados'.

"De estos textos nosotros aprendemos que las palabras expiar, limpieza, reconciliar, purificar, purgar, perdón, santificar, perdonar, justificar, redimir, borrar, y otras más, se usan refiriéndose a la misma obra de traer al favor de Dios, y en todos los casos el medio es sangre, y algunas veces sangre y agua. La expiación es la gran idea de la ley, así como el Evangelio; y como el proposito de la ley era enseñarnos eso del Evangelio, es muy importante que sea comprendido" (*The Sanctuary*, págs. 10, 11 por O.R.L. Crosier).

Debido a que la tendencia persistente es sólo ver una parte del todo como siendo la provisión total, conceptos limitados de la expiación se han sostenido por varios grupos. Por ejemplo, las iglesias protestantes, que no tienen enseñanzas significativas sobre el santuario, ven la expiación como terminada en la cruz. Ellas no entienden ni creen en un administrar en el lugar santísimo en el cielo.

Por otra parte, la experiencia intensa por la que pasaron los primeros adventistas, centró su atención sobre la expiación final para ser administrada en el lugar santísimo del santuario celestial. Su comprensión del evento planeado para la terminación del período de los 2.300 años, los sumergió en un chasco igualado en la historia de la iglesia sólo por ese experimentado por los apóstoles en la crucifixión. El mundo, listo para ridiculizar su posición antes del

día de la esperada venida de Cristo, fue desenfrenado en su desprecio, cuando el evento profetizado no tomó lugar. Para este día, muchas de las iglesias protestantes que rechazaron el mensaje del tercer ángel, consideran el fracaso de los adventistas como una clara prueba de que el movimiento no es de Dios.

Esta presión de la gente desdeñosa y mundana de la iglesia junto con su propia necesidad de saber realmente dónde estar, colocó sobre los primeros adventistas la necesidad de admitir que ellos eran un falso movimiento o explicar dónde en un punto vital habían errado. Muchos de ellos escogieron el primer curso, y decenas de miles que esperaban ardientemente el regreso de Cristo, terminaron abandonando toda fe en el movimiento adventista.

Pero hubo algunos que no pudieron negar la rica relación con Cristo a la que habían sido guiados y, por lo tanto, escogieron esperar hasta que se diera luz más clara más bien que regresar a las organizaciones apóstatas de las iglesias. Ellos fueron recompensados con la luz señalando el camino al ministerio del lugar santísimo que pronto aprendieron se refería a la expiación final.

Porque el adventismo permanecía o caía en la cuestión de la expiación final se convirtió en una característica dominante en su presentación del mensaje. Todo nuevo convertido era completamente doctrinado con esta enseñanza para que lo asegurara en la verdad. En consecuencia, otras fases de la expiación recibió en absoluto poca si nada atención.

Mientras tanto, las iglesias protestantes rechazaron totalmente la expiación final y continuaron enfatizando que una completa expiación había sido hecha sobre la cruz y no había necesidad de otra. Ellas acusaron a los adventistas de repudiar el ministerio de la cruz, lo cual era más que suficiente para relegarlos a una posición de herejes o cultistas.

Con el rechazo del mensaje que Dios envió por medio de Waggoner y Jones en 1888, el pueblo adventista perdió el poder para defender la expiación final. Esto no dejaba opción más que ser arrastrados a la posición protestante que provee una sola expiación, la que se hizo en el Calvario. Esta posición elimina cualquier necesidad de un ministerio en cada lugar santo a su turno, y niega la necesidad del juicio investigador. El mensaje del tercer ángel se interpreta inválido y sin valor. Todo lo que es adventismo fundamental desaparece de todos los que dieron ese paso.

Afortunadamente, esta apostasía no puede cambiar el hecho de que el mensaje del tercer ángel es la verdad dada por Dios por medio de la proclamación por la cual la obra ha de ser terminada en estos últimos días. Todos los que rechazan este mensaje no tendrán parte en el ministerio futuro de Cristo.

Sin embargo, este mensaje no exige el rechazo de la enseñanza que Cristo terminó una expiación perfecta en la cruz. Este sólo rechaza la idea de que no hay otra expiación. La verdad salvadora de Dios da pleno reconocimiento y lugar correcto a la expiación completa y perfecta hecha por Cristo en el Calvario, exactamente como lo hace a toda otra expiación que sigue. Que Cristo efectuó tal obra en la cruz se hace explícito en las declaraciones siguientes:

“El tipo se unió al antitipo en ocasión de la muerte de Cristo, el Cordero inmolado por los pecados del mundo. Nuestro gran Sumo Sacerdote hizo el único sacrificio que tiene valor en nuestra salvación. *Cuando se ofreció en la cruz, se hizo una expiación perfecta por los pecados del pueblo.* Nos encontramos de pie ahora en el atrio exterior, esperando y anticipando la bendita esperanza, la gloriosa aparición de nuestro y Salvador Jesucristo” (*The Signs of the Times*, 28 de junio, 1899).

“Nuestro gran Sumo Sacerdote completó la ofrenda de sacrificio de sí mismo *cuando sufrió fuera de la puerta.* Entonces efectuó una perfecta expiación por los pecados del pueblo. *Jesús es nuestro Abogado, nuestro Sumo Sacerdote, nuestro Intercesor.* Por lo tanto, nuestra posición actual es como la de los israelitas, que estaban en el atrio exterior, esperando esa bendita esperanza, el glorioso aparecimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (*A Fin de Conocerle*, pág. 75).

“Había llegado el momento cuando el universo celestial debía aceptar a su Rey. Los ángeles, querubines y serafines debían estar de pie entonces frente a la cruz . . . *El Padre* aceptó al Hijo. No hay lengua que pueda transmitir el regocijo del cielo o la expresión de satisfacción y deleite que se observó en el rostro de Dios por causa de su Hijo unigénito cuando *vio que la expiación estaba completa*” (*The Signs of the Times*, 16 de agosto, 1899).

“El Padre demuestra su infinito amor a Cristo, quien pagó nuestro rescate con su sangre, recibiendo y dando la bienvenida a los amigos de Cristo como amigos suyos. Está satisfecho con la *expiación hecha. Ha sido glorificado por la encarnación, la vida,*

la muerte y la mediación de su Hijo” (*Joyas de los Testimonios*, tomo 3, pág. 29).

El Padre le dio todo el honor al Hijo, al sentarlo a su diestra, muy por encima de los principados y potestades. Expresó su gran gozo y su deleite al recibir al Crucificado y al coronarlo de gloria y de honra. Y todos los favores que le manifestó a su Hijo mediante la aceptación de su gran expiación, también se manifiestan en favor de su pueblo . . . Dios lo ama así como ama a su Hijo . . . *Se le aplicó el sello del cielo a la expiación de Cristo*. Su sacrificio es satisfactorio en todo sentido” (*The Signs of the Times*, 16 de agosto de 1899).

“*El sacrificio de Cristo es suficiente; presentó ante Dios una ofrenda plena y eficaz; el esfuerzo humano sin los méritos de Cristo carece de valor*” (*The Review and Herald*, 19 de agosto, 1890 - 24 de marzo, 1896).

“Así como el sacrificio en beneficio nuestro fue completo, también debe ser completa nuestra restauración de la corrupción del pecado” (*El Ministerio de Curación*, pág. 357).

“*Su muerte en la cruz del Calvario fue la culminación de su humillación. Su obra como Redentor está más allá de las posibilidades de la comprensión finita. Sólo los que han muerto al yo, cuyas vidas están escondidas con Cristo en Dios, pueden comprender en cierta medida la plenitud de la ofrenda hecha para salvar a la raza caída*” (*Carta 196*, 1901).

Por estas palabras se da la seguridad de que Cristo en el Calvario hizo una expiación perfecta, completa, total y eficiente la cual satisfizo plenamente al Padre. No obstante, se hace referencia en la Palabra de Dios a más expiaciones siendo hechas después que esta. “. . . expiación estaba completa”, en la cruz. Esto parece ser naturalmente una contradicción, porque, si la expiación fue completa en la cruz, ¿qué necesidad hay de más expiaciones después de eso? El problema se resuelve rápidamente cuando se sabe que la expiación terminada en la cruz era esa expiación particular, no la obra de la expiación como un todo. El hecho generalmente omitido es que la obra de salvación no es terminada por una expiación. Una persona nos es finalmente idónea para el cielo en el momento que nace de nuevo. Los hombres desean que esto fuera así pero no lo es.

Después de la experiencia inicial de regeneración que da al creyente derecho a ser miembro en la familia de Cristo, hay una gran

obra para ser hecha todavía para él y en él. Mientras su naturaleza ha sido cambiada, en muchas cosas su mente no lo ha sido. Después de años de educación en la escuela de Satanás hay muchísimo para desaprender, así como para aprender. Una obra extensa de reforma tiene que ser añadida a la del reavivamiento para conducir al individuo a la completa armonía con el carácter y mente de Cristo. De este modo, el creyente eventualmente se vuelve inmune a toda tentación no importa cuán sutil o fuerte sea. Esta obra particular es también la ejecución de una expiación.

Cuando eso se ha terminado, permanece la expiación en el santuario por la cual se quitan para siempre los pecados del verdadero penitente. Esta es también una expiación completa y satisfactoria.

Cada una de estas obras sucesivas tienen que ser completas en sí mismas justamente como la expiación en la cruz, no obstante, ninguna de ellas sola puede terminar la obra. Así hay por lo menos cuatro expiaciones separadas entre la primera y la última.

Estas cuatro expiaciones son hechas:

1. En la cruz.
2. En el lugar santo del santuario celestial.
3. En el lugar santísimo.
4. Sobre el macho cabrío.

Necesariamente esta no es una lista total de todas las expiaciones hechas, pero ciertamente abarca las que suceden directamente una a la otra en la obra progresiva de liberación del pecado. Se dará ahora consideración a las citas bíblicas que verifican la existencia de cada una de éstas en el tipo y en el antitipo.

En la cruz

Las declaraciones ya citadas comprueban que Cristo realizó la obra antitípica al hacer una expiación completa y satisfactoria en la cruz. Este servicio fue tipificado en el Antiguo Testamento cuando el sacerdote hacía una expiación por el pueblo al ofrecer un sacrificio en el altar del sacrificio fuera del tabernáculo. Todo servicio hecho en este punto señalaba directamente al Calvario y lo que tomó lugar allá.

“Llamó Jehová a Moisés, y habló con él desde el tabernáculo de reunión, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando alguno de entre vosotros ofrece ofrenda a Jehová, de ganado vacuno u ovejuno haréis vuestra ofrenda. Si su ofrenda fuere



Las expiaciones en el corazón del servicio del santuario revelan que la obra de redención es progresiva y que cada paso del individuo es vital para el último y exitoso resultado final del gran conflicto. Cristo Jesús se revela como el gran centro de esos servicios, cada uno de ellos señala su poder para limpiar el pecado.

holocausto vacuno, macho sin defecto lo ofrecerá; de su voluntad lo ofrecerá a la puerta del tabernáculo de reunión delante de Jehová. Y pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y será aceptado para expiación suya. Entonces degollará el becerro en la presencia de Jehová; y los sacerdotes hijos de Aarón ofrecerán la sangre, y la rociarán alrededor sobre el altar, el cual está a la puerta del tabernáculo de reunión. Y desollará el holocausto, y lo dividirá en sus piezas. Y los hijos del sacerdote Aarón pondrán fuego sobre el altar, y compondrán la leña sobre el fuego. Luego los sacerdotes hijos de Aarón acomodarán las piezas, la cabeza y la grosura de los intestinos, sobre la leña que está sobre el fuego que habrá encima del altar; y lavará con agua los intestinos y las piernas, y el sacerdote hará arder todo sobre el altar; holocausto es, ofrenda encendida de olor grato para Jehová” (*Levítico 1:1-9*).

Un estudio cuidadoso de estos versículos muestra que no se lleva sangre al santuario. El servicio entero de expiación se realizaba en el altar del sacrificio en el atrio. Como el atrio es un símbolo de esta tierra, este rito señala a esa parte de la obra del sacrificio de Cristo que se haría afuera del cielo.

Como ya se comprobó de las muchas declaraciones citadas, que la obra fue una expiación completa y satisfactoria. No podía ser diferente porque Cristo nunca falló cumplir todo lo que se le comisionó hacer. En la cruz, se pagó plenamente la deuda del hombre, y su pecado se expió completamente. Dios fue completamente satisfecho de que las demandas de la ley se cumplieron, se demostró su rectitud y justicia, y el fundamento de su reino se aseguró eternamente. Tan pleno y eficaz fue esa expiación que por eso la salvación se proveyó a toda persona que alguna vez haya vivido sobre esta tierra. Por lo tanto, todo hombre es salvo en Cristo. Pero, aunque esta prodigiosa provisión se ha hecho, no todo hombre será salvado de la muerte eterna y destrucción. Mientras que la cruz suministró esta completa salvación, ella no la hace disponible al hombre. Otras expiaciones se necesitan para lograr esto. Por consiguiente, los que no van a recibir los beneficios de estas otras expiaciones nunca llegarán a la posesión real de las bendiciones suministradas por la expiación del sacrificio de Cristo en la cruz.

En el lugar santo

En adición a la expiación hecha fuera del tabernáculo en el altar del sacrificio, había una expiación continua o diaria hecha en el lugar santo. El registro de esto se halla en *Levítico* capítulo 4.

Cuando el sacerdote, la congregación entera, o un gobernante pecaba, ellos debían traer sus ofrendas en la forma de un becerro o cabrito de las cabras a la puerta del santuario donde el pecado era confesado por el pecador sobre la cabeza de la víctima. El sacerdote entonces cogía la sangre que él llevaba al lugar santo, la esparcía siete veces delante del velo separando el primero del segundo departamento, y ponía un poco sobre los cuernos del altar del incienso.

El restante de la sangre era entonces derramada en la base del altar del sacrificio, mientras la grosura era quemada sobre el mismo altar y el resto del animal era quemado a cenizas fuera del campamento.

Con una persona común el rito era ligeramente diferente aunque la lección era la misma. En lugar de la sangre ser llevada dentro, los sacerdotes comían la carne del sacrificio para que cuando entraran al lugar santo, la vida del sacrificio entrara con ellos. Mientras ninguna estipulación a este efecto se da en *Levítico* capítulo 4, la ley de la ofrenda del pecado se expone muy claramente en *Levítico* 6:24-30:

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos, y diles: Esta es la ley del sacrificio expiatorio: en el lugar donde se degüella el holocausto, será degollada la ofrenda por el pecado delante de Jehová; es cosa santísima. El sacerdote que la ofreciere por el pecado, la comerá; en lugar santo será comida, en el atrio del tabernáculo de reunión. Todo lo que tocare su carne, será santificado; y si salpicare su sangre sobre el vestido, lavarás aquello sobre que cayere, en lugar santo. Y la vasija de barro en que fuere cocida, será quebrada; y si fuere cocida en vasija de bronce, será fregada y lavada con agua. Todo varón de entre los sacerdotes la comerá; es cosa santísima. Mas no se comerá ninguna ofrenda de cuya sangre se metiere en el tabernáculo de reunión para hacer expiación en el santuario; al fuego será quemada” (*Levítico* 6:24-30).

Aquí se hace claro que había ocasiones cuando la sangre era llevada dentro y otras cuando no lo era. Se le prohibía a los sacerdotes comer la carne de cualquier animal cuando la sangre era llevada dentro pero se requería comerla cuando la sangre no era llevada al lugar santo. Como quiera se hiciera el traspaso simbolizaba

todavía la remoción de la vida pecaminosa del pecador confesado, y su depósito dentro del santuario celestial. Esta declaración de *El Conflicto de los Siglos*, página 471 confirma eso:

“En ciertos casos, la sangre no era llevada al lugar santo; pero el sacerdote debía entonces comer la carne, como Moisés lo había mandado a los hijos de Aarón diciendo: ‘Díola él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación’ (Levítico 10:17). Ambas ceremonias simbolizaban por igual la transferencia del pecado del penitente al santuario”.

Dios nos informa en *Levítico* capítulo 4, que esto hacía una *expiación* para los que venían a hacer su confesión recibiendo a su turno el traslado de sus pecados al santuario. Esta obra requería más que el papel del sacrificio. Se involucraba también el trabajo del sacerdote. Iba más allá del símbolo de la cruz a aquel del templo en el cielo.

“Y hará de aquel becerro como hizo con el becerro de la expiación; lo misma hará de él; así hará el sacerdote *expiación* por ellos, y obtendrán perdón” (*Levítico* 4:20). Véase los versículos 31 y 35.

En este punto el propósito es demostrar que hay por lo menos cuatro expiaciones hechas, cada una completa y cada una perfecta con todo efectuando sucesivamente una etapa más en la obra de la completa expiación para el pueblo de Dios. Una consideración detallada de cada una de éstas vendrá a medida que este estudio avance.

En el lugar santísimo

En el gran día de la expiación que tomaba lugar el día diez del séptimo mes, una expiación se hacía en el lugar santísimo para el tabernáculo de la congregación y para el altar que estaba fuera de la puerta, el altar del sacrificio u ofrenda quemada. En la terminología adventista, esto se llama la expiación *final*.

En este día cuando el pueblo se reunía alrededor del santuario, el sumo sacerdote tomaba primero un becerro joven y un carnero para él mismo y para su familia. Con esto él hacía expiación para él y su casa, una expiación hecha donde las anteriores no alcanzaban, el lugar santísimo. Por lo tanto, era diferente de las otras y terminaba una obra que ellas no lograban.

Entonces de igual manera tomaba dos machos cabríos, uno por el Señor, y el otro por Azazel. Con la sangre del cabrito por

el Señor él entraba al lugar santísimo donde rociaba la sangre sobre y delante del propiciatorio. Entonces salía para hacer una expiación en ese día y en ese lugar para el lugar santo, el altar del sacrificio, y para el pueblo. Todo esto está claramente escrito en *Levítico* 16:15-19; 29-34).

“Después degollará el macho cabrío en expiación por el pecado del pueblo, y llevará la sangre detrás del velo adentro, y hará de la sangre como hizo con la sangre del becerro, y la esparcirá sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio. Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas. Ningún hombre estará en el tabernáculo de reunión cuando él entre a hacer la expiación en el santuario, hasta que él salga, y haya hecho la expiación por sí, por su casa y por toda la congregación de Israel. Y saldrá al altar que está delante de Jehová, y lo expiará, y tomará de la sangre del becerro y de la sangre del macho cabrío, y la pondrá sobre los cuernos del altar alrededor. Y esparcirá sobre él de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará, y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel. . . Y esto tendréis por estatuto perpetuo: En el mes séptimo, a los diez días del mes, afligiréis vuestras almas, y ninguna obra haréis, ni el natural ni el extranjero que mora entre vosotros. Porque en este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová. Día de reposo es para vosotros, y afligiréis vuestras almas; es estatuto perpetuo. Hará la expiación el sacerdote que fuere ungido y consagrado para ser sacerdote en lugar de su padre; y se vestirá las vestiduras de lino, las vestiduras sagradas. Y hará la expiación por el santuario santo, y el tabernáculo de reunión; también hará expiación por el altar, por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación. Y esto tendréis como estatuto perpetuo para hacer expiación una vez al año por todos los pecados de Israel. Y Moisés lo hizo como Jehová le mandó”.

Con el Azazel

En este mismo día de la expiación final, cuando la obra de expiación para el pueblo y el santuario terminaba, el sumo sacerdote confesaba todos los pecados de Israel sobre la cabeza del macho

cabrío después de lo cual era llevado al desierto para que pereciera solo. Este acto se llamaba también hacer una expiación y representa la cuarta expiación mas grande entre la primera venida de Cristo y la liberación final del poder del pecado. Aquí esta el testimonio bíblico de eso:

“Y echará suertes Aarón sobre los dos machos cabríos; una suerte por Jehová, y otra suerte por Azazel. Y hará traer Aarón el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Jehová, y lo ofrecerá en expiación. Mas el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Azazel, lo presentará vivo delante de Jehová para hacer la reconciliación sobre él, para enviarlo a Azazel al desierto” (*Levítico* 16:8-10).

El pleno alcance

Sostener que hay solamente una expiación sea en la cruz o en el lugar santísimo, es retener un concepto limitado de la expiación y de la obra de salvación. Significa fracaso en comprender el santuario y obtener la plenitud de bendición que Dios tiene para sus hijos.

El propósito de este capítulo ha sido afirmar la existencia de por lo menos cuatro expiaciones, cada una de las cuales era perfecta y completa en sí misma e indispensable para la terminación de la obra de Dios para la redención de la humanidad. El paso siguiente será estudiar cada expiación sucesiva para comprender la plena belleza del propósito de Dios en ellas.

La Expiación de Sacrificio

Capítulo 11

HABIENDO determinado que existe más de una expiación, es tiempo para estudiar cada una en detalles más íntimos. Esta investigación debiera ser emprendida con el propósito de descubrir la aplicación práctica de cada una. Dios proveyó las expiaciones como soluciones al problema del pecado. Por lo tanto, ningún valor puede ser ganado al estudiarlas, a menos que el propósito por el cual se idearon se cumpla en la vida.

Aquí fue donde los judíos se desviaron persistentemente. Ellos pusieron su confianza en la presentación de la ceremonia, en vez de aplicar la expiación como una experiencia personal. El resultado fue que multiplicaron sus actividades externas en proporción directa con su declinación espiritual. Así que los servicios mismos destinados a revelarles un Salvador viviente, sirvieron en cambio para ocultarlo detrás de una masa de funciones sin sentido.

En el ritual del santuario en sí mismo, la primera expiación se hacía en el atrio en el altar del sacrificio. Esto implicaba la muerte de una víctima, un cordero, un cabrito, una paloma, o algunas otras formas vivas estipuladas. Su inclusión como una parte del servicio del santuario cuando se estableció en el desierto, no fue la primera introducción de esta ceremonia. Se le había dado a Adán y Eva en las puertas del Edén después de ser expulsados del paraíso. Pero aun eso no era la institución inicial de la expiación. En el momento mismo cuando pecaron, Cristo hizo la expiación al colocarse entre la pareja culpable y la ley ofendida. De este modo, aun antes que la conocieran o la aceptaran, la expiación se había aplicado a ellos. Si así no hubiera sido, entonces habrían muerto ese mismo día.

“El instante en que el hombre acogió bien las tentaciones de Satanás e hizo las mismas cosas que Dios le había dicho que no hiciera, Cristo, el Hijo de Dios, se colocó entre los vivos y los muertos, diciendo: ‘Caiga el castigo sobre mí. Estaré en el lugar del hombre. El tendrá otra oportunidad’ (Carta 22-13-2-1900), (*Comentario Bíblico ASD*, tomo 1, pág. 1099).

Se debe tener cuidado para distinguir entre la expiación típica como se presentaba por el pueblo, y la obra real en sí misma como se llevó a cabo por Dios por medio de Cristo Jesús. El rito

observado por los creyentes se proponía ser nada más que una declaración hecha por ellos de su aceptación de la obra de Cristo y un testimonio de que él se había convertido en su experiencia personal.

Así que, cuando en las puertas del Edén Dios intimidó a Adán y Eva lo que ya había hecho *para ellos*, se les dejó en libertad de rechazar o aceptar esta maravillosa obra. Téngase en mente que el acto de expiación realizada en el momento que pecaron, nada hizo *en ellos*, aunque hizo una poderosa y esencialmente obra salvadora *para ellos*. Dios no necesitaba su conocimiento y consentimiento para aplicar la expiación inicial, aunque El ciertamente lo hizo para aplicar la expiación destinada a hacer la obra *en ellos*. La primera expiación les ofreció tiempo de gracia, mientras que la segunda les suministró salvación.

Cuando Cristo hizo esa expiación inicial por Adán y Eva, la hizo por toda la humanidad. Cada persona nacida alguna vez, sea que lo sepa o no, goza de los beneficios de esa expiación. Sin ella, no habría posibilidad de obtener alguna vez salvación, porque la destrucción llegaría antes que pudiera aceptar la redención. Por consiguiente, antes que Dios pudiera hacer cualquier otra cosa por la humanidad, tenía que proveer una prórroga de ejecución. Si El hubiera sido el verdugo, entonces la demora habría sido efectuada al decretarla, exactamente como los jueces terrenales eligen el día del juicio para el criminal y algunas veces más tarde lo aplazan. Pero la ley quebrantada, no el Dios eterno, es la destructora. Por lo tanto, Dios tenía que proveer por medio de Cristo la propiciación, por donde la demanda de la ley se retardara, tanto en cuanto a habilitar al hombre para recibir esas expiaciones por las cuales pudiera obtener salvación del pecado.

Esta clara distinción entre el propósito de estas diferentes expiaciones tiene que ser claramente entendida, si los plenos beneficios de cada una han de ser experimentados por los que buscan salvación. Es por esta razón que el Señor envió sus santos ángeles a comunicar los principios de la expiación a Adán y Eva.

“Los ángeles celestiales explicaron más completamente a nuestros primeros padres el plan que había sido concebido para su redención. Se les aseguró a Adán y a su compañera que a pesar de su gran pecado, no se les abandonaría a merced de Satanás. El Hijo de Dios había ofrecido expiar, con su propia vida, la transgresión de ellos. Se les otorgaría un tiempo de gracia y, mediante el

arrepentimiento y la fe en Cristo, podrían llegar a ser de nuevo hijos de Dios” (*Patriarcas y Profetas*, pág. 52).

Se le mostró a Adán que tal provisión no podía ser hecha a no ser al infinito costo y sufrimiento para el Hijo de Dios. Grande como fuera su apreciación por una parte, por la otra, él estaba extremadamente renuente de ver a Cristo sufrir por él.

“Se les dijo que, como la ley de Jehová es el fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra, ni aun la vida de un ángel podría aceptarse como sacrificio por la transgresión de ellos. Ninguno de sus preceptos podía abolirse o cambiarse para ajustarse al hombre en su condición caída; pero el Hijo de Dios, que había creado al hombre, podía expiar su falta. Así como la transgresión de Adán había traído desgracia y muerte, el sacrificio de Cristo traería vida e inmortalidad” (*Ibid.*).

Ninguna solución para el problema del pecado involucrando cambios a la ley, era aceptable a Dios. Había dado la ley para cumplir una cierta función esencial para la seguridad, estabilidad y felicidad de todos los seres creados. Ella proveía los medios por los cuales podían gozar el uso de los grandes poderes naturales sin que se destruyeran. Pero, para hacer esto en perfecta seguridad, ellos debían vivir dentro de las limitaciones establecidas por la ley. El proyecto era perfecto, justo y razonable, siendo el ideal que sólo el infinito amor y sabiduría podían idear.

Una característica apetecible de los sistemas de Dios es su absoluta confiabilidad. A no ser por esto, los hombres nunca podrían lograr lo que desean. Cuando los científicos planearon el vuelo a la luna, ellos pudieron calcular el empuje exacto y necesario para lanzar a los astronautas en su viaje, una tarea que habría sido imposible si las leyes de Dios cambiaran de un día para otro. Si, por ejemplo, el combustible diera un cierto poder de rendimiento hoy y uno diferente mañana, el hombre nunca sería capaz de planear un vuelo a ninguna parte, menos a la luna. Los hombres debieran tener la más grande gratitud que Dios y sus leyes son absolutamente consistentes y confiables.

Considérese qué caos se habría extendido por todo el universo, si Dios hubiera escogido para resolver el problema del pecado el desistir de la ley, para apartar la penalidad de Adán y Eva. Una vez hubiera hecho esto, entonces cualquier ser en todos los dominios divinos podría reclamar la misma exención. Debido a que el Señor lo había hecho por uno, tendría que haberlo hecho

en demanda de otros transgresores. ¡Qué confusión habría causado esto! Ninguno sabría exactamente dónde estaría.

Por lo tanto, Dios fundó su gobierno sobre un sistema de leyes confiables gobernando toda faceta de la vida. Instruyó cuidadosamente a sus hijos en las bendiciones de este sistema y en los peligros involucrados al actuar contrario a ello. Advirtió de que la violación de la ley convertiría el poder de la naturaleza de ser un sustentador de vida en ser un destructor. Ellos fueron entonces dejados completamente libres para obrar dentro de estas limitaciones o salir de ellas. Así que, sea que fueran los recipientes de bendiciones o maldiciones, de vida o de muerte, era y es todavía de acuerdo a sus decisiones.

Así, cuando bajo las tentaciones de Satanás Adán y Eva escogieron operar fuera de la ley, volvieron todos los grandes poderes naturales contra ellos mismos. Esas fuerzas destinadas a bendecir y prosperar se cambiaron a elementos destructores, que los hubiera destruido ese día si Dios no hubiera intervenido para salvarlos. Pero los pasos que Dios dio de ninguna manera negaban la consecuencia natural de la ley quebrantada. En cambio, proveyó enteramente otra solución. Desvió sobre El mismo los pavorosos poderes desatados por la ley quebrantada, y al hacerlo así realizó la primera expiación. Incuestionablemente, hay profundas, misteriosas y asombrosas verdades en esta expiación, que el estudio concentrado en la eternidad no las desentrañará plenamente. Los que en esta vida concentran sus mejores esfuerzos bajo la tutela de Dios en comprender, hasta donde sea posible, la naturaleza y obra de esta expiación, serán recompensados con una experiencia espiritual y comunión con Dios, en mucha más ventaja de la que han conocido hasta ahora.

En esta expiación, Cristo se puso entre los vivos y los muertos. Debido a que su vida es igual al poder de la ley, El es capaz de llevar el peso total de la maldición del pecado, mientras que la humanidad goza un período de gracia en donde se le dio otra elección para obedecer o desobedecer. Así Cristo dio a la humanidad el tiempo en el que la expiación siguiente podría ser aplicada, para efectuar en ellos los cambios necesarios para prepararlos para el cielo.

Este principio de la primera expiación está haciendo solamente un trabajo para el individuo, como una preparación para una obra futura que se hará en él, se enseña claramente en varias ilustraciones bíblicas.



Muy pocos se dan cuenta que es únicamente a través del sacrificio de Cristo que se le dio al hombre una segunda oportunidad de gracia. Su muerte nos protege de la consecuencia total del pecado, para que podamos escoger, obedecer y vivir o desobedecer y morir.

La pascua

El aprieto de Israel como siervos obligados de los egipcios fue causado por la violación de la ley. Dios nunca los colocó en esa situación. Había obrado arduamente para traer salvación a los egipcios por medio del ministerio de José, cuando Faraón había obedecido las instrucciones de Dios concerniente al depósito de

grano durante los años de abundancia, y su sabia distribución durante el hambre que siguió. Pero los egipcios, olvidando al Dios que les había suministrado esos preciosos dones, pusieron su confianza en los dones más bien que en el Dador y llegaron a ser orgullosos y autosuficientes. Esto los indujo a aprovechar la oportunidad para reducir a esclavitud a sus visitantes israelitas. Así la servidumbre de los israelitas resultaba de los pecados de los egipcios.

Por otra parte, los israelitas no eran inocentes. A causa de ellos perder también su respeto al Dios de sus padres, se debilitaron que no tuvieron poder para resistir a sus capataces. Largos años de servidumbre fueron la cruel consecuencia. El resultado final de esto sólo podía haber sido la muerte. Satanás planeó esto con cuidado meticuloso, porque intentaba exterminar a los israelitas para asegurar que el Mesías nunca pudiera venir a la tierra. Conocía el plan de Dios que involucraba el nacimiento de Cristo por medio de la simiente de Abraham. Por lo tanto, entendía que todo dependía de la destrucción de la simiente de Abraham.

Para hacer esto él tenía que separar de la protección de la expiación a los que iba a destruir. Esto podía ser hecho al inducirlos a tan profunda apostasía, que su rechazo de la expiación fuera total. Estarían entonces enteramente a su merced. El plan de Satanás era aniquilar a los egipcios con los israelitas. Para lograr esto, endureció el corazón de Faraón, quien a su turno sepultó sin piedad a los israelitas en tan abyecta servidumbre que no pudieron servir a Dios. Cuando Satanás vio su constante desvío de Dios, organizó las fuerzas de la naturaleza alrededor del reino condenado listas para el día cuando los egipcios rechazaran totalmente el amor y misericordia de Dios.

Cuando ese momento llegó, Dios envió a Moisés con un mensaje final de invitación, urgiendo al rey a no rechazar la protección concedida por la expiación, sino a volver a un estado de obediencia. Se le advirtió del ataque desenfrenado de la naturaleza fuera de su curso, si negaba a hacerlo.

El se negó, y las plagas llegaron en su constante sucesión destructora. Cada una se aproximaba más a la erradicación final de la nación hasta que la última hubo caído. Dios ordenó entonces a los israelitas aplicar la expiación como el único medio de protección de la muerte que acecharía la tierra a media noche. Se les ordenó escoger el cordero en el décimo día del mes, y que lo tuvieran

hasta el día catorce cuando debían quitar su vida, al ponerse el sol detrás del oscuro occidente.

Su primera acción después de eso era rociar la sangre sobre los postes de sus puertas para suministrarles protección del ángel de la muerte. Cuando esa sangre estuvo entre ellos y la plaga, estuvieron seguros, aunque estaban todavía en la tierra de servidumbre y no eran libres de su poder. Es claro que la sangre esparcida nada hizo *en ellos* en este punto, aunque ciertamente hizo una gran obra *para ellos*. Les dio tiempo para continuar viviendo hasta que Dios pudiera liberarlos de la esclavitud egipcia. Si ellos hubieran muerto esa noche nunca habrían conocido libertad.

No es difícil ver el estrecho paralelo entre las situaciones en Egipto y en el Edén. En ambos casos la amenaza inmediata pendía de las personas implicadas. Ni Adán y Eva ni los israelitas y egipcios tenían poder para desviar el peligro que se había producido por su conducta pecadora. Los dos grupos necesitaban tiempo para entender y aplicar la expiación que los transformaría internamente y los colocaría así fuera del poder destructor de Satanás. Dios proveyó el tiempo al hacer el sacrificio expiatorio en su favor. En el jardín del Edén, Cristo se colocó entre los vivos y los muertos y permanecía allí todavía en los días de la esclavitud egipcia. El acto de los israelitas y de algunos egipcios de elegir estar bajo la sangre, era una aceptación por su parte de la oferta de Dios.

De este modo, en esa noche desastrosa en Egipto cuando el ángel de la muerte dejaba su estela de dolor, había dos clases de pecadores en el país. Estaban los egipcios que despreciaron la expiación y murieron, y estaban los israelitas que permanecían bajo su protección y vivieron. Pero, se enfatiza que los dos grupos eran pecadores sobre los cuales la ley quebrantada tenía demandas justas. Esa expiación no hizo libres a los que sacaron provecho de ella. Les suministró solamente el tiempo que necesitaban para obtener su libertad. Por otra parte, para los que no estaban bajo la sangre expiatoria expiró el tiempo y así perdieron toda oportunidad de ser salvos.

El hijo pródigo

La misma maravillosa verdad se enseña en la experiencia del hijo pródigo cuando regresó de Egipto. Cuando se encontró con su padre distante de su casa, el mozo presentaba una apariencia

vergonzosa en sus vestidos harapientos. Esta no era la condición en la cual llegar dentro del orden y limpieza de la mansión de su padre. El necesitaba protección de las miradas de curiosidad y desprecio de los residentes allí hasta que tuviera la oportunidad de lavarse y cambiarse de ropas nuevas. Esa protección fue provista por el padre, quien arrojó su hermosa capa sobre la andrajosa figura, ocultando así su vergüenza de la vista de otros.

“El padre no había de permitir que ningún ojo despreciativo se burlara de la miseria y los harapos de su hijo: Saca de sus propios hombros el amplio y rico manto y cubre la forma exangüe de su hijo, y el joven solloza arrepentido, diciendo: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo’. El padre lo retiene junto a sí, y lo lleva a la casa. No se le da oportunidad de pedir el lugar de un siervo. El es un hijo, que será honrado con lo mejor de que dispone la casa, y a quien los siervos y siervas habrán de respetar y servir” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 160).

Esta medida fue adoptada por el padre sólo para proveer protección hasta que el joven estuviera dentro de la casa. Inmediatamente llegaron allí, el padre ordenó a los siervos que transformarían al joven de un mendigo harapiento a un hijo bien vestido.

“El padre dice a sus siervos: ‘Sacad el principal vestido, y vestidlo; y poned un anillo en su mano, y zapatos en sus pies. Y traed el becerro grueso, y matadlo, y comamos, y hagamos fiesta: porque éste mi hijo muerto era, y ha revivido; habíase perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse’” (*Ibid.*).

La acción del padre de colocar su manto sobre los vestidos sucios del hijo hasta que pudo efectuarse la transformación, es una lección objetiva de la expiación hecha por Cristo en el momento que Adán y Eva pecaron. Enseña la misma verdad envuelta en la aplicación de la sangre sobre los dinteles en Egipto. Era una obra completa en sí misma, aunque no finalizó la obra de restauración. Se colocaron sobre el joven dos veces los mantos provistos por el padre. En el primer caso, este manto fue puesto sobre los harapos del hijo, ocultándolo de la vista. Tuvo protección total momentánea de la condenación de las personas alrededor.

Pero el padre no consideró esto como todo lo que podía hacer. El no se contentó hasta quitar los andrajos inmundos del mozo y ataviarlo como convenía a un hijo amado y honrado. No sólo cubrir, sino restauración total era lo menos que el padre podía

contemplar. Así, en el caso de Israel, Dios no se contentó solamente protegiéndolos del ángel de la muerte. El no descansaría, sino hasta que lograra su transformación de esclavos a hombres libres. De nuevo, en el Edén, Dios podía haberse contentado con dar a Adán y Eva protección de la muerte mientras ellos permanecían todavía en condición pecadora, pero El no estaba preparado para detenerse allí. Su plan es la completa restauración. Por lo tanto, otras expiaciones tienen que seguir a la primera.

Un Salvador resucitado

En la cruz, Cristo hizo la completa expiación de sacrificio*. Esta era la última confirmación de lo que se había hecho en el Edén cuando El se convirtió en el “. . . Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (*Apocalipsis* 13:8). Esa expiación suministró protección a todos los hombres. Aun los incrédulos y los desagradecidos gozan el tiempo de gracia debido a ella. En Cristo, todo hombre sobre la tierra ya tiene salvación, pero ella no llega a ser efectiva hasta que la expiación se aplique a cada uno personalmente. Precisamente como Adán tenía salvación, que se le hizo disponible en el momento que pecó, así lo es a cada hombre sea que lo sepa o no. Pero, como Adán tenía que aprender de su privilegio en Cristo y aceptarlo constantemente antes de llegar a ser su posesión real, así es con todo otro hombre.

Pablo comprendió muy claramente los principios de la expiación y enseñó que, prodigiosa como fuera la obra hecha en la cruz, si Cristo no hubiera hecho más que eso, como habría sido el caso si no hubiera resucitado de la muerte, entonces todo habría sido en vano. El dio una lista de consecuencias directas; no habría resurrección de los justos muertos; la predicación y su fe serían en vano; ellos estarían en sus pecados todavía; y, sólo teniendo esperanza en esta vida, serían más miserables que todos los hombres. Uno puede preguntar cómo se podría tener esperanza en Cristo en esta vida sin la posibilidad de la resurrección y vida eterna en el cielo. Cuando Cristo murió, hizo una expiación que sería efectiva sea que resucitara de los muertos o no. Por consiguiente, suministraría

* Véase la lista de declaraciones para este efecto citadas en las páginas 95 y 96.

protección para el hombre hasta que su tiempo de gracia terminara, pero porque El solo podía administrar las expiaciones sucesivas estando muerto, eso sería solamente el beneficio recibido.

Aquí está la declaración de Pablo de esta verdad:

“Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también nuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres. Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho” (*1 Corintios 15:12-20*).

Uno se asombra cómo, a la luz de estas claras verdades sobre la expiación, las iglesias modernas pueden fijar toda su fe en el acto expiatorio sobre la cruz. Ellas sirven a un Salvador crucificado, pero no le dan un lugar real a un resucitado. Es verdad que ellas dan un servicio de labios a la resurrección de Cristo, pero no hay lugar en su teología para las expiaciones sucesivas por las cuales, a través de un ministerio en el santuario celestial, Cristo se traslada de hacer una obra *para* la humanidad para la ejecución de una obra de transformación *en* el hombre. A menos que la última obra se haga, la primera realmente no tiene sentido. Es por esta razón que Cristo tenía que levantarse de los muertos.

Cuán agradecidos debiéramos estar que el glorioso mensaje del tercer ángel ha iluminado la estupenda obra de las expiaciones para que no nos detengamos solamente bajo la protección del Calvario, sino avanzar en la recepción de las expiaciones que Cristo está administrando desde el santuario celestial y por lo cual estamos siendo transformados más y más a la semejanza de nuestro precioso Salvador.

La Ofrenda Quemada

Capítulo 12

LA expiación de sacrificio que suministraba tiempo de gracia para el desobediente, era seguida por una sucesión de expiaciones, con las cuales se realizará la obra de restauración de la imagen de Dios en el transgresor y por ello se alcanzará el paraíso.

Habiendo asegurado el tiempo de gracia para el pecador, el paso siguiente era liberarlo de la servidumbre de la antigua naturaleza, que se había arraigado en su corazón por la fecundación de la simiente de Satanás, e implantar en su lugar la simiente de Cristo, desde la cual la justicia de Dios debía crecer y desarrollarse a la máxima perfección.

Este paso en la progresión de condenación a la liberación final ya se ha considerado plenamente en varias publicaciones, tales como *De la Esclavitud a la Libertad y Reavivamiento y Reforma*. En consecuencia, no repetiremos estas reflexiones aquí. En vez de eso, pasaremos directamente a la expiación hecha por las ofrendas, la quemada, la de la vianda y la de paz, que se sacrificaban diariamente en el atrio.

Después que el creyente había obtenido las bendiciones que estas ofrendas estaban destinadas a producirle, él estaba preparado para recibir los beneficios de la expiación por los pecados del individuo. Esta remisión de iniquidad le era disponible a través del ministerio en el primer departamento, en el cual el sacerdote entraba en su favor. Después de confesar su pecado sobre la cabeza de la víctima y quitarle la vida con sus propias manos, el arrepentido permanecía en el atrio postrado en oración ferviente, mientras por fe seguía las expiaciones del sacerdote adentro. Era el propósito de Dios que el pecado, una vez confesado y separado, no hallara más lugar en la experiencia del pecador. Por lo tanto, no era la intención de Dios que la persona tuviera que venir repetidas veces a confesar y eliminar el mismo pecado.

Para alcanzar este ideal, el creyente había de vivir en un estado de constante consagración al servicio de Dios. Por consiguiente, el Señor, para enseñar esto, proveyó la dedicación de los ritos de las ofrendas, la quemada, la de la vianda y la de paz. Los que consciente, sincera e inteligentemente entraban a estos servicios

diariamente, eran aptos para ir en verdadero arrepentimiento y confesión para recibir la remisión de pecados.

Antes de estudiar el proceder para la expiación en el lugar santo, tiene que darse consideración a las importantes lecciones contenidas en estos servicios preliminares. El estudiante debe luchar para entender y mantener en mente las relaciones entre estas diversas expiaciones. Ellas no deben ser aisladas como entidades, separadas porque hay una estrecha conexión entre todas ellas. Nosotros procuraremos mostrar que cada expiación sucesiva no podía ser aplicada a menos que la anterior fuera llevada a cabo con éxito. Por ejemplo, como se mostró en el capítulo anterior, si la expiación de sacrificio no se hacía en el instante que el hombre pecaba, no había oportunidad de introducir y aplicar el resto de ellas.

La ofrenda quemada

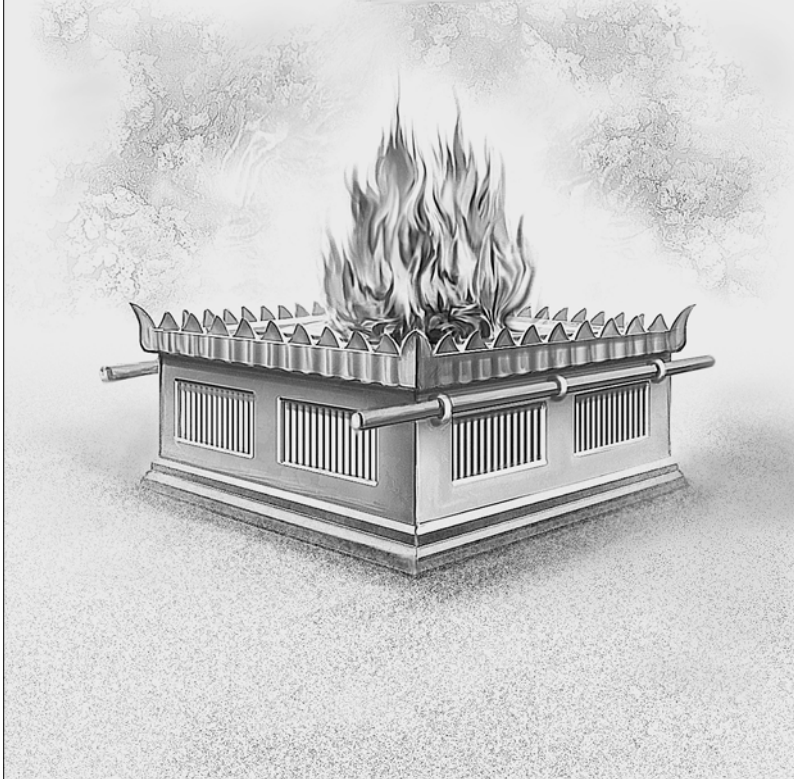
Dos veces al día, una por la mañana y de nuevo por la tarde, la ofrenda quemada se sacrificaba sobre el gran altar en el atrio del templo junto con la vianda y la ofrenda de paz.

“Esto es lo que ofrecerás sobre el altar: dos corderos de un año cada día, continuamente. Ofrecerás uno de los corderos por la mañana, y el otro cordero ofrecerás a la caída de la tarde. Además, con cada cordero una décima parte de un efa de flor de harina amasada con la cuarta parte de un hin de aceite de olivas machacadas; y para libación, la cuarta parte de un hin de vino. Y ofrecerás el otro cordero a la caída de la tarde, haciendo conforme a la ofrenda de la mañana, y conforme a su libación, en olor grato; ofrenda encendida a Jehová. Esto será el holocausto continuo por vuestras generaciones, a la puerta del tabernáculo de reunión, delante de Jehová, en el cual me reuniré con vosotros, para hablaros allí (*Exodo 29:38-42*).

Los individuos podían también hacer un holocausto personal con la comida apropiada y ofrendas de paz. Las instrucciones para esto están registradas en los primeros tres capítulos de *Levítico*. Cuando una persona ofrecía este sacrificio, por ello se hacía una expiación para ella.

“Y pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y será aceptado para expiación suya” (*Levítico 1:4*).

La ofrenda quemada no era una ofrenda por el pecado aunque la expiación era recibida por esa razón. Era una ofrenda de consagración o de dedicación.



El holocausto representa la rendición de la vida misma a todo sacrificio que pueda exigirse.

“El servicio diario consistía en el holocausto matutino y el vespertino, en el ofrecimiento del incienso en el altar de oro y de los sacrificios especiales por los pecados individuales. Además, había sacrificios para los sábados, las lunas nuevas y las fiestas especiales.

“Cada mañana y cada tarde, se ofrecía sobre el altar un cordero de un año, con las oblações apropiadas de presentes, para simbolizar la consagración diaria a Dios de toda la nación y su constante dependencia de la sangre expiatoria de Cristo” (*Patriarcas y Profetas*, pág. 365).

Las ofrendas de carne eran en realidad ofrendas de vianda. Hoy la palabra “carne” significa carne, pero en las Escrituras, tiene un significado más amplio incluyendo todo alimento. Será notado que siempre que se describía una ofrenda de vianda, ninguna carne se involucraba. Ella consistía de comida con aceite. (Véase *Levítico* 2:1, *1Reyes* 19:5-8). Si esto se lleva en mente, el estudiante será salvo de una comprensión equivocada de la ofrenda de vianda.

Así que, la primera obra para el pueblo cuando el día comenzaba, era reunirse alrededor del tabernáculo para el servicio del holocausto. El cordero de un año se mataba, y luego, junto con la comida, el aceite y el vino, era quemado sobre el altar del sacrificio en el atrio.

Cuando esto era hecho, el pueblo no sólo estaba allí como testigo no implicado. Se esperaba solemnemente que se dedicaran a sí mismos al servicio de Dios por ese día. Debían recordar que estaban en este mundo no para complacer el yo o para construir sus propios intereses, sino para hacer avanzar la causa del Eterno.

Ellos debían reconocer también que su existencia dependía de la expiación hecha para ellos en el momento que sus primeros padres cayeron en pecado. Así, debían recordar constantemente que no había lugar para la suficiencia propia, ni lugar para ser los dueños de su propia suerte, o los planeadores de sus propias vidas.

Todo acerca de ese holocausto mañana y tarde era proyectado por el Hacedor divino del plan a producir en ellos el verdadero espíritu cristiano y destruir la idea de que la salvación era un asunto por parte de uno.

Todo creyente se inicia en una manera de vida contraria a la egoísta y codiciosa actitud de los que no tienen el conocimiento de Dios. El creyente es salvo para servir, y se le bendice con los dones del cielo para que pueda a su turno dispensar estos recursos para llevar bendición y salvación al perdido. Los que activamente participan en este curso de acción son grandemente bendecidos, mientras los que se niegan a hacerlo, perecen. En este principio de servicio, Dios está buscando perfección de corazón de su pueblo.

“Los sacerdotes debían examinar todos los animales que se traían como sacrificio, y rechazar los defectuosos. Sólo una ofrenda ‘sin defecto’ podía simbolizar la perfecta pureza de Aquel que había de ofrecerse como ‘cordero sin mancha y sin contaminación’ (1 Pedro 1:19).

“El apóstol Pablo señala estos sacrificios como una ilustración de lo que los seguidores de Cristo han de llegar a ser. Dice: ‘Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto’ (Romanos 12:1). Hemos de entregarnos al servicio de Dios, y debiéramos tratar de hacer esta ofrenda tan perfecta como sea posible. Dios no quedará satisfecho sino con lo mejor que podamos ofrecerle. Los que le aman de todo corazón, desearán darle el mejor servicio de su vida, y constantemente tratarán de poner todas las facultades de su ser en perfecta armonía con las leyes que nos habilitan para hacer la voluntad de Dios” (*Ibid.*).

Muchos cristianos profesos fallan en asimilar estos principios. Ellos parecen sentir que si son “suficientemente generosos”, para dar una ofrenda liberal y dedican algo de su tiempo a la obra misionera, satisfacen las demandas de la religión y están mereciendo una recompensa eterna. Pero básicamente, no es su dinero o tiempo lo que Dios necesita primero y principalmente. Toda la vida tiene que ser consagrada a El. Para satisfacer este nivel de consagración no quiere decir que una persona tiene que ser un ministro u obrero pago de tiempo completo. El puede ser un obrero humilde en un empleo regular tal como carpintero, conductor o jardinero, que ha consagrado su vida al Señor aunque no vea su ministerio siendo de mucho significado. Sobre toda otra cosa, él ama la verdad de Dios y no desea más que ver prosperar su causa. Su más profundo interés es ver desarrollarse dentro de él los principios del hermoso carácter de Dios, para que en toda forma, llegue a ser semejante a Cristo. Acepta la obra que está haciendo como el plan de Dios para él y la hace con toda su eficiencia y destreza a su disposición. Estudia su patrón para entender lo que él desea y luego se esfuerza por servirle en lo mejor de su habilidad. Con alegría, sosiego, esperanza y optimismo, él dedica cualquier tiempo y dinero que dispone fuera de su necesidad inmediata para el progreso de la verdad a medida que el Señor le da oportunidad.

En resumen, todas las cosas en su vida son secundarias para el progreso del reino divino. Tal hombre, en el verdadero sentido de la palabra, se postra ante el altar del holocausto cada mañana y tarde.

Los que desean conocer si son verdaderamente consagrados a Dios, deben formular la simple pregunta: ¿Cuál es el interés primario en mi vida? ¿En qué está básicamente dedicado?.

Si, en estricta honestidad, se halla que la edificación del reino de Dios es el principal y primer interés, entonces se ha logrado la verdadera dedicación, y en tipo, la ofrenda quemada se está sacrificando todavía en la vida de la persona cada mañana y tarde.

El llamado a reunirse alrededor del santuario para participar en la ordenanza del holocausto es el mismo todavía hoy. No existe más un santuario literal, no está el cordero degollado mañana y tarde, pero lo que las ofrendas significaban entonces, continúan para ser la experiencia que Dios desea que su pueblo tenga. El proveer el santuario y sus servicios como una revelación del carácter que Dios planeó que su pueblo posea y la manera de lograrse, es una manifestación del amor y misericordia de Dios. Por consiguiente, no tiene sentido estudiar el servicio del santuario desde un ángulo que no involucre una aplicación personal del individuo.

“Conságrate a Dios todas las mañanas. Haz de esto tu primer trabajo. Sea tu oración: Tómame, oh Señor, como tuyo. Pongo todos mis planes a tus pies. Usame hoy en tu servicio. Mora conmigo, y sea toda mi obra hecha en ti. Este es un asunto diario. Conságrate a Dios cada mañana para ese día. Somete todos tus planes a El, para ponerlos en práctica o abandonarlos, según te lo indicare su providencia. Podrás así poner cada día tu vida en las manos de Dios, y así será cada vez más semejante a la de Cristo” (*El Camino a Cristo*, pág. 126).

Así como con Israel, así también con el pueblo de Dios ahora, el primer trabajo de cada día es hacer esta consagración total de la vida para cualquier servicio que el Señor elija. Cuanto más cerca uno venga a Cristo y así participe de su Espíritu, tanto más natural llega a ser este acto de consagración. Con anhelo, el alma deseará hacer esta entrega cuando el día comienza y termina.

Cuando Juan el Bautista llegó a comprender más plenamente la verdadera naturaleza del carácter y misión de Cristo, su alma fue constreñida a hacer un rendimiento de sí mismo a profundidades que nunca había conocido antes.

Esta experiencia llegó a él mientras estaba en la cárcel de Herodes. En ese momento, sus discípulos acariciaban serias dudas acerca del trato de Cristo para con su mensajero.

“Se les permitía tener acceso a la cárcel, y le traían noticias de las obras de Jesús y de cómo la gente acudía a él. Pero preguntaban por qué, si ese nuevo maestro era el Mesías, no hacía algo

para conseguir la liberación de Juan. ¿Cómo podía permitir que su fiel heraldo perdiese la libertad y tal vez la vida?” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 185).

Estos argumentos no dejaron de tener su efecto en el mensajero de Cristo, pero se negó a dar expresión a la duda en la presencia de sus amigos. En cambio, decidió hallar la respuesta de Cristo directamente, y para tal propósito envió a varios de sus discípulos a preguntar a Cristo si era realmente el prometido.

Cristo simplemente les ordenó que lo observaran trabajando todo un día. Cuando ellos regresaron donde el prisionero solitario, le contaron todo lo que habían visto. Juan obtuvo un concepto del carácter real de Cristo y esto estimuló dentro de él un deseo para ser más semejante a ese Modelo. La consagración así generada en él se duplicará en todos los que permitan ir bajo las mismas sagradas influencias.

“Comprendiendo más claramente ahora la naturaleza de la misión de Cristo, se entregó a Dios para la vida o la muerte, según sirviese mejor a los intereses de la causa que amaba” (*Id.*, pág. 189).

Muchos de los seguidores profesos de Dios están encerrados en la noción que si sirven a Dios, a cambio les debe prosperidad, salud, protección, y una larga vida. Este fue el razonar de los discípulos de Juan. Había sacrificado todo por Cristo. Por lo tanto, lo menos que el Salvador podía hacer con todo su prodigioso poder era poner libre a Juan. El no hacerlo lo tildaría como desagradecido y descuidado. Así le parecía a ellos.

Los que piensan por estas líneas nunca pueden presentar un verdadero holocausto mañana y tarde. Su consagración al Señor es demasiado parcial y no puede nunca ser aceptable a Dios, porque no han llegado a ser uno con El en su carácter de amor.

El reino puede ser solamente ganado por sacrificio. A algunos sólo se les requerirá hacer poca contribución, mientras que otros serán llamados a pagar con el don supremo de la vida misma. Cuando murió y cómo murió, Juan suministra un testimonio que era tan poderoso y necesario como la obra hecha mientras estaba vivo. Centenares de miles de mártires se fortalecieron para sufrir las salvajes pruebas cuando recordaron el testimonio dado por Juan en vida y en muerte.

Mientras que la ofrenda quemada representaba el sometimiento de la vida misma a cualquier sacrificio que pueda ser exigido, las ofrendas de comida y bebida significaban la entrega de todas

las posesiones materiales a los pies del Maestro para abandonarlas o usarlas como su causa lo requiera.

Aquí está el área en donde la iglesia ha fracasado tan mal en el pasado y fracasará otra vez, si el pueblo de Dios no se guarda cuidadosamente contra este peligro. Cuando la causa es fresca y nueva, los creyentes se conmueven con la expectación de la rápida libertad del mundo y sus dolores. En este marco son altamente motivados a hacer grandes sacrificios materiales y personales por la obra. Pero pronto llega a ser aparente que la victoria no será ganada tan rápidamente. Afrontados con el prospecto de estar en el mundo por algún tiempo todavía, los miembros tienden a establecerse para hacer su peregrinación tan cómoda como sea posible. Ellos usan su dinero para rodearse de comodidades de esta vida y la búsqueda de riqueza terrenal. Enorme cantidad de energía e incontables horas se invierten en construir estos intereses terrenales. El resultado es que el Espíritu de Dios se ausenta de la iglesia dejándola destituida, formal, legalista y tibia.

Este relato de decadencia puede ser leído vez tras vez en todo tiempo pero nunca más explícito que en la historia del gran Movimiento del Segundo Advenimiento después de 1844. En *Joyas de los Testimonios*, tomo 1, páginas 30-32, la razón de la separación del Espíritu se mostró ser su desviación de los medios que Dios había invertido en ellos a la comodidad e intereses personales.

Los que siguen este curso, a sí mismo se engañan con la creencia de que es todo para la causa y en el día cuando más se necesite, la causa será bendecida con los resultados de “su excelente administración comercial”.

“Vi que muchos en diferentes lugares, en los estados del Este y del Oeste, estaban añadiendo una propiedad a otra, un terreno a otro, una casa a otra, y se excusan diciendo que lo hacen para poder ayudar a la causa. Se encadenan a sí mismos, de manera que pueden ser de muy poco beneficio para la causa. Algunos compran un terreno y trabajan con toda su fuerza para pagarlo. Su tiempo está tan ocupado que casi no pueden dedicar un momento para orar y servir a Dios, ni para obtener de él fuerzas para vencer las tentaciones. Se hallan endeudados, y cuando la causa necesita su ayuda, no se la pueden prestar, porque deben primero librarse de las deudas. Pero tan pronto como se libran de una deuda, se hallan más imposibilitados de ayudar a la causa que antes, porque vuelven a contraer obligaciones aumentando sus propiedades. Se

lisonjean de que su conducta es correcta porque emplearán los réditos en la causa, cuando, en realidad, están acumulando tesoros aquí. Aman la verdad en palabra, pero no en obra. Aman la causa precisamente en la medida en que sus obras lo demuestran. Aman más al mundo, y menos a la causa de Dios. La atracción de la tierra se robustece más, y se debilita la atracción del cielo. Su corazón está con su tesoro. Por su ejemplo, indican a los que los rodean que su intención es permanecer aquí, pues este mundo es su patria. Dijo el ángel: ‘Eres guarda de tu hermano’” (*Joyas de los Testimonios*, tomo 1, págs. 31, 32).

El testimonio final en cuanto en dónde están sus corazones se da cuando ellos mueren y su testamento se hace público. Su dinero y sus posesiones son dejados a los hijos incrédulos que no tienen necesidad especial de los capitales. Satanás se deleita en esto porque sabe que ha estorbado y debilitado la causa de Dios mientras que fortalece la suya. Lo que lo hace particularmente alegre es el hecho de que es el pueblo profeso de Dios quien debió haber hecho todo lo que posiblemente podían por la verdad, el que le sirvió muy bien. No hay excusa para esto cuando se ha dado abundante instrucción en los *Testimonios*, guiando a los cristianos a cómo distribuir sus posesiones cuando preparan su testamento.

Nada se origina con nosotros. Todo lo que poseemos se ha depositado en nosotros por el Señor para adelantar su causa y derrotar el mal. Cuando una persona toma esta riqueza y la desvía a manos del enemigo, ella está robando a Dios. Esta es la traición de una sagrada obligación por la cual tiene que darse una temible cuenta. El afecto natural es muy fuerte, y algunos considerarán que se está diciendo demasiado, que los hijos incrédulos son enemigos de Dios y su verdad, pero este es el hecho del caso. Cristo sabía lo que era vencer las poderosas tentaciones impuestas sobre El debido al afecto natural, y aquellos que siguieran sus pisadas y fueran partícipes con El en sus sufrimientos y heredaran la recompensa eterna, tendrían que ganar las mismas victorias.

La demanda de Dios de estos tesoros no es egoísmo por su parte. Tiene recursos más que suficientes con los cuales llevar a acabo sus propósitos sin involucrar a la humanidad. Pero, conoce el mal efecto sobre nosotros cuando nos dedicamos a intereses egoístas, no importa cuán legítimos parezcan ser. Por lo tanto, nos ha invitado para ser sus colaboradores en el plan de salvación. Este es un alto honor, un maravilloso privilegio, y una sagrada obligación.

Cuando Dios instituyó la ofrenda quemada, la vianda y la bebida, hacía un servicio de amor para el pueblo. Deseaba que por ello debían recordar constantemente su relación con El como la Fuente, y guiados diariamente a renovar su promesa de pacto para hacer del servicio a otros su primera consideración. Todo lo que eran y todo lo que tenían, había de ser dedicado a esta misión. Únicamente mientras permanecieran dentro de estos límites, podían ser socios efectivos con la Divinidad eterna.

Como una expiación

Como se citó antes, las Escrituras declaran que los que participaban en la ofrenda quemada, la vianda y la bebida, por ello recibían la expiación.

¿En qué sentido es esto verdad?

La expiación se ha descrito como uno estar en armonía o reconciliado con Dios. Las expiaciones fueron instituidas a causa del hombre, en consecuencia de su transgresión, se encontró muy lejos de Dios y necesitaba ser traído de nuevo. Este proceso no implica ningún cambio en el Señor nuestra Justicia, pero sí, ciertamente en el hombre. Estas transformaciones son lo que las expiaciones se proyectan producir. Por lo tanto, cualquier obra divinamente señalada que lleve al hombre de regreso a la armonía con el Señor, es una expiación.

Cuando los creyentes asistían a los servicios de mañana y tarde en los que la ofrenda quemada, la vianda y la bebida se sacrificaban, con tal de que comprendieran lo que esas ceremonias significaban y entraran con corazón y alma en ellas, serían cambiados más y más a la semejanza de Dios cada día. Cada ejercicio espiritual servía para confirmar y fortalecer en ellos la realización de que todas las cosas pertenecían a Dios, y que ellos sólo eran extranjeros y peregrinos en la tierra, que debían desarrollar un carácter idóneo para la eternidad, y apurar el día cuando el reino de eterna justicia fuera establecido.

Cuando estos servicios hacían esta obra santa en ellos, eran llevados más y más cerca a Dios. Esto, por consiguiente, era una obra de expiación que, como el capítulo siguiente mostrará, los preparaba para recibir la expiación diaria que a su turno allanaba el camino, para recibir la expiación final y un lugar en el reino.

La ofrenda de paz

Es conveniente que los que habían hecho ofrenda individual quemada o de vianda seguía a éstas la ofrenda de paz. Las instrucciones para estas tres en su orden se dan en los primeros tres capítulos de *Levítico*.

La consecuencia natural de entrar en el espíritu abnegado de Cristo, es la paz perfecta con El. La meta de Dios para sus hijos es estar así en armonía con la Deidad. El Padre eterno ha dedicado todo los poderes y recursos del cielo para que ninguno halle imposible alcanzar este fin.

No hay nada que el verdadero hijo de Dios desee más que este sagrado reposo en estrecha relación con el Maestro. Por lo tanto, regocíjese él para ver esas preciosas promesas y lecciones contenidas en la expiación hecha por el sacrificio de la ofrenda quemada, la vianda, la bebida y la de paz. Dedíquese más tiempo a indagar en los tesoros que el Señor ha enterrado en estas verdades, con la seguridad de que cuando esto sea hecho y las lecciones aplicadas, avances significativos serán hechos en la vida cristiana.

La Expiación por Pecados de Ignorancia

Capítulo 13

DEBE ser claro por ahora que Dios proveyó específicas expiaciones para tratar con problemas específicos. Espera que su pueblo comprenda cada una de estas expiaciones y los lugares donde se han de aplicar, para que el humano pueda obrar en estrecha y efectiva cooperación con lo divino.

La idea popular es que Cristo realizó sólo un sacrificio abarcante y completo. Esta posición ignora el testimonio del Antiguo Testamento que las diferentes expiaciones en el tipo señalaban al mismo número de iguales ministerios en el antitipo. Sin embargo, mientras que cada expiación en el tipo involucraba un sacrificio, Cristo murió como un sacrificio sólo una vez. Debido a esto, muchos concluyen que sólo existe una expiación hecha por Cristo en favor del pecador.

Es verdad que Cristo no murió repetidamente. “Sabido que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive” (*Romanos 6:9, 10*).

No era necesario que El muriera más de una vez, porque su único e infinito sacrificio suplió los requerimientos por toda expiación a realizarse en su turno. De este modo, es un error suponer que, porque Cristo murió sólo una vez, es la única expiación para ser hecha en su ministerio por nuestra salvación. Por cada expiación en el tipo, existe la equivalencia exacta en el antitipo.

De esta sucesión de expiaciones, nosotros hasta ahora hemos considerado solamente dos. La primera fue hecha por Cristo en el momento que el hombre pecó y se simbolizaba por la aspersión de la sangre sobre los postes de la puerta en el servicio de la pascua. Esto suministraba tiempo de gracia durante el cual se concedía oportunidad al creyente para recibir los beneficios restauradores contenidos en las expiaciones a seguir. La segunda era la expiación de la consagración diaria hecha en la ofrenda quemada, de vianda y de paz. Estas producían un espíritu de

unidad entre Dios y su pueblo que lo habilitaba para transformarlos más y más a su semejanza.

En la obra progresiva conduciendo a la restauración total, la necesidad siguiente es la erradicación efectiva de los pecados que aparecen subsecuentes a la liberación inicial de la servidumbre y de la institución de la vida divina de Cristo en el interior. Estos pecados caen en dos categorías. Existen los que son desconocidos para el creyente porque, inicialmente, él tiene un conocimiento limitado de los principios divinos. Un simple ejemplo de esto es la observancia del domingo de los reformadores protestantes. Ellos no sabían que el séptimo día de la semana es el sábado, así que observaban fielmente el primer día. Esto se llama un pecado de ignorancia. Toma tiempo para que una persona se entere de su error, pero cuando lo hace, el Señor espera que ella lo quite y se limpie de él. Para esto ser posible, se proveyó una expiación por los pecados de ignorancia.

Desdichadamente, pecados de ignorancia no son los únicos que aparecen en la vida de los convertidos. Hay ocasiones cuando permiten que su fe se desarrolle débil, y el enemigo, tomando ventaja de sus flaquezas, los tienta con éxito. Ellos saben bien que han caído y con profundo arrepentimiento buscan limpieza de la mancha. Para esto Dios ha provisto también una expiación tipificada en la dispensación del Antiguo Testamento por la ofrenda de culpa.

La provisión para los pecados de ignorancia está escrita en *Levítico 4:1-35*. El proceder se repite cuatro veces, con algunas modificaciones, para cubrir las necesidades de un sacerdote, la congregación entera, un jefe, y cualquiera persona del pueblo. Nosotros citamos aquí, como un ejemplo, las instrucciones dadas para un sacerdote:

“Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando alguna persona pecare por yerro en alguno de los mandamientos de Jehová sobre cosas que no se han de hacer, e hiciere alguna de ellas; si el sacerdote ungido pecare según el pecado del pueblo, ofrecerá a Jehová, por su pecado que habrá cometido, un becerro sin defecto para expiación. Traerá el becerro a la puerta del tabernáculo de reunión delante de Jehová, y pondrá su mano sobre la cabeza del becerro, y lo degollará delante de Jehová. Y el sacerdote ungido tomará de la sangre del becerro, y la traerá al tabernáculo de reunión; y mojará el sacerdote su dedo en la sangre, y rociará de aquella sangre siete veces delante de Jehová,

hacia el velo del santuario. Y el sacerdote pondrá de esa sangre sobre los cuernos del altar del incienso aromático, que está en el tabernáculo de reunión delante de Jehová; y echará el resto de la sangre del becerro al pie del altar del holocausto, que está a la puerta del tabernáculo de reunión. Y tomará del becerro para la expiación toda su grosura, la que cubre los intestinos, y la que está sobre las entrañas, los dos riñones, la grosura que está sobre ellos, y la que está sobre los ijares; y con los riñones quitará la grosura de sobre el hígado, de la manera que se quita del buey del sacrificio de paz; y el sacerdote la hará arder sobre el altar del holocausto. Y la piel del becerro, y toda su carne, con su cabeza, sus piernas, sus intestinos y su estiércol, en fin, todo el becerro sacará fuera del campamento a un lugar limpio, donde se echan las cenizas, y lo quemará al fuego sobre la leña; en donde se echan las cenizas será quemado” (*Levítico 4:1-12*).

En los versículos 20, 26, 31 y 35, el Señor declara explícitamente que esta era una expiación. “Y quemará toda su grosura sobre el altar, como la grosura del sacrificio de paz; así el sacerdote hará por él la *expiación de su pecado*, y tendrá perdón”, versículo 26. Por lo tanto, estos procedimientos son la expiación por pecados de ignorancia. La provisión misericordiosa está todavía disponible y será recibida por todos los que entienden y aplican el remedio divino.

Hasta que el individuo se enterara de su pecado de ignorancia, éste era cubierto por la expiación de sacrificio que se hizo en la cruz y aplicada primero en el instante que Adán y Eva pecaron. Antes de conocer el mal secreto dentro de él, el Señor acepta plena responsabilidad por el error incluso hasta el punto donde, si esta persona muriera antes de enterarse de él, no sería perdido. Pero, después que el pecador se había conducido a conocer la presencia y naturaleza de su iniquidad oculta, la responsabilidad descansa sobre él. Se le exigía ir al santuario y, al hacer confesión por su pecado, ser guiado a la reconciliación con Dios.

Ninguno puede confesar un pecado del que no es consciente. De manera que, la primera obra tiene que ser revelar la pecaminosidad dentro de él la cual nunca había visto antes. Esto no se realiza fácilmente porque no es natural para una mente educada tanto tiempo a pensar en una cierta manera, cambiar a una diferente línea de pensamiento. Cuanto más se haya inclinado esa mente a una cierta dirección, tanto más difícil es cambiarla.



Por el hermoso testimonio de la palabra de Dios el hombre es guiado a ver su condición real al mirar el espejo de la verdad.

Toda la naturaleza confirma este principio. Cuan fácil es adiestrar el árbol tierno y joven en una dirección deseada, pero, a medida que los años pasan y el tronco engruesa y se solidifica, esto llega a ser más difícil. Finalmente es imposible efectuar una transformación.

La manera menos penosa y eficiente de revelar estos problemas es a través del espejo de la ley de Dios. Es el plan de Jehová que cuando los hombres lean las santas Escrituras, vean claramente en donde sus vidas no están en armonía con la voluntad divina. Así provee la oportunidad de arrepentirse, confesar y quitar el mal.

Con infortunio, cada vez que Dios emprende esto, Satanás está allí para disputar cada pulgada del camino. Por su parte existe la ventaja de la disposición del hombre para observar su propia

evaluación de sí mismo antes que la de Dios. Mientras que el Espíritu Santo esta diciendo al pecador que todo no está bien, él mismo se persuade de que las cosas difícilmente pueden ser mejor. Esta actitud peligrosa está bien ilustrada por los laodicenses, que, cuando Dios les decía que ellos eran “desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos”, se mantenían seguros de que en realidad eran “ricos y se habían enriquecido y de ninguna cosa tenían necesidad”.

Este mensaje fue especial y específicamente dirigido al pueblo adventista a mediados del siglo pasado. Repetidas amonestaciones se dieron para salvaguardarlos de caer en esta condición, pero ellos no prestaron atención. Pronto el Testigo Fiel no tuvo más opción que describir la condición a la que habían llegado con la esperanza de que escucharan y regresaran a la armonía con El.

“Me fue mostrado que el testimonio a la iglesia de Laodicea es dirigido al pueblo de Dios del tiempo presente [1858], y el motivo por el cual no puede ejecutar una obra mayor es la dureza de sus corazones” (*Testimonies*, tomo 1, pág. 186).

Tres décadas más tarde, el mismo Testigo declaró que no había habido cambio a lo mejor. No se le prestó atención al mensaje:

“Desde el tiempo de las reuniones de Minneapolis, he visto la condición de la iglesia laodicense como nunca antes. He oído la reprensión de Dios hablando a los que se sienten muy satisfechos, que no saben de su destitución espiritual. Jesús les habla como lo hizo con la mujer samaritana: ‘Si conocieras el don de Dios, y quien es el que te dice, dame de beber, pedirías de él, y te daría agua viva’.

“Semejante a los judíos, muchos han cerrado sus ojos para no ver; pero ahora hay un gran peligro en cerrar los ojos a la luz y en caminar aparte de Cristo, no sintiendo necesidad de nada, como cuando El estuvo sobre la tierra. Se me han mostrado muchas cosas que he presentado delante de nuestro pueblo con solemnidad y seriedad, pero los corazones de los que se han endurecido por la crítica, celo y malas suposiciones, no sabían que eran pobres, miserables, ciegos y desnudos. Los que resisten al mensaje de Dios por medio de su humilde sierva, piensan que están en desacuerdo con la hermana Elena White, porque las ideas de ella no están en armonía con las suyas; pero este desacuerdo no es con la hermana White, sino con el Señor, que le ha dado su obra para que se haga” (*The Review and Herald*, 26 de agosto, 1890).

La expiación por la que el pecado es limpiado de la vida nunca puede ser hecha, a menos que el individuo que la busca sea conducido a ver su verdadera condición. En 1858, el Testigo Fiel mostró claramente a los adventistas laodicenses su condición real pero ellos no pudieron verla. Prefirieron su propia estimación por encima de la evaluación del Señor. Sin duda que razonaron subsecuentemente de la manera siguiente: “El Señor dice que somos desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos, pero *nosotros* no podemos ver lo que somos. Por mucho que miremos, nos vemos a nosotros mismos ricos, enriquecidos, y no tenemos necesidad de nada. Suponemos que si el Señor dice que estamos destituidos de la vida espiritual, entonces tiene que ser así, pero si no podemos verlo, entonces no somos responsables”.

Esto era tomar una muy conveniente pero fatal actitud. El pueblo de Dios debe aprender que cuando El habla por medio de la Palabra profética, sus palabras no son ociosas. La cuestión no es si el pueblo puede verlo o no. Si el Señor lo ha dicho, es la verdad. La única seguridad es adoptar un espíritu humilde y dócil, y suplicar al Salvador que abra sus ojos para que ellos mismos puedan verse como El los ve. Es imposible entrar en la expiación en cualquier otra manera.

Casi seis milenios han pasado desde que los hombres aceptaron al diablo y al pecado. Durante ese tiempo, advertencia tras advertencia ha llegado de un Dios amante a su pueblo profeso, revelando no sólo la condición en la que han caído, sino también los resultados seguros de su curso elegido. Con asombrosa ceguera han ignorado estos consejos, escogiendo más bien consultar su propio juicio y continuar su propio camino. Por ejemplo, ver cómo Jeremías repetidamente transmitió los mensajes de Dios al rey apóstata de su tiempo y con todo, como en cumplimiento exacto de sus predicciones, los juicios amenazadores se acercaban más y más, el rey, los príncipes, nobles, sacerdotes y el pueblo continuaban resistiendo la reforma y así no podían ser conducidos a la armonía con Dios.

Ese era un acto increíble. Cuanto más uno lo estudia, tanto más asombroso llega a ser que el hombre débil y mortal puede evaluar sus propios juicios por encima de un Dios infinitamente amante y sabio.

Sabios en realidad son los que ven en estas actitudes la advertencia de que la generación de hoy tiene la misma disposición

arrogante y está en el mismo peligro de preferir sus propios caminos. Cada uno debe temer para que la misma triste suerte no lo sobrecoja. Nadie debe descansar hasta estar seguro de que el Señor está haciendo una obra fiel de revelar sus deficiencias, que está aceptando esas revelaciones, y está haciendo segura la obra de arrepentimiento. En ningún otro curso existe seguridad y vida eterna. La salvación no es un asunto de juicio humano, sino del divino.

Sería imposible poner demasiado énfasis sobre este punto vital. Se necesita grabar tan completamente en las mentes, que los individuos se levantan del fatal estupor que los deja aceptando sus placenteramente infladas evaluaciones de sí mismos antes que los juicios íntegros y exactos de Dios. A todos les gusta oír lo bueno más que lo malo de ellos mismos. Por consiguiente, se requiere un coraje valiente y constante para aceptar revelaciones desagradables del carácter de uno. Si todos conocieran que el dolor es administrado solamente para producir curación, paz y gozo, se apresurarían para asegurar que este paso vital se diera.

Cuando Dios no puede con sus mensajes personales despertar a su pueblo a la comprensión de su condición y necesidad, tiene otros medios por donde se logran los mismos resultados. Que esta provisión compruebe tener más éxito, depende de la cooperación inteligente de los creyentes con las agencias divinas. Con mucha frecuencia estos medios fallan también, porque los hijos profesos de Dios permiten al enemigo apartar su atención de un examen de sus propias reacciones a las acciones de quienes los rodean.

Su falta de permitir al testimonio del Testigo Fiel revelar su condición y necesidad, significa que el mal es dejado dentro de ellos. Inevitablemente, las tentaciones ejercen presiones que desarrollarán estos males, sacándolos a la luz donde pueden ser claramente vistos. La tentación nunca genera iniquidad. Sólo desarrolla y manifiesta lo que ya está allí.

“El momento de tentación en que posiblemente se caiga en pecado gravoso no crea el mal que se manifiesta; sólo desarrolla o revela lo que estaba latente y oculto en el corazón. ‘Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él’, ya que del corazón ‘mana la vida’ (Proverbios 23:7; 4:23)” (*El Discurso Maestro de Jesucristo*, pág. 54).

La naturaleza testifica con fortaleza de este principio. En algunas partes del mundo, abrasadoras sequías dejan la tierra

desnuda de vegetación durante varios períodos de tiempo. Al parecer no hay señal de ninguna vida. Eventualmente, la lluvia regresa y en pocos días hay un maravilloso crecimiento de yerbas, malezas, espinos y plantas. La lluvia no crea este verdor. Solamente sacó lo que ya estaba en el suelo. Si no hubieran habido semillas de espino por ejemplo, ninguna se habría desarrollado después que pasó la tormenta.

De igual manera, Pablo se refiere a este principio en estas palabras: “Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia” (*Romanos 5:3*).

Las tribulaciones llegan a toda persona y cuando lo hacen, no es paciencia sino impaciencia lo que usualmente producen. ¿Cómo puede entonces Pablo decir nos gloriamos en las tribulaciones sabiendo que producen paciencia, cuando nuestras experiencias nos dicen que lo contrario es la verdad?.

El no estaba hablando acerca de la experiencia en quienes la impaciencia reina todavía, sino acerca de los justificados en quienes la paz de Dios reside. Cuando las tentaciones llegan a ellos, sólo sirven para ejercer o fortalecer la paciencia que ya está allí. Así que, no importa cual sea la situación, las tribulaciones son una bendición. Si hay pecado oculto en el interior todavía, ellas sirven para revelar al creyente honesto y observador, dónde se necesita hacer una obra. Así se le da la oportunidad de apresurarse al Salvador para la limpieza de estas manchas. Por otra parte, si la tribulación sólo produce reacciones de justicia, el creyente puede regocijarse en la evidencia de que ha sido efectivamente limpiado.

Pedro era uno quien, habiendo fallado en sacar provecho de la instrucción de Cristo, tuvo que aprender la lección en la manera más dura y penosa. Cristo sabía todo lo que estaba en sus amados discípulos, pero Pedro no. El Maestro buscaba día tras día, con paciente instrucción, revelar a Pedro sus defectos para que pudiera ser curado de ellos y dotarlo de cualidades que lo capacitarían para resistir cada prueba.

“La historia de ninguno de los discípulos ilustra mejor que la de Pedro el método educativo de Cristo. Temerario, agresivo, confiado en sí mismo, rápido para percibir y apresurado para actuar, pronto para vengarse, y, sin embargo, generoso para perdonar. Pedro se equivocó a menudo, y a menudo fue reprendido. No fueron menos reconocidas y elogiadas su lealtad afectuosa y su devoción

a Cristo. El salvador trató a su impetuoso discípulo con paciencia y amor inteligente, esforzándose por reprimir su engreimiento y enseñarle humildad, obediencia, y confianza.

“Pero la lección fue aprendida sólo en parte. El engreimiento no fue desarraigado.

“A menudo, cuando sentía su corazón abrumado por una carga, Jesús trataba de revelar a sus discípulos las escenas de su prueba y sufrimiento. Pero sus ojos estaban cerrados. La revelación no era bien recibida, y no veían. La compasión de sí mismo, que equivalía al compañerismo con Cristo en el sufrimiento, fue lo que motivó la protesta de Pedro: ‘Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca’ (Mateo 16:22). Sus palabras expresaban el pensamiento y el sentimiento de los doce.

“Así siguieron, jactanciosos y contenciosos, mientras la crisis se iba acercando, adjudicándose anticipadamente los honores reales, sin soñar en la cruz.

“La experiencia de Pedro fue una lección para todos. Para la confianza en sí mismo, la prueba significa derrota. Cristo no podía impedir la obra segura del mal que no había sido abandonado. Pero así como había extendido la mano para salvar a Pedro cuando las olas estaban por hundirlo, su amor salió en su rescate cuando las aguas profundas anegaban su alma” (*La Educación*, págs. 83, 84).

Así como Cristo trató a Pedro, así también obra con toda alma. Primero, al dirigir instrucción busca alertar al pueblo de la existencia de las deficiencias de carácter. Cuando esto falla, como en su mayor parte sucede, entonces le es imposible evitar la segura consecuencia del mal sin abandonar todavía. El ataque de esta penosa experiencia y potencialmente destructora halla al Salvador todavía cerca para perdonar, limpiar y restaurar. La expiación está disponible todavía. El creyente no ha sido desechado.

Cuando las tentaciones asaltan el alma y manifiestan el mal en ella, el gran error hecho por muchos es que dirigen su atención a lo que otros han hecho para ellos, antes que estudiar lo que se ha desarrollado en el interior de ellos mismos. Satanás se satisface porque sabe que esta actitud frustra efectivamente la obra de gracia. Está plenamente consciente de que ninguna persona experimentará el poder purificador de la expiación, a menos que primero conozca su condición y necesidad personal.

El proceder correcto a seguir en toda situación involucrando tentación es estudiar nuestras reacciones, no las acciones de la

otra persona contra nosotros. Ninguno debe responder por lo que otra persona hace, ni la conducta de alguien será excusada en bases de cómo fue mal tratado. Por lo tanto, es vital que nuestro interés se centre en nuestras propias reacciones. Si se halla que la tentación ha generado una mala reacción, entonces seamos agradecidos por la prueba. El es un amigo. La persona que habló o nos hizo mal es también un amigo aunque ella pensaba que era un enemigo. Si la oportunidad llega, debemos agradecer a la persona por lo que ha dicho o hecho, explicándole cómo sus actividades sirvieron para enterarnos de los nichos ocultos de iniquidad acerca de lo cual de otra manera no habríamos conocido. Nosotros podemos decirle que corrimos al santuario a recibir la expiación que lavó el pecado, y nos dio un espíritu nuevo, dulce, perdonador y amante. Puede no entender, pero al menos se enternecerá al saber que nosotros no acariciamos un espíritu de resentimiento contra ella. Tales testimonios, dados en la frescura del ministerio sanador de la expiación, pueden guiarla también a los pies de la cruz para la justificación.

Lo que debe ser entendido por todos los que desean los beneficios de la expiación, es que el primer paso por el suplicante es conocer la verdadera naturaleza de su condición espiritual. Ningún pecado de ignorancia puede ser limpio excepto que sea confesado y abandonado. Esto, a su turno, necesita que la persona conozca que el mal está allí para ser confesado y apartado. Dios está obrando continuamente para conducir a los que no han pecado fuera de su día de gracia, a un verdadero conocimiento de ellos mismos. Inicialmente, les testifica por su Palabra y el Espíritu Santo, pero cuando sus oídos están tapados y sus ojos cerrados, no tiene opción más que esperar que ellos vean su necesidad a través de pruebas y tribulaciones. El se entristece verlos sufriendo sin necesidad y les perdonaría estas molestias si pudiera, pero no puede prevenir la consecuencia segura del mal sin abandonar todavía. Si su pueblo se niega a ser moldeado por estas provisiones divinas, nada queda para ellos más que ser abandonados al curso que han elegido. La perdición será su suerte inevitable.

Después que el Espíritu Santo haga la obra de revelación de lo que previamente fue un pecado de ignorancia, el camino se prepara para el paso siguiente en la expiación. En el ritual del Antiguo Testamento, esto implicaba selección por el pecador del animal señalado para el sacrificio, trayéndolo a la puerta del tabernáculo,

confesando su pecado sobre su cabeza, y luego quitar la vida de la víctima. Por consiguiente, el sacerdote entraba la sangre al primer departamento donde la rociaba siete veces delante del velo que separaba el lugar santo del santísimo, y untándola en los cuatro cuernos del altar del incienso.

Por esta ceremonia el arrepentido era simbólicamente limpio de las impurezas con las que venía al santuario. Salía reconciliado con Dios. Que realmente fuera limpio dependía de su fe extendiéndose más allá del rito a la realidad. Es la sangre de Cristo y no la de los animales sacrificados lo que lava el pecado.

“Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados” (*Hebreos 10:4*).

Hoy, no existe más un requerimiento de traer un animal para sacrificio o ave a un santuario terrenal y literal. Esos ritos se abolicieron en el Calvario. Sin embargo, la necesidad de limpieza del pecado es exactamente urgente ahora como lo fue entonces, así que todos necesitan aprender el proceder para recibir los beneficios de la expiación simbolizada por este servicio. Lo que ese pueblo de entonces hizo en tipo, ha de ser hecho por el pueblo de Dios hoy como una experiencia real de limpieza personal del pecado. Para lograr esto se requiere una exacta comprensión de los símbolos empleados en los antiguos servicios.

Esta comprensión es la base para la fe, esa facultad esencial sin la cual ninguno recibe nada de Dios.

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (*Hebreos 11:6*).

Ninguno irá al santuario a menos que verdaderamente crea que la solución para sus problemas está allá. El debe saber que Dios tiene el gran poder requerido para librarlo de sus pecados y llenarlo de su justicia. Muchos imaginan tener fe en Dios cuando en realidad, sólo tienen una conciencia vaga de las capacidades de Dios y confusos conceptos de lo que se propone hacer para y en ellos.

“Una fe nominal en Cristo, que le acepta simplemente como Salvador del mundo, no puede traer sanidad al alma. La fe salvadora no es un mero asentimiento intelectual a la verdad. El que aguarda hasta tener un conocimiento completo antes de querer ejercer fe, no puede recibir bendición de Dios. No es suficiente creer *acerca de* Cristo; debemos creer *en* él. La única fe que nos beneficiará es la que le acepta a él como Salvador personal; que nos

pone en posesión de sus méritos. Muchos estiman que la fe es una opinión. La fe salvadora es una transacción por la cual los que reciben a Cristo se unen con Dios mediante un pacto. La fe genuina es vida. Una fe viva significa un aumento de vigor, una confianza implícita por la cual el alma llega a ser una potencia vencedora” (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 312, 313).

Cuando los hijos de Dios son bendecidos con esto, la única fe efectiva que conocen es que cuando Dios hace una promesa, sabe lo que dice y tiene el poder necesario para cumplirla. Estos saben que no existe límite para la capacidad de Jehová o para su amor. Su maravilloso ideal para sus hijos supera las más altas ambiciones espirituales a las que los hombres pueden aspirar. La única razón por la cual se logra poco en la práctica real es debido a los bajos niveles de fe a los que la mayoría de los hombres se han limitado.

¡Muchas personas cuando se afrontan con el problema del pecado no creen que Dios tiene la habilidad para librarlas de él! Ellas no aceptan las múltiples declaraciones de las Escrituras asegurando que “el pecado no se enseñoreará de vosotros” (*Romanos 6:14*). Los beneficios de la expiación son desconocidos para esta clase. Ellos no pueden ir inteligente y confiadamente al santuario, descansar de su carga, y regresar felices con la dulce presencia de la justicia de Cristo.

La necesidad de adquirir una fe firme y viva no puede ser demasiado enfatizada. Tiempo y esfuerzo tiene que ser dedicado a esto porque no es natural para el hombre creer en un Dios que no puede ver. Su disposición, envenenada por el pecado, lo influencia a confiar en sí mismo más bien que en el poderoso Creador de los cielos y la tierra. Aun después que los hombres hicieran estupendas cosas bajo la dirección personal de Dios, se desligaron de la fe, volvieron a sus propias obras, y, en consecuencia, sufrieron terribles derrotas. Ninguno puede llegar al punto donde puede relajarse confiado de que es inmune a la incredulidad. Constante guerra tiene que ser mantenida contra la persistente campaña del enemigo para desviar la mirada del creyente de las grandes promesas del Eterno, a los recursos más visibles pero no confiables, en las manos del hombre.

“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (*Romanos 10:17*).

La Palabra de Dios está disponible por dos medios mayores, las Escrituras y el universo creado. Mucho de lo último está tan

distante que poco se conoce, pero lo que puede ser visto es más que suficiente para inspirar en el hombre una fe rica y viva. Dios propuso que sus hijos, al contemplar estas manifestaciones de su poder creador, fueran guiados para conocer dónde poner su confianza, pero no necesariamente indica que los que dedican sus vidas a estar en contacto con estas maravillas, desarrollan automáticamente una fe firme en el Infinito. Al contrario, hay incontables botánicos, astrónomos, biólogos, y científicos que dedican todas sus vidas en estrecho contacto y estudio de estas cosas sin tener fe en Dios. Entre éstos se hallan los hombres que están principalmente al frente de teorías especulativas que no suministran lugar para Dios como el originador de todas las cosas. Ellos declaran que el universo se originó a sí mismo y que estos procesos están en acción todavía.

Esto es muy desafortunado, pero no disminuye la vitalidad de ser obtenida del íntimo contacto con Dios por este medio. Sólo comprueba que los que estudian la naturaleza sin la dirección de la Palabra de Dios, están desprovistos de la capacidad para leer correctamente la escritura de Jehová.

Nadie necesita estar en esta situación. Dios ha prometido ser el Maestro de su pueblo, garantizando así que sus ojos serán abiertos para reconocer su función personal en asuntos humanos, y que su confianza en El será avivada hasta el punto donde todos los grandes beneficios de la expiación sean suyos. Los que se sientan a los pies de este Educador estudiarán la Palabra escrita y la creada para mucho más que sola información. A través de estos medios y aplicación diligente de las lecciones que se les dan, los justos estarán rodeados por una influencia de tal magnitud y potencia que obtendrán grandes conceptos de la omnipotencia de Dios que generará siempre una fe amplia y efectiva.

Siempre que Dios llamó a un hombre para guiar a su pueblo, reconoció la necesidad de desarrollar en ese hombre tremendas capacidades en grande fe. Para lograr esto El siempre lo separó de esos ambientes en el cual estuviera constantemente recordando grandeza humana, a situaciones donde él estuviera rodeado por las obras creadas por Dios.

La escuela de Moisés para su función como líder de Israel es una excelente ilustración de estos proceder. Durante los primeros cuarenta años de su vida, vivió en el corazón de los más grandes y más ricos imperios en el entonces mundo conocido. Estaba

constantemente rodeado por grandes logros humanos e implicado en la ejecución de otros todavía. El fue bastante, si no completamente, consciente de lo que esta poderosa influencia le estaba haciendo. Lo estaba realmente amoldando, construyendo suficiencia propia, y estableciendo confianza en el poder humano por encima del divino. Fue esto lo que lo indujo a matar al egipcio con la suposición de que el éxodo sería terminado por una campaña militar bajo su “destreza” militar.

Dios, reconociendo que la continua estadía de Moisés en Egipto estaba progresivamente reduciendo su idoneidad para emprender su misión señalada, permitió el desarrollo de eventos para separarlo de estas influencias destructoras. El entonces guió a su siervo a un lugar donde un ambiente completamente diferente reestructuraría sus actitudes.

“Moisés había aprendido muchas cosas que debía olvidar. Las influencias que le habían rodeado en Egipto, el amor a su madre adoptiva, su propia elevada posición como nieto del rey, el libertinaje que reinaba por doquiera, el refinamiento, la sutileza y el misticismo de una falsa religión, el esplendor del culto idólatra, la solemne grandeza de la arquitectura y de la escultura; todo esto había dejado una profunda impresión en su mente entonces en desarrollo, y hasta cierto punto había amoldado sus hábitos y su carácter. El tiempo, el cambio de ambiente y la comunión con Dios podían hacer desaparecer estas impresiones. Exigiría de parte de Moisés mismo casi una lucha a muerte renunciar al error y aceptar la verdad; pero Dios sería su ayudador cuando el conflicto fuese demasiado severo para sus fuerzas humanas.

“En todos los escogidos por Dios para llevar a cabo alguna obra para él, se notó el elemento humano. Sin embargo, no fueron personas de hábitos y caracteres estereotipados, que se conformaran con permanecer en esa condición. Deseaban fervorosamente obtener sabiduría de Dios, y aprender a servirle. Dice el apóstol: ‘Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no zahiere; y le será dada (Santiago 1:5). Pero Dios no dará luz divina al hombre mientras éste se halle contento con permanecer en las tinieblas. Para recibir ayuda de Dios, el hombre debe reconocer su debilidad y deficiencia; debe esforzarse por realizar el gran cambio que ha de verificarse en él; debe comprender el valor de la oración y del esfuerzo perseverantes. Los malos hábitos y costumbres deben desterrarse; y sólo mediante un

decidido esfuerzo por corregir estos errores y someterse a los sanos principios, se puede alcanzar la victoria. Muchos no llegan a la posición que podrían ocupar porque esperan que Dios haga por ellos lo que él les ha dado poder para hacer por sí mismos. Todos los que están capacitados para ser de utilidad deben ser educados mediante la más severa disciplina mental y moral; y Dios les ayudará, uniendo su poder divino al esfuerzo humano.

“Enclaustrado dentro de los baluartes que formaban las montañas, Moisés estaba solo con Dios. Los magníficos templos de Egipto ya no le impresionaban con su falsedad y superstición. En la solemne grandeza de las colinas sempiternas percibía la majestad del Altísimo, y por contraste, comprendía cuán impotentes e insignificantes eran los dioses de Egipto. Por doquiera veía escrito el nombre del Creador. Moisés parecía encontrarse ante su presencia, eclipsado por su poder. Allí fueron barridos su orgullo y su confianza propia. En la austera sencillez de su vida del desierto, desaparecieron los resultados de la comodidad y el lujo de Egipto. Moisés llegó a ser paciente, reverente y humilde, ‘muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra’ (Números 12:3), y sin embargo, era fuerte en su fe en el poderoso Dios de Jacob” (*Patriarcas y Profetas*, págs. 254, 255).

Para los que reciban el pleno beneficio de la expiación por el pecado, estos párrafos contienen dirección de valor. Dios ha provisto toda facilidad para el desarrollo de poderosa fe, pero El no hará la parte del contrato del hombre. Bajo la instrucción del Espíritu Santo, cada persona debe darse cuenta de la debilidad y obstáculos que la confrontan. Cada uno debe reconocer los efectos que su ambiente tiene sobre él y resueltamente aceptar sólo aquellos elementos que edifican su fe. Habrá muchas influencias en su derredor que tienen un efecto negativo, pero habrá también aquellos que son constructivos. Algunas veces, los creyentes se hallarán limitados a malas circunstancias de las cuales no está disponible el escape inmediato. Un excelente ejemplo es la esclavitud de José en Egipto.

“Al llegar a Egipto, José fue vendido a Potifar, jefe de la guardia real, a cuyo servicio permaneció durante diez años. Allí estuvo expuesto a tentaciones extraordinarias. Estaba en medio de la idolatría. La adoración de dioses falsos estaba rodeada de toda la pompa de la realeza, sostenida por la riqueza y la cultura de la nación más altamente civilizada de aquel entonces. No obstante, José conservó su sencillez y fidelidad a Dios. Las escenas y la

seducción del vicio le circundaban por todas partes, pero él permaneció como quien no veía ni oía. No permitió que sus pensamientos se detuvieran en asuntos prohibidos” (*Id.*, pág. 215).

Así José mostró que ser confinado a malas circunstancias no condena a una persona a una vida mala. No importa dónde pueda ser puesto uno, la voz de Dios en su Palabra y en la naturaleza puede ser oída. Se deja con el creyente dirigir su atención a esa voz mientras que cierra los ojos y oídos a esos espectáculos seductores y sonidos de mal.

Ninguno puede experimentar el poder de limpieza de la expiación sin fe viviente, y ninguno puede poseer este don excepto en trabajo diligente para desarrollarlo.

De manera que, cada hijo de Dios debe trabajar diligentemente para aumentar la fe a expensas de suficiencia propia. Necesita “Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 478), hacer la gran meta de la vida la obtención de una experiencia cristiana extraordinaria, exactamente como varios mundanos centran las energías de la vida en obtener grandezas en su campo elegido. Uno decide ser un gran violinista, otro un atleta, otro un artista, otro un educador de éxito, y así sucesivamente. Para lograr tal posición, ellos tienen que eliminar todo factor que en alguna manera disipa sus recursos mientras que concentran todo su tiempo y poderes en sus objetivos.

Mientras que el motivo del cristiano es diferente, puesto que no busca gloria o fama personal, los procederes por lo cual cultiva dones divinamente dotados son los mismos. Este hecho no se realiza como debiera ser y pocos alcanzan apreciables alturas de excelencia cristiana. Esto es una gran lástima porque por ello Dios y el mundo son robados del maravilloso testimonio de la verdad que tanto se necesita.

Pablo comprendió estos principios muy claramente y buscó grabarlos en las mentes de los creyentes corintios al dirigir su atención a las carreras atléticas celebradas en su tiempo.

“Al referirse a estas carreras como figura de la lucha cristiana, Pablo recalcó la preparación necesaria para el éxito de los contendientes en la carrera: la disciplina preliminar, el régimen alimenticio abstemio, la necesidad de temperancia: ‘Y todo aquel que lucha — declaró —, de todo se abstiene’. Los corredores renunciaban a toda complacencia que tendería a debilitar las facultades físicas, y mediante severa y continua disciplina, desarrollaban la

fuerza y resistencia de sus músculos, para que cuando llegase el día del torneo, pudieran exigir el mayor rendimiento a sus facultades. ¡Cuánto más importante es que el cristiano, cuyos intereses eternos están en juego, sujete sus apetitos y pasiones a la razón y a la voluntad de Dios!. Nunca debe permitir que su atención sea distraída por las diversiones, los lujos o la comodidad. Todos sus hábitos y pasiones deben estar bajo la más estricta disciplina. La razón, iluminada por las enseñanzas de la Palabra de Dios y guiada por su Espíritu, debe conservar las riendas del dominio.

“Después de haber hecho esto, el cristiano debe hacer el mayor esfuerzo a fin de obtener la victoria. En los juegos de Corinto, los últimos pocos tramos de los contendientes de la carrera eran hechos con agonizante esfuerzo por conservar la velocidad. Así el cristiano, al acercarse a la meta, avanzará con más celo y determinación que al principio de su carrera” (*Los Hechos de los Apóstoles*, págs. 250, 251).

El aspirante mundanal gana una corona que, aunque muy real, es sólo transitoria. Centra todos sus recursos disponibles en el desarrollo de la simiente de Adán que ya está perdida en la ley quebrantada. Al hacerlo él tiene la capacidad para lograr un nivel de altura de excelencia pero nunca vida eterna. La diferencia con el cristiano es que mientras él usa los mismos recursos, muchos de los mismos procederes, y variados grados de diligencia, gasta su tiempo y energías en una inversión eterna antes que a corto plazo.

Esto es también lo que hace la diferencia entre el verdadero cristiano y el legalista. Los dos se concentran devotamente en desarrollar excelencia de carácter, que mientras el primero tiene la vida de Cristo, el último sólo tiene la simiente condenada de Adán sobre la cual actuar.

En este capítulo, se ha puesto énfasis considerable en la influencia amoldadora del ambiente en la que una persona está colocada y la necesidad del individuo hacer diligente y resueltamente por sí mismo lo que Dios no hará por él — apartar su mente de los elementos corruptos y centrarla en los elementos enaltecidos en su derredor. Los que hacen esto hallarán que la suficiencia propia es reemplazada por la humildad y profunda confianza en Dios.

Uno de estos poderosos elementos son las Escrituras mismas. Ellas están constantemente disponibles a todo hijo de Dios, no importa dónde pueda estar. Diariamente necesita alimentarse de las sagradas promesas de Dios para nutrir y fortalecer el don de la fe

en él. Así como el minero busca profundo en la tierra para hallar el precioso oro, así también el cristiano debe buscar las promesas divinas. Habiendo hallado una, él necesita leerla varias veces con un espíritu de oración y meditación hasta que la belleza y el poder del mensaje alboree en su alma y se encuentre aceptándola así como ella declara. De esta manera, conceptos más y más grandes de la infinita grandeza e ilimitado amor de Dios se abrirán delante de él, vitalizando su fe y conectándolo en una íntima y prodigiosa relación con el Señor.

Así que, en lugar de ser destrozado cuando la tentación revela el mal desconocido y escondido, él descansa en el conocimiento salvador que en la expiación para esta clase de pecado, Dios ha provisto la plena solución para el problema. El no murmurará sobre el pecado, sino que con pasos fervientes prosigue su camino al santuario para recibir la plena remisión de estos pecados y ser conducido a la perfecta armonía con la familia celestial.

Siempre que el Señor pueda revelar a una persona el mal todavía en su corazón, es importante que esa alma sea bendecida con la fe que suplirá esa necesidad. Si ella tiene tal visión del poder y amor del Señor para conocer que Dios puede sanarla, entonces la conciencia de pecado será una gran bendición. Pero si no tiene esta fe cuando la revelación llega, sólo conoce chasco y derrota.

Después que el pecado desconocido no esté más oculto al individuo, y tenga verdadera fe en la obra expiatoria de Dios, él está listo a proceder con la etapa siguiente de la expiación, su llegada a la puerta del santuario para la confesión aceptable y remisión de pecados.

Hay tres elementos esenciales y necesarios para hacer la expiación una experiencia efectiva en el arrepentido. Estos son: un conocimiento de su pecado, una fe viviente en el poder de Dios para limpiarlo y restaurarlo, y un conocimiento exacto de los procedimientos a seguir para asegurar la bendición. Los primeros dos de estos ya han sido considerados. Es tiempo de estudiar el tercero.

En el servicio típico, después que el pecador arrepentido había escogido la víctima designada para el sacrificio, la traía a la puerta del tabernáculo. Si él era un jefe, se le requería traer “. . . un macho cabrío sin defecto” (*Levítico 4:23*). Una persona del pueblo traía un macho cabrío o un cordero, pero tenía que ser hembra. Versículos 28, 32. A un sacerdote se le ordenaba dar una ofrenda de mucho más valor, “. . . un becerro sin defecto para expiación”.

Versículo 3. Lo mismo se exigía de la congregación entera si necesitaban venir colectivamente a la expiación. Versículo 14.

A la llegada a la puerta del tabernáculo dentro de los límites del atrio, el pecador arrepentido ponía sus manos sobre la cabeza de la víctima en presencia del sacerdote, después de quitar la vida del animal al cortar su cuello.

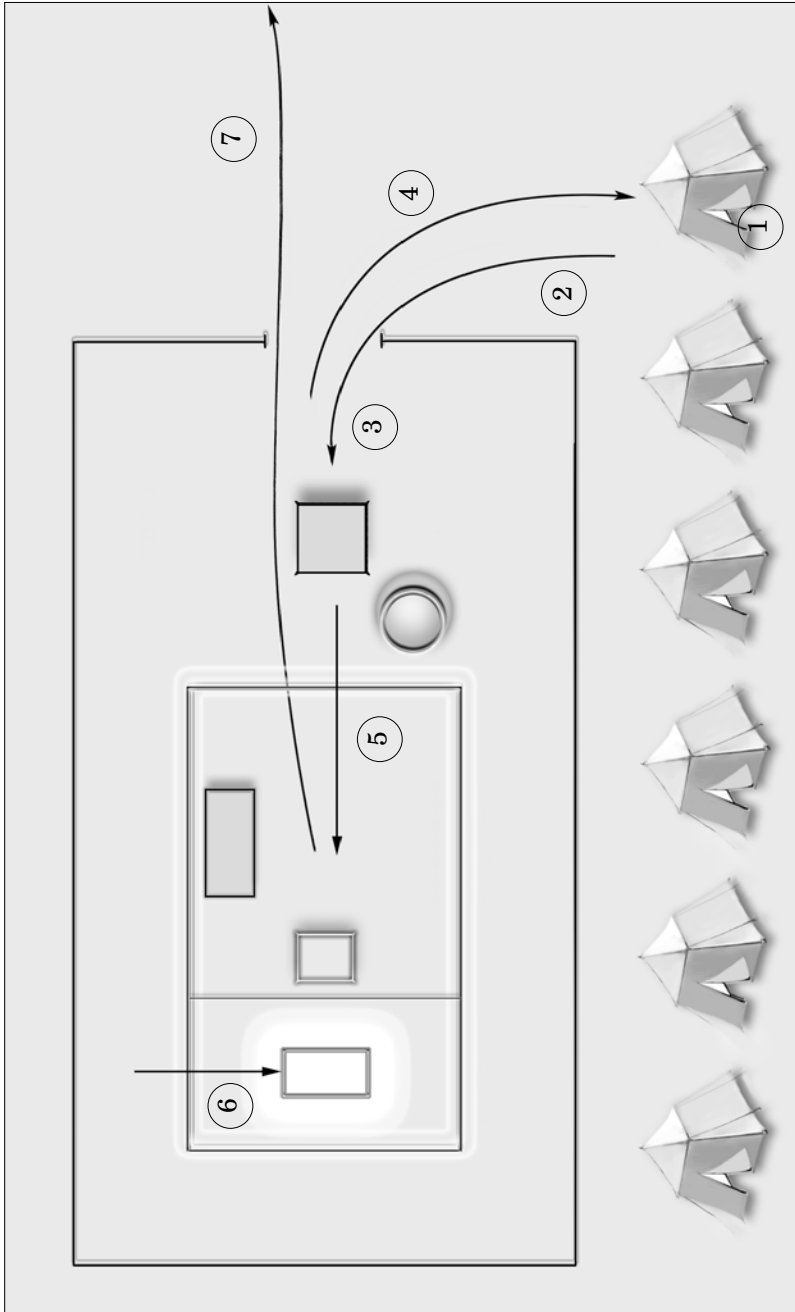
“Traerá el becerro a la puerta del tabernáculo de reunión delante de Jehová, y pondrá su mano sobre la cabeza del becerro, y lo degollará delante de Jehová” (Versículo 4). Véanse también los versículos 15, 24 y 29.

La sangre efusiva era recogida por el sacerdote ungido, que entraba al lugar santo donde la rociaba siete veces delante del velo que separaba el lugar santo del santísimo, y aplicaba algo del resto sobre los cuernos del altar del perfumado incienso. El entonces regresaba al atrio donde derramaba el sobrante en la base del altar del sacrificio.

“Y el sacerdote ungido tomará de la sangre del becerro, y la traerá al tabernáculo de reunión; y mojará el sacerdote su dedo en la sangre, y rociará de aquella sangre siete veces delante de Jehová, hacia el velo del santuario. Y el sacerdote pondrá de esa sangre sobre los cuernos del altar del incienso aromático, que está en el tabernáculo de reunión delante de Jehová; y echará el resto de la sangre del becerro al pie del altar del holocausto, que está a la puerta del tabernáculo de reunión” (Versículos 5-7). Véanse también los versículos 16-18.

En los casos del jefe y la persona del pueblo, la sangre no era llevada al lugar santo sino era derramada en la base del altar del sacrificio. En vez de llevar la sangre dentro del primer velo, se le exigía al sacerdote comer la carne del animal. La ley estricta era que si la sangre era llevada dentro, no se debía comer la carne, pero si la sangre no era metida, la carne se debía comer. Esta ley está registrada en *Levítico* 6:24-30.

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos, y diles: Esta es la ley del sacrificio expiatorio: en el lugar donde se degüella el holocausto, será degollada la ofrenda por el pecado delante de Jehová; es cosa santísima. El sacerdote que la ofreciere por el pecado, la comerá; en lugar santo será comida, en el atrio del tabernáculo de reunión. Todo lo que tocare su carne, será santificado; y si salpicare su sangre sobre el vestido, lavarás aquello sobre que cayere, en lugar santo. Y la vasija de barro en



1. A través del estudio de la palabra de Dios y la prueba de tentación, llega la revelación y la convicción del pecado hasta ahora no conocido. El creyente inteligente sabe que el problema real no es el acto del pecado, sino el espíritu malo en el interior lo que es la causa del problema. Sabe que hasta ser limpio de eso, no puede dejar de pecar, sino que lo cometerá todavía.
2. Sabe que su necesidad de perdón y limpieza será plenamente suplida en la puerta del santuario al responder haciendo una confesión aceptable. Así llega al santuario con una fe firme que el Señor hará justamente lo que ha prometido que hará.
3. Específicamente confiesa que el problema real es el espíritu malo dentro de él. Lo entrega al Señor quien lo toma y llena el vacío con las dulces gracias del Espíritu Santo.
4. Así regresa a su casa, un hombre muy diferente del que salió. En el área donde él fue limpio, sabe que tiene la capacidad para escoger pecar o no.
5. Lo que lo había manchado —su vida perdida actual— está en el santuario causando impureza que a su turno necesita ser limpio de ella. De este modo, la limpieza del individuo es la impureza del santuario.
6. Un registro de todas estas transacciones se guarda en el cielo y este registro se usa para decidir la disposición final del pecado en el gran día del juicio. O los pecados regresan al pecador o son puestos sobre el macho cabrío.
7. Solamente si no permanece pecados conocidos en el individuo, los pecados en el santuario serán colocados sobre el macho cabrío. Por lo tanto, es esencial que todo los pecados estén en el santuario antes del juicio. Tiene que ser el pecado mismo, no su culpabilidad o su registro. Recuerde que ningún pecado pasa directamente del pecador al macho cabrío. Todos tienen que pasar primero a través del santuario.

que fuere cocida, será quebrada; y si fuere cocida en vasija de bronce, será fregada y lavada con agua. Todo varón de entre los sacerdotes la comerá; es cosa santísima. Mas no se comerá ninguna ofrenda de cuya sangre se metiere en el tabernáculo de reunión para hacer expiación en el santuario; al fuego será quemada”.

La diferencia en la ceremonia no hacía diferencia en el simbolismo. Sea que la sangre se metiera sin que se comiera la carne, o que la sangre no se metiera mientras se comía la carne, los servicios aún enseñaban que el pecado era transferido al santuario.

“En ciertos casos, la sangre no era llevada al lugar santo; pero el sacerdote debía entonces comer la carne, como Moisés lo había mandado a los hijos de Aarón, diciendo: ‘Dióla él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación’ (Levítico 10:17). Ambas ceremonias simbolizaban por igual la transferencia del pecado del penitente al santuario” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 471).

El proceder final en el servicio disponía de los sobrantes del sacrificio.

“Y tomará del becerro para la expiación toda su grosura, la que cubre los intestinos, y la que está sobre las entrañas, los dos riñones, la grosura que está sobre ellos, y la que está sobre los ijares; y con los riñones quitará la grosura de sobre el hígado, de la manera que se quita del buey del sacrificio de paz; y el sacerdote la hará arder sobre el altar del holocausto. Y la piel del becerro, y toda su carne, con su cabeza, sus piernas, sus intestinos y su estiércol, en fin, todo el becerro sacará fuera del campamento a un lugar limpio, donde se echan las cenizas, y lo quemará al fuego sobre la leña; en donde se echan las cenizas será quemado” (*Levítico* 4:8-12). Véanse también los versículos 19-21; 26; 31; 35.

Por estos procedimientos típicos, el Señor se proponía que sus hijos aprendieran la manera para obtener las completas bendiciones de la expiación por los pecados de ignorancia. Hay profundas verdades espirituales contenidas en estas lecciones del pasado. El tan sólo familiarizarse con los procedimientos a seguirse, no hará bien a nadie. Tiene que haber una comprensión correcta y profunda de lo que cada acto significa para que el alma arrepentida pueda traducir cada paso en una rica y personal experiencia espiritual. Sin esto, el servicio del santuario es un estudio sin sentido.

Crítico a ese entender es un verdadero concepto de lo que es el pecado, porque, “La remisión, o sea el acto de quitar los *pecados*, es la obra que debe realizarse” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 470).

La expiación quita el pecado, y no sólo la acción, culpa o registro de él. Al obtener libertad del pecado, la acción, culpa y registro son quitados también. Así el problema se resuelve al tratar con la causa de él. Por otra parte, si los arrepentidos se concentran primero en conseguir libertad de las acciones y culpa del pecado, sin ser limpios de la pecaminosidad real, nada recibirán. Para evitar este inútil despilfarro de esfuerzo mal dirigido, los pecadores no deben descansar hasta que comprendan la definición bíblica del pecado. Ninguno puede entender el Evangelio o recibir su ministerio salvador sin este conocimiento.

Para la mayoría de aspirantes cristianos, el pecado es una acción equivocada, que, una vez se cometa, oprime al transgresor con una carga de culpa. Esto es visto como el elemento que separa el alma de Dios y erige una barrera para su admisión en el cielo. Cuando se pregunta por la definición bíblica del pecado ellos señalan inmediatamente a *1 Juan 3:4*. “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley”.

Hay verdad en todo esto, pero a tal nivel superficial eso negará a la persona arrepentida una liberación real del poder del pecado. La definición tiene que ser extendida al punto donde sea visto que pecado es más de lo que nosotros hacemos. El es lo que nosotros somos. Es un imponente poder que reside dentro del ser y lo controla contra la voluntad de la persona. Es la raíz de la cual emana los malos frutos de actos injustos.

La expiación no fue proyectada para aliviar solamente al pecador de su culpa, porque esto no satisfaría las necesidades del transgresor. Esto lo dejaría en una condición miserable de pecar y arrepentirse pecar y arrepentirse. “La misma esencia del Evangelio es la restauración . . .” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 764). Dios no se contentará con menos que una obra de tal perfección como se necesita para cortar la fuente del problema y restaurar su imagen en el hombre.

Debido a que la salvación del pecador depende de tener una definición correcta de lo que es el pecado, las Escrituras desmascaran, identifican y describen esta poderosa fuerza con explicaciones, lecciones objetivas y símbolos a tal grado que ninguno tiene excusa por no comprenderlo. Una inspección de estas evidencias no será repetida aquí, puesto que ellas han sido presentadas en otras de nuestras publicaciones, como *Reavivamiento y Reforma, De la Esclavitud a la Libertad, Confesión Acepta-*

ble, Los Vivos y los Muertos, todas disponibles en Sabbatruhe-Advent-Gemeinschaft.

Lo que necesita ser reiterado es que el pecado es tanto una parte integral del pecador que, aparte de la gracia salvadora de Dios, es inseparable de él y es la fuerza dominante en su vida. Es un esclavo del pecado sea que quiera admitirlo o no. Por dondequiera que va, el pecado va con él. El aislamiento de la tentación no cura el problema, aunque pueda serlo visto cuando el pecado se adormece por el momento. Sin embargo, eventualmente se levantará para imponerse todas las veces que las presiones necesarias se apliquen nuevamente.

Los que huyen al santuario, sabiendo estas cosas acerca del pecado, son conscientes que cuando llegan, la pecaminosidad llega con ellos. Se alegran de saber esto, porque así se aseguran de que el mal se ha llevado al sitio donde debe dejarse. No hay manera en la cual el pecado pueda escapar de la confrontación con la expiación que lo erradica de su víctima, si el resuelto hijo de Dios sigue su camino a la presencia del Salvador.

Otros, que no han descubierto lo que es el pecado, van al santuario para recibir solamente perdón. Su pecado va también con ellos, pero regresa con ellos también. Debido a que no saben lo que es su problema real, ellos no son capaces de hacer una confesión aceptable y el Señor no puede salvarlos de sus pecados. Ellos regresan de la expiación como salieron — pecadores sin salvación.

En el servicio típico, cuando el penitente llegaba al sitio donde la expiación se debía hacer, es decir, a la puerta del tabernáculo, ponía sus manos sobre la cabeza de la víctima y hacía una confesión explícita de sus pecados. Sea que recibiera o no los beneficios de la expiación dependía de la naturaleza de esa confesión. Era el deseo de Dios que él recibiera mucho más que perdón por los pecados cometidos. No sólo su mal debía ser limpio; los atributos de Cristo debían ser implantados en él también. Dios estaba plenamente preparado para hacer esto por el pecador con tal de que fuera iluminado, fiel y consciente para ofrecer una confesión que lo hiciera posible.

Cada alma debiera comprender por qué sólo aquellas confesiones que cumplen ciertos requisitos producen los resultados deseados. Hay confesión y existe confesión *aceptable*. La mayoría piensa que si hacen una confesión de cualquier clase, aseguran el perdón, pero no es tan simple como eso. Primero, ciertas

especificaciones tienen que ser cumplidas. No obstante, esto no quiere decir que la confesión aceptable es un asunto complicado. No lo es, porque aun los niños la pueden entender y experimentar.

Cuando el pecador está delante de su Salvador, el Señor desea quitar la carga de pecado y culpa y llenar al penitente de sus propios atributos de justicia. El Señor no puede hacer esto sin la colaboración del suplicante, porque los pecados pertenecen al pecador y Cristo sería un ladrón si los tomara sin el conocimiento y consentimiento de la persona. Cristo no es un ladrón. Por consiguiente, el transgresor debe dar realmente a Dios el problema antes que lo asegure colocándolo en el santuario. Considérese lo que esto significa en los casos de los que no entienden la naturaleza real del pecado, y van a Cristo buscando nada más que perdón y el poder para suprimir sus tendencias pecadoras. Ellos confiesan sólo lo que han hecho, y piden perdón por sus actos equivocados. Ninguna mención se hace del problema real, la vida pecadora en ellos, que es la raíz de la que proviene el mal. Si la naturaleza mala no se confesó, entonces ciertamente no se le dio al Salvador, negándole así toda oportunidad de resolver el problema. El no puede tratar con nada que no se le ha dado específicamente. Por lo tanto, estas personas se levantan de sus rodillas todavía bajo el control del poder del pecado interno, y serán compelidas a pecar siempre que la tentación sea impuesta.

Humillado, triste, arrepentido y mistificado sobre esta reaparición del mismo pecado, ellos repiten su inadecuada confesión, que, dejándolos tan destituidos de liberación como antes, es seguido por una repetición de las mismas transgresiones. Así que, esta clase de confesión deja a una persona en la interminable rutina de pecar y confesar, pecar y confesar. Esta es una vida miserable y desalentadora que Dios nunca quiere que sus seguidores sufran. Esta ciertamente no es una verdadera experiencia cristiana. No es hasta que el suplicante aprenda los simples procedimientos que hace la confesión aceptable, que esta espiral de derrota se quebranta.

Un resultado muy diferente se experimenta por los que comprenden lo que es el pecado y lo que la expiación se propone lograr. Ellos se arrodillan con contrición confesando no sólo lo que han hecho, sino también lo que ellos son. Reconocen que el mal reside dentro y los controla y mientras que ese poder esté presente y gobierne, no tienen esperanza de vivir justamente. Habiendo

confesado la mala presencia y la culpa que la acompaña, ellos la entregan a Cristo, quien gozosamente toma lo que había estado esperando recibir. A través de los méritos de su infinito sacrificio, la transfiere al santuario donde permanece hasta que el juicio investigador se complete.

Donde el pecado estaba, hay ahora un espacio desocupado, un vacío. Pero no tiene que ser dejado de esa manera. Jesús se refirió al caso del hombre en quien el mal fue erradicado, pero que se negó a que la justicia de Cristo tomara su lugar. El mal espíritu volvió y, cuando halló la casa desocupada, reunió siete espíritus peores que él para compartir lo poseído nuevamente del corazón del hombre. Está de más decir, la condición de la persona fue peor de lo que había sido.

“Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación” (*Mateo 12:43-45*).

“En los días de Cristo, como hoy, eran muchos los que parecían momentáneamente emancipados del dominio de Satanás; por la gracia de Dios habían quedado libres de los malos espíritus que dominaran su alma. Se gozaban en el amor de Dios; pero, como los oyentes representados en la parábola por el terreno pedregoso, no permanecían en su amor. No se entregaban a Dios cada día para que Cristo morase en su corazón y cuando volvía el mal espíritu, con ‘otros siete espíritus peores que él’, quedaban completamente dominados por el mal.

“Cuando el alma se entrega a Cristo, un nuevo poder se posiciona del nuevo corazón. Se realiza un cambio que ningún hombre puede realizar por su cuenta. Es una obra sobrenatural, que introduce un elemento sobrenatural en la naturaleza humana. El alma que se entrega a Cristo, llega a ser una fortaleza suya, que él sostiene en un mundo en rebelión, y no quiere que otra autoridad sea conocida en ella sino la suya. Un alma así guardada en posesión por los agentes celestiales es inexpugnable para los asaltos de Satanás. Pero a menos que nos entreguemos al dominio de Cristo, seremos dominados por el maligno. Debemos estar inevitablemente bajo el domino del uno o del otro de los dos

grandes poderes que están contendiendo por la supremacía del mundo. No es necesario que elijamos deliberadamente el servicio del reino de las tinieblas para pasar bajo su dominio. Basta que descuidemos de aliarnos con el reino de la luz. Si no cooperamos con los agentes celestiales, Satanás se posesionará de nuestro corazón, y hará de él su morada. La única defensa contra el mal consiste en que Cristo more en el corazón por la fe en su justicia. A menos que estemos vitalmente relacionados con Dios, no podremos resistir los efectos profanos del amor propio, de la complacencia propia y de la tentación a pecar. Podemos dejar muchas malas costumbres y momentáneamente separarnos de Satanás; pero sin una relación vital con Dios por nuestra entrega a él momento tras momento, seremos vencidos. Sin un conocimiento personal de Cristo y una continua comunión, estamos a la merced del enemigo, y al fin haremos lo que nos ordene.

“Son peores las cosas últimas del tal hombre que las primeras: así también — dijo Jesús — acontecerá a esta generación mala’. Nadie se endurece tanto como aquellos que han despreciado la invitación de la misericordia y mostrado aversión al Espíritu de gracia. La manifestación más común del pecado contra el Espíritu Santo consiste en despreciar persistentemente la invitación del Cielo a arrepentirse. Cada paso dado hacia el rechazo de Cristo, es un paso hacia el rechazamiento de la salvación y hacia el pecado contra el Espíritu Santo” (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 290-292).

Estas palabras constituyen una amonestación solemne que si, después de haber sido limpiada del pecado, una persona falla en recibir y mantener activamente la vida de Cristo en ella, será peor que si nunca hubiera recibido la expiación. Por consiguiente es vital que, una vez sea lleno el vacío, el creyente dedique tiempo y energías a nutrir la vida divina de Cristo dentro de él.

“La religión de Cristo significa más que el perdón del pecado; significa la extirpación de nuestros pecados y el henchimiento del vacío con las gracias del Espíritu Santo. Significa iluminación divina, regocijo en Dios. Significa un corazón despojado del yo y bendito con la presencia permanente de Cristo. Cuando Cristo reina en el alma, hay pureza, libertad del pecado. Se cumple en la vida la gloria, la plenitud, la totalidad del plan evangélico. La aceptación del Salvador produce un resplandor de perfecta paz,

y amor perfecto, de perfecta seguridad. La belleza y fragancia del carácter de Cristo, reveladas en la vida, testifican de que Dios ha enviado ciertamente a su Hijo al mundo, para ser su Salvador” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, págs. 345, 346).

El que viene con tal confesión, a medida que crea este vacío y llena el alma de las gracias del Espíritu Santo, ciertamente regresará siendo una persona muy distinta de la que salió con su pecado y su culpa. Sabe que la sangre de Cristo ha transferido el pecado al santuario, como está escrito: “La sangre, que representaba la vida comprometida del pecador, cuya culpa cargaba la víctima, la llevaba el sacerdote al lugar santo y la salpicaba ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había transgredido. Mediante esta ceremonia, el pecado era transferido figurativamente, por intermedio de la sangre, al santuario. . . . Y lo que se hacía típicamente en el santuario terrenal, se hace en realidad en el santuario celestial” (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 471, 473).

¿Cómo podía la sangre del cordero que representaba a Cristo, simbolizar la vida perdida del pecador? Cuando el pecador confesaba su pecado sobre la cabeza de la víctima, el pecado era transferido en tipo al sacrificio. Así, cuando el pecador confiesa a Cristo, su vida pecadora es transferida al Salvador que lleva esos pecados al santuario como si ellos fueran los suyos.

Obsérvese cuidadosamente que es la vida del pecador lo que se lleva al santuario, no sólo la culpa. Por supuesto, la última es también transferida al lugar santo en el cielo porque en dondequiera que el pecado está, la culpa está presente también. En realidad, es imposible separarlos. La única manera de ser libre de la culpa es ser libre del pecado.

Benditos son en realidad los que reciben la expiación por sus pecados de ignorancia. Donde el mal oculto habitó una vez, la justicia reina ahora. Cuando las tentaciones lleguen, ellas no hallarán las mismas respuestas que una vez tuvieron. Lo que el creyente amaba una vez, él odia ahora, no sólo mental sino espiritualmente también. La vieja cadena de pecar y confesar, pecar y confesar, es rota y él puede trasladarse a los más altos niveles con su maravilloso Salvador. Sus pecados, junto con la culpa y el registro de ellos, son tenidos con seguridad en el santuario donde permanecerán hasta que se decida la cuestión de su disposición final en el juicio investigador.

Los que experimentan los beneficios de la expiación por los pecados de ignorancia serán llenos de alabanza y prodigio con la eficiencia de las provisiones de Dios para con su inmerecido pueblo. Al mismo tiempo, ellos reconocerán que la obra no es terminada todavía. Otras expiaciones son necesarias antes de estar preparados para caminar las calles de oro y ver a Dios cara a cara.

La Expiación por las Culpas

Capítulo 14

LA ofrenda por la culpa era una ofrenda de pecado, pero hay algunas diferencias entre esta expiación y la provista para los pecados de ignorancia. La información que la considera está contenida en *Levítico* 5:1-19; 6:1-7; y *Números* 5:5-31. La ley de la ofrenda por la culpa se halla en *Levítico* 7:1-7:

“Asimismo esta es la ley del sacrificio por la culpa; es cosa muy santa. En el lugar donde degüellan el holocausto, degollarán la víctima por la culpa; y rociará su sangre alrededor sobre el altar. Y de ella ofrecerá toda su grosura, la cola, y la grosura que cubre los intestinos, los dos riñones, la grosura que está sobre ellos, y la que está sobre los ijares; y con los riñones quitará la grosura de sobre el hígado. Y el sacerdote lo hará arder sobre el altar, ofrenda encendida a Jehová; es expiación de la culpa. Todo varón de entre los sacerdotes la comerá; será comida en lugar santo; es cosa muy santa. Como el sacrificio por el pecado, así es el sacrificio por la culpa; una misma ley tendrán; será del sacerdote que hiciere la expiación con ella”.

La sangre de la ofrenda por la culpa no era llevada al santuario. Era rociada alrededor del altar y la carne era comida por el sacerdote. Esta se conformaba a la regla general que cuando la sangre no era metida al tabernáculo, la carne se debía comer. Cuando los ministros entraban al santuario, llevaban la carne del sacrificio en sus propias personas, queriendo decir así que Cristo mismo lleva nuestros pecados.

Otra diferencia era que mientras por los pecados de ignorancia se requerían ofrendas específicas para cada grupo, un becerro por un sacerdote y por la congregación, un macho cabrío por un jefe, y una cabra o cordero hembra para uno del pueblo, en el caso de la ofrenda de culpa, la ofrenda requerida correspondía a la capacidad que tenía una persona para pagar.

La más alta ofrenda requerida era una cabra o una cordera, pero si el individuo no tenía esto, podía llevar dos tórtolas o dos pichones de paloma. Si él era demasiado pobre que no podía llevarlos, entonces podía llevar una ofrenda de harina sobre la cual no tenía que poner aceite ni perfume, porque era una ofrenda de pecado, no una ofrenda de vianda.

“Y para su expiación traerá a Jehová por su pecado que comió, una hembra de los rebaños, una cordera o una cabra como ofrenda de expiación; y el sacerdote le hará expiación por su pecado. Y si no tuviere lo suficiente para un cordero, traerá a Jehová en expiación por su pecado que comió, dos tórtolas o dos palominos, el uno para expiación, y el otro para holocausto. Y los traerá al sacerdote, el cual ofrecerá primero el que es para expiación; y le arrancará de su cuello la cabeza, mas no la separará por completo. Y rociará de la sangre de la expiación sobre la pared del altar; y lo que sobrare de la sangre lo exprimirá al pie del altar; es expiación. Y del otro hará holocausto conforme al rito; así el sacerdote hará expiación por el pecado de aquel que lo comió, y será perdonado. Mas si no tuviere lo suficiente para dos tórtolas, o dos palominos, el que pecó traerá como ofrenda la décima parte de un efa de flor de harina para expiación. No pondrá sobre ella aceite, ni sobre ella pondrá incienso, porque es expiación. La traerá, pues, al sacerdote, y el sacerdote tomará de ella su puño lleno, para memoria de él, y la hará arder en el altar sobre las ofrendas encendidas a Jehová; es expiación. Y hará el sacerdote expiación por él en cuanto al pecado que comió en alguna de estas cosas, y será perdonado; y el sobrante será del sacerdote, como la ofrenda de vianda” (*Levítico 5:6-13*).

Normalmente, una comida, o más correctamente una ofrenda de vianda era una consagración de posesiones materiales al servicio de Dios, pero aquí se enfatiza específicamente como una ofrenda de pecado. Puesto que, “. . . sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (*Hebreos 9:22*), es muy singular que una ofrenda de vianda sin sangre pudiera expiar o remitir pecado.

No es usual, pero es por una buena razón. En esto se trae a consideración el estupendo alcance de la expiación y su poder para llegar a todas las clases, aun al más pobre de todos. Fue a esta provisión que Pablo obviamente hizo referencia cuando dijo:

“Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (*Hebreos 9:22*).

Los que en el tipo se clasificaban como siendo muy pobres que no podían incluso traer un par de tórtolas, tipifican una clase de pueblo que está espiritualmente en mayor desventaja. Su conocimiento del Evangelio es tan limitado que nunca han oído de la sangre de Cristo y no pueden así, consciente e inteligentemente, implorar esa sangre para su expiación. Es difícil para los que se



Es altamente probable que ninguno ha predicado alguna vez el Evangelio en esta aldea. Si la verdad se ha presentado aquí, fue solamente durante el siglo pasado o algo así. Con todo, las enseñanzas profundamente arraigadas de los siglos, y las mentes debilitadas por las generaciones de vida insalubre, harían que este fuera un campo de labor muy infructuoso. Estos factores colocan a estas personas sin recursos en una desventaja más grande que la de sus vecinos en los países iluminados donde la Biblia es libremente accesible a todos. Pero esto no significa que la salvación para esta gente es una imposibilidad. El nombre de Dios está ampliamente escrito en el libro de la naturaleza que lo rodea, y el Espíritu Santo está abriendo sus corazones para que lo lean. Los que respondan a esta luz y la sigan adonde ella indique ciertamente se salvarán.

han levantado en ambientes donde la Biblia está libremente disponible y donde aun los no creyentes saben algo acerca de la historia de la cruz, apreciar la pobreza que rodea a los que nunca han conocido estas cosas. Hoy esa destitución de conocimiento es mucho más limitada de la que fue durante la Edad Media, cuando todas las naciones se desvincularon completamente de esos países donde el Evangelio se estaba predicando. Sin embargo, a pesar de las comunicaciones extensivas alrededor del mundo hoy, hay algunos que todavía, debido a su ubicación, niegan el acceso a la verdad acerca de la expiación. La comparación de su empobrecida situación con las más grandes oportunidades y privilegios concedidos a los que viven en áreas civilizadas, debiera animarnos a colocar una valor mayor en lo que tenemos.

A pesar del aislamiento de esos lugares donde la luz de Dios brilla claramente, ellos no necesitan perecer. Dios es capaz de mostrarles, y ellos pueden leer el testimonio de su poder y carácter en el maravilloso mundo de la naturaleza. Pablo habló de ellos en *Romanos 2:11-16*:

“Porque no hay acepción de personas para con Dios. Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados; porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados. Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres conforme a mi evangelio”.

Estos pasajes revelan que esta gente muy ciertamente recibió la expiación, aunque era tan pobre en conocimiento espiritual, que nunca escucharon el nombre de Jesús. La prueba se ofrece en estas palabras: que ellos “hacen por naturaleza lo que es de la ley . . . mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones”. La mala naturaleza se ha removido, la simiente de Cristo ha tomado su lugar, y ellos son libres de la servidumbre del pecado.

“Aquellos a quienes Cristo elogia en el juicio, pueden haber sabido poca teología, pero albergaron sus principios. Por la influencia del Espíritu divino, fueron una bendición para los que los rodeaban. Aun entre los paganos, hay quienes han abrigado el espíritu

de bondad; antes que las palabras de vida cayesen en sus oídos, manifestaron amistad para con los misioneros, hasta el punto de servirles con peligro de su propia vida. Entre los paganos hay quienes adoran a Dios ignorantemente, quienes no han recibido jamás la luz por un instrumento humano, y sin embargo no perecerán. Aunque ignorantes de la ley escrita de Dios, oyeron su voz hablarles en la naturaleza e hicieron las cosas que la ley requería. Sus obras son evidencia de que el Espíritu de Dios tocó su corazón, y son reconocidos como hijos de Dios.

“¡Cuánto se sorprenderán y alegrarán los humildes de entre las naciones y entre los paganos, al oír de los labios del Salvador: ‘En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis!’ ¡Cuán alegre se sentirá el corazón del Amor Infinito cuando sus seguidores le miren con sorpresa y gozo al oír sus palabras de aprobación!” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 593).

“Siempre que haya un impulso de amor y simpatía, siempre que el corazón anhele beneficiar y elevar a otros, se revela la obra del Espíritu Santo de Dios. En las profundidades del paganismo, hombres que no tenían conocimiento de la ley escrita de Dios, que nunca oyeron el nombre de Cristo, han sido bondadosos para con sus siervos, protegiéndolos con peligro de sus propias vidas. Sus actos demuestran la obra de un poder divino. El Espíritu Santo ha implantado la gracia de Cristo en el corazón del salvaje, despertando sus simpatías que son contrarias a su naturaleza y a su educación. La luz ‘que alumbrá a todo hombre que viene a este mundo’ (Juan 1:9), está resplandeciendo en su alma; si presta atención a esta luz, ella guiará sus pies al reino de Dios” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 317, 318).

“Y guiaré a los ciegos por camino que no sabían, les haré andar por sendas que no habían conocido; delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz, y lo escabroso en llanura. Estas cosas les haré, y no los desampararé” (*Isaías 42:16*).

La única información que esta gente tiene de Dios es por medio del maravilloso mundo de la naturaleza. Aquí ellos han adquirido una visión de su gran poder e incomparable amor de Dios. A esta revelación, han respondido a tal grado que el Señor se ha habilitado para limpiarlos de la simiente de Satanás e implantar en ellos la simiente de Cristo.

El mensaje, Cristo en vosotros, es su única esperanza de gloria exactamente como está en todo otro pecador. Dios no provee un

camino de salvación para los que conocen sus verdades, y otro para los que no tienen acceso a la Palabra escrita. Todos tienen que ser nacidos de nuevo. Todos tienen que tener a Cristo en ellos, la esperanza de gloria. Por lo tanto, la misma obra es hecha en el ignorante como es hecha en una persona iluminada.

La única diferencia real es que, debido a que los que tienen la Palabra escrita son bendecidos con mucha más luz, ellos pueden entrar en la experiencia más inteligente y confiadamente, y pueden avanzar mucho más en logro cristiano y alcance misionero.

Existe una diferencia obvia entre las riquezas espirituales poseídas por los que viven donde el Evangelio está disponible, y por aquellos donde no se conoce, sin embargo, Dios en su maravilloso amor hizo disponible la salvación a las dos clases de gente. Mientras que los más pobres de los pobres no pueden implorar consciente o inteligentemente la sangre de Cristo como la propiciación por sus pecados, sin embargo, el Señor acepta su ofrenda y les da la expiación aun como a los que pueden.

Uno tiene que admirar la pureza de la experiencia cristiana que se halla entre los que no tienen la Palabra escrita. Ellos no son motivados por la esperanza de recompensa eterna porque no tienen información sobre ello. La resurrección, las puertas perlinas, las calles de oro, el árbol de la vida, ver a Dios cara a cara, ser miembros de los 144.000, el viaje a través de las galaxias y la vida eterna, no son conocidos por ellos. Por consiguiente, viven justamente porque simplemente es justo hacerlo así, no a causa de la esperanza de recompensa o el temor a los juicios retributivos. Cuando descienden a la tumba, hasta donde sepan, es el fin para ellos. Ellos no tienen la escena en sus mentes del descenso de Cristo en flamante gloria para llamarlos de sus lechos polvorientos vestidos de inmortalidad.

Imagínese la sorpresa y deleite que experimentarán cuando la voz del Arcángel y la trompeta de Dios los despierte en la mañana eterna y gozo interminable. Cuando contemplen el rostro de su Salvador de quien nunca oyeron previamente, su felicidad no conocerá límites. Qué alabanza exhalarán de sus labios cuando, por primera vez, se les enseñe las maravillas del ministerio salvador de Cristo y lo que ha hecho para ellos.

En su vida terrenal ellos eran tan pobres que sólo podían llevar una ofrenda sin sangre, simbolizada en el servicio del Antiguo Testamento por un puñado de comida, pero el Señor aceptaba

esto, y aplicaba la sangre en su favor. A pesar de su abyecta pobreza espiritual en términos de información disponible, ellos no perecerán. ¡Qué reprensión será su testimonio para los que han sido iluminados y sin embargo despreciaron el don celestial!

“Nuestra situación delante de Dios depende, no de la cantidad de luz que hemos recibido, sino del empleo que damos a la que tenemos. Así, aun los paganos que eligen lo recto en la medida en que lo pueden distinguir, están en una condición más favorable que aquellos que tienen gran luz y profesan servir a Dios pero desprecian la luz y por su vida diaria contradicen su profesión de fe” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 206).

Ningún hombre, mujer o niño que alguna vez haya vivido, tiene excusa para perderse. Dios ha hecho plena provisión para que todos sean salvos, no importa lo que pueda ser su situación. A través de un medio o el otro, su luz les ha llegado. Afortunados y felices son los que tienen la Palabra escrita y a los predicadores vivientes, no obstante, la salvación no es exclusiva para ellos. Cristo es la luz que alumbra sobre *toda* persona.

“El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo” (*Juan 1:9*, revisión de 1977).

“Así como por Cristo tiene vida todo ser humano, así por su medio toda alma recibe algún rayo de luz divina” (*La Educación*, pág. 28).

Cuando uno considera las enormes desventajas bajo las cuales algunas personas han vivido, esto es difícil de creer, aunque la fe en la infalible Palabra de Dios nos asegura que es verdad. Considérese un niño educado por padres ateos que se dedican desde sus primeros días a excluir toda influencia espiritual, mientras que llenan su mente receptiva de sentimientos anticristianos. Es difícil de entender cómo la luz de la verdad podría penetrar semejante prejuicio.

Durante la segunda guerra mundial, por ejemplo, Hitler soñaba construyendo la super raza mundial. Para lograr esto, eligió a las mujeres y hombres más varoniles en el país y los indujo a producir hijos. Cuando los bebés nacían, ellos eran separados de sus madres y puestos en grandes jardines infantiles donde se les cuidaba por un personal entrenado, cuya responsabilidad principal era inculcar totalmente la filosofía aria en las mentes de los infantes, para la exclusión de todo principio cristiano. El máximo esfuerzo era asegurar que ninguna luz del cielo pudiera alcanzar a uno de ellos.

Este es sólo un ejemplo. Muchos otros pueden ser citados, tales como los casos de hijos educados en la cultura islámica, en lo profundo del paganismo, en el comunismo, y cosa semejante. Es difícil de creer que Cristo pudiera penetrar tan formidables defensas si quiera con un sólo rayo de luz.

Sin embargo El lo hace. Aunque nosotros no podemos explicar cómo, sabemos que es verdad porque el Señor lo ha declarado, que Cristo es la Luz que alumbra a todo hombre que ha entrado al mundo.

Prueba de esto se demostró cuando, de tiempo en tiempo, una persona emerge de un ambiente hostil y se destaca como una luz resplandeciente en la noche, a pesar de la oscuridad que lo rodea y la oposición de su grupo. Este desarrollo muestra que la luz ha estado brillando en la oscuridad sobre él y sus seguidores, y que cada uno de ellos podía haber sido salvo por ella. La ignorancia y superstición de la cual ha emergido, hace su caso el más hermoso, prodigioso y maravilloso. Es prueba viviente y convincente de que Cristo es la Luz que ha penetrado la lobreguez envolviendo a toda persona nacida.

José Wolff, el poderoso predicador que proclamó el mensaje de la hora del juicio en el siglo diecinueve, es un buen ejemplo de esto. El nació en 1795, en Bavaria, de padres judíos estrictamente ortodoxos. Su intensiva y severa educación hebrea comenzó a la edad de cuatro años, y se le enseñó a esperar, junto con los judíos en general, el advenimiento de su Mesías. Con dedicación total sus tutores inculcaron en su mente la idea de que el cristianismo era un culto corrumptamente idólatra y un insulto a Jehová. Sus padres estaban obviamente ansiosos de que él nunca llegara a contaminarse con la religión cristiana. Barreras efectivas se habían levantado para asegurar esto.

Pero, cuando José escuchaba a los eruditos rabinos discutiendo sobre el Mesías, él mismo halló maravillas acerca de Cristo. La luz estaba brillando en su mente y él era receptivo, mientras que los de su comunidad estaban muertos para ella. Cuando tenía ocho años, tuvo en contacto con un aldeano luterano, Herr Spiess, quien le dio impresiones favorables acerca del Cristianismo. Fue al poco tiempo que el joven se persuadió que Cristo era el Mesías, y declaró su deseo de llegar a ser un cristiano. No obstante, él no mencionó esto en el hogar por temor de la oposición que generaría.

El enemigo redobló sus esfuerzos en este punto al enviar judíos deístas a inyectar dudas en la mente del joven. Ellos trabajaron para borrar la fe en Moisés y la validez del sistema de sacrificios.

A los diecisiete años, se convirtió en católico romano y pasó tiempo en sus colegios. Sin embargo, a pesar de todas estas influencias y situaciones adversas su mente ansiosa se aferraba a todo rayo de verdadera luz que le llegaba, hasta que emergió como un poderoso instrumento en las manos de Dios. El predicó el mensaje de la hora del juicio en Europa, Asia y América, y se considera como uno de los más poderosos evangelistas de ese período.

José Wolff no es un ejemplo final. Otros han sido colocados en condiciones mucho más difíciles. Al menos él tuvo acceso a los sagrados escritos y a los predicadores que tenían una experiencia personal en el poder de Dios para salvar del pecado. Sin embargo, su escape del prejuicio judío, del deísmo, del catolicismo romano y otros elementos negativos, es un testimonio de que la luz brilla en las tinieblas y puede ser recibida por todo el que no cierra sus ojos a ella. Es triste que muy pocos abran sus corazones para recibir la verdad, pero existen suficientes para probar que, si los otros lo hicieran, podrían caminar también en el gozo de salvación. A pesar de la ventaja que Satanás goza al haber ganado posesión de la familia humana, el Señor es capaz de ofrecer personalmente liberación a todos.

Qué hermosa lección de amor del Padre se revela en las ofrendas por las culpas. La certeza contenida en ello de que ninguno es tan pobre en conocimiento teológico para que la salvación esté fuera de su alcance, ilumina la verdad de que “. . . de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que *todo* aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (*Juan 3:16*).

El rico que llevaba su cabra o cordera, el pobre con sus tórtolas, y el más pobre de todos que iba con un puñado de comida sin sangre, todos hallaban la expiación disponible para ellos.

¡Con qué infinita ternura el Autor de nuestra salvación estima la raza humana! Nada de lo que puede ser hecho lo deja sin hacer para restablecer su imagen perdida en el hombre y para reinstalarlo a la perfección edénica.

“Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. El es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana

todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias; el que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila. Jehová es el que hace justicia y derecho a todos los que padecen violencia. Sus caminos notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras. Misericordioso y clemente es Jehová, lento para la ira, y grande en misericordia. No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo. No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo. El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció, y su lugar no la conocerá más. Mas la misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen, y su justicia sobre los hijos de los hijos; sobre los que guardan su pacto, y los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra. Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos. Bendecid a Jehová, vosotros sus ángeles poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra, obedeciendo a la voz de su precepto. Bendecid a Jehová, vosotros todos sus ejércitos, ministros suyos, que hacéis su voluntad. Bendecid a Jehová, vosotras todas sus obras, en todos los lugares de su señoría. Bendice, alma mía, a Jehová” (*Salmo 103:1-22*).

La expiación por los pecados de ignorancia era para las transgresiones generales desconocidas de la ley. La expiación por las culpas cubría errores de una naturaleza más específica, aunque algunas veces éstos también se limpiaban como pecados de ignorancia.

“Finalmente, si una persona pecare, o hiciere alguna de todas aquellas cosas que por mandamiento de Jehová no se han de hacer, aun sin hacerlo a sabiendas, es culpable, y llevará su pecado. Traerá, pues, al sacerdote para expiación, según tú lo estimes, un carnero sin defecto de los rebaños; y el sacerdote le hará expiación por el yerro que cometió por ignorancia, y será perdonado. Es infracción, y ciertamente delinquirió contra Jehová” (*Levítico 5:17-19*).

Aunque generalmente hablando, las ofrendas por las culpas eran para pecados voluntarios o conocidos dirigidos contra su prójimo o contra el Señor, o contra los dos. Estas transgresiones se

cometían bajo la presión de la tentación, después de lo cual llegaba el sentimiento de culpa y condenación. Cuando el pecador sentía su necesidad de limpieza y perdón, seguía las instrucciones para recibir la expiación.

Se le obligaba a escoger la ofrenda designada, un carnero, traer una suma estimada de dinero en siclos del templo, y se presentaba en la puerta del tabernáculo donde se había de hacer una confesión aceptable. Al mismo tiempo, se esperaba que hiciera una restitución a la parte ofendida al valor del daño más el veinte por ciento. Por estos procederes se hacía para él una expiación y él regresaba a su tienda libre del pecado y su culpa.

“Habló más Jehová a Moisés, diciendo: Cuando alguna persona cometiere falta, y pecare por yerro en las cosas santas de Jehová, traerá por su culpa a Jehová un carnero sin defecto de los rebaños, conforme a tu estimación en siclos de plata del siclo del santuario, en ofrenda por el pecado. Y pagará lo que hubiera defraudado de las cosas santas, y añadirá a ello la quinta parte, y lo dará al sacerdote; y el sacerdote hará expiación por él con el carnero del sacrificio por el pecado, y será perdonado” (*Levítico 5:14-16*).

“Habló Jehová a Moisés, diciendo: Cuando una persona pecare e hiciere prevaricación contra Jehová, y negare a su prójimo lo encomendado o dejado en su mano, o bien robare o calumniare a su prójimo, o habiendo hallado lo perdido después lo negare, y jurare en falso; en alguna de todas aquellas cosas en que suele pecar el hombre, entonces, habiendo pecado y ofendido, restituirá aquello que robó, o el daño de la calumnia, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló, o todo aquello sobre que hubiere jurado falsamente; lo restituirá por entero a aquel a quien pertenece, y añadirá a ello la quinta parte, en el día de su expiación. Y para expiación de su culpa traerá a Jehová un carnero sin defecto de los rebaños, conforme a tu estimación, y lo dará al sacerdote para la expiación. Y el sacerdote hará expiación por él delante de Jehová, y obtendrá perdón de cualquiera de todas las cosas en que suele ofender” (*Levítico 6:1-7*).

Debido a que los pecados mencionados en esta categoría implican pérdida directa a Dios o al hombre, se introduce el principio de restitución. No sólo el ofensor debía restituir lo que había tomado o retenido de Dios o su prójimo, sino se le requería añadir una quinta parte al valor. Sin duda que esta provisión compensaba a la pérdida sufrida por el dueño durante el período que se le negó su uso.

La restitución era siempre hecha a quien había sido agraviado. Si la persona agraviada había muerto antes de efectuarse esto, entonces la compensación se debía pagar a su pariente más cercano. Si no se podía encontrar pariente, se pagaba al sacerdote como representante de Dios.

“Además habló Jehová a Moisés, diciendo: Dí a los hijos de Israel: El hombre o la mujer que cometiere alguno de todos los pecados con que los hombres prevarican contra Jehová y delinquen, aquella persona confesará el pecado que cometió, y compensará enteramente el daño, y añadirá sobre ello la quinta parte, y lo dará aquel contra quien pecó. Y si aquel hombre no tuviere pariente al cual sea resarcido el daño, se dará la indemnización del agravio a Jehová entregándola al sacerdote, además del carnero de las expiaciones, con el cual hará expiación por él” (*Números 5:5-8*).

Este servicio enseña claramente que no es suficiente confesar solamente el mal hecho. Rectificaciones tienen que ser hechas por el mal. Hay muchos que están convencidos por estas líneas, pero se angustian acerca de cómo hacer cuando la persona a quien le deben la restauración se ha trasladado a una dirección desconocida o ha muerto. Estos consejos revelan claramente la respuesta a este problema. El valor se debe restaurar al pariente más cercano si puede ser hallado. Si no, debe ser pagado al Señor por medio de sus ministros escogidos.

Es una seria ofensa robar a nuestro prójimo pero es mucho más serio robar a Dios. Ninguna alma puede ser clara en estos asuntos y recibir la bendición de la expiación, a menos que se haga confesión y restitución apropiada. Era para la hermana White una práctica común enseñar al pueblo la importancia vital de devolver a Dios sus diezmos. Los registros muestran que en esas reuniones donde ella enseñaba estos principios, las almas eran profundamente convencidas y se apresuraban a restaurar la deuda. Es interesante ver cuán rápidamente el Señor los capacitaba para devolver lo que estaban debiendo después que habían hecho el compromiso de hacerlo. De estas experiencias se registra que:

“Como resultado de las reuniones especiales realizadas en la iglesia de —, se ha producido un progreso decidido en espiritualidad, piedad, caridad y actividad. Se predicó acerca del pecado de robar a Dios en los diezmos y ofrendas . . .

“Muchos confesaron que no habían pagado los diezmos durante años; y sabemos que Dios no puede bendecir a los que le roban,

y que la iglesia debe sufrir las consecuencias de los pecados de sus miembros individuales. En los libros de nuestra iglesia hay una gran cantidad de nombres, y si todas esas personas pagaran prontamente un diezmo honrado al Señor, lo que constituye su parte, la tesorería no carecería de recursos . . .

“Cuando se presentó el pecado de robar a Dios, la gente recibió un concepto más claro de su deber y privilegio en este asunto. Un hermano dijo que durante dos años no había pagado sus diezmos, y que estaba desesperado; pero después de confesar su pecado, comenzó a cobrar esperanza. ‘¿Qué debo hacer?’ — pregunto.

“Le dije: ‘Entregue una promesa escrita al tesorero de la iglesia; eso tendrá valor formal’. El pensó que eso constituía un pedido más bien extraño, pero se sentó y comenzó a escribir: ‘Por valores recibidos, prometo pagar . . .’ Levantó la cabeza como para preguntar: ¿Es ésta la forma adecuada de formular una promesa al Señor?

“Si — continuó —, por valores recibidos. ¿Acaso no he estado recibiendo las bendiciones de Dios día tras día? ¿No me han protegido los ángeles? ¿No me ha bendecido el Señor con toda clase de bendiciones espirituales y temporales? Por valores recibidos, prometo pagar la suma de 571,50 dólares al tesorero de la iglesia’. Después de haber realizado todo lo posible de su parte, se sintió feliz. Al cabo de pocos días había cumplido su promesa pagando los diezmos a la tesorería. También realizó un donativo de 125 dólares en ocasión de la Navidad.

“Otro hermano hizo una promesa escrita por 1.000 dólares, esperando pagarla al cabo de pocas semanas. Y un tercero prometió pagar 300 dólares” (RH 2-19-1889), (*Consejos sobre Mayordomía Cristiana*, pág. 100, 101).

“Muchas personas durante largo tiempo no han tratado honradamente con Dios. Al no separar el diezmo cada semana han dejado que éste se acumule hasta constituir una suma voluminosa, y ahora se resisten a pagarlo. Conservan esos diezmos atrasados y los utilizan como si les pertenecieran. Pero son propiedad de Dios que ellos han rehusado poner en su tesorería” (RH 12-23-1890), (*Ibid.*).

“El viernes de mañana hablé acerca del diezmo. Este tema no ha sido presentado en las iglesias en la forma debida, y ese descuido juntamente con la depresión financiera ha ocasionado una marcada disminución de los diezmos durante el año pasado. En esta asociación el tema se ha presentado cuidadosamente en una reunión tras otra . . .

“Un hermano de distinguida apariencia, delegado de Tasmania, vino a verme y me dijo: ‘Me alegro de haberle oído hablar acerca del diezmo. No sabía que fuera una cosa tan importante. No seguiré descuidándolo’. Y luego comenzó a calcular la cantidad de diezmo que debía durante los últimos veinte años, y dijo que lo pagaría con tanta rapidez como pudiera, porque no quería que el pecado de haber robado a Dios, registrado en los libros del cielo, lo enfrentara en el juicio”

“Una hermana de la iglesia de Melbourne ha traído once libras esterlinas [54 dólares] como diezmos atrasados que ella no había comprendido que debía pagar. A medida que han recibido la luz muchas personas han confesado que están endeudadas con Dios y han manifestado su determinación de pagar esa deuda . . . Les propuse que llevaran a la tesorería sus pagarés prometiendo pagar la cantidad completa correspondiente a un diezmo honrado tan pronto como pudieran obtener el dinero. Muchas cabezas se inclinaron manifestando asentimiento, y tengo confianza en que en el próximo año no tendremos, como ahora, una tesorería vacía” (*Id.*, págs. 101, 102).

Cuando una persona que ha estado robando a Dios por años considera el formidable costo de volver a pagar los diezmos y ofrendas que se han retenido más el veinte por ciento, su ánimo puede decaer, porque realmente parecerá una tarea imposible. Más bien cancelaría la deuda anterior y haría un fresco comienzo para el futuro. Pero la Palabra de Dios enseña claramente que tiene que hacerse restitución si la expiación ha de ser recibida y restauradas las bendiciones de Dios. El proceder correcto es valorar la cantidad que se debe y luego enviar una nota de promesa a la tesorería cubriendo la cantidad.

Cuando esto se haga en simple fe, Dios toma la responsabilidad de hacer posible los pagos. Los que dan tal paso gozarán la conmovedora experiencia de ver la obra de Dios en ellos. En los ejemplos mencionados antes en el artículo de la *The Review and Herald* del 19 de febrero, es impresionante ver cuán rápido pudieron emprender sus notas de promesa los que las presentaron. Ellos mismos debieron haber sido sorprendidos, gratificados y bendecidos con el resultado. Todos los que procedan en fe idéntica participarán de la misma feliz experiencia. Dios facilitará el pago a efectuarse.

“Muchísimas personas han perdido su espíritu de abnegación y sacrificio. Han estado enterrando su dinero en posesiones temporales.

Hay hombres a quienes Dios ha bendecido y a quienes está probando para ver cómo responderán ante sus beneficios. Han retenido sus diezmos y sus ofrendas hasta que su deuda al Señor de los ejércitos ha llegado a ser tan grande que palidecen ante el pensamiento de devolver al Señor lo que es suyo: un diezmo justo. Apresuraos, hermanos, ahora que tenéis la oportunidad de ser honrados con Dios; no demoréis” (*Id.*, pág. 102, 103).

“¿Cómo está vuestra mayordomía? ¿Habéis robado a Dios en diezmos y ofrendas durante el año pasado? Contemplad vuestros graneros bien abastecidos y vuestras despensas repletas con las buenas cosas que el Señor os ha dado, y preguntad si habéis devuelto al Dador lo que le pertenece. Si habéis robado a Dios, hacedle restitución hasta donde sea posible, enderezad lo pasado y luego pedid al Salvador que os perdone. ¿No devolveréis al Señor lo que le pertenece, antes que este año con todas las anotaciones hechas en los registros celestiales pase a la eternidad?” (RH 12-23-1902).

“Cuando quiera que hayáis descuidado de devolver al Señor lo que es suyo, arrepentíos con alma contrita y haced restitución, para que su maldición no recaiga sobre vosotros . . . Cuando hayáis hecho todo lo posible de vuestra parte, sin retener nada que pertenezca a vuestro Hacedor, entonces podéis pedirle que proporcione recursos para enviar el mensaje de verdad al mundo” (RH 1-20-1885), (*Ibid.*).

Los principios de restitución implicados en el pago de diezmos y ofrendas se aplican también a toda obligación debida a Dios. Por ejemplo cuando, una persona pide el bautismo, hace una solemne y responsable dedicación de sí misma al servicio de Dios. Después, las tentaciones ejercen presión sobre ella para desviar sus intereses en direcciones egoístas. Los que se rinden a estas persuasiones, necesitan darse cuenta de la urgente necesidad de corregir la locura y de regresar al desempeño fiel de sus votos. Es una cosa muy triste cuando la gente pide el bautismo, entra en el contrato de servir a Dios en la presencia de testigos y luego más tarde niegan todo lo que propusieron en ese día.

Cada creyente debe examinar constantemente su posición para asegurar que él está siendo fiel a los votos hechos a Dios. Es mejor no hacer votos que prometer solemnemente al Señor que tú le servirás, y luego no vivir esta dedicación. Las Escrituras son enfáticas sobre este punto:

“Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes. Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas” (*Eclesiastés* 5:4, 5).

Hay algunas cosas que nunca pueden ser reparadas. Por ejemplo es imposible, retroceder y revivir los años desperdiciados. Lo mejor que puede ser hecho es confesar lo que ha sido robado del Señor y, por fidelidad desde ese momento en adelante, dar una demostración de verdadero arrepentimiento. Así el penitente muestra que lamenta lo desperdiciado tan completamente que, si los años perdidos pudieran ser revividos, serían puestos en estima confiable.

Los mismos principios de restitución se aplican al robo de hombre. Las especificaciones guiadoras en *Levítico* y *Números* exigen restauración para ser hecha de los bienes perceptibles tal como propiedad o dinero. Existe por supuesto la necesidad presente de guardarse contra el fanatismo en estos asuntos, aunque generalmente hablando, debido al costo implicado, mucha gente tiende a errar de otra manera.

Si una persona reconoce que ella tiene una deuda de restitución para pagar, pero no tiene los recursos para cumplir la obligación, los mismos procedimientos se aplican cuando la deuda se debe a Dios. Vaya él a la persona a quien le debe el dinero y le da una nota de promesa con la seguridad de que le pagará cuando pueda. Tal acceso será siempre recibido, especialmente si la otra persona es un cristiano. El Señor entonces añadirá sus poderosos recursos y será admirable cuán pronto la nota se emprenderá.

El impulso del corazón renovado será hacer tal restitución. La historia de Zaqueo ilustra esto. Después del recibimiento de Cristo en su casa, hizo una declaración que hasta donde podía recordar, había restaurado todo lo que había quitado por falsa acusación.

“Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado” (*Lucas* 19:8).

El Señor requería que sólo una quinta parte se añadiera al valor de aquello que debía ser devuelto, pero Zaqueo estaba resuelto a ir más allá de eso. El devolvería el cuatrocientos por ciento. Debido a que era “rico” (versículo 2), tenía la capacidad de hacerlo así inmediatamente. Demostró que comprendía la ley de las ofrendas por las culpas y estaba más que deseoso de obedecerla.

En ningún momento Cristo le aconsejó que estos pasos no eran necesarios. Al contrario, le dio completa aprobación a su curso al decir a Zaqueo que la salvación había llegado a su casa ese día.

“Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham” (Versículo 9).

Cristo no estaba diciendo que Zaqueo había ganado la salvación por sus obras. En cambio, reconoció que su nuevo seguidor había sido nacido de nuevo y, por lo tanto, era hijo de Abraham por descendencia espiritual y no sólo física. Su determinación de hacer plena restitución a los que había agraviado era un testimonio de que este cambio en realidad había tomado lugar. Sus obras no le habían ganado salvación. Eran el fruto seguro de su entrar a la familia de Cristo. Todo los que tengan una verdadera experiencia de salvación, semejante a Zaqueo, darán cada paso para asegurar que han hecho plena restitución por cualquier cosa que injustamente han quitado de otros.

Los principios declarados en la ofrenda por la culpa tienen valor hoy como cuando fueron entregados originalmente. Dios espera que su pueblo restaure a El y a su prójimo, lo que ha sido retenido, o en otra forma, les han robado.

“Si hemos perjudicado a otros en cualquier transacción comercial injusta, si nos hemos extralimitado en el comercio o defraudado a algún hombre, aun dentro del marco de la ley, deberíamos confesar nuestro agravio y hacer restitución en la medida de lo posible. Es justo que devolvamos, no solamente lo que hemos tomado, sino todo lo que se habría ganado con ello si lo hubiese usado correcta y sabiamente durante el tiempo que haya estado en nuestro poder” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 509, 510).

Esto es sólo un asunto. Es también un poderoso freno porque, cuando las personas se percatan que tienen que devolver con interés lo que han tomado injustamente, ellas vacilarán defraudar.

Todos deben dar sincera consideración a las diversas expiaciones y aprender a ganar la plenitud de las bendiciones que Dios ha construido en ellas. Entonces veremos mucho más avance positivo en la experiencia cristiana y en la preparación para el regreso de Cristo.

La Vaca Alazana

Capítulo 15

LAS expiaciones suministradas en las ofrendas quemadas, vianda y paz, para los pecados de ignorancia y para las culpas, estaban estrechamente asociadas con el santuario. En cada caso la víctima era degollada en la puerta del tabernáculo y, en una manera u otra, su vida era llevada al primer departamento.

No obstante, había una expiación por el pecado que no era hecha en el tabernáculo ni aun dentro del campamento. Era la ofrenda de la becerra alazana. Había otras diferencias entre este servicio y las otras expiaciones por el pecado.

“Jehová habló a Moisés y a Aarón, diciendo: Esta es la ordenanza de la ley que Jehová ha prescrito, diciendo: Dí a los hijos de Israel que te traigan una vaca alazana, perfecta, en la cual no haya falta, sobre la cual no se haya puesto yugo; y la daréis a Eleazar el sacerdote, y él la sacará fuera del campamento, y la hará degollar en su presencia. Y Eleazar el sacerdote tomará de la sangre con su dedo, y rociará hacia la parte delantera del tabernáculo de reunión con la sangre de ella siete veces; y hará quemar la vaca ante sus ojos; su cuero y su carne y su sangre, con su estiércol, hará quemar. Luego tomará el sacerdote madera de cedro, e hisopo, y escarlata, y lo echará en medio del fuego en que arde la vaca. El sacerdote lavará luego sus vestidos, lavará también su cuerpo con agua, y después entrará en el campamento; y será inmundo al sacerdote hasta la noche. Asimismo el que la quemó lavará sus vestidos en agua, también lavará en agua su cuerpo, y será inmundo hasta la noche. Y un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca y las pondrá fuera del campamento en lugar limpio, y las guardará la congregación de los hijos de Israel para el agua de purificación; es una expiación. Y el que recogió las cenizas de la vaca lavará sus vestidos, y será inmundo hasta la noche; y será estatuto perpetuo para los hijos de Israel, y para el extranjero que mora entre ellos” (*Números 19:1-10*).

El resto del capítulo instruía al pueblo cómo se debía aplicar la expiación. En cada caso esta ofrenda proveía la limpieza de todo el que había en alguna manera u otra hecho contacto con un cuerpo muerto.

“El que tocare cadáver de cualquier persona será inmundo siete días” (versículo 11).

El proceso de limpieza involucraba la inmersión de las cenizas de la vaca quemada en agua pura tomada de una corriente. Una persona limpia tomaba un hisopo, lo sumergía en el agua, y la rociaba sobre la persona inmunda y en todos los alrededores donde el cuerpo muerto estuvo tendido. Si él hubiera muerto en su tienda, entonces la tienda, los muebles y los vestidos eran tratados así como la persona que tuvo contacto con el muerto.

Semejante a cada una de las otras expiaciones, este servicio era rico en verdad evangélica. Dios deseaba que ellos aprendieran bellas y preciosas lecciones del servicio.

“A los hijos de Israel se les ordenó antiguamente que trajesen una ofrenda para toda la congregación, a fin de purificarla de la contaminación ceremonial. Este sacrificio era una vaquillona roja que representaba la ofrenda más perfecta que debía redimirlos de la contaminación del pecado. Era un sacrificio que se ofrecía circunstancialmente para purificar a todos los que habían llegado, por necesidad o accidente, a tocar muertos. A todos los que habían tenido algo que ver con la muerte se los consideraba ceremonialmente inmundos. Esto tenía como propósito inculcar entre los hebreos el hecho de que la muerte es consecuencia del pecado, y por lo tanto representa al mismo. La vaquillona, el arca y la serpiente de bronce: cada una de estas cosas señalaba en forma impresionante a la única gran ofrenda: el sacrificio de Cristo” (*Joyas de los Testimonios*, tomo 1, pág. 483).

La inmundicia ceremonial es un tipo de la corrupción espiritual, la mancha del pecado. Mientras que los hijos de Israel sólo se ponían en contacto con la muerte sobre una base ocasional, todo ser humano está contaminado por el pecado y la muerte. Esta es una consecuencia inevitable de herencia la cual proviene de Adán y Eva. Como se enfatizó al principio, después que el pecado y la muerte entraron a nuestros primeros padres, las leyes de herencia hicieron imposible que cualquier otra cosa pasara a su descendencia. Por lo tanto, ninguna persona nace justa en este mundo. Consecuentemente, cada persona necesita el ministerio de limpieza de Cristo que aquí está simbolizado por el agua de purificación.

En contradicción de estos principios, algunos enseñan que los hijos nacen justos y no se convierten en injustos hasta cometer sus

primeros pecados. Una cita favorita que estas personas usan para “probar” su punto es la siguiente:

“Tuve algunas conversaciones con el pastor (J. G.) Matteson con respecto a si los niños de los padres incrédulos se salvarían. Relaté que una hermana me había hecho esta pregunta con gran preocupación, y me había declarado que algunos le habían dicho que los hijitos de los incrédulos se perderían.

“Debemos considerar ésta como una de las preguntas acerca de las cuales no estamos en libertad de tomar una posición o expresar una opinión, por la simple razón de que Dios no nos ha hablado definitivamente acerca de este asunto en su Palabra. Si él hubiera pensado que es esencial que lo supiéramos, él nos hubiera hablado con claridad del asunto.

“Las cosas que él ha revelado son para nosotros y para nuestros hijos. Hay cosas que no entendemos ahora. Ignoramos muchas cosas que son claramente reveladas. Cuando se agoten estos asuntos que se relacionan estrechamente con nuestro bienestar eterno, habrá suficiente tiempo para considerar puntos acerca de los cuales hay personas que han expresado una innecesaria perplejidad” (*Mensajes Selectos*, tomo 3, págs. 358, 359).

Esta declaración no apoya el argumento de que los hijos nacen justos y serán automáticamente salvos si ellos murieran antes de cometer sus primeros pecados, porque no se está discutiendo ese punto. Se está hablando acerca de si se puede conocer si una cierta clase de los perdidos, es decir, los que son nacidos de padres *incrédulos* se salvarán o no. Ciertamente, si fueran nacidos en una condición de salvación como algunos enseñan, no habría duda acerca de su participación en la resurrección de los justos. Para entender si estos bebés se salvarán o no, se necesita conocer si ellos han sido alcanzados por las provisiones de la expiación. Esto no se puede saber porque, sobre esta cuestión, Dios no ha derramado luz.

Así hay dos preguntas separadas, aunque estrechamente relacionadas delante de nosotros. Una es si los niños nacen justos o pecadores, y la otra es si los que nacen de padres incrédulos son alcanzados por la gracia salvadora de Dios y ser así salvos. Sobre la primera pregunta las Escrituras tienen mucho que decir, mientras que en la segunda, guardan silencio. Por lo tanto, mientras es necesario formar una creencia definitiva sobre la primera, se nos aconseja a dejar el último problema.

El estudio de la vaca alazana no se interesa en esta cuestión de si o no los niños de padres incrédulos se salvarán. Más bien se relaciona con los pasos a ser dados por los que se ponen en contacto con el pecado y la muerte. Nos recuerda que no hay uno de nosotros que no haya sido contaminado y, por consiguiente, no necesite las provisiones que Dios ha suministrado para la limpieza.

El servicio se conducía fuera del campamento. En esto el pueblo debía leer la temerosa suerte de que el pecado los había colocado fuera de la familia de Dios. Esto llevaba sus mentes al principio, a la expulsión del Edén que siguió a la participación de Adán y Eva del fruto prohibido y más allá todavía, a la separación de Satanás del paraíso, debido a su insistente negación a vivir por las leyes rectas y justas del cielo. Cuando se reunían alrededor de la vaca alazana y veían el campamento y santuario en la distancia, sabían que su única esperanza de regresar a la casa del Padre era por medio del sacrificio de la muerte. Ellos debían entender que no tenían poder para restaurarse a sí mismos a su condición perdida. Hasta la completa limpieza, no podían venir a la presencia de Dios.

La ubicación fuera del campamento prefiguraba también la crucifixión de Cristo fuera de Jerusalén, aparte del templo, y separado de la nación que lo había rechazado totalmente.

“Se conducía fuera del campamento a la vaquillona destinada al sacrificio, y se la mataba en medio de una imponente ceremonia. Así sufrió Cristo fuera de las puertas de Jerusalén, porque el Calvario estaba fuera de las murallas de la ciudad” (*Joyas de los Testimonios*, tomo 1, pág. 484).

Por más de una razón, la locación del sacrificio de Cristo era una ilustración adecuada del plan de salvación.

Aunque Jerusalén se había convertido en habitación de demonios, en un cierto sentido permanecía todavía como un símbolo de la santa ciudad de arriba. Para salvar a la humanidad, Cristo había dejado esa hermosa morada para morir en el lugar donde estaba la humanidad caída, fuera del paraíso. Fue el pecado del hombre lo que hizo necesario esta separación. Así también, la condición pecadora de los judíos dictaba que Cristo muriera alejado de ellos, de su ciudad y su templo.

Se nos niega el espectáculo de dónde y cómo Cristo habría muerto si Israel hubiera entendido su misión y lo hubiera recibido como “. . . el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (*Juan* 1:29).

Con la tremenda riqueza de información contenida en el sistema de sacrificios y los escritos de los profetas, no tenían razón por no conocer la naturaleza real de su obra, con todo, cuando El vino, no había una persona que comprendiera. Juan el Bautista es el que, sobre todos los demás, debió haber visto a Cristo en su verdadera luz, pero aun tenía ideas equivocadas acerca del Mesías.

Si Israel hubiera comprendido correctamente el sistema de sacrificios, ciertamente no habrían arrestado a Jesús, ni tratado y condenado ilegalmente, y apresurado a salir de las murallas de la ciudad para una ignominiosa crucifixión. Aun así, no determinaron la hora de su muerte, porque, independiente de sus actividades y propósitos, el tiempo estaba fijado en el plan predeterminado de Dios. Cuando el momento señalado llegó, el evento profetizado tomó lugar.

Cuando ese tiempo se acercaba, si Israel hubiera entendido los caminos de Dios, habría reconocido la hora y su tremendo significado y se hubiera reunido alrededor del Salvador cuando la horrible carga de pecado fuera puesta sobre El. En vez de lanzar gritos de sarcasmo y maldiciones contra El, habrían sostenido al Redentor con sus oraciones, simpatía e inmensurable gratitud. ¡Qué diferente habría sido la escena de lo que realmente fue! ¡Con qué poder el mensaje de un Salvador crucificado y resucitado se habría proclamado por todo el mundo y cuán rápido se habría desterrado el pecado del universo!

Cosa semejante es lo que pudo haber sido pero trágicamente no sucedió. Israel y el mundo no han sabido todavía cuán grande es su pérdida. Sólo cuando los registros se abran ante ellos en el gran día final de cuentas sabrán lo que se les ofreció y lo que rechazaron.

El lugar del sacrificio de Cristo fue, al parecer, elegido por los judíos y los romanos, aunque no tenían la mínima idea del significado de lo que estaban haciendo. Sin embargo, si se le hubiera dejado a Dios elegir el sitio, mientras no podemos ahora saber exactamente dónde habría sido, es seguro decir que habría sido fuera de las murallas de la ciudad. Esto es porque al ser allá simbolizaba también el hecho de que Cristo había muerto por el mundo entero, no sólo por los judíos.

“Se conducía fuera del campamento a la vaquillona destinada al sacrificio, y se la mataba en medio de una imponente ceremonia. Así sufrió Cristo fuera de las puertas de Jerusalén, porque el

Calvario estaba fuera de las murallas de la ciudad. Esto era para demostrar que Cristo no moría sólo por los hebreos, sino por toda la humanidad. Proclama a un mundo caído que ha venido para ser su Redentor, y le insta a aceptar la salvación que le ofrece” (*Joyas de los Testimonios*, tomo 1, pág. 484).

Cuando los israelitas presenciaban la muerte y holocausto de la vaca, Dios buscaba por ello levantar sus ojos por encima de los estrechos confines de su propio pequeño mundo, a las vastas necesidades experimentadas por la humanidad perdida en toda nación sobre la tierra. Deseaba que con El compartieran el espíritu de amor y preocupación, y entraran en un servicio de sacrificio para su prójimo sin importar dónde pudieran estar. Se proponía protegerlos del concepto limitado que la salvación era para los judíos solamente.

“Esta vaquillona debía ser roja, símbolo de la sangre. Debía ser sin mancha ni defecto y no debía haber llevado nunca el yugo. En esto también prefiguraba a Cristo. El Hijo de Dios vino voluntariamente a realizar la obra de la expiación. No pesó sobre El ningún yugo obligatorio; porque era independiente y superior a toda ley. Los ángeles, como inteligentes mensajeros de Dios, estaban bajo el yugo de la obligación; ningún sacrificio personal de ellos podía expiar la culpabilidad del hombre caído. Únicamente Cristo estaba libre de las exigencias de la ley para emprender la redención de la especie pecaminosa. Tenía poder para deponer su vida y para volverla a tomar. ‘El cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios’ (Filipenses 2:6).

“Sin embargo, este ser glorioso amaba al pobre pecador y tomó sobre sí la forma de siervo, a fin de sufrir y morir en lugar del hombre. Jesús podría haber permanecido a la diestra de su Padre, llevando su corona y vestiduras regias. Pero prefirió cambiar todas las riquezas, honores y gloria del cielo por la pobreza de la humanidad; y su alto puesto por los horrores del Getsemaní y la humillación y agonía del Calvario. Se hizo Varón de dolores, experimentado en quebranto, a fin de que por su bautismo de sufrimiento y sangre pudiese purificar y redimir a un mundo culpable. ‘Heme aquí — fue su gozoso asentimiento — para que haga, oh Dios, tu voluntad’ (Hebreos 10:7), (*Id.*, págs. 483, 484).

“El cuerpo de la vaquillona se reducía a cenizas, lo cual significaba un sacrificio completo y amplio. Luego, una persona que no había sido contaminada por el contacto con los muertos recogía



El sacrificio de la vaca bermeja por fuera del campamento fue una de las ofrendas más importante y significativa, la lección de lo cual necesita ser claramente entendida y estudiada por todos los hijos de Dios hoy. Hay muchos en el mundo religioso hoy quienes, en el tiempo presente, consideran los servicios del Antiguo Testamento sin importancia para sus vidas, pero este es un error. Mientras es verdad que el santuario del desierto y los templos que siguieron junto con todos los ritos, ya no existen, las lecciones contenidas permanecen. Estos mensajes son tan vitales para los hijos de Dios ahora como lo fueron en el pasado. Es importante que se dedique tiempo para conocer completamente estas lecciones y hacer una aplicación íntima y práctica de ellas a la experiencia personal del individuo.

las cenizas, y las colocaba en una vasija que contenía agua de un arroyo. Esta persona limpia y pura tomaba luego un palo de cedro con un trapo escarlata y un manojo de hisopo y asperjaba el contenido de la vasija sobre el tabernáculo y la gente congregada. La ceremonia se repetía varias veces a fin de ser cabal, y se hacía como purificación del pecado.

“Así también Cristo, con su propia justicia inmaculada, después de derramar su preciosa sangre entra en el lugar santo a purificar el santuario. Y allí la corriente carmesí inicia el servicio de reconciliación entre Dios y el hombre. Algunos pueden considerar el sacrificio de la vaquilla como una ceremonia sin significado; pero se ejecutaba de acuerdo con la orden de Dios, y encierra un profundo significado que no ha perdido su aplicación en nuestro tiempo.

“El sacerdote usaba cedro e hisopo, lo sumergía en el agua de la purificación, y con ello rociaba lo inmundo. Esto simbolizaba la sangre de Cristo derramada para limpiarnos de las impurezas morales. Las repetidas aspersiones ilustran el carácter cabal de la obra que debe realizarse en favor del pecador arrepentido. Todo lo que éste tiene debe ser consagrado. No sólo debe purificar su propia alma, sino que debe esforzarse por que su familia, sus arreglos domésticos, su propiedad y todo lo que le pertenece, quede consagrado a Dios.

“Después de rociar con hisopo la tienda, sobre la puerta de aquellos que habían sido purificados se escribía: ‘No soy mío, Señor; soy tuyo’. Así debe ser con los que profesan ser purificados por la sangre de Cristo. Dios no es menos exigente ahora que en tiempos antiguos. En su oración, el salmista se refiere a esta ceremonia simbólica cuando dice: ‘Purifícame con hisopo, y seré limpio: lávame, y seré emblanquecido más que la nieve’. ‘Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí’ ‘Vuélveme el gozo de tu salud; y el espíritu libre me sustente’ (Salmo 51:7, 10, 12).

“La sangre de Cristo es eficaz, pero necesita ser aplicada continuamente. No sólo quiere Dios que sus siervos empleen para su gloria los recursos que les ha confiado, sino que desea que se consagren ellos mismos a su causa. Hermanos míos, si os habéis vuelto egoístas y estáis privando al Señor de aquello que debierais dar alegremente para su servicio, entonces necesitáis que se os aplique cabalmente la sangre de la aspersión, para consagraros vosotros y todos vuestros bienes a Dios” (*Id.*, págs. 484, 485).

Hay más revelación en el sacrificio de la vaca alazana que el inexplicable precio pagado por Cristo por la salvación del hombre. Se incluía la lección vital enseñando que el creyente ha de participar en el mismo espíritu de servicio dedicado.

El mundo ha estado siempre listo para aplaudir a los que, al hacer un tremendo sacrificio personal, han eximido completamente a otros de pagar cualquier precio en absoluto. A los soldados que murieron en el campo de batalla se les concede lugares de honor por los que están en casa lejos de los horrores de la guerra. Así también, los religiosos aman un Salvador que pagó la pena por ellos mientras dedican sus vidas siguiendo sus ambiciones personales y egoístas.

Ninguno que vea el ministerio y muerte de Cristo en esta luz prosperará espiritualmente. Ellos se empequeñecen y se debilitan, y finalmente morirán. Los que reciben los tesoros de vida eterna sin compartirlos lo perderán todo en el fin. “Somos miembros unos de otros, y el alma que se niega a impartir perecerá” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 386)

La separación de estos principios y la apostasía resultante de la verdad, ha sido un constante problema en la iglesia de Dios. Los hombres se olvidan que los tesoros del cielo se dan como una confianza para ser derramada sin medida en el surco de la gran necesidad del mundo. En cambio, han acumulado los dones de Dios para establecer sus propios placeres y seguridad, mientras la causa de Dios languidece por la necesidad de los recursos mismos que se han dado por Dios para el propósito

Necesita que se les recuerde constantemente a los hijos de Dios sus deberes en este aspecto, y se les amoneste que el fracaso en hacer los sacrificios necesarios terminará en ruina eterna. Correctamente visto, la vaca alazana enseñaba muy enfáticamente estas lecciones. Cuando el pueblo se reunía para este servicio, debían ver en la muerte sumisa del animal delante de ellos, la belleza del sacrificio de Cristo y el grado del suyo. Siempre que el egoísmo reinaba en sus corazones, la luz brillando de este servicio era exponer tan completamente este mal que el pueblo tenía plena oportunidad para ser limpio de él. No era suficiente que el mensaje se transmitiera solo una vez. Se necesitaba que la verdad se llevara a la conciencia vez tras vez.

“La sangre de Cristo es eficaz, pero necesita ser aplicada continuamente. No sólo quiere Dios que sus siervos empleen para su

gloria los recursos que les ha confiado, sino que desea que se consagren ellos mismos a su causa. Hermanos míos, si os habéis vuelto egoístas y estáis privando al Señor de aquello que debierais dar alegremente para su servicio, entonces necesitáis que se os aplique cabalmente la sangre de la aspersión, para consagraros vosotros y todos vuestros bienes a Dios” (*Joyas de los Testimonios*, tomo 1, pág. 485).

En el tiempo cuando este testimonio se escribió, la iglesia se aferraba de este terrible mal de desviar egoístamente los recursos del Señor. Cuando ella vio el espíritu a su alrededor a la luz del mensaje contenido en el hermoso sacrificio de la vaca alazana, la mensajera del Señor se construyó a pronunciar palabras en claros y penetrantes consejos a los creyentes de ese tiempo. En este tiempo sería bueno que todos consideraran cuidadosamente el alcance al que estas palabras se aplican a sus propias vidas y luego dar los pasos necesarios para asegurar que el trágico curso de nuestros padres no sea repetido.

“Muy respetados hermanos, vosotros no tenéis ese fervor y desinteresada vocación a la obra de Dios que El requiere de vosotros. Habéis puesto vuestra atención a asuntos temporales. Habéis educado vuestra mente para los negocios para que por ello seáis beneficiados. Pero Dios demanda de vosotros tener una relación más estrecha con El, para que pueda modelar y educar a vosotros para su obra. Una solemne declaración se hizo al antiguo Israel que el hombre que permaneciera inmundo y se negara a purificarse sería cortado de en medio de la congregación. Esto tiene un significado especial para nosotros. Si fue necesario en antiguos tiempos que el inmundo se purificara por la sangre de la aspersión, cuán esencial es para los que viven en los peligros de los últimos días, y expuestos a las tentaciones de Satanás, que tengan la sangre de Cristo aplicada en sus corazones diariamente. ‘Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?’

“Debierais hacer mucho más de lo que habéis hecho, para llevar las cargas de la obra del Señor. Yo imploro que os levantéis de vuestro letargo, dejad la vana idolatría de las cosas terrenales, y

sed fervientes para asegurar un título a vuestra herencia inmortal. Trabajad mientras dura el día. No pongáis en peligro vuestras almas al perder las oportunidades presentes. No hagáis de segunda importancia vuestros intereses eternos. No coloquéis el mundo antes de la religión, y la fatiga de día tras día para adquirir sus riquezas, mientras que el peligro de quiebra eterna os amenaza. Cada día os conduce más cerca al día final de cuentas. Estad preparados para entregar los talentos que se os prestó, con la creciente ganancia por vuestro uso sabio.

“Vosotros no podéis sacrificar el cielo o arriesgar vuestra seguridad. No permitáis que el engaño de las riquezas os guíe a descuidar el tesoro inmortal. Satanás es un enemigo astuto, y está siempre en vuestro camino, luchando para entraparos y tramar vuestra ruina. Estamos en tiempo de espera; que vuestros lomos estén ceñidos y vuestra luz alumbre, para que podáis esperar al Señor cuando regrese de las bodas, para que cuando llegue y toque podáis abrirle inmediatamente.

“Hermanos, vigilad la primera palidez de vuestra luz, el primer descuido de la oración, el primer síntoma de sueño espiritual. ‘Mas el que persevera hasta el fin, éste será salvo’. Es por el constante ejercicio de fe y amor que los creyentes son aptos para brillar como luces en el mundo. Si estáis sirviendo a Mammón mientras profesáis servir a Dios, estáis haciendo sólo una pobre preparación para la venida del Maestro. Cuando aparezca, vosotros tenéis que presentarle los talentos que habéis sepultado en la tierra, talentos descuidados, mal tratados, mal usados — un amor dividido” (*Testimonies*, tomo 4, págs. 123, 124).

La ofrenda de la vaca alazana contenía lecciones de profundo y amplio significado. Es tan necesario entender estas verdades hoy como en los tiempos del Antiguo Testamento. A causa de que la humanidad tiene la tendencia a olvidar su gran necesidad de Dios, estos temas deben ser estudiados frecuentemente para conservar la luz fresca y para que se grabe más profundamente en la mente.

Todos han nacido en pecado y, por consiguiente, están fuera del campamento de Israel. Todos necesitan la sangre purificadora para lavar las manchas contaminantes del pecado y restaurarse al favor y presencia de Dios. Cada uno necesita entender que el espíritu de sacrificio es el espíritu de Cristo y nadie puede ser de El si no tiene este tesoro.

La Reunión del Pueblo

Capítulo 16

HASTA ahora se ha dado consideración a un número de expiaciones sucesivas — la expiación de sacrificio, las expiaciones simbolizadas por la ofrenda quemada, la vianda y la de paz, las expiaciones por los pecados de ignorancia y culpas, y la expiación figurativa en el sacrificio de la vaca alazana.

Todas estaban conectadas con los servicios en el atrio y el lugar santo. Ellas preparaban el camino para la expiación final que en figura se realizaba en el lugar santísimo en el santuario terrenal, y que en antitipo incluso ahora, se está realizando en el mismo departamento en el templo del cielo.

En el antiguo servicio típico del santuario, el gran día de la expiación final se hacía siempre en una fecha específica, el día diez del séptimo mes. Durante los diez días anteriores a este, se tocaban las trompetas cada día para advertir al pueblo de la llegada del compromiso crítico con Dios y de su necesidad de hacer una completa preparación para ese día al escudriñar sus corazones y repudiar todo pecado. Los que habían fallado en hacer la preparación necesaria, y llegaban al servicio solemne con errores que no se habían corregido o con pecados sin confesar, eran desterrados para siempre del campamento.

Los procederes divinamente especificados a seguirse en el servicio de la expiación final están registrados en *Levítico* 16:1-19:

“Habló Jehová a Moisés después de la muerte de los dos hijos de Aarón, cuando se acercaron delante de Jehová, y murieron. Y Jehová dijo a Moisés: Dí a Aarón tu hermano, que no en todo tiempo entre en el santuario detrás del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca, para que no muera; porque yo apareceré en la nube sobre el propiciatorio. Con esto entrará Aarón en el santuario: con un becerro para expiación, y un carnero para holocausto. Se vestirá la túnica santa de lino, y sobre su cuerpo tendrá calzoncillos de lino, y se ceñirá el cinto de lino, y con la mitra de lino se cubrirá. Son las santas vestiduras; con ellas se ha de vestir después de lavar su cuerpo con agua. Y de la congregación de los hijos de Israel tomará dos machos cabríos para expiación, y un carnero para holocausto. Y hará traer Aarón el becerro de la

expiación que es suyo, y hará la reconciliación por sí y por su casa. Después tomará los dos machos cabríos y los presentará delante de Jehová, a la puerta del tabernáculo de reunión. Y echará suertes Aarón sobre los dos machos cabríos; una suerte por Jehová, y otra suerte por Azazel. Y hará traer Aarón el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Jehová, y lo ofrecerá en expiación. Mas el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Azazel, lo presentará vivo delante de Jehová para hacer la reconciliación sobre él, para enviarlo a Azazel al desierto. Y hará traer Aarón el becerro que era para expiación suya, y hará la reconciliación por sí y por su casa, y degollará en expiación el becerro que es suyo. Después tomará un incensario lleno de brasas de fuego del altar de delante de Jehová, y sus puños llenos del perfume aromático molido, y lo llevará detrás del velo. Y pondrá el perfume sobre el fuego delante de Jehová, y la nube del perfume cubrirá el propiciatorio que está sobre el testimonio, para que no muera. Tomará luego de la sangre del becerro, y la rociará con su dedo hacia el propiciatorio al lado oriental; hacia el propiciatorio esparcirá con su dedo siete veces de aquella sangre. Después degollará el macho cabrío en expiación por el pecado del pueblo, y llevará la sangre detrás del velo adentro, y hará de la sangre como hizo con la sangre del becerro, y la esparcirá sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio. Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas. Ningún hombre estará en el tabernáculo de reunión cuando él entre a hacer la expiación en el santuario, hasta que él salga, y haya hecho la expiación por sí, por su casa y por toda la congregación de Israel. Y saldrá al altar que está delante de Jehová, y lo exiará, y tomará de la sangre del becerro y de la sangre del macho cabrío, y la pondrá sobre los cuernos del altar alrededor. Y esparcirá sobre él de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará, y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel" (*Levítico 16:1-19*).

El acto siguiente en el drama era confesar el pecado sobre la cabeza del macho cabrío seguido con su conducción lejos del campamento donde perecía en la soledad del desierto.

Gran cuidado era entonces ejercido para remover el cadáver del becerro y el macho cabrío que se habían ofrecido como ofrendas de pecado, a un lugar fuera del campamento donde eran quemados

a cenizas. Cada persona implicada en estos sacrificios se le requería lavarse completamente.

La expiación final se administraba para tres clases de personas. Primero, estaba el sacerdote y su casa, que incluía los hijos que le ayudaban en su ministerio en el lugar santo durante el año.

Segundo, estaba el resto de los levitas, aparte del sumo sacerdote y sus hijos. La diferencia entre estas dos secciones de la tribu de Leví era que mientras el sumo sacerdote y sus hijos ministraban dentro del santuario, el resto de la tribu no podía hacerlo. Esta importante distinción se hace clara en la declaración siguiente.

“En virtud de las instrucciones divinas, se apartó a la tribu de Leví para el servicio del santuario. En tiempos anteriores, cada hombre era sacerdote de su propia casa. En los días de Abrahán, por derecho de nacimiento, el sacerdocio recaía en el hijo mayor. Ahora, en vez del primogénito de todo Israel, el Señor aceptó a la tribu de Leví para la obra del santuario. Mediante este señalado honor, Dios manifestó su aprobación por la fidelidad de los levitas, tanto por haberse adherido a su servicio como por haber ejecutado sus juicios cuando Israel apostató al rendir culto al becerro de oro. El sacerdocio, no obstante, se restringió a la familia de Aarón. Aarón y sus hijos fueron los únicos a quienes se les permitía ministrar ante el señor; al resto de la tribu se le encargó el cuidado del tabernáculo y su mobiliario; además debían ayudar a los sacerdotes en su ministerio, pero no podían ofrecer sacrificios, ni quemar incienso, ni mirar los santos objetos hasta que estuviesen cubiertos” (*Patriarcas y Profetas*, pág. 362).

Tercero, estaba el resto de la congregación formada de las doce tribus de Israel.

Pero mientras había tres clases de personas por quienes la expiación final se ministraba, sólo eran dos ofrendas las que se hacían. Primero, el sumo sacerdote y su familia recibían la expiación, y luego la recibían el resto de los levitas junto con la congregación como un todo.

El significado de este plan tiene gran importancia para el pueblo de Dios en los últimos días, así que debe ser entendido completamente por ellos. Lo que tomaba lugar en el tipo, tiene que seguir en el antitipo. Cada clase que se reunía en el día típico de la expiación halla su equivalencia en los que se reúnen para el gran servicio antitípico.

Obviamente, el sumo sacerdote es el símbolo de Cristo, mientras

los hijos del sumo sacerdote simbolizan a los que sirven como ayudantes en el santuario celestial, habiendo sido trasladados como fueron Enoc y Elías, o resucitados y llevados al cielo como Moisés y la multitud que ascendió con Cristo después de su resurrección.

Estas almas se describen en esta función en la visión dada a Juan registrada en *Apocalipsis* 5:8-10:

“Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra”.

La referencia al capítulo anterior de *Apocalipsis* hace muy claro que las personas simbolizadas por los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos están en el primer departamento del santuario celestial, donde el Padre y el Hijo se hallaban en el tiempo que se le dio a Juan esta visión.

Además, estas personas eran hombres y mujeres que habían sido redimidos de esta tierra, porque testificaban de Cristo “. . . porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”.

Por lo tanto, ellos eran los hijos de Cristo y, de este modo, los hijos del Sumo Sacerdote. Como tales, estaban ministrando en el lugar santo bajo la dirección de su Líder divino. En sus manos estaban los incensarios de oro llenos de las oraciones de los santos que estaban ofreciendo delante del Padre. Esta era una obra que, en el servicio del santuario típico, sólo los hijos del sumo sacerdote podían hacer.

Para realizar este servicio en el santuario celestial, los redimidos tenían que ser llevados al cielo antes del resto del pueblo de Dios. Moisés, Enoc y Elías se necesitaban allá durante prolongada ausencia del Sumo Sacerdote, Cristo Jesús, cuando vino a esta tierra para librar la batalla con Satanás y dar su vida por la humanidad perdida. El no podía hacer su obra sobre esta tierra y al mismo tiempo ministrar en el santuario celestial. El resto de los que Juan vio ministrando en el primer departamento, estaban allá para ayudar en el ministerio que siguió a la muerte y resurrección de Cristo.

Cristo bien podía hacer esta obra sólo después que regresara al cielo, pero estas almas, en virtud de ser hijos del Padre eterno, Cristo Jesús, se habían calificado para realizar esta obra, así que fueron admitidos en ella. Grandes verdades con respecto al misterio de Dios son así reveladas a través de la ejecución de este plan, y se enriquece la fraternidad por todo el universo.

Ninguno de los que administraban con Cristo en el lugar santo después de su ascensión podían haber ido al cielo sin que la expiación final se hiciera para ellos. Por lo tanto, exactamente como se tipifica en el gran día de la expiación, los que iban a servir en el santuario junto con el Sumo Sacerdote, recibieron su expiación final anticipadamente de todo el resto. Esto consumado, ellos fueron llevados al santuario celestial para hacer la obra asignada para ellos.

Por consiguiente, su expiación final tomó lugar mucho antes que el gran día final de cuentas comenzara en 1844 al terminar los dos mil trescientos años.

Algunos pueden objetar que esto no está exactamente representado en el tipo, porque si lo fuera, los sacerdotes debían haber tenido su expiación final aun antes de comenzar su ministerio en el primer departamento. Esto no habría sido posible sin hacer gran daño al tipo que había de mostrar que los que recibieran la expiación final antes del resto del pueblo, habían de tener todavía el pleno servicio del lugar santo primero.

El hecho de que Aarón y sus hijos debían esperar hasta el día real de expiación, simplemente confirma la verdad de que aunque los que habían ido al cielo con anticipación de la cosecha final recibieron los beneficios de la gran expiación final para ir, la plena ratificación de lo cual no será certificada hasta que la última persona haya recibido la bendición, y la victoria sea finalmente ganada.

La relación sostenida en el día típico de expiación por el resto de los levitas con la congregación como un todo, representa con exactitud las funciones para ser desempeñadas por dos clases del pueblo de Dios que estarán vivos durante la expiación final.

La primera de estas clases está representada por los levitas que tienen un extenso conocimiento del santuario y sus servicios, y cuyas responsabilidades eran instruir al resto de la congregación, conducir al pueblo a reunirse alrededor del tabernáculo en el momento preciso, y exhortarlos a cumplir las condiciones necesarias para recibir los beneficios de la expiación final.

En las escenas futuras, los que cumplirán esta misma obra en una escala global son los que ya comprenden las grandes verdades del ministerio de Cristo en el lugar santísimo, y que saben lo que los hijos de Dios en la tierra deben hacer para estar preparados para la traslación. Estas son las personas que han recibido la luz de los mensajes del primero, del segundo, del tercero y del cuarto ángel que proclamarán con el poder de la lluvia tardía a toda nación, tribu y pueblo sobre la tierra. El fuerte pregón será el último llamado a reunirse en el santuario y escudriñar el corazón de modo que todo pecado se habrá enviado de antemano al juicio.

Las personas a quienes ellos irán con este llamado son las simbolizadas por la congregación como un todo. Esta es la otra clase del pueblo de Dios que hoy están esparcidos en todas las iglesias del cristianismo, en tierras paganas, y entre los escépticos e incrédulos. Justamente como el cuerpo principal de Israel excedía en número a los levitas, así los ocultos de hoy exceden en mucho a los que ahora forman la iglesia visible de Dios. Es debido a su conocimiento del mensaje del tercer ángel que los miembros de la iglesia de Dios se califican para llamar al resto a congregarse alrededor del santuario.

En el presente, el mensaje del santuario está oculto a los del pueblo de Dios que están todavía en Babilonia. No se enseña en sus iglesias y ellos no tienen manera de aprender estas preciosas lecciones. Pero cuando el llamado se promulgue, comprenderán en un tiempo muy corto lo que para el verdadero pueblo adventista ha tomado muchos años comprender, y vendrán de toda dirección a reunirse con la moderna tribu de Leví en el santuario de Dios y su Hijo.

Hay muchas promesas en las Escrituras de que esto será así. Una de las profecías que específicamente hablan de esa estupenda recolección se halla en *Isaías* capítulo 60, de lo cual citaremos los primeros siete versículos. El resto del capítulo continúa en la misma ilación.

“Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria. Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento. Alza tus ojos alrededor y mira, todos éstos se han juntado, vinieron a ti; tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas serán llevadas en brazos. Entonces verás, y



En el servicio del santuario Aarón y sus hijos recibían los beneficios de la expiación final antes de los levitas y los israelitas. Esta provisión prefiguraba las experiencias de los santos que habían sido llevados al cielo anticipadamente del resto de la iglesia de Dios.

resplandecerás; se maravillará y ensanchará tu corazón, porque se haya vuelto a ti la multitud del mar, y las riquezas de las naciones hayan venido a ti. Multitud de camellos te cubrirá; dromedarios de Madián y de Efa; vendrán todos los de Sabá; traerán oro e incienso, y publicarán alabanzas de Jehová. Todo el ganado de Cedar será juntado para ti; carneros de Nebaiot te serán servidos; serán ofrecidos con agrado sobre mi altar, y glorificaré la casa de mi gloria”.

“A pesar de las tinieblas espirituales y del alejamiento de Dios que se observan en las iglesias que constituyen Babilonia, la mayoría de los verdaderos discípulos de Cristo se encuentran aún en el seno de ellas. Muchos de ellos no han oído nunca proclamar las verdades especiales para nuestro tiempo. No pocos están descontentos con su estado actual y tienen sed de más luz. En vano buscan el espíritu de Cristo en las iglesias a las cuales pertenecen. Como estas congregaciones se apartan más y más de la verdad y se van uniendo más y más con el mundo, la diferencia entre ambas categorías de cristianos se irá acentuando hasta quedar consumada la separación. Llegará el día en que los que aman a Dios sobre todas las cosas no podrán permanecer unidos con los que son ‘amadores de los placeres, más bien que amadores de Dios; teniendo la forma de la piedad, mas negando el poder de ella’.

“El capítulo 18 del Apocalipsis indica el tiempo en que, por haber rechazado la triple amonestación de Apocalipsis 14:6-12, la iglesia alcanzará el estado predicho por el segundo ángel, y el pueblo de Dios que se encontrare aún en Babilonia, será llamado a separarse de la comunión de ésta. Este mensaje será el último que se dé al mundo y cumplirá su obra. Cuando los que ‘no creen a la verdad, sino que se complacen en la injusticia’ (2 Tesalonicenses 2:12, V.M.), sean dejados para sufrir tremendo desengaño y para que crean a la mentira, entonces la luz de la verdad brillará sobre todos aquellos cuyos corazones estén abiertos para recibirla, y todos los hijos del Señor que quedaren en Babilonia, oirán el llamamiento; ‘¡Salid de ella, pueblo mío!’ (Apocalipsis 18:4)” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 441).

“A pesar del decaimiento general de la fe y de la piedad, hay en esas iglesias verdaderos discípulos de Cristo. Antes que los juicios de Dios caigan finalmente sobre la tierra, habrá entre el pueblo del Señor un avivamiento de la piedad primitiva, cual no se ha visto nunca desde los tiempos apostólicos. El Espíritu y el poder de Dios

serán derramados sobre sus hijos: Entonces muchos se separarán de esas iglesias en las cuales el amor de este mundo ha suplantado al amor de Dios y de su Palabra. Muchos, tanto ministros como laicos, aceptarán gustosamente esas grandes verdades que Dios ha hecho proclamar en este tiempo a fin de preparar un pueblo para la segunda venida del Señor” (*Id.*, pág. 517).

Qué privilegio será para los que harán este último llamado al perdido, y con qué felicidad de corazón los hijos de Dios en cada congregación saldrán de las tinieblas a la maravillosa luz de Dios. Entonces, cuando la última persona se haya reunido, los que hacen el llamado y los que responden a él vendrán al juicio de los vivos para recibir los beneficios de su expiación final.

El orden de los eventos en el día típico de expiación no apoya la enseñanza que circulaba ampliamente unos pocos años atrás, que los que hacen el llamado final durante el fuerte pregón, primero pasan por la expiación final y son eternamente sellados antes de ser bendecidos con el derramamiento de la lluvia tardía.

Si este fuera el caso, entonces en los antiguos ritos un tercer sacrificio habría sido necesario. Después que Aarón y sus hijos fueran limpiados, los levitas habrían sido llamados adelante y una ofrenda se habría preparado para ellos antes que salieran y llamaran la congregación para ser ofrecido su sacrificio.

Pero no se hacía de esa manera. En cambio, los levitas primero salían y reunían el pueblo, luego, junto con él, compartían la misma ofrenda, los mismos servicios, y la misma limpieza al mismo tiempo. Así será en los últimos días.

Existe amplia evidencia en las Escrituras para confirmar este orden de eventos. En ellas se hace claro que el pueblo que pasa por el último gran conflicto necesitará una fe que sea capaz de resistir las más severas pruebas, porque Satanás urgirá en ellos la idea que sus pecados no han sido lavados y que son tan perversos que el Señor no puede perdonarlos.

“Los tiempos de apuro y angustia que nos esperan requieren una fe capaz de soportar el cansancio, la demora y el hambre, una fe que no desmaye a pesar de las pruebas más duras” (*Id.*, pág. 679).

Pero si los creyentes adventistas que son el antitipo de los levitas, recibieran la lluvia tardía como una evidencia de que han sido sellados, no necesitarían más caminar por fe durante ese período de prueba, porque sabrían que habiendo sido sellados, jamás podrían ser perdidos.

Algunos buscan contradecir esto al decir que los creyentes no sabrán por cierto que la lluvia tardía se está derramando sobre ellos. Este argumento está basado en la declaración que dice:

“A menos que estemos avanzando diariamente en la ejemplificación de las virtudes cristianas activas, no reconoceremos las manifestaciones del Espíritu Santo en la lluvia tardía. Podrá estar derramándose en los corazones de los que están en torno de nosotros, pero no lo percibiremos ni lo recibiremos” (*Testimonio para los Ministros*, pág. 507).

Esta declaración refuta la enseñanza de que los verdaderos hijos de Dios no sabrán cuándo se derrama sobre ellos la lluvia tardía. Ella confirma que ellos sabrán al decir que únicamente los que no están diariamente avanzando en las ejemplificaciones de las virtudes cristianas activas no la reconocerán. Esto significa que si lo están, la reconocerán.

Esto es ciertamente verdad, porque el derramamiento de la lluvia tardía será el segundo y final cumplimiento de la profecía que se halla en Joel capítulo 2. Cuando estas palabras llegaron a suceder en el pentecostés, los inspirados apóstoles reconocieron en el instante que la profecía estaba siendo cumplida y testificaron de este hecho. Pedro dijo: “Mas esto es lo dicho por el profeta Joel” (*Joel 2:16*).

Así también, los inspirados creyentes en los últimos días comprenderán también lo que está sucediendo y testificarán de las estupendas obras de Dios. Ellos sabrán que no han sido todavía sellados con el segundo y último sello porque no pueden recibir los beneficios de la expiación final hasta que hayan reunido en el santuario a los creyentes que están en Babilonia.

Dios emplea las funciones de la naturaleza para enseñar las mismas lecciones. Por estos medios, hace clara la relación entre el derramamiento del poder espiritual y la cosecha final de los justos y los impíos.

En el oriente, la caída de la lluvia temprana en el tiempo de la siembra garantizaba la germinación de la semilla. Esto era seguido por un reemplazo más seco marcado por aguaceros ocasionales. Cuando la espiga comenzaba a formarse, la lluvia tardía se enviaba para llenar la espiga y prepararla para la cosecha. El grano no estaba listo para la hoz cuando la lluvia tardía comenzaba a caer. El grano necesitaba todavía más tiempo de crecimiento antes que estuviera listo.

Como es en la naturaleza, así es en la gracia.

En el comienzo de la experiencia cristiana, el espíritu santo se da para germinar la semilla divina. Al final de la cosecha de la tierra la lluvia tardía se da para madurar el grano y prepararlo para la venida del Hijo del hombre. Pero cuando la lluvia tardía primero cae, ninguno está listo todavía para la cosecha, sea que fuera representante de los levitas o de la congregación en general. En la parábola del trigo y la cizaña, se transmite el mismo mensaje. No es sino hasta la cosecha que el trigo y la cizaña se separan. Hay mucha evidencia para mostrar que durante el período del fuerte pregón el trigo y la cizaña están todavía mezclados y que el juicio que finalmente los separa no toma lugar hasta que la obra del fuerte pregón termine.

“La cizaña y el trigo han de crecer juntamente hasta la cosecha; y la cosecha es el fin del tiempo de gracia” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 50).

“Cuando se complete la misión del Evangelio, el juicio realizará la obra de separación” (*Id.*, pág. 93).

“Una vez concluida la obra del Evangelio, sigue inmediatamente la separación de los buenos y los malos, y el destino de cada clase de personas queda fijado para siempre” (*Id.*, pág. 94).

Los que hoy caen en la categoría simbolizada por los levitas, tienen un maravilloso futuro delante de ellos. Es su sagrada responsabilidad poseer un profundo y pleno entendimiento del ministerio de Cristo en este gran día de expiación final. Recibiendo vida de Dios deben impartir vida a los hombres. El llamado a reunirse en el santuario es ir a todo individuo sobre la faz de la tierra, hasta que finalmente la familia esté vinculada en una unificada comunidad, la obra esté terminada, y los santos estén reunidos en el hogar.

El tiempo para que estos grandes eventos tomen lugar está ahora muy cerca. Ninguno de nosotros tiene un minuto que perder en ninguna otra obra que la de alistarse para el día futuro de oportunidad.

“Solemnes son las escenas relacionadas con la obra final de la expiación. Incalculables son los intereses que ésta envuelve. El juicio se lleva ahora adelante en el santuario celestial. Esta obra se viene realizando desde hace muchos años. Pronto — nadie sabe cuándo — les tocará ser juzgados a los vivos. En la augusta presencia de Dios nuestras vidas deben ser pasadas en revista. En

éste más que en cualquier otro tiempo conviene que toda alma preste atención a la amonestación del Señor. 'Velad y orad: porque no sabéis cuándo será el tiempo'. 'Y si no velares, vendré a ti como ladrón y no sabrás en qué hora vendré a ti' (Marcos 13:33; Apocalipsis 3:3)" (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 544, 545).

El Santuario Mismo Es Purificado

Capítulo 17

LA expiación en el gran día de la expiación, era para la purificación del santuario.

“Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas” (*Levítico 16:16*).

En cierto sentido, era también para la limpieza del pueblo tal como está escrito:

“Y esto tendréis por estatuto perpetuo: En el mes séptimo, a los diez días del mes, afligiréis vuestras almas, y ninguna obra haréis, ni el natural ni el extranjero que mora entre vosotros. Porque en este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová” (*Levítico 16:29, 30*).

Así, la expiación final limpiaba al santuario y al pueblo. Sin embargo, hay algunas distinciones entre estas dos limpiezas que tienen que ser entendidas.

La purificación del santuario en ese día, implicaba la eliminación real de los pecados que previamente se habían tomado del pueblo y llevados al santuario durante los servicios diarios.

No obstante, el pueblo era purificado en un sentido diferente. Ningún pecado era eliminado de sus personas, porque esa obra debía ser hecha antes de comenzar la expiación final. Ellos eran limpiados en el sentido de que sus pecados eran trasladados un paso más hacia esa última separación, que será consumada cuando el pecado sea desterrado del universo entero. Esto será más fácil de entender después de haberse dado estudio cuidadoso de la purificación del santuario en sí mismo.

Primero, tiene que ser establecido que el santuario en el cielo necesita una limpieza literal. Muchos encuentran esto difícil de aceptar, porque no pueden creer que nada en el cielo esté impuro. Pero la Biblia explícitamente confirma que las cosas celestiales tienen que ser purificadas.

“Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos” (*Hebreos 9:22, 23*).

La declaración de Pablo de esta verdad vital está basada en el principio confiable que lo que fue hecho en el terrenal, tiene que hallar su equivalencia en el celestial. Si había de haber una limpieza del santuario terrenal, entonces había de haber una del celestial. Si no es así, el Todopoderoso es un engañador, porque suministró el Antiguo Testamento y sus servicios con el propósito específico de decir a sus hijos lo que tomaría lugar en el santuario celestial.

En el tipo, el santuario era simbólicamente purificado por la sangre de los animales sacrificados, pero el celestial es purificado “con mejores sacrificios que estos”, incluso la sangre de Cristo Jesús.

“En ambos servicios, el típico y el real, la purificación debe efectuarse con sangre; en aquél con sangre de animales; en éste, con la sangre de Cristo. San Pablo dice que la razón por la cual esta purificación debe hacerse con sangre, es porque sin derramamiento de sangre no hay remisión” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 470).

Es críticamente importante que el estudiante comprenda en este punto lo que, específicamente, debe ser remitido. El pecado mismo debe ser eliminado, no solamente el registro o la culpa de él.

Nosotros hablamos correctamente de:

las acciones de pecado;

la culpa de pecado;

y el registro de pecado;

pero es necesario entender que nada de esto es pecado en sí mismo. Estas cosas son del pecado, pero no son el pecado.

“La remisión, o sea el acto de quitar los pecados, es la obra que debe realizarse” (*Ibid.*).

El pecado mismo es el elemento corruptible. Cuando el pecado en el individuo lo mancha, al ser éste llevado al santuario celestial, aun mancha esos lugares santos. La pregunta ahora es:

“¿Pero cómo podía el pecado estar conectado con el santuario del cielo o con el de la tierra? Esto puede ser estudiado en alusión al servicio simbólico, pues los sacerdotes que oficiaban en la tierra, ministraban ‘lo que es la mera representación y sombra de las cosas celestiales’ (*Hebreos 8:5, V.M.*)”, (*Ibid.*).

Remisión de pecado comienza con su eliminación del individuo y el depósito temporalmente en el santuario. Entonces era quitado del santuario y colocado sobre el macho cabrío emisario. La etapa final era enviarlo lejos con el macho cabrío para una total y última separación del pueblo y de los lugares santos. Cuando todo esto era terminado, la remisión de los pecados era completa.

“Y lo que se hacía típicamente en el santuario terrenal, se hace en realidad en el santuario celestial” (*Id.*, pág. 473).

Hay por lo menos una diferencia significativa entre el servicio diario y el anual. Antes que fuera degollada la víctima en el servicio diario, el pecador confesaba su pecado sobre la cabeza del animal. No obstante, tal confesión no se hacía sobre el macho cabrío que era sacrificado para hacer la expiación final para el pueblo en el servicio anual.

¿Qué significaba esta diferencia?

En simple términos, significaba que a través del servicio diario, la sangre servía para meter el pecado en el santuario, mientras que en el servicio anual, éste se sacaba otra vez.

En el santuario, la sangre es el vehículo por el cual el pecado es transportado de un lugar a otro. Cuando el pecador se presentaba diariamente en la puerta del tabernáculo para hacer su confesión y ofrecer su sacrificio, estaba llevando en él su pecaminosidad, y cargaba sobre sí su culpa. Necesitaba remover esta corrupción y colocarla en el santuario hasta el gran día del juicio, cuando llegaría el tiempo para colocarla sobre el macho cabrío y ser eternamente separada de él mismo.

La necesidad de tener su iniquidad transferida de él mismo al lugar santo, era suplida por su ofrenda personal de un sacrificio. Arrepentido totalmente de su mal condición, el pecador confesaba su iniquidad sobre la cabeza de su víctima, que luego degollaba con sus propias manos. El sacerdote recogía la sangre y la llevaba al lugar santo, donde la rociaba delante del velo separando el primer departamento del segundo. En el tipo, esto significaba que la pecaminosidad del creyente había sido quitada de él y puesta en el santuario.

Por estos medios, el pecador se limpiaba, pero el santuario se manchaba. Algunos han actuado equivocadamente en el principio que lo que sucede en el santuario toma lugar simultáneamente en el creyente; pero esto no es así, porque sucede lo opuesto. Cuando el pecador arrepentido descarga su iniquidad, el santuario es cargado con ella.

El proceder y sus resultados se describen claramente en el párrafo siguiente:

“Día tras día el pecador arrepentido llevaba su ofrenda a la puerta del tabernáculo, y poniendo la mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos así figurativamente de sí mismo a la víctima inocente. Luego se mataba el animal. ‘Sin derramamiento de sangre’, dice el apóstol, no hay remisión de pecados. ‘La vida de la carne en la sangre está’ (Levítico 17:11). La ley de Dios quebrantada exigía la vida del transgresor. La sangre, que representaba la vida comprometida del pecador, cuya culpa cargaba la víctima, la llevaba el sacerdote al lugar santo y la salpicaba ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había transgredido. Mediante esta ceremonia, el pecado era transferido figurativamente, por intermedio de la sangre, al santuario. En ciertos casos, la sangre no era llevada al lugar santo; pero el sacerdote debía entonces comer la carne, como Moisés lo había mandado a los hijos de Aarón, diciendo: ‘Dióla él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación’ (Levítico 10:17). Ambas ceremonias simbolizaban por igual la transferencia del pecado del penitente al santuario” (*Id.*, págs. 470, 471).

Ninguno debiera mirar a esos antiguos ritos como no teniendo nada que ver en nuestra relación al problema del pecado hoy. Nosotros necesitamos comprender que sin el tabernáculo del Antiguo Testamento y sus servicios divinamente señalados, no tendríamos suficiente información acerca del plan de salvación para facilitar a Dios terminar su obra de gracia en nosotros.

Por lo tanto, lo que los israelitas hacían en tipo, los creyentes hoy deben hacerlo en la realidad. No se está diciendo que los judíos se limitaban a realizar servicios rituales sin sentido, mientras que la realidad se reservaba para los que vivieran después de la cruz. Dios deseaba que el pueblo experimentara también en ellos mismos la realidad de lo que hacían en forma ritualista, pero, tristemente, la mayoría de ellos nunca vieron más allá del rito mismo. Ellos llegaron a creer que la presentación mecánica de servicios era la única cosa necesaria que garantizaba su lugar en el cielo. Los creyentes hoy no deben repetir ese fatal error.

Todo el que en verdad reciba los beneficios de la expiación, debe ser capaz de percibir por fe las bendiciones que Dios está ofreciendo en este servicio. Cuando los creyentes vengan a su gran Sumo Sacerdote, su confesión de pecado debe alcanzar directamente la

raíz del problema. No es suficiente arrepentirse de lo que se ha hecho, o buscar nada más que perdón por los malos actos. Detrás de cada acción pecaminosa está la raíz, la mala disposición de la cual emanan las malas acciones. Hasta que eso sea eliminado, las malas acciones se repetirán.

Dios está buscando entrenar un pueblo que haga lo correcto, no porque la ley lo exige, sino porque es su disposición natural comportarse justamente, amar misericordia y bendecir a su prójimo. El Todopoderoso anhela con gran intensidad saturar a sus hijos de su infinito amor para que ellos, a su turno, aun amen a sus peores enemigos, oren por ellos, les devuelvan bien por mal, y vayan con ellos la segunda milla. Ellos hallarán en sus corazones hacer nada más que eso. Semejante pueblo no necesita que se le diga: 'No matarás', porque esto es la cosa más alejada de sus mentes.

El creyente que entra en los propósitos de Dios, sabe que grandes cambios tienen que tomar lugar en él antes de poder lograr tan bendecida condición. Participará de los deseos de Dios con él para que obtenga esto y buscará el camino por el cual puede ser realizado. El contemplará con gran alegría las maravillosas provisiones de la expiación, porque en eso verá la solución para sus problemas.

Cuando esta clase de persona se arrodilla delante de su Sumo Sacerdote en la puerta del santuario, da literalmente el mal dentro de ella al Sacerdote que espera y quien lo toma, y, por medio de la eficacia de su sangre, lo transfiere al santuario celestial. En el lugar donde el mal residía, el Sanador divino pone entonces su propia vida inmaculada. Hasta donde la confesión del creyente lo haya llevado, la obra en él es ahora completa. El regresa sin la pecaminosidad, un hombre limpio y cambiado.

“La religión de Cristo significa más que el perdón del pecado; significa la extirpación de nuestros pecados y el henchimiento del vacío con las gracias del Espíritu Santo. Significa iluminación divina, regocijo en Dios. Significa un corazón despojado del yo y bendecido con la presencia permanente de Cristo. Cuando Cristo reina en el alma, hay pureza, libertad del pecado. Se cumple en la vida la gloria, la plenitud, la totalidad del plan evangélico. La aceptación del Salvador produce un resplandor de perfecta paz, y amor perfecto, de perfecta seguridad. La belleza y fragancia del carácter de Cristo, revelados en la vida, testifican de que Dios ha enviado ciertamente a su Hijo al mundo, para ser su Salvador” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, págs. 345, 346).

Existe gran poder en conocer que nuestros pecados se han removido de nosotros tan lejos como están los cielos de la tierra. Es el privilegio de cada creyente comprender que cuando él confiesa real y adecuadamente sus pecados, éstos son tan literalmente transferidos al lugar santo en el cielo, como lo era la sangre cuando se metía en el antiguo santuario. Allá los pecados permanecen hasta el día final de cuentas, cuando Jesús ruega con su sangre ante el Padre en favor de todos los que tienen los pecados en el santuario y han cumplido las condiciones que se les requirió. Esta obra fue claramente tipificada en los ritos del Antiguo Testamento.

“Una vez al año, en el gran día de las expiaciones, el sacerdote entraba en el lugar santísimo para purificar el santuario. El servicio que se realizaba allí completaba la serie anual de los servicios. En el día de las expiaciones se llevaban dos machos cabríos a la entrada del tabernáculo y se echaban suertes sobre ellos, ‘la una suerte para Jehová y la otra para Azazel’ (Versículo 8). El macho cabrío sobre el cual caía la suerte para Jehová debía ser inmolado como ofrenda por el pecado del pueblo. Y el sacerdote debía llevar velo adentro la sangre de aquél y rociarla sobre el propiciatorio y delante de él. También había que rociar con ella el altar del incienso, que se encontraba delante del velo” (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 471, 472).

El proceder seguido por Aarón y los sumos sacerdotes que lo sucedieron, es una representación exacta de lo que Cristo hace en el santuario celestial. Cuando ascendió al cielo después de su crucifixión y resurrección, ofició en el primer departamento del santuario celestial. Su ministración en este lugar terminó en 1844, cuando su intercesión en el departamento interior comenzó.

La obra en el lugar santísimo sólo se relaciona con los pecados que ya están en el santuario, porque el objetivo es purificar para siempre el edificio de toda corrupción. Por lo tanto, Cristo no se ocupa con pecados que están todavía sobre la tierra en personas individuales. Obviamente, hay muchas personas que nunca confiesan un pecado a través de toda sus vidas. Otros hacen confesiones enteramente inaceptables y por tanto niegan a Cristo el derecho de quitar su iniquidad. La mayoría de almas hacen una “confesión”, y se creen perdonados cuando de hecho están todavía tan poseídos del mal y su culpa como siempre.

Las personas que nunca hicieron una confesión aceptable no tienen pecados manchando el santuario celestial y, por lo tanto,

no es necesario que se haga obra de limpieza en lo que a ellos concierne. Sus nombres saldrán en el juicio durante el milenio y su limpieza tomará lugar por fuego cuando Cristo retorne al final de ese tiempo. Funestamente, como han fallado en aprovecharse de las provisiones de la expiación diaria y, por lo tanto, no califican para los beneficios de la intercesión final, ellos perecerán en el holocausto que limpiará sus pecados.

Para los que han enviado todos sus pecados anticipadamente al juicio, tomando plena ventaja de las provisiones ofrecidas en la expiación diaria, Cristo administrará gozosamente las bendiciones de la expiación final. Estará de pie ante el Padre eterno como el Abogado del creyente, y, en su favor, presentará el argumento irrefutable de su preciosa sangre.

En el presente, esta obra se desarrolla para los justos muertos. Cristo la inició cuando entró al lugar santísimo en 1844, comenzando con los que murieron primero en tiempos de Adán y avanzando a través de los siglos hasta el tiempo presente. Eventualmente, la obra pasará a los casos de los vivos con quienes será terminada.

Hasta ahora, casi ciento cincuenta y tres años se han dedicado a eso, pero la demora en la venida de Cristo no se debe a una incapacidad para ejecutar más rápidamente esta obra de juicio y limpieza. Es la preparación del pueblo de Dios en esta tierra, no la obra en el cielo, la que sufre un retraso. Por su carencia de fe, su indisposición para sobrellevar la disciplina necesaria, y su preocupación por intereses terrenales, el pueblo mantiene a Dios esperando.

“No era la voluntad de Dios que se demorara así la venida de Cristo. Dios no tenía el propósito de que su pueblo, Israel, vagara cuarenta años por el desierto. Prometió guiarlos directamente a la tierra de Canaán, y establecerlos allí como un pueblo santo, sano y feliz. Pero aquellos a quienes primero se les predicó, no entraron ‘a causa de incredulidad’ (Hebreos 3:19). Sus corazones estaban llenos de murmuración, rebelión y odio, y Dios no pudo cumplir su pacto con ellos.

“Durante cuarenta años, la incredulidad, la murmuración y la rebelión impidieron la entrada del antiguo Israel en la tierra de Canaán. Los mismos pecados han demorado la entrada del moderno Israel en la Canaán celestial. En ninguno de los dos casos faltaron las promesas de Dios. La incredulidad, la mundanalidad,

la falta de consagración y las contiendas entre el profeso pueblo de Dios nos han mantenido en este mundo de pecado y tristeza tantos años" (*Evangelismo*, págs. 504, 505).

Las habilidades de Cristo son tan infinitas que indudablemente podría haber terminado todo el ministerio en una día literal o menos. Es dejado con su pueblo apresurar o demorar su regreso.

Hoy, muchos se preguntan por qué se necesita un doble ministerio. ¿Por qué tiene que ser primero transferido el pecado del pecador al santuario, y luego del santuario al macho cabrío emisario? ¿Por qué la iniquidad no se resuelve inmediatamente cuando el pecado se confiesa?

Los predicadores religiosos que no creen en los dos departamentos del santuario celestial, realmente creen que el pecado es incondicionalmente eliminado del creyente en el momento que lo confiesa, pero esta posición es negada totalmente por los que saben que Dios dio el santuario del Antiguo Testamento con el propósito específico de revelar lo que toma lugar en el celestial.

Nosotros nunca cometemos el error de esperar hasta comprender por qué debe haber dos diferentes ministerios, antes de creer que existen. El hecho de que primero haya una remoción de pecado del pecador al santuario, seguido por una limpieza del mismo del edificio, se enseña claramente en las Escrituras y debe ser aceptado, aun si el creyente no comprende por qué tiene que suceder esto.

Si se cree sin reserva en lo que está revelado, la comprensión de por qué tiene que ser así, llegará en el momento oportuno.

Sin embargo, las razones son suficientes claras. Primero, con Dios es un principio inviolable que nunca hará algo que infrinja la libertad de sus súbditos para tener lo que desean, y esto es lo que estaría haciendo si eliminara un pecado para siempre, en el momento que fuera confesado.

Cuando, en el brillo de una nueva experiencia, una persona primero confiesa sus pecados, siente entonces que nunca desea verlos otra vez. Pero muchas personas después cambian de mente y vuelven a las mismas cosas que previamente repudiaron. En realidad, de los que se embarcaron con elevadas esperanzas y aspiraciones en un viaje hacia el cielo, la mayoría vuelve al mundo pecador otra vez.

Esta clase de personas nunca podrán ir al cielo porque así lo han escogido. Solamente los que terminan la carrera como la co-



El servicio del santuario enseña claramente que los pecados son primero transferido al santuario. Es solamente cuando se hayan decidido los casos de todos los que han profesado seguir a Cristo que ellos se trasladarán del santuario y se colocarán sobre el autor de todo pecado. El mismo principio puede verse en la vida diaria. La basura de la casa es primero recogida en un recipiente antes que sea movida del lugar.

menzaron, aborreciendo y alejando el pecado en favor de la justicia eterna, caminarán las calles de oro.

El Señor hizo provisión para quienes desean que sus pecados se les devuelva. Los depositó en el santuario hasta que terminen su carrera terrenal y llegue el día final de cuentas. Si en esa hora,

sus vidas demuestran que aman sus pecados más de lo que aman a Dios, ellos serán devueltos. Entonces poseerán esos pecados como si nunca los hubieran renunciado.

Otra razón es que el asunto de última responsabilidad no puede ser determinado en el momento que una persona confiesa sus pecados, porque si el último renuncia a la justicia y vuelve a su vida de iniquidad, tiene entonces que llevar sus propios pecados, exactamente como lo hace el irreligioso que nunca confesó su pecado.

La responsabilidad de llevar los pecados de los justos será de Satanás, pero los injustos mismos tendrán que llevar esta carga, y la cuestión de quién es quién no puede ser finalizada hasta que el día de cuentas se haya terminado finalmente. Por lo tanto, los pecados tienen que ser almacenados en el santuario hasta que su decisión final pueda ser determinada.

Algunos hallan difícil de entender cómo Satanás puede ser el macho cabrío y realmente llevar los pecados de los justos para su destrucción. Esta es la verdad, no obstante, tiene que ser aceptada como tal sin esperar para entender por qué. Después, cuando se considere la expiación hecha con el macho cabrío, nosotros discutiremos el asunto en más detalles. Mientras tanto, simplemente aceptamos el hecho, como está escrito:

“Una vez terminado el servicio que se cumplía en el lugar santísimo, y cuando los pecados de Israel habían sido quitados del santuario por virtud de la sangre del sacrificio por el pecado, entonces el macho cabrío emisario era ofrecido vivo ante el Señor; y en presencia de la congregación el sumo sacerdote confesaba sobre él ‘todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus transgresiones, a causa de todos sus pecados, cargándolos así sobre la cabeza del macho cabrío’ (Levítico 16:21). Asimismo, cuando el servicio de propiciación haya terminado en el santuario celestial, entonces, en presencia de Dios y de los santos ángeles y de la hueste de los redimidos, los pecados del pueblo de Dios serán puestos sobre Satanás; se le declarará culpable de todo el mal que les ha hecho cometer. Y así como el macho cabrío emisario era despachado a un lugar desierto, así también Satanás será desterrado en la tierra desolada, sin habitantes y convertida en un desierto horroroso” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 716).

“Cuando el sumo sacerdote, en virtud de la sangre del holocausto, quitaba los pecados del santuario, los ponía sobre la cabeza del

macho cabrío para Azazel. Cuando Cristo, en virtud de su propia sangre, quite del santuario celestial los pecados de su pueblo al fin de su ministerio, los pondrá sobre Satanás, el cual en la consumación del juicio debe cargar con la pena final” (*Id.*, pág. 475).

Qué maravilloso día será cuando esta obra sea finalmente terminada. Cuando los israelitas veían al macho cabrío alejándose en eterna separación, un estupendo sentido de libertad y liberación se posesionaba del campamento. Así será, aunque en una escala más maravillosa, cuando Satanás lleve nuestros pecados al desierto y nosotros sabremos que ellos nunca pueden volver a nosotros otra vez.

La Norma del Juicio

Capítulo 18

DIOS instituyó sólo una ruta para la conclusión del pecado. Este tiene que ser tomado del individuo y transferido al macho cabrío emisario a través del santuario. Ningún pecado se toma del pecador y se coloca directamente sobre el último portador del pecado, Satanás.

Esta verdad se enseña claramente en los rituales del Antiguo Testamento. Durante el año, los penitentes iban día tras día a confesar sus pecados y los transferían al santuario, pero ellos no podían continuar haciendo esto cuando comenzaba la expiación final, porque entonces, cualquier iniquidad que estuviera en ellos debía permanecer todavía allí. Ninguna provisión se hizo para su eliminación después de ese evento.

Mientras el pueblo se congregaba alrededor del santuario, el sacerdote emprendía la obra de expiar para los lugares santos. Metía la sangre del macho cabrío en estos lugares, simbólicamente reuniendo los pecados que previamente habían sido depositados allí, y los colocaba sobre el macho cabrío. Esta era la única manera en que la iniquidad del pueblo alcanzaba a Azazel. Si el individuo se encontraba con un pecado sin confesar después que el servicio final había comenzado, no podía hallar liberación con otro proceder esquivando el santuario y con todo, colocar todavía su pecado sobre el macho cabrío. Eso era imposible.

Después de darnos cuenta de que el único tiempo en que el pecado puede ser quitado de nosotros personalmente, es antes de que nuestros nombres sean mencionados en la revisión final, se verá que sólo los que han enviado todo pecado con anticipación, recibirán los beneficios de la expiación final.

No toda persona que se presenta en el santuario celestial ante su gran Sumo Sacerdote, será juzgada digna del ministerio final. Para la mayoría que se encuentra esperando no se les hará expiación final, y sus pecados serán devueltos sobre sus cabezas. Terrible será en verdad la angustia de los que estarán en esta situación cuando su tiempo de gracia termine.

El traspaso de pecados del pecador al santuario durante los servicios diarios, logra mucho más que simplemente aliviar al

arrepentido de su culpa. Quita también su pecaminosidad real y la reemplaza por la justicia inmaculada de Cristo. Esto efectúa un cambio prodigioso dentro del creyente, que ahora es dichoso de una posición y un estado de santidad. Donde reinaba el odio, se entroniza el amor. Este amor es el que reina en el corazón del Salvador y motiva a los que lo reciben a amar aun sus peores enemigos tan completamente, que su única disposición es hacer bien, no importa el mal que a cambio se pueda dar.

Si estos resultados se establecen en las vidas de los que han confesado sus pecados en la puerta del santuario, entonces las bendiciones del servicio diario se han recibido y el alma está siendo preparada para cumplir los requisitos del gran día de expiación. Esto significa que cada alma que está preparada para recibir los beneficios de la purificación final debe ir ante Dios en ese día, sin culpa y santo. Ellos deben tener una posición y un estado de perfección.

El pastor A. T. Jones vio claramente este mensaje en el servicio del santuario cuando escribió:

“El servicio en el santuario terrenal muestra también que para que el santuario fuera purificado y el curso del servicio del Evangelio allí fuera terminado, primero tenía que ser terminado *en las personas* que tenían una parte en el servicio. Es decir, en el santuario mismo, la transgresión no podía ser terminada, ni podía ponerse un fin a los pecados y hacer la reconciliación por la iniquidad, y ni ser traída la justicia perdurable, hasta que todo esto se hubiera realizado *en toda persona* que tenía una parte en el servicio del santuario. El santuario mismo no podía ser purificado hasta que cada uno de los adoradores estuvieran limpios. El santuario mismo no podía ser purificado mientras que, *por las confesiones y las intercesiones de los sacerdotes* fluyera en el santuario una corriente de iniquidades, transgresiones y pecados. La purificación del santuario, en cuanto al santuario mismo, era sacar y alejar del santuario todas las transgresiones del pueblo que, por el servicio de los sacerdotes, se habían llevado al santuario durante el servicio del año. Y esta corriente tenía que ser detenida en su origen en los corazones y vidas de los adoradores, antes que el santuario pudiera ser posiblemente purificado.

“Por lo tanto, el primer trabajo en la limpieza del santuario era la limpieza del pueblo. Lo que era preliminar y esencial para la purificación del santuario mismo, para la terminación de la

transgresión y la introducción de la justicia perdurable allí, era la terminación de la transgresión, y el poner un fin a los pecados, y hacer reconciliación por la iniquidad, traer la justicia perdurable *al corazón y vida de cada uno del pueblo* mismo. Cuando la corriente que fluía en el santuario era así detenida en su origen, entonces, y sólo entonces, podía el santuario ser purificado de los pecados y transgresiones que, del pueblo, por la intercesión de los sacerdotes, habían fluido en el santuario.

“Y todo eso ‘es símbolo para el tiempo presente’ — una ‘figura del verdadero’. Por lo tanto, por esto se nos ha enseñado claramente que el servicio de nuestro gran Sumo Sacerdote en la purificación del verdadero santuario, tiene que ser precedido por la limpieza de cada uno de los creyentes, la limpieza de cada uno que tiene una parte en ese servicio del verdadero Sumo Sacerdote en el verdadero santuario. Es claro que la transgresión tiene que ser terminada, ponerse fin a los pecados y hacer reconciliación por toda iniquidad, y ser traída la justicia perdurable al corazón y la experiencia de cada creyente en Jesús, antes que pueda ser terminada la purificación del verdadero santuario.

“Y este es el objetivo del verdadero sacerdocio en el verdadero santuario. Los sacrificios, el sacerdocio y el ministerio en el santuario que sólo eran una figura para el tiempo presente, realmente no podían quitar el pecado, no podían hacer perfectos a los adoradores. Mientras que el sacrificio, el sacerdocio y el ministerio de Cristo en el verdadero santuario quitan los pecados para siempre, hacen perfectos a los adoradores, y hacen ‘perfectos para siempre a los santificados’” (*El Camino Consagrado a la Perfección Cristiana*, págs. 72, 73).

Cuando Cristo estuvo sobre esta tierra, comprendió y enseñó la necesidad de que cada creyente llegara al gran día de la expiación limpio totalmente. Una de sus presentaciones más claras sobre este tema se halla en la parábola del vestido de bodas:

“Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos” (*Mateo 22:11-14*).

El rey en la parábola es Dios el Padre, porque, como el versículo dos lo afirma, El hizo la boda para su Hijo, quien obviamente es



“Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció”. Mateo 22:12.

Cristo Jesús. Su entrada para examinar los convidados sigue a la recolección final de la cosecha en las salidas de los caminos, lo cual indica que este examen se hace después que se termina la misión del Evangelio. Nótese que la inspección no incluye a nadie de los que no se presentaron a las bodas; se ocupa solamente de los presentes.

Esto indica que el evento representado por la entrada del rey, es el juicio investigador que precede inmediatamente la administración de los beneficios de la expiación final, para los que se han hallado aptos para recibirlos. Esto se confirma en la declaración siguiente:

“El examen que de los convidados a la fiesta hace el rey, representa una obra de juicio. Los convidados a la fiesta del Evangelio son aquellos que profesan servir a Dios, aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida. Pero no todos los que profesan ser cristianos son verdaderos discípulos. Antes que se dé la recompensa final, debe decidirse quiénes son idóneos para compartir la herencia de los justos. Esta decisión debe hacerse antes de la segunda venida de Cristo en las nubes del cielo; porque cuando él venga, traerá su galardón consigo, ‘para recompensar a cada uno según fuere su obra’. Antes de su venida, pues, habrá sido determinado el carácter de la obra de todo hombre, y a cada uno de los seguidores de Cristo le habrá sido fijada su recompensa de acuerdo con sus obras.

“Mientras los hombres moran todavía en la tierra se verifica la obra del juicio investigador en los atrios del cielo. Delante de Dios pasa el registro de la vida de todos sus profesos seguidores. Todos son examinados según lo registrado en los libros del cielo, y según sus hechos queda para siempre fijado el destino de cada uno” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, págs. 251, 252).

Cristo no podía haber declarado más explícitamente el punto clave en el juicio que en esta parábola. Hizo claro que es demasiado tarde pensar obtener y ponerse el vestido de bodas después que el rey ha entrado. Este vestido inmaculado debe estar sobre el invitado antes de la entrada del rey. Ninguna provisión se hizo para ser colocado después. De este modo, un invitado que se presentara a las bodas sin el atavío apropiado, era echado fuera para siempre. No se daba más oportunidad para ganar un lugar entre los invitados.

El mensaje contenido en estos símbolos es que el antitipo del vestido de bodas tiene que ser puesto por el creyente antes que su nombre aparezca en el juicio, porque será demasiado tarde pensar en vestirlo después de eso. Dos clases vienen al juicio investigador, los seguidores profesos de Cristo que no tienen el vestido, y los que lo tienen. La simple pregunta, “¿está él vestido de bodas?”, decidirá quién permanece como invitado, y quién será echado fuera.

Siendo esto así, es vitalmente importante que ahora, antes de que sea demasiado tarde, cada creyente debiera entender exactamente cuál es el vestido de bodas, qué significa ser un portador de él, y cómo asegurar que está siendo vestido.

Las Escrituras contienen instrucción inequívoca sobre este importante tópico.

Se le dio al apóstol Juan una revelación del verdadero pueblo de Dios después de haber recibido la expiación final, y él los vio vestidos todavía con el vestido de bodas, una ropa de lino de nítida blancura.

“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios” (*Apocalipsis* 19:7-9).

La esposa es la nueva Jerusalén.

“Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido” (*Apocalipsis* 21:2).

“Salta pues a la vista que la Esposa representa la ciudad santa, y las vírgenes que van al encuentro del Esposo representan a la iglesia. En el Apocalipsis, el pueblo de Dios lo constituyen los invitados a la cena de las bodas (*Apocalipsis* 19:9). Si son los *invitados*, no pueden representar también la *esposa*. Cristo, según el profeta Daniel, recibirá del Anciano de días en el cielo, ‘el dominio, y la gloria, y el reino’, recibirá la nueva Jerusalén, la capital de su reino, ‘preparada como una novia engalanada para su esposo’, (Daniel 7:14; *Apocalipsis* 21:2; V.M.). Después de recibir el reino, vendrá en su gloria, como Rey de reyes y Señor de señores, para redimir a los suyos, que ‘se sentarán con Abraham, e Isaac, y Jacob’, en su reino (*Mateo* 8:11; *Lucas* 22:30), para participar de la cena de las bodas del Cordero” (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 479, 480).

Para calificar y ocupar un puesto en esa cena de bodas, el invitado debe ponerse el vestido de bodas que se define clara y específicamente como siendo “las acciones justas de los santos” (*Apocalipsis* 19:8).

Uno esperaría que las Escrituras declararan que fueran acciones justas de Cristo, pero que distintamente lo definen como las acciones justas de los santos. Sin embargo, ningún error se ha hecho. Son las acciones justas de los santos las que están simbolizadas por las vestiduras blancas sobre aquellos invitados a las bodas, quienes podrán permanecer para la cena de las bodas del Cordero.

El hecho de que son sus acciones justas no es una afirmación de que estuvieron originalmente con ellos. Dios es la Fuente de toda justicia, pero, a través del ministerio de Cristo, al creyente se le ha infundido tanto de esta bienaventuranza que ella llega a ser suya en realidad. El tiene ahora una justicia que es suya, no que él la haya originado, sino porque se le dio.

No debe haber problema en comprender el principio de que lo que se da a una persona llega a ser su propia posesión. Por ejemplo, muchos padres dan a sus hijos carros. Después de comprar el vehículo, es suyo hasta que se regala a su descendencia. Entonces llega a ser la posesión real de los hijos y ellos están autorizados para hablar de él como “mi carro”.

De igual manera, la justicia que Dios da a sus santos, llega a ser en realidad su justicia. Este hermoso don no puede ser tenido a menos que se infunda en el ser entero. Por lo tanto, tener la justicia de Cristo sólo puede significar que el individuo se ha convertido internamente justo. El no es más pecador, sino transformado a la semejanza de Cristo.

“El vestido de boda de la parábola representa el carácter puro y sin mancha que poseerán los verdaderos seguidores de Cristo. . . . Es la justicia de Cristo, su propio carácter sin mancha, que por la fe se imparte a todos los que lo reciben como Salvador personal” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 252).

Muchos piensan de la justicia de Cristo como una cualidad que sólo se imputa o se acredita al creyente, algo que forra y cubre la incambiable e interna naturaleza mala. Pero esta declaración explícitamente muestra que el don al que se menciona aquí es la justicia *impartida* que se convierte en la posesión real del creyente. Es la misma pureza que Adán gozaba antes de caer.

“La ropa blanca de la inocencia era llevada por nuestros primeros padres cuando fueron colocados por Dios en el santo Edén. Ellos vivían en perfecta conformidad con la voluntad de Dios. Toda la fuerza de sus afectos era dada a su Padre celestial. Una hermosa y suave luz, la luz de Dios, envolvía a la santa pareja. Este manto de luz era un símbolo de sus vestiduras espirituales de celestial inocencia. Si hubieran permanecido fieles a Dios, habría continuado envolviéndolos. Pero cuando entró el pecado, rompieron su relación con Dios, y la luz que los había circuido se apartó. Desnudos y avergonzados, procuraron suplir la falta de los mantos celestiales cosiendo hojas de higuera para cubrirse” (*Ibid.*).

En el Edén, el manto de luz no era la justicia real, sino un símbolo de ella. Mientras Adán y Eva continuaban en una relación correcta con su Creador, la luz permaneció, pero cuando las tinieblas del mal los poseyó, la luz desapareció.

Hoy, a causa de la carne pecadora, mortal y caída en la que tenemos que vivir hasta la segunda venida de Cristo, no podemos tener el símbolo, pero nosotros podemos tener la justicia, y cuando la tenemos, es exactamente tan real como la que Adán tuvo en el jardín.

“Este manto, tejido en el telar del cielo, no tiene un solo hilo de invención humana. Cristo, en su humanidad, desarrolló un carácter perfecto, y ofrece impartirnos a nosotros este carácter. ‘Como trapos asquerosos son todas nuestras justicias’ (Isaías 64:6). Todo cuanto podamos hacer por nosotros mismos está manchado por el pecado. Pero el Hijo de Dios ‘apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él’. Se define el pecado como la ‘transgresión de la ley’ (1 Juan 3:5, 4). Pero Cristo fue obediente a todo requerimiento de la ley. Dijo de sí mismo: ‘Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón’ (Salmo 40:8). Cuando estaba en la tierra dijo a sus discípulos: ‘He guardado los mandamientos de mi padre’ (Juan 15:10). Por su perfecta obediencia ha hecho posible que cada ser humano obedezca los mandamientos de Dios. Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une a su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestido con el manto de su justicia. Entonces, cuando el Señor nos contempla, él ve no el vestido de hojas de higuera, no la desnudez y deformidad del pecado, sino su propia ropa de justicia que es la perfecta obediencia a la ley de Jehová” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, págs. 253, 254).

Ninguna oración en este párrafo apoya la idea de que la justicia de Cristo es solamente una cualidad imputada que está envolviendo a un corazón pecador. Tal plan nunca habilita a una persona para vivir la vida de Cristo o para pensar sus pensamientos. La vida de Cristo era la expresión de una innata pureza y perfección y puede ser solamente reproducida por aquellos en quienes se halla la misma justicia. Muchos han tratado de imitar la maravillosa vida de Cristo sin tener las capacidades internas, pero todo lo que logran es una inútil falsificación.

La obediencia rendida por los que piensan como El y viven su vida no es una obediencia vicaria, una que se ha rendido por otro en su lugar, que los pone libres de la obligación de obedecer. Es el mismo patrón de conducta que el Maestro ejemplificó cuando caminó sobre la tierra como el testimonio de lo que cada hijo creyente de Dios puede ser. Esta es la vida que tiene que ser presentada al Padre cuando examine a los invitados.

Por lo tanto, el propósito del juicio es establecer quién es digno de recibir los beneficios de la expiación final y ser admitido en el cielo. El juicio no provee ninguna obra adicional de gracia en el alma, o una última idoneidad para el cielo. Las Escrituras específicamente afirman que en el juicio investigador Dios decide quién ya es apto para el reino, mientras los que no poseen la condición necesaria de serlo, son rechazados y excluidos eternamente.

“En la parábola del capítulo 22 de San Mateo, se emplea la misma figura de las bodas y se ve a las claras que el juicio investigador se realiza antes de las bodas. Antes de verificarse éstas entra el Rey para ver a los huéspedes, y cerciorarse de que todos llevan las vestiduras de bodas, el manto inmaculado del carácter, lavado y emblanquecido en la sangre del Cordero. (Mateo 22:11; Apocalipsis 7:14). Al que se le encuentra sin traje conveniente, se le expulsa, pero todos los que al ser examinados resultan tener las vestiduras de bodas, son aceptados por Dios y juzgados dignos de participar en su reino y de sentarse en su trono. Esta tarea de examinar los caracteres y de determinar los que están preparados para el reino de Dios es la del juicio investigador, la obra final que se lleva a cabo en el santuario celestial” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 481).

“Antes que se dé la recompensa final, debe decirse quiénes son idóneos para compartir la herencia de los justos. . . .

“Mientras los hombres moran todavía en la tierra se verifica la obra del juicio investigador en los atrios del cielo. Delante de Dios pasa el registro de la vida de todos sus profesos seguidores. Todos son examinados según lo registrado en los libros del cielo, y según sus hechos queda para siempre fijado el destino de cada uno” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, págs. 251, 252).

“Nos estamos preparando para encontrar a Aquel que aparecerá en las nubes de los cielos escoltado por una hueste de santos ángeles, para dar a los fieles y justos el toque final de la inmortalidad. Cuando él venga, no lo hará para limpiarnos de nuestros

pecados, quitarnos los defectos de carácter, o curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición. Si es que se ha de realizar en nosotros esta obra, se hará antes de aquel tiempo.

“Cuando venga el Señor, los que son santos seguirán siendo santos. Los que han conservado su cuerpo y espíritu en pureza, santificación y honra, recibirán el toque final de la inmortalidad. Pero los que son injustos, inmundos y no santificados permanecerán así para siempre. No se hará en su favor ninguna obra que elimine sus defectos y les dé un carácter santo. El Refinador no se sentará entonces para proseguir su obra de refinación y quitar sus pecados y su corrupción. Todo esto debe hacerse en las horas del tiempo de gracia. *Ahora* es cuando debe realizarse esta obra en nosotros” (*Testimonios para la Iglesia*, tomo 2, pág. 318).

“Los ángeles de Dios están observando el desarrollo del carácter. Angeles de Dios están pesando la dignidad moral; y debemos obtener una idoneidad aquí para unirnos con la sociedad de ángeles impecables. ¿Esperáis vosotros que cuando Cristo venga os dé esa idoneidad?. De ninguna manera. Vosotros debéis ser hallados por El sin mancha, ni arruga o cosa semejante. Ahora es el tiempo de vigilia y prueba. Ahora es el tiempo para obtener una preparación para vivir en el día de su venida, y para resistir cuando El aparezca” (*The Review and Herald*, 19 de abril, 1870).

Todo el trabajo de limpieza y transformación tiene que ser por tanto efectuado dentro del creyente antes que venga a la expiación final. Se requería a los israelitas dedicar los diez días previos a la expiación final, al examen del alma más severo y profundo para asegurar que no había un pecado sin confesar en sus vidas. El que fallara en hacer eso era separado del campamento para siempre.

De igual manera, los verdaderos hijos de Dios, hoy son llamados a entrar en una obra profunda y total de repudiar el pecado y en el conocimiento de que cuando el Rey venga en el gran día de expiación final, será para siempre demasiado tarde para enviar los pecados al santuario. El vestido de bodas, símbolo de obediencia perfecta, tiene que estar sobre ellos. Ahora es el tiempo, porque lo que tiene que ser hecho hoy, no puede ser dejado para mañana.

“El profeta dice: ‘¿Pero quién es capaz de soportar el día de su advenimiento? ¿y quién podrá estar en pie cuando él apareciere? porque será como el fuego del acrisolador, y como el jabón de los bataneros; pues que se sentará como acrisolador y purificador de

la plata; y purificará a los hijos de Leví, y los afirmará como el oro y la plata, para que presenten a Jehová ofrenda en justicia' (Malaquías 3:2, 3, V.M.). Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres, purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha con el mal. Mientras se prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra. Esta obra está presentada con mayor claridad en los mensajes del capítulo 14 del Apocalipsis" (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 477, 478).

"Solemnes son las escenas relacionadas con la obra final de la expiación. Incalculables son los intereses que ésta envuelve. El juicio se lleva ahora adelante en el santuario celestial. Esta obra se viene realizando desde hace muchos años. Pronto — nadie sabe cuándo — les tocará ser juzgados a los vivos. En la augusta presencia de Dios nuestras vidas deben ser pasadas en revista. En éste más que en cualquier otro tiempo conviene que toda alma preste atención a la amonestación del Señor: 'Velad y orad: porque no sabéis cuando será el tiempo' 'Y si no velares, vendré a ti como ladrón, y no sabrás en qué hora vendré a ti' (Marcos 13:33; Apocalipsis 3:3).

"Cuando quede concluida la obra del juicio investigador, quedará también decidida la suerte de todos para vida o para muerte. El tiempo de gracia terminará poco antes de que el Señor aparezca en las nubes del cielo. Al mirar hacia ese tiempo, Cristo declara en el Apocalipsis: '¡El que es injusto, sea injusto aún; y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo, sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo! He aquí, yo vengo presto, y mi galardón está conmigo, para dar la recompensa a cada uno según sea su obra' (Apocalipsis 22:11, 12, M.V.)" (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 544, 545).

La norma del juicio es la inmaculada perfección del carácter.

"La condición para alcanzar la vida eterna es ahora exactamente la misma de siempre, tal cual era en el paraíso antes de la caída de nuestros primeros padres: la perfecta obediencia a la ley de Dios, la perfecta justicia. Si la vida eterna se concediera con alguna condición inferior a esta peligraría la felicidad de todo el

universo. Se le abriría la puerta al pecado de tal modo que se lo inmortalizaría con toda su secuela de sufrimientos y de miseria” (*El Camino a Cristo*, pág. 111).

En el juicio se determina si el individuo ha obtenido o no estos requisitos de entrada.

“Esta tarea de examinar los caracteres y de determinar los que están preparados para el reino de Dios es la del juicio investigador, la obra final que se lleva a cabo en el santuario celestial” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 481).

Alcanzar esta norma de inmaculada perfección, significa que el corazón ha sido cambiado a la semejanza de Cristo, y que el creyente comprende todo lo que la ley requiere. Mientras que puede implicar un tiempo para traer a una persona al punto donde su fe se aferre al Salvador, la obra real del nuevo nacimiento que entonces sigue, se realiza en un momento. Después de esto llega el largo y lento proceso de desarrollar la perfecta comprensión de la voluntad de Dios necesario para lograr obediencia perfecta.

Obviamente, los que vivieron en días de gran ignorancia, tales como durante la Edad Media, nunca obtuvieron este conocimiento. Ellos murieron ignorantes todavía de la perfecta voluntad de Dios y, por lo tanto, carentes de intachable perfección.

¿Cómo le irá a estas personas en el juicio? ¿Tiene Dios otra norma para ellos, o únicamente los que vivieron cuando la luz de la verdad brilló sobre ellos con incesantes rayos y que vivieron toda esa luz, serán juzgados dignos de recibir los beneficios de la expiación final y un lugar en el reino?

Dios no tiene otra norma para ellos, pero no se perderán. La obediencia perfecta requerida, está en directa proporción a la luz que Dios ha dado. Se espera mucho más de los que viven en tiempo de gran iluminación que los que han testificado por la verdad en períodos de profundas tinieblas. Sin embargo, todos deben recibir el Evangelio con su poder viviente, ser limpios de toda mente carnal, y tener la simiente de Cristo implantada en ellos. Todos ellos deben ser cristianos nacidos de nuevo, porque la única vida que asciende al cielo es la vida de Cristo. Los que tienen a Cristo, tienen la vida eterna. Los que no la tienen, no importa cuán religiosos sean ellos, no tienen la vida eterna.

Los poderosos reformadores que se levantaron por elección de Dios cuando parecía que la luz de la verdad se había extinguido completamente, predicaron el Evangelio como su primera y mayor

responsabilidad. Ellos habían experimentado su poder salvador en sus propias vidas, y presentaron la misma oferta de liberación a todos los que querían escuchar. Por ejemplo, el ministerio efectivo de Lutero comenzó cuando la luz sobre la justificación por fe alboré sobre su mente, y las negras nubes de ignorancia y superstición comenzaban a disiparse.

Muchos piensan que la reforma comenzó porque estos hombres expusieron los pecados del papado, pero esta no fue la causa de los grandes cambios a algo mejor, que se extendió por Europa y dio inicio al derrumbamiento del poder papal. Fue la predicación del Evangelio la que logró estas poderosas transformaciones en vidas individuales, y en la sociedad como un todo.

Si exponer y denunciar es el método ordenado por Dios para efectuar una reforma, entonces ella habría tomado lugar siglos antes de lo que fue. Muchos se habían levantado alarmados por la creciente iniquidad y corrupción dentro de la iglesia y todo otro nivel de la sociedad humana, para exigir amplios cambios. Incluían personas laicas, sacerdotes, magistrados, príncipes, y aun papas, pero ninguno de ellos efectuó la reforma.

Sin embargo, cuando los hombres elegidos por Dios se levantaron, trajeron su poder transformador al problema y los resultados comenzaron a manifestarse inmediatamente. Esto no quiere decir que no hubo exposición y denuncia en su trabajo, porque las hubo, pero fue secundaria y menor al mensaje real. Mientras ellos continuaron viviendo y predicando el Evangelio, la reforma avanzó a la plena luz del día, y los poderes de las tinieblas retrocedieron.

Una vez presentaron el Evangelio, la luz sobre las verdades de Dios se desplegó progresivamente ante ellos, y era la responsabilidad de cada creyente aceptar y vivir en la luz a medida que ella aumentaba. Algunos hicieron esto y realizaron constante progreso hacia el reino; otros iniciaron bien, pero se cansaron de la disciplina y aplicación requerida y se contentaron con un trabajo superficial. El efecto de su indolencia llegó a difundirse tanto, que la reforma se detuvo y ningunas revelaciones más de luz continuaron.

Mientras los fieles de ese tiempo aprendieron mucho, estaban todavía en ignorancia total sobre el sábado, el maravilloso ministerio de Cristo en el santuario celestial, la marca de la bestia, el Armagedón y muchas otras verdades análogas.

De manera que, ellos no hicieron todas las cosas a la perfección. Ellos adoraban al Señor en el mismo día como el papado. No

sabiendo los principios de la reforma prosalud, no la practicaron, y en muchas otras áreas ellos continuaban para hacer cosas que el pueblo de Dios dejó de hacer desde hace mucho tiempo. De este modo, cuando fueron a sus tumbas los que se aferraron fielmente a toda la luz que se les había dado, llevaron consigo muchos pecados de ignorancia.

La proclamación del Evangelio por los primeros predicadores adventistas, reavivó y llevó adelante la obra iniciada por los diferentes reformadores, Wicleffe, Huss, Jerónimo, Lutero y Wesley. La luz brilló a quienes se les predicó el mensaje de la hora del juicio, capacitándolos para avanzar a un elevado nivel de experiencia, como lo muestra el registro siguiente:

“Sentían los santos un espíritu de solemne y fervorosa oración. Reinaba entre ellos una santa solemnidad. Los ángeles vigilaban con profundísimo interés los efectos del mensaje y alentaban a quienes lo recibían, apartándolos de las cosas terrenas para abastecerse ampliamente en la fuente de salvación. Dios aceptaba entonces a su pueblo. Jesús lo miraba complacido, porque reflejaba su imagen. Habían hecho un completo sacrificio, una entera consagración, y esperaban ser trasmutados en inmortalidad” (*Primeros Escritos*, pág. 239).

Nada más podía ser demandado de ellos en ese tiempo. Estaban viviendo a la altura de toda la luz que recibieron, pero esto no significa que la obra estaba terminada, porque no lo estaba.

“Jesús pidió a los ángeles que fuesen y los fortaleciesen, porque se acercaba la hora de su prueba. Vi que éstos que aguardaban no habían sido todavía probados como debían serlo. No estaban exentos de errores. Y vi la misericordia y bondad que Dios manifestaba al mandar a los habitantes de la tierra una amonestación y mensajes repetidos, para inducirlos a escudriñar diligentemente su corazón y a estudiar las Escrituras, a fin de que pudieran despojarse de los errores que les habían transmitido los paganos y los papistas. Mediante estos mensajes Dios ha estado sacando a su pueblo adonde pueda él obrar en su favor con mayor poder, y donde puedan ellos guardar todos sus mandamientos” (*Id.*, pág. 249).

“Pero el pueblo no estaba aún preparado para ir al encuentro de su Señor. Todavía le quedaba una obra de preparación que cumplir. Debía serle comunicada una luz que dirigiría su espíritu hacia el templo de Dios en el cielo; y mientras siguiera allí por fe a su Sumo Sacerdote en el desempeño de su ministerio se le

revelarían nuevos deberes. Había de darse a la iglesia otro mensaje de aviso e instrucción. . . .

“Cuando esta obra haya quedado consumada, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida. ‘Entonces la ofrenda de Judá y de Jerusalém será grata a Jehová, como en los días de la antigüedad, y como en los años de remotos tiempos’ (Malaquías 3:4, V.M.). Entonces la iglesia que nuestro Señor recibirá para sí será una ‘Iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante’ (Efesios 5:27, V.M.). Entonces ella aparecerá ‘como el alba; hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejército con banderas tremolantes’ (Cantares 6:10, V.M.)” (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 477, 478).

El estudio de la historia de la iglesia desde los primeros días de la reforma hasta el tiempo presente, mostrará que el grado al que los verdaderos y dedicados hijos de Dios le rindieron obediencia, fue en relación directa a la luz que ellos habían recibido. A medida que la luz aumentaba, ellos caminaban más cerca a la inmaculada perfección, pero el logro final de ese objetivo ha de ser todavía obtenido.

¿Cómo, entonces, los que han muerto faltos de la norma del juicio pasarán su profundo escrutinio? El Juez eterno no rebajará sus requerimientos bajo ninguna circunstancia. El candidato debe estar sin mancha, ni arruga o cosa semejante. No obstante, esta no es la condición en la que los fieles del pasado bajaron a sus tumbas. Por lo tanto pareciera que sus casos no tienen esperanza, porque ellos no poseen la justicia requerida.

El problema es resuelto en una notable y simple manera. Cuando una persona muere y su nombre pasa a revisión, Dios busca evidencia de que durante toda su vida, ella diligente y fielmente eliminó todo pecado que se le reveló. El hecho de que algunos vivan en un tiempo mucho más favorable que otros, es también tenido en cuenta. Aquellos que testificaron de la verdad en la Edad Media pudieron obtener solamente limitadas visiones de lo que es el deber cristiano, porque tan profunda era la oscuridad que los rodeaba, que no podían ver posiblemente toda la luz y obtener la inmaculada perfección.

Con todo su sinceridad, espíritu de sacrificio y dedicación a Dios en ninguna manera fue menos de la que se hallará en el pueblo justo que vivirá en la plena luz todavía por brillar durante el fuerte pregón. Obviamente, hasta donde ellos han ido durante su vida, los cristianos que murieron serán tan merecedores de los

beneficios de la expiación final como los que, durante el ministerio del cuarto ángel, tienen la inmaculada perfección.

Reconociendo esto, el Señor realiza una expiación especial para los que murieron. Cuando la cesación de la vida termina con la corriente de pecado que ha estado fluyendo al santuario, Dios simplemente remueve todo pecado desconocido de ellos y los coloca en el santuario contra el día del juicio. Así, cuando el examen llega, estas almas han de ser halladas tan libres de iniquidad como si hubieran vivido hasta que la plena luz hubiera alumbrado en ellos todo último vestigio de mal y personalmente lo hubieran repudiado.

Una razón por la que Dios puede hacer esto por los muertos, es porque ellos no pueden ser más tentados al mal, así su cuenta puede ser cerrada y estar preparados para la prueba. Será un asunto diferente para los que están vivos cuando el juicio de los vivos comience. Ellos no pueden pasar este punto de tiempo con pecados desconocidos en ellos todavía, y, al mismo tiempo, otorgarles un lugar en el reino. Las razones para esto, que debieran ser claramente entendidas por el pueblo de Dios, son las siguientes:

Cuando sean llamados al juicio los nombres del pueblo vivo todavía, la ministración por lo cual sus pecados son separados de ellos y colocados en el lugar santo, no está más disponible. Por lo tanto, cualquier pecado de ignorancia que esté en ellos en ese tiempo, tiene que permanecer con ellos para siempre, porque es un principio estricto que Dios nunca toma los pecados de los vivos sin su conocimiento y consentimiento.

Si el pueblo de Dios debiera entrar en el tiempo de la angustia de Jacob con la más leve mancha de pecado, la terrible presión de tentación desarrollaría este mal y lo haría manifiesto, dejándolos en la desesperada situación de necesitar ser libres de la iniquidad, pero no hay ningún lugar para enviarla, puesto que el santuario se habrá cerrado contra cualquier otro depósito y no puede enviarse directamente al macho cabrío emisario.

Estas personas habrán de ser excluidas del cielo para siempre debido a su iniquidad, que ahora es eternamente inseparable de ellos, va por dondequiera que van, y el Altísimo, quien tan positivamente expelió el pecado del paraíso en el principio, no traicionará sus propias acciones justas al permitir su reinstalación.

Dios no considera la exclusión de su pueblo del cielo como un resultado aceptable, así que ha hecho toda provisión para que

todo pecado sea separado de ellos antes que afronten el juicio de los vivos.

Pero esta no es la única razón de por qué Dios deba asegurar que los pecados conocidos y desconocidos de los justos sean metidos en el santuario *antes* del juicio. La victoria final sobre Satanás y el pecado puede ser solamente ganada por un pueblo en quien se ha formado el carácter de Cristo y de su Padre. El enemigo sabe esto e indagará por una debilidad que pueda ser hallada para destruirlos. Si tiene éxito, su triunfo será completo. Si un pecado puede ser hallado en ellos, si se apartan en un grado de los caminos de Dios, la batalla será perdida y Satanás, junto con sus malos ángeles, se exaltará.

Por consiguiente, los que pasan sin ver muerte por el juicio de los vivos, deben ser totalmente libres de todo pecado. Cuando el Rey entre, debe hallarlos tan completamente limpios que la ley no pueda hallar falta en ellos. Dios no ha decretado arbitrariamente que esto sea así. Los puntos en disputa del gran conflicto lo exige. De ninguna otra manera puede la obra ser terminada.

Muchos rechazan estas conclusiones porque no aceptan que Cristo es capaz de liberar a su pueblo de sus pecados, a pesar de las claras promesas que esta es la obra que hace con su poder, y la hace con alegría. Ellos contienden que si al creyente se le pide venir al juicio en una condición de impecable perfección, no necesita el ministerio de Cristo, así ellos dicen que esta enseñanza guía solamente a la suficiencia propia y exalta lo humano por encima de lo divino. Comparan al hombre sin pecado de pie en el juicio con el fariseo cuyas oraciones en el templo era un alarde de su propia virtud y justicia imaginadas, y contienden que el pobre publicano que se declaraba un pecador sin limpiar, es la ilustración de cómo el pueblo de Dios estará en los últimos días.

Ningún hijo de Dios se presentará en el juicio como el fariseo que oraba en el templo. Ciertamente no estará de pie ante Dios diciendo, "Señor, yo mismo me presento ante ti santo, justo y preparado para recibir las bendiciones de la expiación final. Yo reclamo mi justo lugar como un participante en el trono de Cristo".

Los que llegan al día de la expiación final con la actitud correcta, conocerán que tienen que depender plenamente de la ministración de Cristo en aplicar su justicia en su favor, porque sin ese ministerio no tienen esperanza, porque sólo Cristo puede hacer por ellos lo que ellos no pueden hacer por sí mismo.

En el día típico de expiación, cuando el sumo sacerdote entraba delante de Dios, llevaba sus manos llenas de incienso y se cuidaba para ver que la nube de humo estuviera entre él y la presencia divina. Esto significa el hecho de que el creyente necesita la justicia de Cristo en el ministerio dentro del segundo velo tanto como cuando el trabajo se estaba haciendo para él en el primer departamento.

“Después tomará un incensario lleno de brasas de fuego del altar de delante de Jehová, y sus puños llenos del perfume aromático molido, y lo llevará detrás del velo. Y pondrá el perfume sobre el fuego delante de Jehová, y la nube del perfume cubrirá el propiciatorio que está sobre el testimonio, para que no muera” (*Levítico 16:12, 13*).

Tan total es la dependencia humana del Salvador divino en esta hora decisiva, que no habrá espacio para la jactancia, ni ningún peligro de ella, porque el cristiano convertido no tiene disposición en esta dirección. Sabe que su idoneidad para el cielo no es el resultado de sus habilidades, sino el poderoso trabajo de su maravilloso salvador.

Los únicos candidatos que Cristo presentará al Padre en ese pavoroso día, son aquellos en quienes su obra de gracia está terminada. Antes de ser creada la tierra, Cristo entró en un solemne pacto con su Padre. En este convenio, el Padre acordó recibir aquellos hombres a quienes Cristo, por su gran poder, presentaría ap-to para gozar la sociedad de la familia celestial,

“Antes de ser puestos los fundamentos de la tierra, se hizo el pacto de que todos los que fueran obedientes, y llegaran a ser santos en carácter por la abundante gracia provista, y sin tacha delante de Dios, al apropiarse de esa gracia, serían hijos de Dios. Este pacto, hecho desde la eternidad, se dio a Abrahám centenares de años antes de venir Cristo. Con qué interés y qué intensidad Cristo en la humanidad estudia la raza humana para ver si se aprovecha la provisión ofrecida” (*Fundamentals of Christian Education*, pág. 403).

Este pacto fue ratificado por el Padre inmediatamente después de la muerte y resurrección de Cristo. Cuando el Salvador se levantó de los muertos en esa maravillosa mañana, primero permitió que sus amados seguidores conocieran las buenas nuevas de su resurrección, pero El no recibiría su homenaje hasta que ascendiera a su Padre y recibiera la seguridad de que su sacrificio había sido aceptado y su obra terminada.

“Jesús se negó a recibir el homenaje de los suyos hasta tener la seguridad de que su sacrificio era aceptado por el Padre. Ascendió a los atrios celestiales, y de Dios mismo oyó la seguridad de que su expiación por los pecados de los hombres había sido amplia, de que por su sangre todos podían obtener vida eterna. El Padre ratificó el pacto hecho con Cristo, de que recibiría a los hombres arrepentidos y obedientes y los amaría como a su Hijo. Cristo había de completar su obra y cumplir su promesa de hacer ‘más precioso que el oro fino al varón, y más que el oro de Ophir al hombre’ (Isaías 13:12). En cielo y tierra toda potestad era dada al Príncipe de la vida, y él volvía a sus seguidores en un mundo de pecado para darles su poder y gloria” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 734).

Con qué gozo el creyente aprende que el Salvador ha prometido tomar a los hombres y mujeres pobres, caídos y pecadores que están preparados para encargarle la responsabilidad de su salvación, y prepararlos para un lugar en el cielo. Es alentador saber que la obra no se ha dejado a la humanidad débil y desviada, sino que se ha emprendido plenamente por Cristo. Esta gloriosa verdad se reitera en las Escrituras vez tras vez.

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (*Efesios* 5:25-27).

“Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (*Filipenses* 1:6).

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (*1 Tesalonicenses* 5:23, 24).

“Dios ha provisto los elementos para que podamos llegar a ser semejantes a él, y lo realizará en favor de todos aquellos que no interpongan una voluntad perversa y frustren así su gracia” (*El Discurso Maestro de Jesucristo*, pág. 88).

Existen muchas más declaraciones que afirman esta maravillosa verdad de que Cristo es el Refinador y Purificador de su pueblo, “Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará

a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia” (*Malaquías* 3:3).

Nosotros no esperamos presentarnos con inmaculada perfección en el juicio. Cristo es quien hará esto. Usando el gran poder investido en El, obra día tras día para “salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (*Hebreos* 7:25).

Con infinita paciencia y maravillosa destreza, lleva la obra adelante de una etapa a otra. Cuando el sujeto humano falla en cooperar adecuadamente, nuestro gran Sumo Sacerdote no se rinde en la tarea, sino obra con infinito amor para restaurar al errante. Si esa persona se arrepiente del mal que lo aflige, y avanza en fe, su preparación para el juicio es llevada adelante.

Cristo está bien capacitado para cumplir su lado del pacto. Conoce que el último escrutinio será muy íntimo, profundo y decisivo, pero no tiene temor de que su habilidad fallará en alcanzar las normas más elevadas. En ese día, con la mayor confianza, Cristo presentará a los que han sido fieles cooperadores con El, y en efecto dirá:

“Padre mío, he aquí uno de mis hijos. Yo lo someto a tu examen como el cumplimiento de mi promesa de tomar a los hombres y mujeres pobres, pecadores y mortales y hacerlos idóneos para habitar las moradas de gloria. Yo declaro que esta persona está perfectamente apta para la admisión en el cielo. Examínalo tan cuidadosamente como deseas y lo hallarás preparado”.

Al que Cristo presente en el juicio pasará el examen, porque El no puede tomar los casos de quienes han fallado en aprovecharse de las provisiones de su gracia. Conocerá a sus escogidos, y Dios mantendrá su lado del contrato en donde ha prometido recibir a los hombres arrepentidos y obedientes.

El Eterno tiene todo derecho a esperar hallar a los convidados vestidos con el traje de bodas, lo cual es el símbolo de que la inmaculada justicia de Cristo está infundida por todo su ser entero. Tiene este derecho porque el Evangelio es el poder de Dios destinado a salvar al hombre de sus pecados. Y este poder es inmensurablemente más grande que las capacidades del pecado para mantener a los hombres en sus garras. Todas las poderosas agencias del cielo, el ministerio del Espíritu Santo, los servicios del verdadero Sumo Sacerdote en el santuario, y el trabajo de millones y millones de santos ángeles, se combinan para perfeccionar a los seres humanos y alistarlos para el cielo. Jesús está solemnemente dedicado a lograr estos resultados.

Es vital que cada candidato para la vida eterna crea realmente que Cristo tiene el poder para hacer lo que firmemente ha pactado hacer. La salvación depende de ello. Ninguno pasará el juicio a menos que sea plenamente capaz de confiar su caso a su gran Sumo Sacerdote, y ninguno puede hacer eso a menos que conozca y crea realmente en las habilidades de su poderoso Redentor.

“De igual manera, nosotros hemos fijado nuestras mentes en el grandísimo y precioso galardón; y, para obtenerlo, debemos tener un carácter perfecto. Los ángeles de Dios están vigilando el desarrollo del carácter. Los ángeles de Dios están pesando el valor moral; y nosotros hemos de obtener una idoneidad aquí para unirnos con la sociedad de ángeles impecables. Esperáis vosotros que cuando Cristo venga os dé esa idoneidad? En ninguna manera. Debéis ser hallados de El sin mancha, ni arruga o cosa semejante. Ahora es el tiempo de vigilia y prueba. Ahora es el tiempo para obtener una preparación para vivir en el día de su venida, y para resistir cuando aparezca. ¿Decís que no podéis hacerlo porque alrededor hay mucho pecado, iniquidad y corrupción? Yo os menciono a Enoc. El vivió justamente antes de ser limpio el mundo de su contaminación moral por un diluvio. Estuvo en la tierra en el tiempo cuando la corrupción abundaba por todos lados, y con todo llevó la estampa de lo divino. Caminó con Dios trescientos años, y no fue hallado, porque Dios se lo llevó, es decir, lo trasladó al cielo. La radiante carroza de Dios se envió para este hombre santo, y fue llevado al cielo. Enoc tuvo el testimonio que agradó a Dios. Y nosotros podemos tener este testimonio.

“Enoc representa a los que permanecerán sobre la tierra y serán trasladados al cielo sin ver muerte. Representa la compañía que ha de vivir en medio de los peligros de los últimos días, y resistirá toda corrupción, vileza, pecado e iniquidad, y con todo no serán manchados por todo eso. Nosotros podemos resistir como Enoc. Se ha hecho provisión para nosotros. Se ha colocado ayuda de Uno que es grande, y podemos asirnos de su poderosa fuerza. Los ángeles de Dios, que son excelsos en fuerza, son enviados a ministrar a los que serán herederos de la salvación. Estos ángeles, cuando observan que por nuestra parte estamos haciendo lo máximo para ser vencedores, harán su parte, y su luz brillará en torno a nosotros, y harán retroceder la influencia de los malos ángeles que nos rodean, y harán una muralla en derredor nuestro como un muro de fuego. Amplias provisiones se han hecho para

nosotros cuando estamos cargados, abatidos, desanimados y en angustia” (*The Review and Herald*, 19 de abril, 1870).

Ninguno puede con justicia reclamar que la norma del juicio es inaccesible para los que tienen que vivir en este mundo maldito por el pecado. El Todopoderoso ha hecho toda provisión para que sus hijos la obtengan, así que le toca a ellos creer en las positivas promesas de Dios y entonces confiar sus casos completamente en sus manos. Aquellos que lo hagan, ciertamente caminarán las calles de oro.

La Expiación en el Lugar Santísimo

Capítulo 19

La norma es asequible

AUNQUE las Escrituras enseñan tan explícitamente que la norma inalterable del juicio es perfección, la mayoría de los seguidores profesos de Cristo no creen que esta norma pueda ser alcanzada. Estas personas llegarán al examen final imperfectas y sin preparación, porque nadie puede alcanzar un nivel más alto que el que su fe aspira. Si una persona cree que la perfección es imposible, ella ciertamente no la obtendrá, porque el único camino de victoria puede ser ganado por una fe viviente en el poderoso ministerio de Cristo. Ella debe creer que El “. . . puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (*Hebreos 7:25*).

Estas mismas personas que niegan la posibilidad de la perfección, esperan que se les dé un lugar en el reino cuando el Salvador regrese; ¿cómo pueden ellas todavía abrigar tal expectación cuando, para ellas, es imposible?

Obviamente, ellos deben creer que Cristo ocupará una diferente función de la que hace, y que el Padre aceptará a su pueblo en una condición menos que perfecta.

Esta es, en realidad, su esperanza. Creen que cuando el cristiano llega al juicio, Cristo no lo presenta para el examen, sino que lo oculta tras El, mientras suplica al Padre para que lo examine en lugar del pecador. Sabiendo que el Todopoderoso no es capaz de hallar faltas en Cristo, se sienten seguros de que si El es examinado en su lugar, no tendrán motivo que los preocupe.

Esta situación se compara a la llegada de un estudiante al día de su examen final, plenamente consciente de que no está preparado. Sabe que si él solo presenta el examen, ciertamente fracasará. Su única esperanza es hallar a alguien completamente preparado para presentar el examen, que pueda ser inducido a tomar su lugar. Este apoderado entonces entraría al salón en el momento asignado, responde las preguntas con éxito, y no pondrá



La mayoría de nosotros considera las montañas como ésta, inaccesibles en cuanto a nosotros concierne, Así también, la persona común ve el ideal de Dios para el carácter como demasiado difícil de lograr. Pero la justicia no es una montaña que el Señor nos exige escalar, es un ideal glorioso al que Dios nos eleva. Todo lo que El necesita es nuestra cooperación inteligente y una fe viva. La pregunta es: ¿Vemos nosotros la montaña como una orden de Dios, o como su promesa?

su propio nombre, sino el nombre de la persona por la que está haciendo esto. El examinador, siendo ignorante del engaño practicado para con él, le concedería pasar al estudiante incompetente quien hubiera recibido una nota de fracaso.

Estos procederes son enteramente inaceptables en la sociedad humana. Si se descubre que alguien ha respondido un cuestionario de examen por otra persona, los dos son severamente castigados y el estudiante que debía haber presentado su propio examen es automáticamente clasificado como un fracaso. Las reputaciones de los defraudadores se empañan y en la mayoría de los casos no se les permite continuar en el colegio.

¡Si estos procederes se estiman como injustos e inaceptables por los hombres cuyas normas son bajas comparadas con las de Dios, entonces cuánto más no tendrán lugar en el trato con la humanidad el impecable y justo Dios! Los que sugieren que Dios opera de esta manera, le atribuyen un carácter muy deshonesto. Ellos difaman a Uno que es irreprochablemente puro y santo, al asignarle cursos de acción al que ni aun ellos se rebajarían.

Es digno de notar que toda falsa teoría atribuye un mal carácter a Dios, tanto que una doctrina puede ser probada por lo que ella hace a su carácter. Si muestra que el Señor es justo, honesto, verdadero, razonable, misericordioso, amante y bondadoso, podemos saber que es de Dios, pero si lo muestra como engañador, deshonesto y falso, podemos estar seguros de que se origina en Satanás.

La teoría de que a Cristo se le examina en lugar del creyente en el juicio, es nacida de la incredulidad. El problema se desarrolla por líneas pronosticables.

Por la ministración del Espíritu Santo, una persona es conducida al lugar donde ella reconoce y acepta la verdad presente. Ella toma su lugar en el movimiento, y, en el brillo de su nueva fe que halló, ve algunos maravillosos cambios que toman lugar en su vida. Cuando la verdad avanza y la luz llega a ser más clara, Dios le ofrece liberación del pecado y de la enfermedad. Se excita considerablemente con el prospecto de la libertad de estos problemas y resuelve probar las verdaderas promesas y procederes de Dios para ver si obran.

Nada es más seguro que los que abordan el problema en esta manera experimentarán desilusión. Ellos hallarán que la promesa permanece sin cumplimiento para ellos. Su enfermedad y

pecado estarán en ellos todavía exactamente como si nunca se hubieran confesado. Todo el que *prueba* la obra de Dios antes de estar preparado para aceptarla realmente, obtendrá siempre los mismos resultados, porque este es el camino de incredulidad.

Existe una justificación para los hombres que hacen este acercamiento a lo que otras personas les ofrecen. Por ejemplo, ha habido muchas experiencias de derrotas de invenciones humanas, que es ahora costumbre para los comerciantes ofrecer a los probables compradores la oportunidad de examinar lo que se está ofreciendo para vender, antes de ellos comprar. La confianza en la eficiencia del producto depende siempre de que pase la prueba. Hace mucho tiempo se aprendió que nadie puede comprar con seguridad solamente por las promesas del comerciante.

Sin embargo, las promesas de Dios no pueden ser tratadas de esta forma. Ellas son las palabras del Dios viviente, y no pueden ser más que la verdad. Por consiguiente, nosotros no las probamos como si ellas tuvieran que ser comprobadas o certificadas. El creyente debe comenzar desde el punto de vista que ellas son verdaderas y confiables. Únicamente cuando él hace esto, puede estar seguro de que la promesa obra.

No obstante, algunos creen que han reclamado las promesas con fe firme; con todo nada reciben como resultado. Sienten inmediatamente que un serio golpe se ha dado contra su fe. La próxima ocasión que se acercan a Dios, es con precaución, indicando que su confianza en El comienza a debilitarse. Otra vez, se desaniman y su vida espiritual se hunde a un nivel más bajo todavía.

Eventualmente, algunos se desanimaron tanto que dejaron totalmente la iglesia, pero este no es el caso de la mayoría. Se aferran a su creencia de que hay una recompensa para los que sirven a Dios, y permanecen en el movimiento. Sin embargo, para acomodar su carencia de una verdadera experiencia, o inventan otro camino supuesto a través del juicio, o aceptan lo que otro ya ha propuesto. La enseñanza de que Cristo se ofrece para ser examinado en el lugar de otro, es una de tales enseñanzas alternativas.

El resultado es que existe hoy un grupo considerable de organizaciones religiosas, cada una con su propia fórmula especial de salvación. Con tantas proposiciones que se ofrecen, uno pensaría que se agota toda posibilidad de más innovación; con todo, la gente puede sugerir todavía algo nuevo.

Solamente hay un curso seguro a seguir. Cristo lo explicó cuando el tentador lo confrontó sobre el monte. Dijo: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (*Mateo 4:4*).

Toda persona que obedece este consejo será preservada del retroceso en la decadencia espiritual bosquejado antes, aunque esto no quiere decir que él escapará en todos los tiempos del fracaso y la desilusión en procura de ser libre de la enfermedad y la muerte. Estos reveses llegan a todos, no porque exista una deficiencia o incertidumbre en las promesas de Dios, sino porque estamos inclinados a extraviarnos de los principios correctos de operación, y a dejar que nuestra fe se debilite.

Cuando esto acontece y la bendición prometida no llega, el individuo debe ser extremadamente cuidadoso de cómo reaccionar ante esta situación, porque ese es un momento crítico. Su futuro entero pende en la balanza para vida o para muerte. Una mala decisión hecha bajo estas circunstancias no lo coloca fuera de ser nuevamente llamado, pero es una amonestación que un paso que se da en la dirección equivocada pone la vida lejos de Dios, lo cual es un curso difícil de revertir.

Obviamente, el mejor medio de evitar angustia es hacer una completa preparación para afrontar la crisis antes de su llegada. Esto se realiza de dos maneras:

Primero, antes de exigir una de las promesas de Dios, dedica tiempo a estudiar y meditar en ellas, hasta que todo el ser esté irradiado con su poder y certidumbre. Reciba como la palabra personal de Dios, la expresión del Ser todopoderoso que no puede y no mentirá. Conozca que El anhela manifestarse como nuestro Libertador de la esclavitud física, mental y espiritual. Vigoriza tu fe y confianza en El al estudiar las maravillosas historias en la Biblia que hablan que su proceder por otros es lo que ha prometido hacer por nosotros. Continúa estos ejercicios hasta que todo tu ser brille de confianza en el amor y poder de Dios.

Es debido al descuido de este primer paso esencial que muchos fracasan tan fácilmente bajo la tentación y luego buscan otra manera de salvación.

“La razón por la cual los jóvenes, y aun los de edad madura, se ven tan fácilmente inducidos a la tentación y al pecado es porque no estudian la Palabra de Dios ni la meditan como debieran. La falta de fuerza de voluntad firme y resuelta, que se manifiesta en

su vida y carácter resulta del descuido de la sagrada instrucción que da la Palabra de Dios. No hacen esfuerzos verdaderos por dirigir la mente hacia lo que le inspiraría pensamientos puros y santos y la apartaría de lo impuro y falso. Son muy pocos los que escogen la mejor parte, los que se sientan a los pies de Jesús, como lo hizo María, para aprender del divino Maestro. Pocos son los que atesoran las palabras de Cristo en su corazón, y que las ponen en práctica en la vida.

“Al ser recibidas, las verdades de la Biblia enaltecerán la mente y el alma. Si se apreciara debidamente la Palabra de Dios, jóvenes y ancianos poseerían una rectitud interior y una fuerza de principios que los capacitarían para resistir la tentación” (*El Ministerio de Curación*, pág. 364).

El segundo paso es semejante al primero. Habiendo establecido una fe poderosa en las específicas promesas de Dios, y asiéndonos de esas promesas hasta el punto de llegar a ser una parte de nosotros mismos, necesitamos dedicar tiempo cada día refrescando estos dones en nosotros. Esto se debe hacer en la quietud de la hora de la mañana cuando el resto del mundo está dormido todavía. El verdadero hijo de Dios no puede concebir el levantarse de la cama, desayunar, y luego ir al trabajo sin dedicar tiempo al refresco espiritual.

Todos los que se quejan actualmente que no están recibiendo respuestas a la oración, sería bueno que revisaran cuánto tiempo dedican a estar con Dios en las tempranas horas del día. Si la extensión de las devociones matinales no es más que un breve culto de lectura, el individuo interesado encuentra por lo menos una causa de su debilidad espiritual y la inhabilidad para experimentar las promesas de Dios. La falta nunca consiste en la palabra de Dios. La causa del fracaso se halla siempre en el instrumento humano.

“Todo fracaso de los hijos de Dios se debe a la falta de fe” (*Patriarcas y Profetas*, 712).

Sin embargo, no todo lo que parece ser fracaso, es tal, en realidad. Habrá ocasiones cuando, para el ojo humano, parece que la promesa ha fallado, pero el hecho real podía ser de que el Señor está efectuando un maravilloso propósito hasta ahora oculto a nuestra vista.

Un excelente ejemplo de esto se halla en el caso de Lázaro. Cuando Satanás lo azotó con una fatal enfermedad, la familia entregó inmediatamente el caso al gran Médico. Conocía su grande

poder y el profundo amor por ellos, y cuando les aseguró que la enfermedad no era de muerte, confiaron en que El iría de una vez a Betania para restaurar al moribundo.

Pero, contrario a toda esperanza, El no viajó a la triste familia. Esto mistificó grandemente a los discípulos, quienes no entendieron las acciones del Salvador. Sintieron que había traicionado a Lázaro y a sus hermanas, y llegaron hasta el punto de dudar si Cristo, después de todo, era realmente el Mesías.

Lo que ellos no entendieron fue que Dios deliberadamente permitió que Satanás ejerciera su poder sobre Lázaro, para que su carácter real fuera demostrado ante el expectante universo, y para que el milagro que era la evidencia suprema de la divinidad de Cristo, pudiera ser hecho. Dios no planeó la muerte de su amado hijo, ni cambió las promesas para él, sino programó para ello, y convirtió lo que parecía ser una victoria para Satanás, en un triunfo para la causa divina.

Esta historia nos enseña que la sumisión total a la voluntad de Dios es más importante que la vida misma. Por lo tanto, el verdadero cristiano se cuida de nunca trazar antes de Dios qué curso debe seguir. En cambio, somete sus problemas al Señor y deja al Maestro Arquitecto que los resuelva conforme a su infinita sabiduría e ilimitable poder.

Así, cuando un creyente acepta la promesa contenida en las palabras habladas por el Todopoderoso, “Yo soy el Señor, vuestro Médico” (*Exodo* 15:26 traducción alemana), “El que sana todas tus dolencias” (*Salmo* 103:3), él entrega literalmente su vida en las manos de Dios, que nunca pierde un caso. Tan total tiene que ser esta dedicación, que no importa cuán desesperada llegue a ser su situación, el creyente no recurrirá a otra fuente de sanidad. Semejante a Job, dirá: “. . . aunque él me matare, en él esperaré” (*Job* 13:15).

No es fácil llegar a este nivel de estabilidad espiritual, que únicamente se adquiere por los que dedican mucho tiempo y energía a desarrollar esta clase de excelencia. La mayoría prueba ser capaz de confiar en Dios como su única Fuente, hasta que la constante obediencia promete muerte y destrucción. Cuando esto sucede, las personas caen bajo la presión y acuden a otras fuentes de liberación.

“Muchas veces el que sigue a Cristo se ve colocado en donde no puede servir a Dios y llevar adelante sus empresas mundanales.

Tal vez le parezca que la obediencia a algún claro requerimiento de Dios le privará de sus medios de sostén. Satanás quisiera hacerle creer que debe sacrificar las convicciones de su conciencia. Pero lo único en que podemos confiar en este mundo es la Palabra de Dios. ‘Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas’ (Mateo 6:33). Aun en esta vida, no puede beneficiarnos el apartarnos de la voluntad de nuestro Padre celestial. Cuando aprendamos a conocer el poder de su palabra no seguiremos las sugerencias de Satanás para obtener alimento o salvarnos la vida. Lo único que preguntaremos será: ¿Cuál es la orden de Dios, y cuál es su promesa? Conociéndolas, obedeceremos la primera y confiaremos en la segunda” (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 96. 97).

En su vida Jesús fue un perfecto ejemplo.

“Cuando Cristo dijo al tentador ‘No con sólo de pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios’, repitió las palabras que más de catorce siglos antes había dicho a Israel: ‘acordarte has de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, . . . y te afligió e hízote tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tu, ni tus padres habían conocido; para hacerte saber que el hombre no vivirá de solo pan, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre’ (Deuteronomio 8:2,3). En el desierto cuando todos los medios de sustento se habían agotado, Dios envió a su pueblo maná del cielo, y esto en una provisión suficiente y constante. Dicha provisión había de enseñarles que mientras confiasen en Dios y anduviesen en sus caminos, él no los abandonaría. El Salvador puso ahora en práctica la lección que había enseñado a Israel. La palabra de Dios había dado socorro a la hueste hebrea y la misma palabra se lo daría también a Jesús. Esperó el tiempo en que Dios había de traerle alivio. Se hallaba en el desierto en obediencia a Dios; y no iba a obtener alimentos siguiendo las sugerencias de Satanás. En presencia del universo, atestiguó que es menor calamidad sufrir lo que venga que apartarse en un ápice de la voluntad de Dios” (*Id.*, pág. 95).

Nosotros tenemos la más leve concepción de la desesperación extrema a la que fue sometido Cristo en el desierto de la tentación, donde Satanás ejerció la máxima presión en un esfuerzo decisivo para inducir a Cristo a desviarse del cuidado de Dios a otra alternativa. Era en obediencia directa a la voluntad de su padre

que Cristo había ido al desierto a prepararse para su misión, pero esa obediencia lo había conducido cara a cara con la muerte. Toda evidencia declaraba que si continuaba obedeciendo, expiraría rápidamente. Al parecer estaba completamente abandonado por Dios y el hombre, una situación que le daba a Satanás la oportunidad de insistir en su argumento que nadie salvaría a Cristo más que El mismo.

Es la misma presión que, a un grado mucho menor, se siente por los que han confiado la conservación de sus cuerpos y almas a Dios, con todo hallan que al parecer no está cumpliendo sus promesas y el prospecto inmediato es desastre o aun la muerte. Muchos cristianos ilustres que tan resueltamente comenzaron a seguir al Señor, se doblegaron bajo esta clase de presión y dieron a Satanás la victoria.

Esto es lo que sucedió a Elías en las puertas de Jezreel. Por tres años había obedecido meticulosamente cada orden dada por el Maestro Arquitecto, hasta que repentinamente, hasta donde podía ver, la continua obediencia le costaría su vida. En vez de confiar su caso a Dios y mantener el servicio fiel a Jehová, escogió “salvarse” él mismo. Aceptó el curso alternativo que Satanás le ofreció. Fracasó bajo la presión.

Como muchos de nosotros, la principal preocupación de Elías fue la preservación de su propia vida, pero una carga más grande descansó sobre Cristo. Para El, el éxito de su misión era el único asunto bajo consideración. Había venido a la tierra para terminar la rebelión al proveer una completa y perfecta revelación del carácter de su Padre, para mostrar cómo los hombres debían relacionarse con su Padre celestial, y para pagar el rescate por los pecadores.

Cuando afrontó al astuto enemigo en el desierto, apenas había comenzado esa obra y sabía que la profecía no sería cumplida hasta que otros tres años y medio hubieran transcurrido. Por lo tanto, la necesidad de vivir y la urgencia de hacerlo así, fue mucho más grande que la que se experimenta por los que se encuentran cara a cara con la muerte, después de entregar sus vidas en las manos del gran Médico. El enemigo urgía en Cristo el pensamiento de que tenía que tomar los asuntos en sus propias manos y actuar, porque estaban en su posesión. Satanás argumentaba que puesto que su Padre obviamente lo había abandonado, nadie más estaba para cuidar de El y su obra.

Pero el Salvador se negó a permitir que el testimonio de circunstancias quebrantara su asimiento en la palabra de su Padre. Rehusó absolutamente perder la fe en las promesas, aunque toda evidencia visible proclamaba que ellas no serían cumplidas. “En presencia del universo, atestiguó que es menor calamidad sufrir lo que venga, que apartarse en un ápice de la voluntad de Dios” (*Ibid.*).

Los seres humanos invierten estos valores. Para ellos la calamidad más grande es perder uno la vida, pero Cristo demostró que la calamidad más grande todavía es “apartarse en un ápice de la voluntad de Dios”.

Los que se cuentan dignos de la vida eterna en el juicio, son los que habrán aprendido a negarse a desconfiar en las promesas, aun sí fracasaran en vivirlas mil veces. El Salvador ha dado la promesa que nos perfeccionará, lo suficiente, para que seamos idóneos para pasar el profundo escrutinio de la inspección del rey. Es dejado con nosotros creer en esa palabra, no importa lo que puedan ser las evidencias de lo contrario.

Los que permiten que los fracasos, equivocaciones y el testimonio de circunstancias les robe su fe en las promesas de Dios, buscarán otro camino a través del juicio diferente al especificado por Dios. Desafortunadamente para ellos, esto no servirá para pasar el examen, y el Señor tristemente los excluirá de las moradas bienaventuradas.

Sólo hay una norma para el juicio, y esa es perfección de carácter y acciones. Dios ha hecho amplia provisión para que todos alcancen esta norma, “. . . y lo realizará en favor de todos aquellos que no interpongan una voluntad perversa y frustren así su gracia” (*El Discurso Maestro de Jesucristo*, pág. 66).

Que todos sometan sus almas al cuidado de quien, “. . . es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría”, “estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (*Judas 24; Filipenses 1:6*).

Primero el Juicio

Capítulo 20

LA ejecución de la expiación final es precedida por el juicio investigador. Todos los que han enviado sus pecados con anticipación a través del ministerio del primer departamento, serán examinados para ver si califican para los beneficios de la expiación final.

Hay muchos religiosos que no creen que habrá tal examen para el verdadero pueblo de Dios. Sostienen que la suerte del cristiano se sella cuando acepta a Cristo como su Salvador personal, porque es entonces cuando él recibe el don de la vida eterna y la promesa que nunca vendrá bajo condenación.

Jesús dijo: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (*Juan 5:24*).

Los religiosos que sostienen la opinión de que los justos no afrontarán un juicio investigador, argumentan que no hay sentido en una determinación futura de quién tendrá vida eterna cuando el creyente ya se ha posesionado de ello desde el día en que se convirtió en un hijo de Dios. Además, ellos preguntan: ¿qué necesidad tiene el infinito y omnisciente Dios de investigar a los que están buscando un lugar en el cielo, cuando ya conoce su condición espiritual sin tener que hacer tal examen?

Estos argumentos no pueden ser descartados con liviandad, porque parecen tener peso considerable. Sin embargo, antes de examinarlos, nosotros observaremos declaraciones definitivas en las Escrituras confirmando que habrá un juicio de los justos así como de los impíos. Entonces dedicaremos un esfuerzo para entender por qué un juicio tiene que tomar lugar, aunque el creyente ya tiene la vida eterna y no vendrá bajo condenación.

Este es el proceder correcto a seguir. Antes de intentar comprender por qué Dios conducirá un juicio, debemos aceptar la explícita declaración de las Escrituras que lo efectuará. La tragedia con mucha gente es que vienen a la Palabra de Dios a buscar pruebas para lo que ya creen, en vez de acercarse a los mensajes inspirados con la convicción de que lo contenido en ellos es la verdad absoluta y debe ser aceptada como tal.

El verdadero hijo de Dios sólo se interesa en hallar la verdad, no importa cuánto contradiga con las ideas preconcebidas o con sus propios intereses. Por lo tanto, cuando las Escrituras declaran que vendrá al juicio, simplemente acepta eso como un hecho.

Jesús, el Maestro, enseñó claramente que el verdadero pueblo de Dios sería examinado antes de la cena de bodas del Cordero. No podía darse una descripción más clara de esto, que la provista en la parábola del vestido de bodas registrada en *Mateo* 22:1-14. Nosotros estudiamos este pasaje en el capítulo 18 para aprender que la norma del juicio es perfección. Lo veremos brevemente otra vez para ver cómo comprueba también que los justos estarán bajo el escrutinio divino antes que sea asegurado su lugar en las bodas.

“Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos” (*Mateo* 22:11-14)

Indiscutiblemente, el rey es Dios. Su entrada en la cámara para ver los convidados es un cuadro del juicio investigador. Los únicos investigados en este momento, serán los que han respondido al llamado para venir a las bodas. Los incrédulos no están incluidos en este examen. Su turno llega más tarde. Esto comprueba que los justos serán sometidos a un juicio investigador, el resultado de lo cual determinará si ellos heredarán o no la vida eterna.

Esto armoniza con el servicio típico. En el gran día de expiación, las únicas personas involucradas en ese servicio eran las que estaban en el campamento israelita. Las naciones paganas que no tenían respeto a las leyes de Jehová, no estaban involucradas en los servicios.

“En el rito típico, sólo aquellos que se habían presentado ante Dios arrepintiéndose y confesando sus pecados, y cuyas iniquidades eran llevadas al santuario por medio de la sangre del holocausto, tenían participación en el servicio del día de las expiaciones. Así en el gran día de la expiación final y del juicio, los únicos casos que se consideran son los de quienes hayan profesado ser hijos de Dios. El juicio de los impíos es obra distinta y se verificará en fecha posterior. ‘Es tiempo de que el juicio comience de la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿qué será

el fin de aquellos que no obedecen al evangelio?" (1 Pedro 4:17)" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 534).

Pablo también vio claramente que el verdadero pueblo de Dios será juzgado antes de su entrada en la tierra prometida. Fue a los cristianos, convertidos por el poder viviente del Evangelio, que él escribió: "Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo" (2 *Corintios* 5:10).

Al decir "que todos nosotros comparezcamos", Pablo mismo se incluía entre los que serían juzgados, y él era ciertamente un hombre justo.

Cuando Pablo escribió a los Romanos, habló acerca de la llegada del juicio en el cual los que fueran hallados ser vidas vivientes de obediencia serían bendecidos con la vida eterna, mientras el resto, que, cuando se juzgaran, fueran hallados llenos de iniquidad, serían consignados a destrucción eterna. No les dio seguridad de que, al ser hijos de Dios, escaparían del escrutinio del examinador.

Declara que en el "justo juicio de Dios", el Altísimo "pagará a cada uno conforme a sus obras".

"Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia" (*Romanos* 2:5-8).

Obviamente, si sólo los impíos han de ser juzgados, Pablo no hubiera mencionado las recompensas que el juicio repartirá a los justos. El se habría limitado a lo que sería otorgado a los impíos.

"Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio" (*Hebreos* 9:27).

Así que, las Escrituras indiscutiblemente enseñan que habrá una revisión de todos los casos de aquellos que han enviado con anticipación sus pecados al juicio. Esto tomará lugar antes que termine el ministerio de Cristo en el santuario celestial y Cristo regrese en las nubes de los cielos.

A Daniel se le dio una visión de esta escena de juicio, y la describe así:

“Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos” (*Daniel* 7:9-10).

Debe tenerse cuidado de no confundir este examen final con la valoración diaria por la que Dios guarda una cuenta exacta y continuamente actualizada de la condición espiritual de su pueblo. Existe un juicio diario, pero éste no toma el lugar, ni elimina la necesidad de la revisión final.

Día tras día, Dios mantiene una cuenta exacta del estado espiritual y moral de los hombres y de las naciones. Labora arduamente y anhela salvar a todos, pero aun antes de terminar el tiempo general de gracia, cuando los hombres comprueben ser absolutamente apóstatas y se muestren resueltos a nunca arrepentirse, su cuenta se cierra, y ellos son sometidos a destrucción, como lo afirma la declaración siguiente:

“Dios conduce a su pueblo paso a paso. Coloca a sus seguidores en diferentes situaciones a fin de que se manifieste lo que hay en el corazón. Algunos soportan ciertas pruebas, pero fracasan en otras. A medida que se avanza en este proceso, el corazón es probado un poco más severamente. Si los que profesan ser hijos de Dios, encuentran que su corazón se opone a esta obra directa, deben convencerse de que tienen que hacer algo para vencer, si no quieren ser vomitados de la boca del Señor.

“Dijo el ángel: ‘Dios irá probando cada vez más de cerca a cada uno de sus hijos’. Algunos están dispuestos a aceptar un punto; pero cuando Dios los prueba en otro, lo rehuyen y retroceden, porque hiere directamente algún ídolo suyo. Así tienen oportunidad de ver lo que hay en su corazón que los aísla de Jesús. Hay algo que aprecian más que la verdad y su corazón no está preparado para recibir a Jesús. Los individuos son probados durante cierto tiempo para ver si quieren sacrificar sus ídolos y escuchar el consejo del Testigo fiel. Si alguno no quiere ser purificado por la obediencia de la verdad, y vencer su egoísmo, su orgullo y malas pasiones, los ángeles de Dios reciben este encargo: ‘Se han unido a sus ídolos, dejadlos’, y prosiguen con su obra, dejando en manos de los malos ángeles a aquellos que no han subyugado sus rasgos

pecaminosos. Los que resisten en cada punto, que soportan cada prueba y vencen, a cualquier precio que sea, han escuchado el consejo del Testigo fiel y recibirán la lluvia tardía, y estarán preparados para la traslación” (*Joyas de los Testimonios*, tomo 1, págs. 65, 66).

Es debido a que Dios valora continuamente el estado espiritual de los que profesan ser su pueblo, así como las multitudes de la tierra, que puede dar instrucción a sus ángeles para abandonar para siempre a los que han ido más allá de la esperanza de salvación. Una persona no tiene necesidad de esperar hasta morir para terminar su tiempo de gracia terrenal. Muchos lo hacen al cerrar la puerta de sus corazones en obstinado rechazo de la verdad como está en Jesús, después de lo cual ellos pueden vivir por muchos años.

Esta verdad se confirma más en esta declaración:

“Ha llegado el momento en que Jerusalén será escudriñada como con velas encendidas. Dios está activo examinando el carácter, ponderando el valor moral y pronunciando sentencias sobre los casos individuales” (*Testimonio para los Ministros*, pág. 448).

Este mensaje probablemente venga desde el principio hasta el fin del último siglo, pero es verdad de cada momento desde que el pecado entró. Aunque la revisión de los casos de los que, mientras vivían, no cerraron su tiempo de gracia, no comenzó hasta 1844, Dios no esperó hasta entonces para comenzar esta obra de pesar el carácter y pronunciar decisiones sobre casos individuales. Por ejemplo, el rey Saúl fue uno de quien los ángeles de Dios se apartaron para nunca volver. Así también, Cristo pronunció las tristes palabras sobre Jerusalén: “He aquí vuestra casa os es dejada desierta” (*Mateo 23:30*).

Aparte de los ocho que entraron en el arca, la gente que vivió en el tiempo del diluvio había pecado fuera de su día de gracia, como también los habitantes de Sodoma y Gomorra, los egipcios en el tiempo del éxodo, los adoradores del becerro de oro, y los habitantes de Canaán.

Hubo una puerta cerrada en los días de Cristo y en 1844 otra vez. De la última está escrito:

“Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre. Yo conozco tus obras; he

aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre” (*Apocalipsis* 3:7, 8).

Decir que había puesto otra puerta abierta delante de su verdadero pueblo, era la declaración de Dios de que, al mismo tiempo, la puerta se cerraba para otros, que en realidad lo fue. Hubo una puerta cerrada en 1844, el tiempo al que se aplica este versículo, cuando miles se sellaron en eterno rechazo de la verdad divina. Dios confirmó esto por medio de su mensajera, quien escribió bajo su instrucción como sigue:

“Se me mostró en visión, y todavía lo creo, que hubo una puerta cerrada en 1844. Todos los que vieron la luz de los mensajes del primero y segundo ángeles y rechazaron esa luz, fueron dejados en tinieblas. Y los que la aceptaron y recibieron el Espíritu Santo que acompañó a la proclamación del mensaje celestial, y que después renunciaron a su fe y declararon que su experiencia había sido un engaño, de ese modo rechazaron al Espíritu de Dios, y éste no intercedió más por ellos.

“Los que no vieron la luz, no fueron culpables de rechazarla. Los únicos a los cuales el Espíritu de Dios no podía alcanzar eran los que habían despreciado la luz celestial. Y en esa clase estaban incluidos, como lo he dicho, tanto los que rehusaron aceptar el mensaje cuando les fue presentado, como los que, habiéndolo recibido, después renunciaron a su fe. Estos podrían tener una forma de piedad y profesar ser seguidores de Cristo. Pero no teniendo una comunicación viviente con Dios, eran llevados cautivos por los engaños de Satanás. Se presentan esas dos clases en la visión — los que declararon que era un engaño la luz que habían seguido, y los impíos del mundo que, habiendo rechazado la luz, habían sido rechazados por Dios. No se hace referencia a los que no habían visto la luz y, por lo tanto, no eran culpables de su rechazo” (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 72).

“Y los que la aceptaron y recibieron el Espíritu Santo que acompañó a la proclamación del mensaje celestial . . .” tenían sus nombres escritos en el libro de la vida. Pero cuando se apartaron de la verdad y pronunciaron como un engaño su primera experiencia, y avanzaron tan lejos haciendo esto que cerraron para siempre la puerta de la misericordia contra ellos, sus nombres fueron borrados del libro de la vida y pasaron al libro de la muerte. La declaración siguiente confirma esto:

“Moisés manifestó su gran amor por Israel al interceder ante el Señor para que perdonara el pecado del pueblo o borrara su nombre del libro que él había escrito. Sus intercesiones ilustran el amor y la mediación de Cristo por la raza pecadora. Pero el Señor se negó a dejar que Moisés sufriera por los pecados de su pueblo apóstata; le dijo que aquellos que habían pecado contra él serían borrados de su libro que había escrito, porque los justos no deben sufrir por la culpa de los pecadores.

“El libro al cual se hace referencia aquí es el libro de los registros del cielo, en el cual está inscrito cada nombre y están registrados fielmente los actos de todos, sus pecados y su obediencia. Cuando los individuos cometen pecados que son demasiado atroces para que el Señor los perdone, sus nombres son borrados del libro y quedan destinados a la destrucción” (ST 27-5-1880), (*Comentario Bíblico ASD*, tomo 7, pág. 998).

Esto indica que hay tres clases de personas entre los que se proponen entrar al cielo. Primero, está la clase que recibe el mensaje y son benditos con el Espíritu Santo, pero que se devuelven. Al cometer el pecado imperdonable, ellos son eliminados en el juicio diario. De ahí en adelante, están en la misma categoría que los paganos y no son juzgados en la revisión final, en la que los justos son examinados antes de terminar el tiempo de gracia.

Segundo, están los que, mientras no cometen el pecado imperdonable, no rinden tampoco todo mal acariciado. Ellos subsisten hasta el juicio investigador donde son eliminados.

Por último, está la clase de los que son verdaderos y fieles hasta el fin. Ellos han pasado el juicio diario, y la revisión final de sus casos los justifica como preparados para el reino de gloria.

La comprensión de estas distinciones hace posible interpretar correctamente *Apocalipsis* 13:8.

“Y La adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo”.

Esto significa que todos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida no adorarán a la bestia y su imagen; con todo, muchos de ellos se doblegarán bajo la presión final y darán su lealtad al poder de Babilonia. En términos prácticos eso es lo que sucederá. Un individuo, al responder al último mensaje, recibirá la presencia del Espíritu Santo y, en consecuencia, tiene su nombre inscrito en el libro de la vida. Mientras esté allí, él no se hallará

adorando a la bestia y su imagen. Pero la opresión sobre él para renunciar a la verdad aumenta cada día, hasta que este hombre particular se suelta de Dios, y renuncia a la fe para siempre. Su nombre es inmediatamente borrado del libro, y se vuelve para adorar al falso Cristo. De este modo, ninguno cuyo nombre está escrito en el libro adorará a la bestia y su imagen.

Las Escrituras hacen muy claro que hay un juicio diario que determina la suerte final de muchas personas, y está la revisión final, llamada el juicio investigador, para los que no han sido eliminados del camino cristiano durante las experiencias diarias. El pueblo de Dios debe entender claramente las distinciones entre los dos.

Después que se ha establecido fuera de duda que habrá un juicio investigador en el que los casos de los justos serán consultados, el tiempo ha llegado para averiguar por qué tal juicio tiene que ser convenido. Este estudio tiene que ser abordado con la firme convicción de que Dios nada hace innecesariamente. Por consiguiente, tiene buenas y prácticas razones para someter a su pueblo a esta profunda investigación.

Obviamente El no lo hace por amor a sí mismo, porque no necesita investigar para informarse de quiénes están listos y quiénes no. Al mantenerse con su espíritu de desinterés total, es por otros que El hace esto, porque suple la necesidad de los ángeles, los habitantes no caídos del universo, y los redimidos de esta tierra.

Los ángeles y las huestes no caídas morando en los planetas por todo el universo, no tienen intención de admitir el pecado en sus dominios. Ellos han estudiado con intenso interés la consecuencia del mal a medida que producía su funesto fruto sobre este triste planeta, y no desean ver nada de eso en los mundos donde ellos viven. Ellos no pueden detectar un mal oculto el cual pueda permanecer dentro de los corazones de los que buscan entrar al cielo, así que, para la paz de sus mentes, a todos los que se les permita entrar en el cielo, por el examen de Dios quien es capaz de leer los secretos más profundos del alma, tienen que hallarse sin mancha ni arruga o cosa semejante.

Los mismos justos ansían hallar en el cielo un lugar de inmaculada pureza, libre de contaminación de alguien en quien permanezca la más leve mancha de pecado. Los que han adquirido la perfección definitiva de carácter estarán con tanto desinterés

dedicados a este ideal, que se someterán con alegría al examen para asegurar que no sean culpables de contaminar el cielo.

Si se pudiera garantizar que todos los que entran en el camino hacia el cielo llegaran al fin plenamente calificado para la admisión, no habría necesidad de la revisión y escrutinio finales. Con infortunio, esto no es así, porque por mucho la mayor parte de los que comienzan, fallarán en llevar la obra hasta la conclusión. Ellos se hallarán faltos y así se descalificarán. Obviamente, algunos procederes tienen que ser adoptados para separar a los que han perseverado hasta el fin y los que no lo han hecho. El examen de cada caso se convierte así en una necesidad vital.

Las personas que contunden que el juicio no es necesario para los verdaderos hijos de Dios, están realmente objetando que una vez la persona acepte a Cristo, ella nunca se perderá después de eso. Esto presupone que la obra de gracia de Dios en el alma se termina en la conversión, pero este no es el caso. La conversión es solamente el comienzo; una obra intensiva de transformación tiene que seguir antes que el alma esté preparada para caminar con los ángeles.

Más importante es todavía el hecho que en la conversión, el alma no se ha establecido en una inmutable lealtad a Dios. Cuando una persona comienza la carrera cristiana, no sabe cuánto le costará, y ella puede hallar que su amor por el pecado es mayor que su deseo por la justicia. En consecuencia, algunos abandonan totalmente su fe, pero otros tratan de aferrarse a los ídolos acariciados y quieren tener el cielo también. Así, una mezcla de vírgenes prudentes y fatuas se presentan al juicio, reclamando un lugar en el cielo. Es obvio que un examen de cada caso tiene que ser hecho para determinar quién está completamente limpio de pecado, y en quién se puede confiar que permanezca fiel a Dios para siempre.

El juicio es por tanto una necesidad práctica. Sin él, la seguridad y felicidad del cielo estaría en riesgo. Con el juicio, el paraíso se asegura eternamente.

“Los libros del cielo, en los cuales están consignados los nombres y los actos de los hombres, determinarán los fallos del juicio. El profeta Daniel dice: ‘El Juez se sentó, y los libros se abrieron’. San Juan, describiendo la misma escena en el Apocalipsis, agrega: ‘Y otro libro fue abierto, el cual es de la vida: y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras’ (Apocalipsis 20:12).

“El libro de la vida contiene los nombres de todos los que entraron alguna vez en el servicio de Dios. Jesús dijo a sus discípulos: ‘Gozaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos’ (Lucas 10:20). San Pablo habla de sus fieles compañeros de trabajo, ‘cuyos nombres están en el libro de la vida’ (Filipenses 4:3). Daniel, vislumbrando un ‘tiempo de angustia, cual nunca fue’, declara que el pueblo de Dios será librado, es decir, ‘todos los que se hallaren escritos en el libro’ (Daniel 12:1). Y San Juan dice en el Apocalipsis que sólo entrarán en la ciudad de Dios aquellos cuyos nombres ‘están escritos en el libro de la vida del Cordero’ (Apocalipsis 21:27).

“Delante de Dios está escrito ‘un libro de memoria’, en el cual quedan consignadas las buenas obras de ‘los que temen a Jehová, y de los que piensan en su nombre’ (Malaquías 3:16, V.M.). Sus palabras de fe, sus actos de amor, están registrados en el cielo. A esto se refiere Nehemías cuando dice: ‘¡Acuérdate de mí, oh Dios mío, . . . y no borres mis obras piadosas que he hecho por la Casa de mi Dios!’ (Nehemías 13:14, V.M.). En el ‘libro de memoria’ de Dios, todo acto de justicia está inmortalizado. Toda tentación resistida, todo pecado vencido, toda palabra de tierna compasión, están fielmente consignados, y apuntados también todo acto de sacrificio, todo padecimiento y todo pesar sufridos por causa de Cristo. El salmista dice: ‘Tú cuentas los pasos de mi vida errante: pon mis lágrimas en tu redoma: ¿no están en tu libro?’ (Salmo 56:8, V.M.).

“Hay además un registro en el cual figuran los pecados de los hombres. ‘Pues que Dios traerá toda obra a juicio juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala’ (Eclesiastés 12:14, V.M.). ‘De toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta en el día del juicio’. Dice el Salvador: ‘Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado’ (Mateo 12:36, 37, V.M.). Los propósitos y motivos secretos aparecen en el registro infalible, pues Dios ‘sacará a luz las obras encubiertas de las tinieblas, y pondrá de manifiesto los propósitos de los corazones’ (1 Corintios 4:5, V.M.). ‘He aquí que esto está escrito delante de mí: . . . vuestras iniquidades y las iniquidades de vuestros padres juntamente, dice Jehová’ (Isaías 65:6, 7, V.M.).

“La obra de cada uno pasa bajo la mirada de Dios, y es registrada e imputada ya como señal de fidelidad ya de infidelidad. Frente a cada nombre, en los libros del cielo, aparecen, con terrible exactitud, cada mala palabra, cada acto egoísta, cada deber descuidado, y cada pecado secreto, con todas las tretas arteras.



La hora del juicio se acerca inexorablemente más y más. Cuando llegue, los estatutos divinos serán la norma por la cual cada hombre será juzgado. Por lo tanto, todos necesitan asegurar que mantienen un estado de preparación cada día, para que el juicio no los tome sin preparación.

Las admoniciones o reconvenciones divinas despreciadas, los momentos perdidos, las oportunidades desperdiciadas, la influencia ejercida para bien o para mal, con sus abarcentes resultados, todo fue registrado por el ángel anotador.

“La ley de Dios es la regla por la cual los caracteres y las vidas de los hombres serán probados en el juicio. Salomón dice ‘Teme a

Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es la suma del deber humano. Pues que Dios traerá toda obra a juicio' (Eclesiastés 12:13, 14, V.M.). El apóstol Santiago amonesta a sus hermanos diciéndoles: 'Así hablad pues, y así obrad, como hombres que van a ser juzgados por la ley de libertad' (Santiago 2:12, V.M.).

"Los que en el juicio 'serán tenidos por dignos', tendrán parte en la resurrección de los justos. Jesús dijo: 'Los que serán tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo venidero, y la resurrección de entre los muertos, . . . son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección' (Lucas 20:35, 36, V.M.). Y además declara que 'los que hicieron bien saldrán a resurrección de vida' (Juan 5:29). Los justos ya muertos no serán resucitados más que después del juicio en el cual habrán sido juzgados dignos de la 'resurrección de vida'. No estarán pues presentes en persona ante el tribunal cuando sus registros sean examinados y sus causas falladas.

"Jesús aparecerá como el abogado de ellos, para interceder en su favor ante Dios. 'Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a saber Jesucristo el justo' (1 Juan 2:1). 'Porque no entró Cristo en un lugar santo hecho de mano, que es una mera representación del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros'. 'Por lo cual también, puede salvar hasta lo sumo a los que se acercan a Dios por medio de él, viviendo siempre para interceder por ellos' (Hebreos 9:24; 7:25, V.M.).

"A medida que los libros de memoria se van abriendo en el juicio, las vidas de todos los que hayan creído en Jesús pasan ante Dios para ser examinadas por él. Empezando con los que vivieron los primeros en la tierra, nuestro Abogado presenta los casos de cada generación sucesiva, y termina con los vivos. Cada nombre es mencionado, cada caso cuidadosamente investigado. Habrá nombres que serán aceptados, y otros rechazados. En caso de que alguien tenga en los libros de memoria pecados de los cuales no se haya arrepentido y que no hayan sido perdonados, su nombre será borrado del libro de la vida, y la mención de sus buenas obras será borrada de los registros de Dios. El Señor declaró a Moisés: 'Al que haya pecado contra mí, a éste borraré de mi libro' (Exodo 32:33, V.M.). Y el profeta Ezequiel dice: 'Si el justo se apartare de su justicia, y cometiere maldad, . . . todas las justicias que hizo no vendrán en memoria' (Ezequiel 18:4).

"A todos los que se hayan arrepentido verdaderamente de su pecado, y que hayan aceptado con fe la sangre de Cristo como su

sacrificio expiatorio, se les ha inscrito el perdón frente a sus nombres en los libros del cielo; como llegaron a ser partícipes de la justicia de Cristo y su carácter está en armonía con la ley de Dios, sus pecados serán borrados, y ellos mismos serán juzgados dignos de la vida eterna. El Señor declara por el profeta Isaías: 'Yo, yo soy aquel que borro tus transgresiones a causa de mí mismo, y no me acordaré más de tus pecados' (Isaías 43:25, V.M.). Jesús dijo: 'El que venciere, será así revestido de ropas blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus santos ángeles'. 'A todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos. Pero a cualquiera que me negare delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos' (Apocalipsis 3:5; Mateo 10:32, 33, V.M.).

"Todo el más profundo interés manifestado entre los hombres por los fallos de los tribunales terrenales no representa sino débilmente el interés manifestado en los atrios celestiales cuando los nombres inscritos en el libro de la vida desfilen ante el Juez de toda la tierra. El divino Intercesor aboga porque a todos los que han vencido por la fe en su sangre se les perdonen sus transgresiones, a fin de que sean restablecidos en su morada edénica y coronados con él coherederos del 'señorío primero' (Miqueas 4:8). Con sus esfuerzos para engañar y tentar a nuestra raza, Satanás había pensado frustrar el plan que Dios tenía al crear al hombre, pero Cristo pide ahora que este plan sea llevado a cabo como si el hombre no hubiese caído jamás. Pide para su pueblo, no sólo el perdón y la justificación, plenos y completos, sino además participación en su gloria y un asiento en su trono.

"Mientras Jesús intercede por los súbditos de su gracia, Satanás los acusa ante Dios como transgresores. El gran seductor procuró arrastrarlos al escepticismo, hacerles perder la confianza en Dios, separarse de su amor y transgredir su ley. Ahora él señala la historia de sus vidas, los defectos de carácter, la falta de semejanza con Cristo, lo que deshonoró a su Redentor, todos los pecados que les indujo a cometer, y a causa de éstos los reclama como sus súbditos.

"Jesús no disculpa sus pecados, pero muestra su arrepentimiento y su fe, y reclamando el perdón para ellos, levanta sus manos heridas ante el Padre y los santos ángeles, diciendo: Los conozco por sus nombres. Los he grabado en las palmas de mis

manos. 'Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios' (Salmo 51:17). Y al acusador de su pueblo le dice: 'Jehová te reprenda, oh Satán; Jehová, que ha escogido a Jerusalén, te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?' (Zacarías 3:2). Cristo revestirá a sus fieles con su propia justicia, para presentarlos a su Padre como una 'Iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante' (Efesios 5:27, V.M.). Sus nombres están inscritos en el libro de la vida, y de estos escogidos está escrito: 'Andarán conmigo en vestiduras blancas; porque son dignos' (Apocalipsis 3:4).

"Así se cumplirá de un modo completo la promesa del nuevo pacto: 'Perdonaré su iniquidad, y no me acordaré más de sus pecados'. 'En aquellos días y en ese tiempo, dice Jehová, será buscada la iniquidad de Israel, y no la habrá, y los pecados 'de Judá, más no podrán ser hallados'. 'En aquel día el Vástago de Jehová será espléndido y glorioso, y el fruto de la tierra excelente y hermoso, para los escapados de Israel. Y será que los que fueren dejados en Sión, y los que quedaren en Jerusalén, serán llamados santos; es decir, todo aquel que está inscrito para la vida en Jerusalén' (Jeremías 31:34; 50:20; Isaías 4:2, 3, V.M.).

"La obra del juicio investigador y el acto de borrar los pecados deben realizarse antes del segundo advenimiento del Señor. En vista de que los muertos han de ser juzgados según las cosas escritas en los libros, es imposible que los pecados de los hombres sean borrados antes del fin del juicio en que sus vidas han de ser examinadas. Pero el apóstol Pedro dice terminantemente que los pecados de los creyentes serán borrados 'cuando vendrán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor, y enviará a Jesucristo' (Hebreos 3:19, 20). Cuando el juicio investigador haya concluido, Cristo vendrá con su recompensa para dar a cada cual según sus obras.

"En el servicio ritual típico el sumo sacerdote, hecha la propiciación por Israel, salía y bendecía a la congregación. Así también Cristo, una vez terminada su obra de mediador, aparecerá 'sin pecado . . . para la salvación' (Hebreos 9:28, V.M.), para bendecir con el don de la vida eterna a su pueblo que le espera. Así como, al quitar los pecados del santuario, el sacerdote los confesaba sobre la cabeza del macho cabrío emisario, así también Cristo colocará todos estos pecados sobre Satanás, autor e instigador del pecado. El

macho cabrío emisario, que cargaba con los pecados de Israel era enviado 'a tierra inhabitada' (Levítico 16:22); así también Satanás, cargado con la responsabilidad de todos los pecados que ha hecho cometer al pueblo de Dios, será confinado durante mil años en la tierra entonces desolada y sin habitantes, y sufrirá finalmente la entera penalidad del pecado en el fuego que destruirá a todos los impíos. Así el gran plan de la redención alcanzará su cumplimiento en la extirpación final del pecado y la liberación de todos los que estuvieron dispuestos a renunciar al mal.

“En el tiempo señalado para el juicio — al fin de los 2.300 días, en 1844 — empezó la obra de investigación y el acto de borrar los pecados. Todos los que hayan profesado el nombre de Cristo deben pasar por ese riguroso examen. Tanto los vivos como los muertos deben ser juzgados ‘de acuerdo con las cosas escritas en los libros, según sus obras’

“Los pecados que no hayan inspirado arrepentimiento y que no hayan sido abandonados, no serán perdonados ni borrados de los libros de memoria, sino que permanecerán como testimonio contra el pecador en el día de Dios. Puede el pecador haber cometido sus malas acciones a la luz del día o en la obscuridad de la noche; eran conocidas y manifiestas para Aquel a quien tenemos que dar cuenta. Hubo siempre ángeles de Dios que fueron testigos de cada pecado, y lo registraron en los libros infalibles. El pecado puede ser ocultado, negado, encubierto para su padre, una madre, una esposa, o para los hijos y los amigos; nadie, fuera de los mismos culpables tendrá tal vez la más mínima sospecha del mal; no deja por eso de quedar al descubierto ante los seres celestiales. La obscuridad de la noche más sombría, el misterio de todas las artes engañosas, no alcanzan a velar un solo pensamiento para el conocimiento del Eterno. Dios lleva un registro exacto de todo acto injusto e ilícito. No se deja engañar por una apariencia de piedad. No se equivoca en su apreciación del carácter. Los hombres pueden ser engañados por entes de corazón corrompido, pero Dios penetra todos los disfraces y lee la vida interior.

“¡Qué pensamiento tan solemne! Cada día que transcurre lleva consigo su caudal de apuntes para los libros del cielo. Una palabra pronunciada, un acto cometido, no pueden ser jamás retirados. Los ángeles tomaron nota tanto de lo bueno como de lo malo. El más poderoso conquistador de este mundo no puede revocar el registro de un solo día siquiera. Nuestros actos, nuestras

palabras, hasta nuestros más secretos motivos, todo tiene su peso en la decisión de nuestro destino para dicha o desdicha. Podremos olvidarlos, pero no por eso dejarán de testificar en nuestro favor o contra nosotros.

“Así como los rasgos de la fisonomía son reproducidos con minuciosa exactitud sobre la pulida placa del artista, así también está el carácter fielmente delineado en los libros del cielo. No obstante ¡Cuán poca preocupación se siente respecto a ese registro que debe ser examinado por los seres celestiales! Si se pudiese recorrer el velo que separa el mundo visible del invisible, y los hijos de los hombres pudiesen ver a un ángel apuntar cada palabra y cada acto que volverán a encontrar en el día del juicio, ¡cuántas palabras de las que se pronuncian cada día no se dejarían de pronunciar; cuántos actos no se dejarían sin realizar!

“En el juicio se examinará el empleo que se haya hecho de cada talento. ¿Cómo hemos empleado el capital que el cielo nos concediera? A su venida ¿recibirá el Señor lo que es suyo con interés? ¿Hemos perfeccionado las facultades que fueran confiadas a nuestras manos, a nuestros corazones y a nuestros cerebros para la gloria de Dios y provecho del mundo? ¿Cómo hemos empleado nuestro tiempo, nuestra pluma, nuestra voz, nuestro dinero, nuestra influencia? ¿Qué hemos hecho por Cristo en la persona de los pobres, de los afligidos, de los huérfanos o de las viudas? Dios nos hizo depositarios de su santa Palabra; ¿qué hemos hecho con la luz y la verdad que se nos confió para hacer a los hombres sabios para la salvación? No se da ningún valor a una mera profesión de fe en Cristo; sólo se tiene por genuino el amor que se muestra en las obras. Con todo, el amor es lo único que ante los ojos del Cielo da valor a un acto cualquiera. Todo lo que se hace por amor, por insignificante que aparezca en opinión de los hombres, es aceptado y recompensado por Dios.

“El egoísmo escondido de los hombres aparece en los libros del cielo. Allí está el registro de los deberes que no cumplieron para con el prójimo, el de su olvido de las exigencias del Señor. Allí se verá cuán a menudo fueron dados a Satanás tiempo, pensamientos y energías que pertenecían a Cristo. Harto tristes son los apuntes que los ángeles llevan al cielo. Seres inteligentes que profesan ser discípulos de Cristo están absorbidos por la adquisición de bienes mundanos, o por el goce de los placeres terrenales. El dinero, el tiempo y las energías son sacrificados a la ostentación

y al egoísmo; pero pocos son los momentos dedicados a orar, a estudiar las Sagradas Escrituras, a humillar el alma y a confesar los pecados.

“Satanás inventa innumerables medios de distraer nuestras mentes de la obra en que precisamente deberíamos estar más ocupados. El archiseductor aborrece las grandes verdades que hacen resaltar la importancia de un sacrificio expiatorio y de un Mediador todopoderoso: Sabe que su éxito estriba en distraer las mentes de Jesús y de su obra.

“Los que desean participar de los beneficios de la mediación del Salvador no deben permitir que cosa alguna les impida cumplir su deber de perfeccionarse en la santificación en el temor de Dios. En vez de dedicar horas preciosas a los placeres, a la ostentación o a la búsqueda de ganancias, las consagrarán a un estudio serio y con oración de la Palabra de verdad. El pueblo de Dios debería comprender claramente el asunto del santuario y del juicio investigador. Todos necesitan conocer por sí mismos el ministerio y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo, les será imposible ejercitar la fe tan esencial en nuestros tiempos, o desempeñar el puesto al que Dios los llama. Cada cual tiene un alma que salvar o que perder. Todos tienen una causa pendiente ante el tribunal de Dios. Cada cual deberá encontrarse cara a cara con el gran Juez. ¡Cuán importante es, pues, que cada uno contemple a menudo de antemano la solemne escena del juicio en sesión, cuando serán abiertos los libros, cuando con Daniel, cada cual tendrá que estar en pie al fin de los días!

“Todos los que han recibido la luz sobre estos asuntos deben dar testimonio de las grandes verdades que Dios les ha confiado. El santuario en el cielo es el centro mismo de la obra de Cristo en favor de los hombres. Conciérne a toda alma que vive en la tierra. Nos revela el plan de la redención, nos conduce hasta el fin mismo del tiempo y anuncia el triunfo final de la lucha entre la justicia y el pecado. Es de la mayor importancia que todos investiguen a fondo estos asuntos, y que estén siempre prontos a dar respuesta a todo aquel que les pidiere razón de la esperanza que hay en ellos.

“La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con su muerte dio principio a aquella obra para cuya conclusión ascendió al cielo después de su resurrección. Por

la fe debemos entrar velo adentro, 'donde entró por nosotros como precursor Jesús' (Hebreos 6:20). Allí se refleja la luz de la cruz del Calvario; y allí podemos obtener una comprensión más clara de los misterios de la redención. La salvación del hombre se cumple a un precio infinito para el cielo; el sacrificio hecho corresponde a las más amplias exigencias de la ley de Dios quebrantada. Jesús abrió el camino que lleva al trono del Padre, y por su mediación pueden ser presentados ante Dios los deseos sinceros de todos los que a él se allegan con fe.

“El que encubre sus transgresiones, no prosperará; mas el que las confiesa y las abandona, alcanzará misericordia’ (Proverbios 28:13, V.M.). Si los que esconden y disculpan sus faltas pudiesen ver cómo Satanás se alegra de ellos, y los usa para desafiar a Cristo y sus santos ángeles, se apresurarían a confesar sus pecados y a renuncia a ellos. De los defectos de carácter se vale Satanás para intentar dominar toda la mente, y sabe muy bien que si se conservan estos defectos, lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer. Pero Jesús aboga en su favor con sus manos heridas, su cuerpo quebrantado, y declara a todos los que quieran seguirle: ‘Bástate mi gracia’ (2 Corintios 12:9). ‘Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga’ (Mateo 11:29. 30). Nadie considere, pues, sus defectos como incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos.

“Estamos viviendo ahora en el gran día de la expiación. Cuando en el servicio simbólico el sumo sacerdote hacía la propiciación por Israel, todos debían afligir sus almas arrepintiéndose de sus pecados y humillándose ante el Señor, si no querían verse separados del pueblo. De la misma manera, todos los que desean que sus nombres sean conservados en el libro de la vida, deben ahora, en los pocos días que les quedan de este tiempo de gracia, afligir sus almas ante Dios con verdadero arrepentimiento y dolor por sus pecados. Hay que escudriñar honda y sinceramente el corazón. Hay que deponer el espíritu liviano y frívolo al que se entregan tantos cristianos de profesión. Empeñada lucha espera a todos aquellos que quieran subyugar las malas inclinaciones que tratan de dominarlos. La obra de preparación es obra individual. No somos salvados en grupos. La pureza y la devoción de uno no

suplirá la falta de estas cualidades en otro. Si bien todas las naciones deben pasar en juicio ante Dios, sin embargo él examinará el caso de cada individuo de un modo tan rígido y minucioso como si no hubiese otro ser en la tierra. Cada cual tiene que ser probado y encontrado sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante.

“Solemnes son las escenas relacionadas con la obra final de la expiación. Incalculables son los intereses que ésta envuelve. El juicio se lleva ahora adelante en el santuario celestial. Esta obra se viene realizando desde hace muchos años. Pronto — nadie sabe cuándo — les tocará ser juzgados a los vivos. En la augusta presencia de Dios nuestras vidas deben ser pasadas en revista. En éste más que en cualquier otro tiempo conviene que toda alma preste atención a la amonestación del Señor: ‘Velad y orad: porque no sabéis cuándo será el tiempo’. ‘Y si no velares, vendré a ti como ladrón, y no sabrás en qué hora vendré a ti’ (Marcos 13:33; Apocalipsis 3:3).

“Cuando quede concluida la obra del juicio investigador, quedará también decidida la suerte de todos para vida o para muerte. El tiempo de gracia terminará poco antes de que el Señor aparezca en las nubes del cielo. Al mirar hacia ese tiempo, Cristo declara en el Apocalipsis: ‘¡El que es injusto, sea injusto aún; y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo, sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo! He aquí, yo vengo presto, y mi galardón está conmigo, para dar la recompensa a cada uno según sea su obra’ (Apocalipsis 22:11, 12, V.M.).

“Los justos y los impíos continuarán viviendo en la tierra en su estado mortal, — los hombres seguirán plantando y edificando, comiendo y bebiendo, inconscientes todos ellos de que la decisión final e irrevocable ha sido pronunciada en el santuario celestial. Antes del diluvio, después que Noé hubo entrado en el arca, Dios le encerró en ella, dejando fuera a los impíos; pero por espacio de siete días el pueblo, no sabiendo que su suerte estaba decidida, continuó en su indiferente búsqueda de placeres y se mofó de las advertencias del juicio que le amenazaba. ‘Así, — dice el Salvador — será también la venida del Hijo del hombre’ (Mateo 24:39). Inadvertida como el ladrón a medianoche, llegará la hora decisiva que fija el destino de cada uno, cuando será retirado definitivamente el ofrecimiento de la gracia que se dirigiera a los culpables.

“¡Velad pues; . . . no sea que viniendo de repente, os halle dormidos!’ (Marcos 13:35, 36, V.M.). Peligroso es el estado de aquellos

que cansados de velar, se vuelven a los atractivos del mundo. Mientras que el hombre de negocios está absorto en el afán de lucro, mientras el amigo de los placeres corre tras ellos, mientras la esclava de la moda está ataviándose, — puede llegar el momento en que el Juez de toda la tierra pronuncie la sentencia: ‘Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto’ (Daniel 5:27, V.M.)” (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 534-545).

El Borramiento del Pecado

Capítulo 21

EL juicio investigador está seguido por el borramiento de los pecados. Esta es la gran bendición de la expiación final, porque después que esta obra se termine, los redimidos estarán eternamente seguros de que sus pecados no volverán a ellos otra vez.

Es muy importante que una correcta interpretación bíblica de la palabra “borrar” sea establecida. En términos bíblicos significa trasladar de un lugar a otro, como se confirma en las siguientes declaraciones:

“Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz” (*Colosenses 2:14*).

“Y así como la purificación típica de lo terrenal se efectuaba quitando los pecados con los cuales había sido contaminado, así también la purificación real de lo celestial debe efectuarse quitando o borrando los pecados registrados en el cielo” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 474).

En ambas de estas referencias, “borrar” se define “separar”, “trasladar”. Esto significa llevar de un lugar y ponerlo en otro.

El primer borramiento sucede cuando los pecados son trasladados del pecador y llevados al santuario, donde permanecen hasta el gran día de la expiación final. El segundo borramiento ocurre cuando los pecados son llevados del santuario y colocados sobre el macho cabrío. Ninguno de estos borramientos efectúa la destrucción del pecado. Esto no se realiza hasta que finalmente se traslade, junto con el macho cabrío emisario, al olvido definitivo.

El borramiento de los pecados no es, como muchos suponen, el borramiento del *registro* del pecado. Es la eliminación del pecado mismo, primero del creyente, luego del santuario, y finalmente de la existencia.

Al mismo tiempo, se arreglarán los registros para retener una descripción verdadera de dónde el pecado está. Algunos registros serán borrados de un libro y anotados en otro. Por ejemplo, cuando se halla en el juicio que una persona ha fallado en repudiar todos los pecados, su nombre será trasladado o borrado del libro de la vida, y colocado en el libro de la muerte.

Para entender correctamente el borramiento de los pecados, se necesita comprender la diferencia entre los registros del pecado y el pecado mismo, y la manera en la cual cada uno halla su lugar en el santuario.

La primera cosa que muestra que existe una diferencia entre el uno y el otro es el hecho de que una persona puede tener un registro completo de sus pecados en el santuario sin tener pecado en absoluto allá. En el momento que una persona peca, se hace un relato escrito de la transgresión por los ángeles que están comisionados para hacer este trabajo. Esto se hace, sea que la persona venga a confesar la iniquidad o no. Así los hombres que nunca confesaron un pecado en su existencia y, por lo tanto, no tienen pecado en el santuario, tienen allá un registro completo de cada pensamiento, palabra y acto de su vida. En sus casos, tienen un mal registro en el cielo sin tener sus pecados en el santuario. Solamente los que, subsecuente a su pecado, se arrepintieron y lo transfirieron al santuario, tienen el pecado y el registro de él en el cielo.

La segunda cosa que comprueba que existe una diferencia vital entre los dos, es que la transferencia del pecado es la obra de Cristo, el Sumo Sacerdote, mientras que los ángeles son los comisionados a escribir los registros. Ninguno hace el trabajo del otro. Esto es así debido al profundo respeto que las dos partes tienen por la posición concedida al otro y porque de todas maneras los ángeles no pueden hacer el trabajo del Sacerdote.

La tercera evidencia que prueba este punto es que mientras el pecado mancha todo lo que toca, incluyendo los lugares santos en el cielo, el registro no. Si los registros del cielo fueran los que ensuciaran al santuario, entonces la Biblia sería un libro profano, un libro impuro, porque ella contiene muchos registros de malos actos, incluyendo el peor jamás cometido en la historia eterna, el homicidio de Dios en la crucifixión de Cristo.

El cuarto testimonio es el hecho, que mientras el pecado será borrado de la existencia, los registros permanecerán toda la eternidad. Estos registros incluirán cada pensamiento, palabra y acto alguna vez expresados o cometidos por los justos así como por los impíos. A primera vista algunos pueden hallar esto una idea aterradora, pero cuando se entiende a la luz de los propósitos eternos de Dios, el creyente verá que debe ser así, y se regocijará.

Existe abundante evidencia para afirmar que los registros no serán, y en realidad no pueden ser borrados. Ahora se da consideración a ellas:

“La historia del pecado atestiguará durante toda la eternidad que con la existencia de la ley de Dios se vincula la dicha de todos los seres creados por él. En vista de todos los hechos del gran conflicto, todo el universo, tanto los justos como los rebeldes, declaran al unísono: ‘Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos!’ (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 729).

La historia del pecado es el registro de él, la crónica de las acciones humanas contra Dios y del uno contra el otro. Esto estará por toda la eternidad como un testimonio a la justicia de Dios. Este registro no será una cuenta vaga, generalizada de una mala acción, sino una que contiene *todos* los actos del gran conflicto.

En adición a las cuentas que están siendo escritas con tal exactitud por los santos ángeles, los escritos inspirados estarán todos en el cielo. Estos serán usados durante el milenio cuando los justos se sentarán en juicio sobre los impíos.

“Serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años’ (Apocalipsis 20:4, 6). Entonces será cuando, como está predicho por san Pablo ‘los santos han de juzgar al mundo’ (1 Corintios 6:2). Junto con Cristo juzgan a los impíos, comparando sus actos con el libro de la ley, la Biblia, y fallando cada caso en conformidad con los actos que cometieron por medio de su cuerpo” (*Id.*, pág. 719).

Los escritos del Espíritu de Profecía estarán allá también, como se le dijo a la hermana White: “No temas a los hombres porque mi escudo te protegerá. No eres tú la que hablas: es el Señor quien te da los mensajes de admonición y reprensión. Nunca te desvíes de la verdad bajo ninguna circunstancia. Da la luz que te daré. Los mensajes para estos últimos días serán escritos en libros y permanecerán inmortalizados para testificar contra los que una vez se regocijaron en la luz, pero que han sido inducidos a renunciar a ella debido a las seductoras influencias del mal” (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 36).

Si los escritos del Espíritu de Profecía han de permanecer inmortalizados, nunca pasarán fuera de existencia. Junto con la Biblia, ellos tomarán su lugar en el cielo y serán también usados como referencias en el juicio de los impíos.

Nada hay que sugiera que éstos serán versiones condensadas de los cuales los registros de pecado han sido tachados. En realidad,

lo inverso será el caso, porque cada persona tiene que ser juzgada a la luz de lo que ha conocido. Por ejemplo, los que, conociendo los registros de la Biblia, han cometido adulterio y homicidio como lo hizo David, tienen menos excusa por ello de la que él tuvo, debido a la revelación de la actitud de Dios para con los crímenes de David. Para determinar el grado de culpabilidad para estas personas, sus crímenes han de ser comparados con la Biblia y el Espíritu de Profecía, así que tienen que estar allá en forma total.

Estos registros inmortalizados contienen relatos de pecados cometidos por personas que estarán también en el reino; hombres como Adán y Abraham. Nosotros podremos leer estos relatos allá justamente como podemos leerlos hoy. Por lo tanto, si el borramiento de los pecados es el borramiento de los registros, estos registros bíblicos habrían de ser tachados también.

Pero hay más evidencia de que los registros contenidos en los libros no serán quitados y perdidos. Mil años después del borramiento de los pecados, los impíos serán levantados y reunidos alrededor de la ciudad para el asalto final. Cuando ellos lo hagan, los libros de registro serán abiertos y cada pecado que alguna vez cometieran pasará delante de sus ojos.

“Apenas se abren los registros, y la mirada de Jesús se dirige hacia los impíos, éstos se vuelven conscientes de todos los pecados que cometieron. Reconocen exactamente el lugar donde sus pies se apartaron del sendero de la pureza y de la santidad, y cuán lejos el orgullo y la rebelión los han llevado en el camino de la transgresión de la ley de Dios. Las tentaciones seductoras que ellos fomentaron cediendo al pecado, las bendiciones que pervirtieron, su desprecio de los mensajeros de Dios, los avisos rechazados, la oposición de corazones obstinados y sin arrepentimiento — todo eso sale a relucir como si estuviese escrito con letras de fuego” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 724).

Hasta aquí esta declaración sólo prueba que los registros de los impíos no habrán sido borrados en el tiempo que termina el milenio. Sin embargo, lo que sigue hace claro que los registros de los pecados cometidos por los justos serán también preservados hasta ese tiempo.

“Por encima del trono se destaca la cruz; y como en vista panorámica aparecen las escenas de la tentación, la caída de Adán y las fases sucesivas del gran plan de redención. El humilde nacimiento del Salvador; su juventud pasada en la sencillez y en la

obediencia; su bautismo en el Jordán; el ayuno y la tentación en el desierto; su ministerio público, que reveló a los hombres las bendiciones más preciosas del cielo; los días repletos de obras de amor y misericordia, y las noches pasadas en oración y vigilia en la soledad de los montes; las conspiraciones de la envidia, del odio y de la malicia con que se recompensaron sus beneficios; la terrible y misteriosa agonía en Getsemaní, bajo el peso anonadador de los pecados de todo el mundo; la traición que le entregó en manos de la turba asesina, los terribles acontecimientos de esa noche de horror — el preso resignado y olvidado de sus discípulos más amados, arrastrado brutalmente por las calles de Jerusalén; el hijo de Dios presentado con visos de triunfo ante Anás, obligado a comparecer en el palacio del sumo sacerdote, en el pretorio de Pilato, ante el cobarde y cruel Herodes; ridiculizado, insultado, atormentado y condenado a muerte — todo eso está representado a lo vivo . . .

“La escena terrible se presenta con toda exactitud” (*Id.*, pág. 724, 725).

Adán y los once apóstoles mencionados en este párrafo estarán en el cielo y, de este modo, estarán en la ciudad cuando sus pecados sean presentados delante de sus ojos a plena vista de la tambaleante multitud. Que Adán estará allá se comprueba por esta declaración con relación a su reunión con el segundo Adán.

“Cuando se da la bienvenida a los redimidos en la ciudad de Dios, un grito triunfante de admiración llena los aires. Los dos Adanes están apunto de encontrarse. El Hijo de Dios está en pie con los brazos extendidos para recibir al padre de nuestra raza — al ser que él creó, que pecó contra su Hacedor, y por cuyo pecado el Salvador lleva las señales de la crucifixión. Al distinguir Adán las cruentas señales de los clavos, no se echa en los brazos de su Señor, sino que se prosterna humildemente a sus pies, exclamando: ‘¡Digno, digno es el Cordero que fue inmolado!’ El Salvador lo levanta con ternura, y le invita a contemplar nuevamente la morada edénica de la cual ha estado desterrado por tanto tiempo” (*Id.*, pág. 705).

Más descripciones de la reintegración de Adán continúa, pero la anterior es suficiente para probar que él estará en el cielo y tendrá un lugar en la tierra nueva.

Nosotros sabemos también que los apóstoles estarán allá porque sus nombres estarán escritos en los fundamentos de la ciudad.

Los pecados de Adán y los apóstoles habrán sido borrados por lo menos mil años antes de sus vidas ser expuestas en esta visión panorámica a la vista de todos. Si el borramiento de los pecados fuera el borramiento de los registros reales de ellos, esta demostración sería imposible. Mucho tiempo antes, los registros y el recuerdo de estas cosas pasarían para siempre.

Esta es una terrible presentación de graves pecados que serán exhibidos ante las multitudes. Se mostrará a Pedro una vez más en el atrio rodeado por la gente que estaba allí con él. Otra vez, las acusaciones de la muchacha se oirán, la voz de Pedro proferirá las maldiciones y juramentos, y el gallo cantará exactamente como fue en esa terrible noche.

¿Por qué serían sometidos Pedro y los otros discípulos a esta terrible exposición de sus injusticias? ¿Es todo esto necesario?

Es muy necesario, porque Dios no desperdicia el tiempo y esfuerzo en ociosidad. Hay un propósito muy real en sus acciones.

Afuera de la nueva Jerusalén, de pie entre los perdidos eternamente, estarán al menos algunos de los que estaban en el atrio esa noche. Cuando ellos contemplan a los glorificados en la ciudad, verán a Pedro entre los redimidos del Señor. La pregunta surgirá en sus mentes, ‘¡Nosotros no negamos a Cristo con maldiciones y juramentos! ¡Pedro hizo peor de lo que nosotros hicimos! ¿Por qué está él allá, mientras nosotros somos excluidos?’

Esa pregunta tiene que ser respondida para su completa satisfacción, porque ellos no han de pasar al olvido antes que todos estén totalmente convencidos de que no existe falta en el gobierno de Dios. Dios no demanda esto para su propia satisfacción, sino para la seguridad eterna del universo.

Si hubiera un completo borramiento de todos los registros de los pecados de Pedro, Dios tendría que responder al decir, “Yo no sé de qué estáis hablando. Yo no tengo registro o recuerdo que Pedro hubiera hecho lo que vosotros estáis diciendo que hizo.

Tal respuesta no fuera satisfactoria. Ellos acusarían a Dios de duplicidad y favoritismo. Los propósitos de Dios no servirían para tal situación. En cambio, El dirá a los que interrogan:

“Yo sé lo que hizo Pedro; cada palabra profana que pronunció. Fue el pecado más grave. Pero él se arrepintió de su pecado, y mi gracia transformadora hizo de él una persona apta para morar en el paraíso. Si vosotros hubierais confesado y eliminado vuestros pecados como él lo hizo, estaríais también donde él está hoy.”

Esta completa honestidad por parte de Dios los dejará enmudecidos. Reconocerán que ellos pudieron haber sido salvados también y que su exclusión del cielo es el fruto de su propia rebelión y descuido.

Sin embargo, puede ser objetado que después que toda duda de la verdad y error se haya aclarado para siempre en el juicio, no habrá más necesidad de retener los registros de pecado. Esto no es correcto, porque nunca llegará un tiempo cuando se pueda con seguridad prescindir de esos registros. Esta verdad se hace clara en los párrafos siguientes:

“Satanás achacaba a la ley y al gobierno de Dios la discordia que su propia conducta había introducido en el cielo. Declaraba que todo el mal provenía de la administración divina. Aseveraba que lo que él mismo quería era perfeccionar los estatutos de Jehová. Era pues necesario que diera a conocer la naturaleza de sus pretensiones y los resultados de los cambios que él proponía introducir en la ley divina. Su propia obra debía condenarle. Satanás había declarado desde un principio que no estaba en rebelión. El universo entero debía ver al seductor desenmascarado.

“Aun cuando quedó resuelto que Satanás no podría permanecer por más tiempo en el cielo, la Sabiduría Infinita no le destruyó. En vista de que sólo un servicio de amor puede ser aceptable a Dios, la sumisión de sus criaturas debe proceder de una convicción de su justicia y benevolencia. Los habitantes del cielo y de los demás mundos, no estando preparados para comprender la naturaleza ni las consecuencias del pecado, no podrían haber reconocido la justicia y misericordia de Dios en la destrucción de Satanás. De haber sido éste aniquilado inmediatamente, aquéllos habrían servido a Dios por miedo más bien que por amor. La influencia del seductor no habría quedado destruida del todo, ni el espíritu de rebelión habría sido extirpado por completo. Para bien del universo entero a través de las edades sin fin, era preciso dejar que el mal llegase a su madurez, y que Satanás desarrollase más completamente el verdadero carácter de los cargos que arrojara él contra el gobierno divino y a fin de que quedaran para siempre incontrovertibles la justicia y la misericordia de Dios, así como el carácter inmutable de su ley.

“La rebeldía de Satanás, cual testimonio perpetuo de la naturaleza y de los resultados terribles del pecado, debía servir de lección al universo en todo el curso de las edades futuras. La obra del

gobierno de Satanás, sus efectos sobre los hombres y los ángeles, harían patentes los resultados del desprecio de la autoridad divina. Demostrarían que de la existencia del gobierno de Dios y de su ley depende el bienestar de todas las criaturas que él ha formado. De este modo la historia del terrible experimento de la rebeldía, sería para todos los seres santos una salvaguardia eterna destinada a precaverlos contra todo engaño respecto a la índole de la transgresión, y a guardarlos de cometer pecado y de sufrir el castigo consiguiente” (*Id.*, págs. 552, 553).

¿Por qué este registro de pecado retenido en el cielo es “para todos los seres santos una salvaguardia eterna” que los guarda de caer otra vez en pecado? ¿Es esto ciertamente innecesario en un ambiente sin pecado?

Hubo un tiempo cuando no existía tal registro. Ni los ángeles sin pecado ni los habitantes de las lejanas galaxias tenían conocimiento del mal. La palabra de Dios era la única incuestionable autoridad.

Uno imaginaría que nada más fuera necesario para asegurar el cielo. Pero la realidad es que, cuando Satanás se levantó para desafiar esa autoridad, eso llegó a ser un caso de su palabra contra la de Dios. El maligno fue capaz de hacer parecer en los ojos de muchos, que tenía una mejor proposición que la de Jehová. Satanás reclamaba que debían hacerse cambios en la administración divina antes que la felicidad plena y la paz pudiera asegurarse, mientras que Dios se opuso al advertir que las promesas de gran exaltación sólo producirían terrible degradación.

Extraño como parezca, la palabra de Dios no fue suficiente para evitar el surgimiento de la rebelión. Si lo hubiera sido, la gran insurrección del mal nunca habría tomado lugar. Algo más tenía que ser suministrado para asegurar que la iniquidad nunca pueda levantarse otra vez en el reino de Dios.

Por seis mil años se le habrá dado a Satanás la oportunidad de mostrar la verdadera naturaleza de sus demandas. Ha sido una tarea muy difícil de exponerlo debido a la naturaleza engañosa de su obra. El ha sido capaz de hacer parecer que está en lo correcto y que Dios es el opresor y el destructor.

“Dios podría haber destruido a Satanás y a los que simpatizaban con él tan fácilmente como nosotros podemos arrojar una piedrecita al suelo; pero no lo hizo. La rebelión no se había de vencer por la fuerza. Sólo el gobierno satánico recurre al poder

compulsorio. Los principios del Señor no son de este orden. Su autoridad descansa en la bondad, la misericordia y el amor; y la presentación de estos principios es el medio que quiere emplear. El gobierno de Dios es moral, y la verdad y el amor han de ser la fuerza que lo haga prevalecer.

“Era el propósito de Dios colocar las cosas sobre una eterna base de seguridad, y en los concilios del cielo fue decidido que se le debía dar a Satanás tiempo para que desarrollara los principios que constituían el fundamento de su sistema de gobierno. El había aseverado que eran superiores a los principios de Dios. Se dio tiempo al desarrollo de los principios de Satanás, a fin de que pudiesen ser vistos por el universo celestial” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 706, 707).

Cuando todo se termine, se le habrá dado al universo la mejor demostración práctica posible de las diferencias reales entre los principios benignos del amor divino, y los principios de violencia, odio y malicia de Satanás. Nunca más será necesario someter el asunto a prueba, porque los puntos de disputa se habrán probado para satisfacción entera de toda inquietud. Aun Satanás y todos sus seguidores reconocerán la rectitud y justicia de Jehová.

Por toda la eternidad, los redimidos, los santos ángeles y los habitantes de los mundos no caídos explorarán más profundamente los misterios del amor redentor. Estarán abiertas delante de sus mentes las profundidades de comprensión, sólo hecho posible debido al reino del pecado. La cruz será el punto central de interés, porque allí la justicia apareció en lo mejor de su brillantez, y el pecado en su peor condición. Cuando ellos investiguen estos misterios, se mantendrán siempre seguros de cualquier disposición al experimento con el pecado en cualquier forma.

Para que semejante estudio sea realmente efectivo, no se tendrán que perder fragmentos para el enigma. Cada detalle tiene que estar disponible, para que su lugar e influencia pueda ser indagado. Por lo tanto, es esencial que los completos registros de pecado y salvación se preserven eternamente.

Si estos registros hubieran de ser tachados de los libros y borrados de las memorias de los redimidos y de los habitantes de los mundos no caídos como muchos suponen, el universo retrocedería a donde estaba antes de comenzar la controversia. El tiempo llegaría cuando una vez más un ser desafiaría los propósitos de Dios y toda la triste historia sería repetida.

Lo que Dios ha hecho es adquirir una póliza de seguros a tremendo costo. Millones de vidas estaban siendo perdidas, un mundo entero creado estaba siendo destruido, y Cristo sufrió y murió para que el universo pudiera estar eternamente seguro.

Para El fuera derroche, necedad e irresponsabilidad, destruir esa seguridad como sucediera si destruyera los registros de los libros y borrara toda memoria de esta vida de las mentes de los redimidos y de los seres no caídos.

Por consiguiente, el borramiento del pecado no es el borramiento de sus registros, sino la obliteración del pecado mismo. Los registros tienen que quedarse como la certeza que el pecado tiene que salir.

Las evidencias consideradas certifican que es el pecado que será eliminado del universo, no la memoria o el registro de él. No obstante, hay algunas declaraciones que, hasta ser entendidas correctamente, parecen negar esto. Aquí hay dos de ellas:

“Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (*Isaías* 43:25).

“Si Jacob no se hubiese arrepentido previamente del pecado que cometió al adueñarse fraudulentamente del derecho de primogenitura, Dios no habría escuchado su oración ni le hubiese salvado la vida misericordiosamente. Así, en el tiempo de angustia, si el pueblo de Dios conservase pecados aún inconfesos cuando lo atormenten el temor y la angustia, sería aniquilado; la desesperación acabaría con su fe y no podría tener confianza para rogar a Dios que le librase. Pero por muy profundo que sea el sentimiento que tiene de su indignidad, no tiene culpas escondidas que revelar. Sus pecados han sido examinados y borrados en el juicio; y no puede recordarlos” (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 677, 678).

El texto de *Isaías* es una promesa personal de Dios que, cuando ha borrado los pecados del penitente, no recordará más esos pecados. Para la persona común el mensaje es patente. Ella interpreta esta promesa para decir que Dios renunciará a cualquier recuerdo de que sus hijos hayan cometido alguna vez esos pecados.

La declaración en *El Conflicto de los Siglos* parece confirmar este concepto al afirmar que, después que el tiempo de gracia termine y sus pecados se hayan borrado, ellos no podrán traer estos pecados al recuerdo, no importa cuánto traten de hacerlo.

Las dos declaraciones se forman en el contexto del borramiento de los pecados, lo cual parece inferir que este trabajo borra los

registros de pecado de los libros en el cielo, así como de la mente de Dios y de la memoria de los redimidos. Sin embargo, si esta es la interpretación correcta de estos pasajes, entonces hay una contradicción imposible, porque la evidencia presentada comprueba que el borramiento de pecados no efectúa tales destrucciones, sino es la remoción real del pecado mismo.

No existe, por supuesto, ninguna contradicción real en este caso, excepto entre lo que nosotros pensamos que una serie de declaraciones está diciendo en oposición a lo que creemos que la otra está declarando. Necesitamos una comprensión revisada del uso bíblico de la palabra “recuerdo”, como distinto de como la palabra es generalmente usada hoy. Una vez más, la Biblia tiene que servir como su propio diccionario.

Lo que necesita ser hallado es una situación donde la palabra se usa de la misma manera como en la declaración y versículo bajo consideración, mientras que el significado bíblico se define simultáneamente. Tal ejemplo se halla en las instrucciones que Dios dio para la aniquilación de los amalecitas.

Estas gentes violentas y crueles se encontraron primero con los israelitas entre Egipto y el monte Sinaí, buscando en las afueras de la multitud como asesinar al débil y rezagado. Su conducta ofensiva era la expresión de la naturaleza mala que los gobernaba, conduciendo a Dios ordenar a los israelitas que los borrara de la faz de la tierra, justamente como el recuerdo del pecado ha de ser borrado del universo.

“Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y di a Josué que raeré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo” (*Exodo 17:14*).

Precisamente antes de la muerte de Moisés, Dios, por medio de él, reiteró esta promesa.

“Acuérdate de lo que hizo Amalec contigo en el camino, cuando salías de Egipto; de cómo te salió al encuentro en el camino, y te desbarató la retaguardia de todos los débiles que iban detrás de ti, cuando tú estabas cansado y trabajado; y no tuvo ningún temor de Dios. Por tanto, cuando Jehová tu Dios te dé descanso de todos tus enemigos alrededor, en la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad para que la poseas, borrarás la memoria de Amalec de debajo del cielo; no lo olvides” (*Deuteronomio 25:17-19*).

Aunque tomó un tiempo, estas palabras proféticas se han cumplido al pie de la letra. La memoria de Amalec se ha borrado de la

faz de la tierra. Durante el reinado de Saúl, él y David pelearon con estas gentes, reduciendo sus miembros y su poder. Cuando David regresó a Ziclág y la halló en una ruina humeante siguiendo una incursión amalecita, él los persiguió, y, en un ataque inesperado, casi los aniquila. Solamente cuatrocientos jóvenes pudieron escapar sobre veloces camellos, como está escrito:

“Y los hirió David desde aquella mañana hasta la tarde del día siguiente; y no escapó de ellos ninguno, sino cuatrocientos jóvenes que montaron sobre los camellos y huyeron” (1 Samuel 30:17).

La última mención de los amalecitas se halla en 1Crónicas 4:43. Es una referencia al logro de quinientos simeonitas que fueron al monte Seir en los días del rey Ezequías, e hirieron el resto de los amalecitas que habían escapado.

Hoy, ninguna de estas personas permanece, ni hay memoria visible de su estancia terrenal. No dejaron tras ellos ninguna ciudad en ruinas, ninguna obra de arte, ni literatura o cualquier otra señal tangible de su existencia. La memoria de ellos se ha destruido, pero el recuerdo de ellos permanece registrado en las Escrituras, como Dios lo dijo “. . . borrarás la memoria de Amalec de debajo del cielo; no lo olvides” (Deuteronomio 25:19).

Esta referencia demuestra que Dios hace una diferencia entre el recuerdo de un pueblo y la memoria de sus actividades durante el tiempo de su existencia. Es aparente que la memoria es una parte visible y tangible de estas personas, tal como descendientes u obras de sus manos. Cuando no hay más representantes vivos de la raza, y todo lo que ellos hicieron se destruye, entonces puede decirse que su memoria se ha borrado, pero esto no significa que los registros de lo que hicieron, sea en forma escrita o en la memoria de los que los escucharon, se haya borrado.

Amalec desapareció de la tierra tan completamente como si nunca hubiera existido, pero el registro de sus malos actos permanecerá por la eternidad. La preservación de la Biblia asegurará que este recuerdo nunca se olvidará.

Cuando este significado de la palabra “memoria” se aplica a las Escrituras relacionado con el borramiento de pecado, todas las aparentes contradicciones desaparecen. Entonces se comprende que lo que es borrado es toda presencia real de pecado en el creyente y esto nada tiene que ver con privarlo del recuerdo del pecado que cometió mientras estuvo en la tierra.

Ahora que este significado de la palabra se ha determinado, es posible entender la declaración en *El Conflicto de los Siglos*, páginas, 677, 678.

“Si Jacob no se hubiese arrepentido previamente del pecado que cometió al adueñarse fraudulentamente del derecho de primogenitura, Dios no habría escuchado su oración ni le hubiese salvado la vida misericordiosamente. Así, en el tiempo de angustia, si el pueblo de Dios conservase pecados aún inconfesos cuando lo atormenten el temor y la angustia, sería aniquilado; la desesperación acabaría con su fe y no podría tener confianza para rogar a Dios que le librase. Pero por muy profundo que sea el sentimiento que tiene de su indignidad, no tiene culpas escondidas que revelar. Sus pecados han sido examinados y borrados en el juicio; y no puede recordarlos”.

El primer punto para notar es que su peligro consiste en la posesión posible de pecados no confesados. Si tuvieran algunos, no tendrían la capacidad de mantener la fe necesaria para verlos en toda la investigación final. Por lo tanto, es crítico que todo pecado se envíe con anticipación al juicio.

El problema es que ninguno sabe cuándo ha visto y confesado el último vestigio de iniquidad en él. Ninguna persona que ha hecho avances positivos en su experiencia cristiana tiene dificultad en entender esto. Cada cual recuerda las varias ocasiones cuando el Espíritu de Dios produjo convicción de males no imaginados antes. Cuando la gracia purificadora de Dios elimina el problema, el arrepentido está ante el Señor con conciencia inocente. Reconoció que vendrían más revelaciones de iniquidades más profundas residiendo en él, pero, por el momento, no las podía ver, y así nada podía hacer por ellas.

El tiempo llegará cuando por fin las últimas manchas se le revelarán, pero la experiencia no será diferente en nada de la que ya ha pasado. Nada habrá que le diga que esta es la conclusión de la obra hecha por la gracia divina en su alma.

De este modo, durante el tiempo de la angustia de Jacob los santos no sabrán que todas sus iniquidades se han confesado y enviado al santuario. Conociendo la naturaleza crítica del tiempo en el que están, reconocerán que tienen que estar en una condición de intachable perfección. De manera que, ellos estarán escudriñando sus corazones para hallar cualquier existencia que en sí misma sea un recuerdo de pecado. Afortunadamente, ellos no

tendrán éxito en su búsqueda, porque “Sus pecados han sido examinados y borrados en el juicio; y no puede recordarlos”.

La simple razón de por qué no pueden, es porque ninguna memoria queda en ellos que testifique la existencia de pecado, exactamente como no queda hoy rastro de los amalecitas que confirme su existencia.

Este significado de la palabra “recuerdo” fue entendido claramente por el pastor E. J. Waggoner, quien escribió:

“Necesitamos estar en guardia contra la idea de que el borramiento de pecados es solamente como el pasar de una esponja sobre un pizarrón, o un ingreso en un libro, para balancear la cuenta. Este no es el borramiento del pecado. Un hombre ignorante que vio un termómetro por primera vez pensó disminuir el calor quebrándolo. ¿Pero cuánto efecto hizo esto sobre el tiempo? Tanto como la cancelación del registro de su pecado hace sobre el pecador. El rasgar una hoja de un libro, o aun la quema del libro que contiene el registro, no borra el pecado. El pecado no se borra al borrar el registro de él, más de lo que arrojar mi Biblia en el fuego anula la Palabra de Dios. Hubo un tiempo cuando todas las Biblias que se pudieron hallar fueron destruidas; pero la Palabra de Dios, la verdad, permaneció exactamente lo mismo, porque la verdad es Dios mismo, y ella es su vida.

“La verdad está implantada en los cielos y en la tierra; ella llena las estrellas, y las mantiene en su lugar; por ella es que las plantas crecen, y las aves construyen sus nidos; por ella es que saben cómo hallar camino en su travesía del mar. Cuando Moisés quebró las tablas de piedra, la ley era tan permanente como era antes. Exactamente así, aunque todo el registro de nuestro pecado, aunque escritos con el dedo de Dios, fueran borrados, el pecado permanecería, porque el pecado está en nosotros. Aunque el registro de nuestro pecado fuera grabado en la roca, y la roca se consumiera hasta el polvo, esto no borraría todavía nuestro pecado.

“El borramiento del pecado es su extirpación de la naturaleza, del ser del hombre. La sangre de Cristo Jesús limpia de todo pecado. Nuestro cuerpo sólo es el canal, la orilla, la arena sobre la playa del río de la vida. Se han hecho impresiones en nosotros por el pecado. En la playa del mar, cuando vosotros veis los finos pedazos de arena, vuestro primer impulso es hacer una marca en ella, escribir algunos caracteres sobre ella. Luego el mar viene, y cada ola que pasa sobre ella borra la impresión hasta que

es totalmente arrasada. Aun así la corriente de vida del trono de Dios lavará y borrará las impresiones de pecado en nosotros.

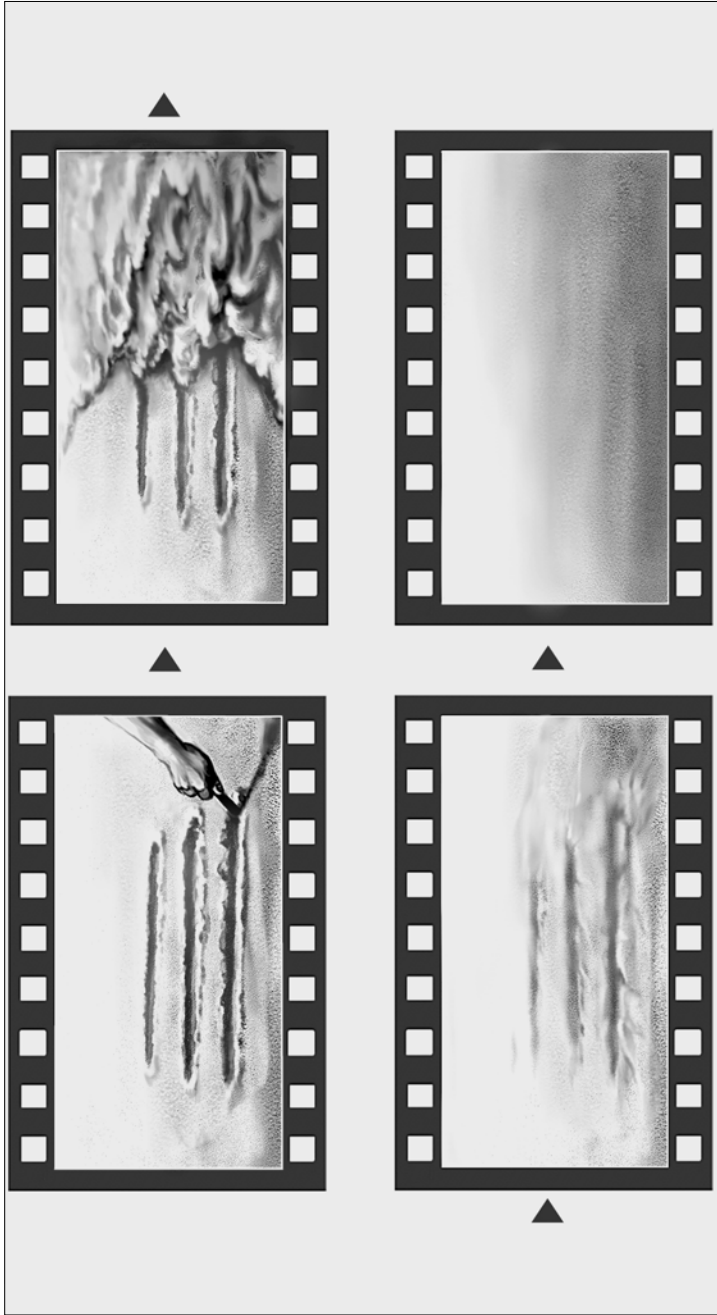
“El tachamiento del pecado es su borramiento de nuestra naturaleza, para que no lo conozcamos más. ‘. . . pues los que tributan este culto, limpios una vez’, — realmente purgados por la sangre de Cristo — ‘no tendrían ya más conciencia de pecado’. Porque el camino de pecado se ha ido de ellos. Su iniquidad puede ser buscada, pero no será hallada. Se ha ido para siempre de ellos, es extraña para sus nuevas naturalezas, y aunque puedan evocar el hecho de que han cometido ciertos pecados, han olvidado el pecado en sí mismo, no piensan más en cometerlo. Esta es la obra de Cristo en el verdadero santuario que el Señor formó, y no el hombre, el santuario no hecho de mano, sino que es traído a la existencia por el pensamiento de Dios” (*The Review and Herald*, 30 de septiembre, 1902).

El concepto del pastor Waggoner está en perfecta armonía con la enseñanza sobre la purificación del santuario como se expresa en la Biblia y el Espíritu de Profecía. Como se observó antes en estos estudios, el servicio diario transfiere pecado del pecador al santuario. Así el mal que manchaba al pecador, ahora contamina el santuario. Se enfatizó que el registro en los libros no es la impureza. Es el *pecado* no el *registro* de él, lo que ensucia el santuario. Por lo tanto, la purificación del santuario se realiza por el borramiento o eliminación del pecado que lo hacía impuro.

“Así como en la antigüedad los pecados del pueblo eran puestos por fe sobre la víctima ofrecida, y por la sangre de ésta se transferían figurativamente al santuario terrenal, así también, en el nuevo pacto, los pecados de los que se arrepienten son puestos por fe sobre Cristo, y transferidos, de hecho, al santuario celestial. Y así como la purificación típica de lo terrenal se efectuaba quitando los pecados con los cuales había sido contaminado, así también la purificación real de lo celestial debe efectuarse quitando o borrando los pecados registrados en el cielo” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 474).

Debe tenerse cuidado de no leer mal esta declaración. Expresa que la purificación debe ser realizada por el borramiento de los pecados que están registrados allá, no el borramiento de los registros de pecados que están allá.

“Cuando el sumo sacerdote, en virtud de la sangre del holocausto, quitaba los pecados del santuario, los ponía sobre la cabeza del



Así como el mar borra las huellas sobre la arena y no deja rastro de ellas, así también el Señor quita el pecado de nosotros para no tenerlo más.

macho cabrío para Azazel. Cuando Cristo, en virtud de su propia sangre, quite del santuario celestial los pecados de su pueblo al fin de su ministerio, los pondrá sobre Satanás, el cual en la consumación del juicio debe cargar con la pena final” (*Id.*, pág. 475).

Como es usual, existe una declaración que, hasta que sea entendida correctamente, parece contradecir todo el resto.

“En el gran día del juicio final, los muertos han de ser juzgados ‘por las cosas que’ están ‘escritas en los libros, según sus obras’ (Apocalipsis 20:12). Entonces en virtud de la sangre expiatoria de Cristo, los pecados de todos los que se hayan arrepentido sinceramente serán borrados de los libros celestiales. En esta forma el santuario será liberado, o limpiado, de los registros del pecado. En el símbolo, esta gran obra de expiación, o el acto de borrar los pecados, estaba representada por los servicios del día de la expiación, o sea de la purificación del santuario terrenal, la cual se realizaba en virtud de la sangre de la víctima y por la eliminación de los pecados que lo manchaban.

“Así como en la expiación final los pecados de los arrepentidos han de borrarse de los registros celestiales, para no ser ya recordados, en el símbolo terrenal eran enviados al desierto y separados para siempre de la congregación.

“Puesto que Satanás es el originador del pecado, el instigador directo de todos los pecados que causaron la muerte del Hijo de Dios, la justicia exige que Satanás sufra el castigo final. La obra de Cristo en favor de la redención del hombre y la purificación del pecado del universo, será concluida quitando el pecado del santuario celestial y colocándolo sobre Satanás, quien sufrirá el castigo final. Así en el servicio simbólico, el ciclo anual del ministerio se completaba con la purificación del santuario y la confesión de los pecados sobre la cabeza del macho cabrío símbolo de Azazel” (*Patriarcas y Profetas*, págs. 371, 372).

El problema con esta referencia es que ella declara, en aparente contradicción a las claras declaraciones hechas en otra parte y ya citadas aquí, que los pecados serán borrados de los “libros celestiales”, antes que del santuario. En vez de decir que el santuario será libre de pecado, ella dice que “. . . será liberado, o limpiado, de los registros del pecado”.

No obstante, consistente con la declaración hecha en otro lugar, un párrafo siguiente nos asegura que la obra de Cristo para los hombres será terminada “quitando el pecado” del santuario celestial.

En realidad no existe contradicción. La purificación del santuario nada más puede ser que la eliminación del pecado por el cual es contaminado. Al mismo tiempo a medida que se hace esta obra, los libros de registro serán actualizados para preservar una descripción exacta de la condición del individuo implicado, y finalmente liberarlo o limpiar su registro de la plena condenación de la ley.

Para entender más perfectamente esto, se debe dar atención al cambio de los registros en el cielo. Antes que se haga una confesión, un registro de pecado permanece contra el pecador en los libros de la muerte y del pecado. Cuando él confiesa y abandona su antigua vida pecaminosa recibe la simiente de Cristo, su nombre se limpia del libro de la muerte y se coloca en el libro de la vida. Al mismo tiempo, sus pecados se transfieren al santuario.

Sin embargo, él “. . . no estaba aún enteramente libre de la condenación de la ley” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 472).

Se requerirá la expiación final para librarlo totalmente de esta condenación. Esto será hecho cuando Cristo esparza su sangre sobre el propiciatorio y tome los pecados del santuario para colocarlos sobre el macho cabrío. Al hacer esto, los registros se ordenan para reflejar un verdadero cuadro de la condición ahora lograda para el creyente. Ellos muestran que él ha sido enteramente libre de la condenación de la ley. Esta es la obra a la que se refiere en las palabras “. . . los pecados de todos los que se hayan arrepentido sinceramente serán borrados de los libros celestiales. En esta forma el santuario será liberado, o limpiado, de los registros del pecado” (*Patriarcas y Profetas*, pág. 372).

Pero esto sólo es el lado del libro de contabilidad. La limpieza real del santuario se realiza por la eliminación del pecado, no el tachamiento de los registros. Además, el borramiento de los registros de ciertos libros no significa su destrucción total, porque “La historia [registro] del pecado atestiguará durante toda la eternidad que con la existencia de la ley de Dios se vincula la dicha de todos los seres creados por él. En vista de todos los hechos del gran conflicto, todo el universo, tanto los justos como los rebeldes, declaran al unísono: ‘Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos’” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 729).

“La remisión, o sea el acto de quitar los pecados, es la obra que debe realizarse” (*Id.*, pág. 470).

Esto comienza en el servicio diario cuando el pecado es transferido del pecador al santuario, y se termina en la expiación final

cuando el gran Sumo Sacerdote traslade el pecado del lugar santo y lo coloca sobre el macho cabrío por Azazel.

Cuando el creyente entiende claramente la distinción entre los registros de pecado y el pecado en sí mismo, y reconoce que es el último lo que mancha el santuario y tiene que ser quitado para efectuar su limpieza, él será diligente para asegurar que su pecaminosidad es eliminada y la justicia de Cristo establecida en su lugar. Se esforzará por llegar al juicio investigador en una condición de intachable perfección, sabiendo que todos sus pecados deben ir al juicio anticipadamente.

La enseñanza de que es el pecado, y no solamente el registro escrito de él, lo que es borrado para purificar el santuario, es tan claro que uno se asombra cómo otro punto de vista fuera aceptado. Con todo la posición sostenida por la vasta mayoría de los que creen en el santuario, es que el borramiento de los registros de los libros en el cielo es la purificación del santuario. Durante todos mis años en la Iglesia Adventista mientras estudiaba en el colegio Avondale, nunca pensé otra cosa más que eso. Ni una vez se me dijo que el pecado en sí tenía que ser quitado.

Esta es una desviación de la posición ocupada por los pioneros adventistas. He estudiado cuidadosamente los escritos de cuantos he tenido acceso, y he fallado en encontrar uno que en el siglo pasado enseñara que la limpieza del santuario se termina al borrar los registros de los libros del cielo.

La primera persona que escribió sobre la expiación final fue O.R.L. Crosier de cuyo artículo la hermana White escribió: “El Señor me mostró en visión, hace más de un año, que el hermano Crosier tenía la verdadera luz, sobre la limpieza del santuario, y que era su voluntad, que el hermano Crosier debía escribir el concepto que nos dio en el Day-Star, Extra, el 7 de febrero de 1846. Me siento completamente autorizada por el Señor, para recomendar esa Extra, a cada santo” (*A Word to the Little Flock*, pág. 12).

La principal responsabilidad del artículo del hermano Crosier es para demostrar que el santuario celestial y su ministerio son los verdaderos antitipos del tabernáculo del Antiguo Testamento y sus servicios. Por lo tanto, él no se llena de interés en distinciones entre pecado y el registro de él. Sin embargo, hay valiosa evidencia para confirmar que él comprendía que la eliminación o borramiento del pecado era la obra para ser realizada.

El reconocía también que “borramiento” es sólo una de las muchas expresiones usadas en la Escritura para describir la misma cosa.

“De estos textos nosotros aprendimos que las palabras expiar, limpiar, reconciliar, purificar, purgar, perdón, santificar, perdonar, justificar, redimir, borrar y otras más, se usan para decir la misma obra, a saber, traer al favor de Dios; y en todos los casos *sangre* es el medio, y algunas veces *sangre y agua*” (*The Sanctuary*, pág. 11).

Por lo tanto, cada vez que él usa la expresión “borrar”, es siempre *pecado* lo que debe ser removido, sin hacerse mención de su registro. Aquí está la primera de estas referencias:

“La expiación que el sacerdote hacía para el pueblo en conexión con su ministerio diario era diferente de la que se hacía el día diez del séptimo mes. Al hacer lo primero, ellos no iban más allá del lugar santo; pero al hacer lo último ellos entraban al lugar santísimo, lo primero se hacía para los casos individuales, lo último por toda la nación de Israel colectivamente, lo primero se hacía para el *perdón de los pecados*, lo último para *borrarlos*, lo primero podía ser hecho en cualquier tiempo, lo último solamente en el día diez del séptimo mes” (*Ibid*).

Muchas más referencias se hace a la expiación final, pero es siempre para el borramiento de *pecado* nunca para el borramiento de su *registro*. En realidad, la palabra “registro”, no aparece en su disertación en conexión con la purificación del santuario. Al contrario, se usa solamente una vez para referirse al registro de la vida de Cristo.

Uno de los escritores mejor conocidos del siglo pasado fue Uriah Smith. En su trabajo más famoso *Las Profecías de Daniel y el Apocalipsis* comenta extensivamente sobre la purificación del santuario, pero ni una vez se refiere al borramiento de los pecados como el borramiento de los registros escritos. En casi una copia de lo que está escrito en *El Conflicto de los Siglos* sobre este tema, se refiere a la purificación del santuario como la eliminación de los pecados por los cuales el tabernáculo se había contaminado.

“Preguntamos ahora: ¿Cuál es la naturaleza de esta purificación, y cómo se realiza? De acuerdo con el lenguaje que se acaba de citar, se realiza por medio de sangre. La purificación no es, por lo tanto, una limpieza de la impureza física, porque la sangre no es el agente que se emplea para una obra tal. Esta consideración

habría de satisfacer al que objetara con respecto a la purificación de las cosas celestiales. El hecho de que las cosas celestiales han de ser purificadas, no prueba que haya alguna impureza física en el cielo, porque ésta no es la clase de purificación a la cual se refieren las Escrituras. La razón por la cual esta purificación se realiza con sangre, estriba en que sin derramamiento de sangre no hay *remisión* ni perdón de pecados.

“La obra que debe hacerse consiste pues en la remisión de los pecados y la eliminación de ellos. La purificación no es, por lo tanto, una purificación física, sino la purificación de los pecados. Pero ¿cómo llegó a relacionarse el pecado con el santuario, sea el terrenal o el celestial, para que sea necesario purificarlo? La pregunta halla su respuesta en el servicio relacionado con el tipo o figura, al cual nos dirigiremos ahora.

“Los capítulos finales del Exodo nos relatan la construcción del santuario terrenal y el ordenamiento de los servicios relacionados con él. El libro de Levítico se inicia con una explicación del ministerio que debía verificarse allí. Todo lo que queremos notar aquí es un detalle particular del servicio. La persona que había cometido pecado traía su ofrenda, un animal vivo, a la puerta del tabernáculo. Sobre la cabeza de esta víctima colocaba su mano un momento y, según podemos deducirlo razonablemente, confesaba su pecado sobre ella. Por este acto expresivo indicaba que había pecado, y que merecía la muerte, pero que en su lugar consagraba su víctima, y le transfería su culpabilidad. Con su propia mano (¡y con qué emociones lo haría!), quitaba luego la vida al animal. La ley exigía la vida del transgresor por su desobediencia. La vida está en la sangre. (Levítico 17:11, 14.) De ahí que sin derramamiento de sangre no haya remisión de pecado. Pero con derramamiento de sangre la remisión es posible, porque se satisface la ley que exige una vida. La sangre de la víctima, que representaba la vida perdida, era el vehículo de su culpabilidad, y la llevaba el sacerdote para presentarla ante el Señor.

“Por su confesión, por la muerte de la víctima, y por ministerio del sacerdote, el pecado quedaba transferido de la persona pecadora al santuario. El pueblo ofrecía así víctima tras víctima. Día tras día se realizaba esta obra, y el santuario recibía los pecados de la congregación. Pero ésta no era la disposición final de estos pecados. La culpabilidad acumulada quedaba eliminada por un servicio especial destinado a purificar el santuario. Este servicio,

en el tipo, ocupaba un día del año, el décimo del mes séptimo, que se llamaba el día de las expiaciones. En ese día, durante el cual todo Israel dejaba su trabajo y afligía sus almas, el sacerdote traía dos machos cabríos, y los ofrecía delante de Jehová a la puerta del tabernáculo. Echaba suertes sobre estos machos cabríos, una suerte para Jehová, y la otra suerte para designar el macho cabrío que había de ser para Azazel, o ser el macho cabrío emisario. Se mataba luego el macho cabrío sobre el cual caía la suerte de Jehová, y el sumo sacerdote llevaba su sangre al lugar santísimo del santuario, y la asperjaba sobre el propiciatorio. Este era el único día en el cual se le permitía al sumo sacerdote que entrara en ese departamento. Al salir debía poner ‘ambas manos suyas sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones, y todos sus pecados poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío’. (Levítico 16:21.) Debía luego enviar el macho cabrío acompañado por un hombre idóneo a una tierra deshabitada, una tierra de separación u olvido, pues el macho cabrío no debía nunca volver a aparecer en el campamento de Israel, ni debían ser ya recordados los pecados del pueblo.

“Este servicio tenía como fin purificar el pueblo de sus pecados, y también purificar el santuario, sus muebles y sus vasos sagrados de los pecados del pueblo. (Levítico 16:16, 30, 33.) Mediante este proceso, se eliminaba completamente el pecado. Por supuesto, esto sucedía solamente en figura, porque toda esta obra era simbólica” (*Las Profecías de Daniel y el Apocalipsis*, tomo 1, págs. 146-148, por Uriah Smith).

Estos párrafos revelan que Uriah Smith tenía una comprensión exacta del servicio típico diario y los servicios anuales conducidos para enseñar al pueblo cómo el pecado era quitado de ellos y finalmente traspuestos. Comprendía que el santuario se manchaba porque el pecado se transfería a él, y que su limpieza se terminaba por la remoción de ese pecado. En ninguna parte él enseña que el borramiento de los registros ejecutaba la limpieza.

El continúa su argumento al declarar, bastante correcto, que “Su ministerio [el de los sacerdotes] se cumplía como ejemplo y sombra del ministerio de nuestro Sumo Sacerdote en el cielo” (*Id.*, pág.142).

Señala que tan cierto cómo había una ministración para meter los pecados en el santuario, y otra para su traslado al macho

cabrió emisario en el tabernáculo del Antiguo Testamento sobre la tierra, así Cristo realiza esta doble obra en el santuario celestial. De este modo, Uríah Semith entendía claramente que la purificación del santuario celestial no se completa por la eliminación de un registro de iniquidad, sino por la eliminación de los mismos pecados.

El párrafo ya citado del pastor E. J. Waggoner demuestra que él se funda en el principio que es el borramiento de pecado que limpia primero al individuo y luego al santuario. Sin embargo, él se preocupaba profundamente por que esta verdad no se debiera reemplazar por la idea que el borramiento del registro es la limpieza del pecado.

En 1914, Stephen M. Haskel publicó su libro *La Cruz y Su Sombra* que es un estudio bastante comprensivo de los servicios del santuario en tipo y antitipo. Semejante a los autores ya citados, él declaró firmemente que “en tipo y sombra los pecados confesados de Israel habían sido transferidos al santuario durante todo el año; la purificación del santuario era la remoción de esos pecados” (*La Cruz y Su Sombra*, pág. 211).

Este concepto se sostiene en todo su capítulo sobre la expiación final, y ni siquiera él hace referencia al borramiento de los registros de pecado como el medio por el cual el santuario se purifica.

El último autor a quien nosotros citaremos para apoyar el hecho de que la verdadera posición adventista es que la separación de pecado limpia el santuario, es a Alonso T. Jones que con el pastor E. J. Waggoner, fue enviado por Dios en 1888 a proclamar el mensaje del tercer ángel en verdad. El escribe lo siguiente:

“La purificación del santuario, *en cuanto al santuario mismo* era el quitamiento y separación del santuario de todas las transgresiones del pueblo que, por el servicio de los sacerdotes, habían sido llevados al santuario durante el servicio del año” (*El Camino Consagrado a la Perfección Cristiana*, pág. 72).

Estas citas demuestran ampliamente que los primeros escritores adventistas y pioneros entendían claramente lo que era realmente la purificación del santuario, no el tachamiento de registros de los libros del cielo, sino la mudanza del pecado mismo.

En contraste a esta enseñanza está la declaración siguiente en *Bible Doctrines* por Alfred F. J. Kranz, página 69:

“El sumo sacerdote en virtud de la sangre limpiaba el santuario de los pecados que se habían transferido allí. (Levítico 16:16-19).

Así Jesús al borrar el registro de nuestros pecados en los libros limpiará el santuario celestial”.

En los años 40 cuando se usaba en el Colegio Misionero de Australia como el libro estándar de texto en las clases de doctrinas bíblicas, su autor se consideraba como el principal teólogo en la División Australiana. Ciertamente, expresado aquí estaba el concepto popular aunque erróneo sostenido por todo el mundo adventista de ese tiempo y desde entonces, de la purificación del santuario. Esta es una desviación obvia de las enseñanzas de la Biblia y del Espíritu de Profecía, y las posiciones sostenidas originalmente por los adventistas.

¿Cómo aconteció semejante cambio? ¿Cuáles fueron los factores que indujeron al pueblo a abandonar la razonable y simple verdad en favor del error?

El cambio es el resultado del rechazo del mensaje del tercer ángel enviado en gran amor y misericordia por el Señor a su pueblo en 1888. El mensaje se fundó alrededor del principio que el pecado no es solamente un acto, sino una permanente presencia, una fuerza viva, una entidad, que, controlando la persona contra su voluntad, se expresa a sí misma en acciones pecaminosas. En otras palabras, el pecado no es solamente lo que nosotros hacemos; es lo que nosotros somos.

El rechazo de este principio es el rechazo del mensaje de 1888, el cual permanece o cae en esta verdad. Por lo tanto, cuando la iglesia se negó a aceptar la luz enviada por medio de los pastores Waggoner y Jones, ellos se privaron a sí mismos del conocimiento de que el pecado es mucho más de lo que nosotros hacemos. Esto significa que no fueron más habilitados para entender el Evangelio y así no pudieron percibir correctamente el servicio del santuario. Inevitablemente, esto indujo a una nueva enseñanza sobre el borramiento de pecado. Esto se desarrolló de la manera siguiente:

Mientras ellos no aceptaban más que el pecado es una entidad viva y mala que Dios puede quitar de una persona y transferirla al santuario celestial, ellos no renunciaron a su creencia en el traslado de pecado de la persona al templo.

Semejante a los protestantes, ellos vieron el pecado siendo nada más que una acción incurriendo culpa. Creían que el “viejo hombre” no sería erradicado y reemplazado por la naturaleza divina hasta que Cristo aparezca en las nubes de los cielos para

cambiar este cuerpo pecaminoso de carne y sangre, físico y mortal en inmortalidad e incorrupción.

Esta definición de pecado les impidió creer en el borramiento de los pecados como esa doctrina se enseña en la Biblia, el Espíritu de Profecía, y por los pioneros adventistas. La verdad sobre este mensaje requiere la transferencia real del pecado de un lugar a otro, pero es imposible trasladar una acción de un sitio a otro diferente. Lo que se hace en un lugar puede ser repetido en otro, pero eso no es la transferencia de la acción original; eso es la duplicación de ella.

Por ejemplo, si Sam Brown asesinó a Joe Smith en Londres, Inglaterra, y luego salió a París, Francia, y asesinó a Pierre Dupont, él estaría repitiendo su crimen en un nuevo lugar, pero esto no sería la transferencia de la acción pecaminosa, sería la repetición. A manera de distinción, es digno de notar que la *naturaleza pecaminosa* que movió a Sam Brown a cometer la mala acción en Londres, fue transferida a París donde se expresó en la misma manera exacta como antes que cruzara el Canal. Esto tenía que ser así, porque, hasta que se libere de ella por el poder purificador de Dios, por dondequiera que el pecador va su naturaleza pecaminosa va con él. Esta ilustración muestra claramente que mientras una acción no puede ser trasladada de lugar en lugar, una naturaleza pecadora puede.

Pero existe algo acerca de una acción de pecado que puede ser transferida, es la culpa de ella. La culpa es la medida de responsabilidad por lo que se ha hecho. Así, cuando una corte de ley terrenal ha determinado que una persona es culpable del crimen en cuestión, el juez entonces procura valorar el grado de responsabilidad por el cual la persona condenada tiene que pagar. El podía imponerle una multa, enviarlo a la prisión, o sentenciarlo a muerte.

Mientras que una acción de pecado no puede ser transferida, la responsabilidad por ella sí puede. En realidad, la responsabilidad por cualquier cosa puede ser transferida a otra persona. Por ejemplo, cuando un individuo es dueño de un terreno, tiene la responsabilidad de su mantenimiento, y del pago de cualquier sobretasa sobre éste. Eventualmente, él puede vender el terreno a otro, después de lo cual esa persona debe luego pagar los impuestos, mientras el primer dueño queda libre de tal responsabilidad.

Ha habido casos, también, donde la responsabilidad de una mala acción ha sido trasladada a otra persona, tal como padres

pagando multas por los errores de los hijos que han chocado con la ley.

Estas transferencias se efectúan por procedimientos legales y son hechas haciendo un registro escrito de la transacción. Esto es igualmente verdad con respecto a la mudanza de pecado del pecador al santuario y luego sobre el macho cabrío emisario. Antes que el pecador confiese su iniquidad y la acción pecaminosa que consecuentemente resultó, los libros de registro en el cielo muestran que la plena responsabilidad descansa sobre él. Pero cuando, en contrición, el pecador se arrepiente y confiesa ese pecado, el Señor no sólo transfiere la pecaminosidad real al santuario; asume también la plena responsabilidad por la culpa de ella, y este hecho se escribe inmediatamente en los registros celestiales.

Los adventistas que vieron el pecado como siendo nada más que la realización exterior de actos equivocados, de este modo vieron la remisión de pecado al santuario como siendo el alejamiento de la culpa o la responsabilidad. Como esto podía ser realmente hecho al sólo hacer actas escritas, ellos asumieron que estos registros eran la transferencia de pecado al templo del cielo. Debido a que sabían que la transferencia de pecado era el medio por el cual el santuario era ensuciado, concluyeron naturalmente, de manera equivocada, que los registros en los libros contaminaban el santuario.

Esto condujo a una conclusión final. Si los registros en los libros manchan el santuario, entonces el borramiento de estos registros de los libros tiene que ser la limpieza del santuario.

De este modo, llega a ser evidente que después que el pecado se consideró como siendo nada más que una acción, fue inevitable que ideas erróneas sobre la limpieza del santuario se desarrollaran. A la inversa, es lógico concluir que aquellos que obtuvieran un verdadero concepto de lo que es el pecado, recuperarían una comprensión correcta de lo que es la purificación del santuario. Así comprobó serlo.

La idea de que estos registros detallados sean eternamente preservados, es un pensamiento detestable para algunas personas. Ellos no desean que los secretos ocultos de sus vidas estén abiertos, por toda la eternidad, a la vista de todos.

Esto es comprensible desde un punto de vista, pero en realidad es lo que cada cristiano victorioso desearía. Los registros de la vida de los redimidos no aparecerán como males profundos,

oscuros y pecaminosos, sino como victorias gloriosas y brillantes sobre el pecado. Ellos se alegrarán de compartir esta maravillosa experiencia con otros, y los invitarán a examinar cada detalle de sus vidas a medida que proveen testimonios vivientes de la capacidad de Dios para liberar del pecado. Ningún verdadero hijo de Dios deseará que se borren estos registros.

Por supuesto, ni sus nombres ni sus malos actos serán retenidos en los libros de la muerte y pecado. Sus nombres estarán inscritos en el libro de la vida y sus actos en el libro de memoria.

“Delante de Dios está escrito ‘un libro de memoria’, en el cual quedan consignadas las buenas obras de ‘los que temen a Jehová, y de los que piensan en su nombre’ (Malaquías 3:16, V.M.). Sus palabras de fe, sus actos de amor, están registrados en el cielo. A esto se refiere Nehemías cuando dice: ‘¡Acuérdate de mí, oh Dios mío, . . . y no borres mis obras piadosas que he hecho por la Casa de mi Dios!’ (Nehemías 13:14, V.M.). En el ‘libro de memoria’ de Dios, todo acto de justicia está inmortalizado. Toda tentación resistida, todo pecado vencido, toda palabra de tierna compasión, están fielmente consignados, y apuntados también todo acto de sacrificio, todo padecimiento y todo pesar sufridos por causa de Cristo. El salmista dice: ‘Tú cuentas los pasos de mi vida errante: pon mis lágrimas en tu redoma: ¿no están en tu libro?’ (Salmo 56:8, V.M.)” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 535).

Durante toda la eternidad, el libro de memoria de Dios contiene los actos de justicia de los que han sido redimidos de esta tierra. Para la mente común, ‘acto de justicia’ es la acción positiva de misericordia, bondad, amor, paciencia, etc., pero en esta declaración un significado más amplio se da donde incluye cada tentación resistida, y cada pecado vencido.

Esto indica literalmente que cada mal que alguna vez residiera dentro del redimido será registrado allá, porque cada mal será un mal vencido.

Y así tiene que ser. A través de la eternidad, los justos testificarán con creciente poder la gloriosa salvación que se les otorgó por el ministerio de Cristo. ¿Pero cómo pueden ellos mostrar la medida de la supremacía de Dios sobre el pecado si todo recuerdo y registro del mal que se venció es borrado?

Cuando una nación condecora un soldado por la bravura demostrada en el campo de batalla, ninguno puede apreciar realmente el pleno valor del premio, a menos que se describa plenamente el

poder del enemigo con el que contendió y las dificultades que encontró. Obviamente, cuanto mejor se comprenda la naturaleza de la lucha, tanto más profunda es la comprensión de la gloriosa victoria ganada.

Así también, si los redimidos fueran privados del registro del mal contra el cual lucharon y fueron victoriosos, la plena gloria del triunfo de Cristo por medio de ellos se oscureciera, y se inhibiera su testimonio grandemente.

Aun hoy, los recuerdos más preciosos que tienen los cristianos victoriosos, son de las conquistas logradas en sus vidas por la gracia de Cristo. No tienen malas conciencias por las iniquidades que los dominaron en el pasado, sino en cambio gozan la dulce libertad que hallaron en su Salvador. Ellos desean que fuera seguro decir los detalles de cómo fueron liberados de lo que eran, y fueron cambiados en nuevos hombres y mujeres en Cristo Jesús, pero saben que esto podría causar algunas veces serios problemas.

Semejante dificultad no existirá en la eternidad futura cuando no habrá más pecado ni pecadores. Allá, mentes incorruptibles contemplarán los prodigios de la salvación, estudiando las victorias ganadas en las vidas individuales, y se maravillarán en las transformaciones efectuadas en todos los que han sido guiados al reino eterno de Dios.

La última cosa que estos seres glorificados e inmortalizados desearán es la de ninguna pérdida de detalle en los registros celestiales, porque entonces perderían material incalculable de estudio en su búsqueda por comprender el pleno poder y maravilla del plan de salvación. Además, sabrán que el registro de lo que tomó lugar como una consecuencia de la rebelión de Satanás, será la salvaguardia eterna contra semejante desarrollo algunas vez repetido.

Por lo tanto, la enseñanza de que el borramiento de pecado es el tachamiento de sus registros, será siempre rechazada por el verdadero e iluminado hijo de Dios.

La Cuenta Confiable

Capítulo 22

MUCHOS religiosos modernos rechazan la expiación en el lugar santísimo como sin sentido, innecesaria y antibíblica. Generalmente se cree que en el momento que el pecado se confiesa, es inmediata y eternamente decidido, no dejando posibilidad de que regrese al creyente una vez más.

Sin embargo, esta no es la enseñanza de Jesús, ni es la revelación de los caminos de Dios como se da en el santuario. La verdad es que cuando el arrepentido confiesa su iniquidad, inicialmente se traslada sólo hasta el lugar santo, donde aguarda hasta que la expiación final purifique el tabernáculo de su presencia y lo cargue sobre el macho cabrío emisario. Es imposible creer que los ritos del Antiguo Testamento son una verdad y exacta revelación de los caminos de Dios en el traspaso de la iniquidad, y al mismo tiempo sostener que el pecado se borra totalmente en una sola operación cuando se hace la confesión.

Claro y convincente como el santuario del Antiguo Testamento es en la enseñanza de esta verdad, no es el único testimonio. Cuando Cristo estuvo en esta tierra, enseñó claramente los mismos principios, y nunca más claro que en la parábola del siervo injusto.

“Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces,

llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (*Mateo 18:23-35*).

La deuda del primer siervo era verdaderamente enorme. Conforme a la obra *The World Book Encyclopedia*, tomo 19, pág. 20, edición 1982, el talento hebreo equivalía a 3.000 siclos en plata, que suma 1.800 dólares. La deuda del siervo de 10.000 talentos tenía el valor de 18.000.000 dólares, una suma mucho más allá de su capacidad para pagar.

Esta figura adecuadamente representa la deuda impagable del hombre que Adán, por su pecado, impuso sobre él mismo y sobre su posteridad cuando transgredió en el Edén. El castigo es la encarcelación eterna en la prisión de muerte. Cuando los hombres se afrontan con este prospecto, suplican por misericordia, prometiendo como lo hacía el siervo injusto, que si sólo el Señor les perdonara, compensarían todo. Esta promesa no es más que un intento de ganar justicia por obras propias.

El rey, movido por la desafortunada condición de su infeliz empleado, y plenamente consciente de que este siervo no tenía esperanza de que alguna vez reembolsara lo que había tomado, deliberada y completamente le perdonó la cantidad entera. El perdón fue tan plenamente otorgado que el transgresor permaneció delante de su señor como si nunca hubiera defraudado un centavo.

Así que, si la enseñanza teológica popular, que después que una persona ha sido perdonada por sus pecados nunca puede acusársele otra vez, es correcta, entonces el rey en esta parábola no habría sido capaz de renovar la obligación del siervo para compensar su deuda. Pero, cuando el siervo injusto demostró una incambiable decisión de extraer una pequeña deuda de uno de sus consiervos, el rey lo volvió a cargar con la plena responsabilidad por sus deberes de suerte que volvió a estar ante el rey como si nunca hubiera sido perdonado. En vista del hecho que esta parábola es una revelación de la manera de Dios de hacer las cosas, este proceder por parte del rey comprueba que la teología popular bajo cuestión es errónea.

Lo que hace la actitud del siervo del rey extremadamente reprehensible es la vasta diferencia entre la cantidad por la que había sido perdonado y la pequeña cantidad que su consiervo debía. Eran sólo cien centavos, lo cual suma 17 dólares. Cuando los hombres se niegan a perdonar los males, sean imaginados o reales, que se hicieron contra ellos, muestran la misma actitud miserable. Mientras reclaman plena libertad de la condenación eterna, no están dispuestos a reconciliarse con su hermano de una caída o daño de consecuencias solamente pasajeras, y que es infinitamente pequeño en comparación.

La historia es muy clara y así es su aplicación. Jesús destaca la lección con la declaración comprensiva, “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (*Ibid*).

“Es verdad que él puede haber recibido perdón una vez; pero su espíritu falto de misericordia muestra que ahora rechaza el amor perdonador de Dios. Se ha separado de Dios, y está en la misma condición en que se hallaba antes de ser perdonado. Ha negado su arrepentimiento, y sus pecados están sobre él como si no se hubiera arrepentido” (*Palabra de Vida del Gran Maestro*, pág. 196).

Sería imposible que Dios hiciera a los que han profesado ser sus seguidores lo que este rey hizo a su siervo, si, en el punto de confesión, se efectuara entonces la plena determinación del pecado. Cristo comprueba aquí que no se suscribe a esa teología popular, la cual enseña que el pecado después que se confiesa se borra para siempre. Más bien, El entendía que la iniquidad se deposita en un lugar de modo que, si la necesidad surge, pueda ser devuelta al pecador otra vez.

Cristo repitió la misma lección en la parábola de las bodas donde vincula el reino del cielo a un rey que preparó una boda para su hijo. A pesar de la dificultad de proveer convidados para la ceremonia, a causa de las dos negaciones a venir por parte de los que se les dio la orden, los siervos finalmente hallaron el número requerido en las encrucijadas de los caminos. Estos se reunieron en la sala esperando la entrada del monarca.

“Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en



“Es verdad que él puede haber recibido perdón una vez; pero su espíritu falto de misericordia muestra que ahora rechaza el amor perdonador de Dios. Se ha separado de Dios, y está en la misma condición en que se hallaba antes de ser perdonado. Ha negado su arrepentimiento, y sus pecados están sobre él como si no se hubiera arrepentido”. Palabras de Vida del Gran Maestro, pág. 196.

las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos” (Mateo 22:11-14).

En la parábola, el rey representa a Dios, y el hijo es Cristo Jesús. La entrada del rey es el juicio investigador para los que han profesado el nombre de Cristo y enviado sus pecados anticipadamente al

juicio. Los impíos no se incluyen en esta revisión, porque ellos no tienen pecado en el santuario. Su juicio llega en el último momento.

“En el rito típico, sólo aquellos que se habían presentado ante Dios arrepintiéndose y confesando sus pecados, y cuyas iniquidades eran llevadas al santuario por medio de la sangre del holocausto, tenían participación en el servicio el día de las expiaciones. Así en el gran día de la expiación final y del juicio, los únicos casos que se consideran son los de quienes hayan profesado ser hijos de Dios. El juicio de los impíos es obra distinta y se verificará en fecha posterior. ‘Es tiempo de que el juicio comience de la casa de Dios: y si primero comienza por nosotros, ¿qué será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio?’ (1 Pedro 4:17)” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 534).

Como solamente aquellos cuyas vidas son examinadas en el juicio investigador, el cual precede a la segunda venida de Jesús, tienen una posibilidad de ser admitidos en el cielo, es muy importante que cada uno tenga la certeza que cumple las condiciones de entrada en ese imponente tribunal. Si él cumple los requerimientos, tiene la garantía absoluta de recibir el borramiento de los pecados y un lugar en el cielo, pero, si su nombre no se considera todavía, entonces no hay ninguna esperanza. El, con el resto de los impíos, simplemente continúa en un estado de sentencia total a muerte eterna.

Una pregunta de la más seria importancia que afronta a cada individuo, es cómo asegurar que él será investigado en ese examen decisivo de los que son candidatos para el reino. Ninguno debe estar satisfecho con una vaga o incierta comprensión de este evento y lo que se necesita para calificarse para su profundo escrutinio.

El candidato para el cielo debe entender que el juicio investigador determina lo que será hecho con el pecado en el lugar santo para efectuar la limpieza del santuario celestial. Las alternativas son: colocar la pecaminosidad sobre el macho cabrío o devolverla al individuo que la cometió en primer lugar. De este modo, el traslado del pecado determina la suerte de la persona que lo envió al tabernáculo. Si el pecado va sobre el macho cabrío, se separa para siempre del creyente, preservando así su idoneidad para un lugar en el reino, pero si el pecado regresa al creyente, él se vuelve incapaz de entrar al cielo y será destruido con los impíos que nunca se arrepintieron, y que descuidaron enviar sus

transgresiones al santuario y, por lo tanto, sus casos no se consideren en el juicio investigador.

Remitir iniquidad al santuario requiere más que hacer una confesión verbal de los pecados cometidos, no importa cuán arrepentida y sincera el alma pueda ser. El creyente debe entender lo que es la confesión aceptable como una distinción de la manera que el profeso y común hijo de Dios la entiende. Significa reconocimiento no sólo de lo que se ha hecho, sino también la mala disposición interior que era la fuente de las acciones que aparecían exteriormente. Confesión aceptable implica la entrega real de la mala naturaleza en las manos de Cristo, así como el recibimiento del perdón divino por los males cometidos. Esto terminado, el creyente debe recibir la vida divina de Jesús en el lugar donde el mal estaba. Por lo tanto, él hallará que una nueva disposición ha reemplazado la antigua y obedecerá la ley, no debido a lo que ella dice, sino porque está en él hacerlo así.

Cuando una persona halla que su pecaminosidad se ha reemplazado por la justicia implantada, ella puede estar segura de que la iniquidad que estaba en él, está literalmente en el santuario de arriba. Las cuerdas de pecado que lo ataban se han roto, y él es verdaderamente un hombre libre en Cristo Jesús. Tan ciertamente como ha logrado esta experiencia, así será su caso investigado en el juicio de los justos.

Sin embargo, no es suficiente tener el caso de uno examinado. El objetivo es pasar el penetrante escrutinio y así estar seguro de un lugar en el cielo. Esto puede ser logrado si el pecador trata fielmente con cada pecado conforme a los principios de confesión aceptable. Si asegura que todo pecado del cual se ha conscientizado a través del ministerio convincente del Espíritu Santo, se ha ido anticipadamente al juicio, está seguro de recibir un veredicto favorable en el tribunal futuro de justicia.

Conforme a las enseñanzas de Jesús como se dan en la parábola de las bodas, cuando el rey entró para inspeccionar a los invitados, halló a los que cumplieron los requisitos, y halló a uno que no lo hizo. El que se juzgó inadecuado para el reino tuvo que haber enviado algunos pecados al santuario, o no habría estado bajo investigación. Pero se detuvo cerca a una obra terminada, escogiendo acariciar algunos pecados antes que ser libre de ellos.

Después que el examen del rey mostró que el hombre no estaba preparado para permanecer en la cámara de bodas, se dio la

orden de atarlo de pies y manos antes de lanzarlo a las tinieblas de afuera. El significado simbólico de la expresión “Atadlo de pies y manos”, no debe pasarse por alto. Obviamente, los ángeles de Dios literalmente no atan a los pecadores con sogas de fibra o nilón. Es con otros lazos que ellos se limitan, una vez hayan fallado en pasar el juicio.

Lo que ellos son se hace claro en otras partes de las Escrituras donde se nos informa que “Prenderán al impío sus propias iniquidades, y retenido será con las cuerdas de su pecado” (*Proverbios 5:22*).

Los lazos que encarcelan y restringen las almas de los hombres son las cuerdas de pecado. Por lo tanto, la orden del rey, “Atadlo de pies y manos”, indica la orden de Dios de devolver a una persona la culpa de sus pecados. ¡Qué temeroso lanzamiento en la extrema pecaminosidad tiene que ser experimentada por los que fracasan en el juicio y son consecuentemente llenos de todo espíritu malo de los cuales fueron una vez liberados! ¡Ciertamente la condición de esta clase será peor que la de aquellos que nunca recibieron la limpieza del ministerio de Cristo!

Después del juicio investigador, sería imposible a Dios ordenar el atamiento del pecador con las cuerdas de pecado previamente separadas de él si, en el momento de limpieza, su iniquidad se ha transferido para siempre. Esta lección del Maestro contenida en la parábola de las bodas y del siervo injusto confirma la verdad enseñada tan claramente en el santuario del Antiguo Testamento, que el pecado no se traspasa total y finalmente en el momento de la confesión. El Testigo fiel enfatiza que, aunque al pecador se le haya perdonado realmente, la posibilidad de ser otra vez atado por sus pecados es muy real en verdad. El punto se afirma concisamente en el extracto siguiente:

“El servicio típico enseña importantes verdades respecto a la expiación. Se aceptaba un substituto en lugar del pecador; pero la sangre de la víctima no borraba el pecado. Sólo proveía un medio para transferirlo al santuario. Con la ofrenda de sangre, el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba su culpa, y expresaba su deseo de ser perdonado mediante la fe en un Redentor por venir; pero no estaba aún enteramente libre de la condenación de la ley. El día de la expiación, el sumo sacerdote, después de haber tomado una víctima ofrecida por la congregación, iba al lugar santísimo con la sangre de dicha víctima y rociaba con ella el propiciatorio, encima mismo de la ley, para dar

satisfacción a sus exigencias. Luego, en calidad de mediador, tomaba los pecados sobre sí y los llevaba fuera del santuario. Poniendo sus manos sobre la cabeza del segundo macho cabrío, confesaba sobre él todos esos pecados, transfiriéndolos así figurativamente de él al macho cabrío emisario. Este los llevaba luego lejos y se los consideraba como si estuviesen para siempre quitados y echados lejos del pueblo” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 472, 473).

¿Por qué obra Dios de esta manera? ¿Por qué no deshace el pecado en el momento que se confiesa, para que no haya peligro de que regrese sobre el pecador otra vez?

Hay una muy buena razón para este plan. Dios no hace cosas innecesarias o sin propósito. Comprende perfectamente que no todos los que inician la vida cristiana continuarán hasta el fin. Algunos escogerán regresar a la vida de iniquidad una vez más. Hay varias razones para esto. Una es que cuando el pecador está sufriendo bajo la servidumbre del pecado, da la bienvenida a las promesas de Dios para que lo libren, y entra en su nueva vida con grandes y excitadas expectativas, la mayoría de las cuales, debido a que son incorrectas, nunca serán logradas. Entonces el pecador se siente desilusionado, pensando que se ha desviado, y ha descubierto que, mientras la servidumbre era desagradable, ella tenía ciertas compensaciones y aparentes seguridades que hacía la existencia preferida, después de todo.

Un ejemplo adecuado de esto es la experiencia de los israelitas en la liberación de Egipto. Cuando estaban sufriendo bajo la esclavitud agotadora de los egipcios, nada deseaban tanto que la libertad y un hogar en la tierra prometida, pero ellos no contaban con la dureza del viaje que yacía entre ellos y Canaán. Tan pronto como sufrieron el hambre y la sed y llegó a ser aparente que tenían un largo camino por recorrer, desearon retornar a una vida de esclavitud para gozar de una clase peculiar de seguridad que ofrecía.

Siglos después, cuando el Mesías estaba por aparecer, ellos aceptaron el prospecto, pero cuando se negó a unir su poder a la estrategia egoísta y ambiciosa involucrando la matanza de los romanos y la usurpación de su riqueza y poder, se separaron de El. Finalmente, en la locura de su frustración y furia, crucificaron a quien una vez siguieron.

Relativamente es fácil para el Señor motivar a muchos a comenzar el camino hacia el reino, pero otro asunto es que soporten hasta terminar. Esta es la razón por la que Dios nos amonesta a

perseverar hasta el fin. Poco antes de terminar su ministerio terrenal dijo a sus discípulos: “Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo” (*Mateo* 24:12, 13).

Cuando una persona muestra la disposición a regresar a una vida de pecado, niega su primer deseo de ser libre del mal, y demuestra que prefiere su iniquidad antes que la justicia de Jesús. Dios le da perfecta libertad para que haga lo que desee, porque el Altísimo no aceptará en el cielo ninguna persona que realmente no desea estar allí.

Es solamente correcto y justo que el Señor devuelva a esta clase de personas los pecados que aman más que a su Salvador. Por lo tanto, Dios no cancela el pecado cuando el hombre lo renuncia al principio, sino simplemente los deposita hasta el momento cuando una decisión final se haga de una manera o la otra.

El Omnisapiente no se pone en la posición donde no pueda devolver a una persona lo que es legalmente suyo si ella lo desea.

Los hombres aplican el mismo principio cuando contratan comprar una propiedad. El vendedor y el comprador acuerdan una suma estipulada para la transacción y se firma un documento. Sin embargo, el pleno testamento tiene que esperar hasta que ciertos requisitos se hayan cumplido, así que mientras tanto, se le exige al comprador poner un depósito, generalmente aportando el diez por ciento del precio convenido. Este dinero no se entrega directamente al vendedor sino se coloca en las manos de un profesional que lo tiene en confianza para las dos partes. Si el vendedor decide retirar la propiedad de la venta antes de la fecha del testamento, el depósito tiene que regresar al comprador. Esto sería imposible si el dinero se hubiera pagado directamente al vendedor y lo hubiera gastado o fuera demasiado deshonesto para devolverlo. Para evitar problemas de esta naturaleza, los fondos son tenidos en confianza hasta que el contrato se termina finalmente.

No hay diferencia en principio entre lo que los hombres hacen aquí y lo que Jehová hace en el traspaso de pecado.

Los que rechazan la enseñanza de que el pecado no se cancela cuando se confiesa, contienden que fuera imposible para el cristiano gozar realmente de la dulce promesa si esto es así. Ellos dicen que entonces el creyente tiene que vivir con el continuo temor de que sus pecados le serán devueltos y que no puede sentirse seguro hasta recibir los beneficios de la expiación final.

Si esto fuera así todavía, no alteraría el hecho de que el pecado no se borra totalmente hasta la expiación final y que, hasta ese momento, existe el riesgo de su devolución. No hay justificación del rechazo de la verdad sólo porque parece implicar algo que es emocionalmente desagradable al individuo. Si el creyente desea recibir la bendición que Dios le ha preparado, debe hacerlo en los términos del Señor, no en los suyos. Muchos rechazaron la verdad durante los siglos pasados, simplemente porque no les gustó la manera de Dios de ofrecerles salvación. Ellos procedieron a ejecutar un plan a su preferencia después de lo cual informaron a Dios que esta era la manera en la que le servirían. Una confianza presumida por su parte no puede alterar el hecho de que ellos no pueden entrar al cielo por sus propios planes.

Pero la verdad con relación a la transferencia de sus pecados no le roba al creyente la seguridad personal. Comprende el proceso y puede regocijarse con la dulce certeza de que todo pecado que ha confesado se ha eliminado de él y colocado en el santuario. Sabe que llegará el día cuando necesitará un poderoso Abogado para que remueva su iniquidad del lugar santo y la coloque sobre el macho cabrío, por lo cual le asegura su cancelación eterna. Tiene perfecto descanso en el conocimiento que Jesús, en la función de Abogado, es más que suficiente en hacer eso para él. Así el creyente se regocija continuamente en la certidumbre de su liberación final del pecado que formalmente lo gobernaba.

Todo lo que tiene que hacer día tras día es repudiar fielmente todo pecado que el Espíritu Santo le revela. Si él muriera con esta obra incompleta debido a que no tiene la oportunidad de ver todos sus defectos, Cristo acepta su fidelidad hasta donde fue capaz de caminar, y, en el gran día de la expiación final, colocará sus pecados sobre el macho cabrío emisario. Entonces serán transportados al lugar de total destrucción.

Si el creyente está entre los vivos cuando tome lugar el gran día de la expiación final, entonces habrá sido beneficiado con la luz especial que brillará durante el fuerte pregón. Por esto y por la tremenda presión de la tentación, él finalmente verá algunos defectos restantes de carácter y así tiene la oportunidad de limpiarse de ellos completamente. Entenderá exactamente cuál es su necesidad, cuando se considera el asunto de lo que será hecho con su pecado en el santuario. Conocerá también dónde está su Maestro y lo que es capaz de hacer, y descansará en el seguro conocimiento de que

puede confiar en su Salvador en que hará lo que necesita ser hecho. Decir que al creyente le faltará seguridad en ese terrible día, es negar que tiene fe en su gran Sumo Sacerdote.

Los rechazadores del mensaje del santuario contienden que no pueden tener seguridad si aceptan la enseñanza que el pecado no se cancela cuando se confiesa. Lo que necesitan saber es que ellos están malditos por una falsa seguridad. Creen plenamente que sus pecados se han borrado eternamente en el momento que los confesaron y que no hay necesidad de una expiación final. Así están viviendo bajo el falso concepto de que se han librado eternamente de sus pecados cuando de hecho no lo han sido. Será imposible para esta clase de personas relacionarse correctamente con Cristo con respecto a la expiación final, y esto significa que se hallarán esperando en ese tiempo crítico. Ellos serán semejantes a un hombre condenado que llega al juicio sin un abogado. No teniendo a nadie que quite sus pecados por ellos, hallarán demasiado tarde, que la iniquidad ha regresado sobre sus cabezas.

Falsa seguridad es mucho más mortal que la inseguridad en absoluto, porque conduce a sus víctimas a descansar complacidamente cuando deben buscar la solución real de su problema.

El simple hecho es que, debido a la rectitud y justicia perfectas del carácter de Dios y porque no todo el que comienza la carrera cristiana va a terminarla, el Señor no puede remover el pecado en una operación. El debe tenerlo en confianza hasta que el creyente decida en su mente si proseguirá o no con la verdad. Este es el mensaje del santuario que se corrobora claramente en las enseñanzas de Jesús.

Una Lucha Agonizante

Capítulo 23

Los eventos decisivos del gran día de la expiación no ocurren todos en el santuario celestial. El pueblo de Dios sobre la tierra está también íntimamente implicado. Ellos deben cumplir ciertas condiciones antes de poder recibir las bendiciones del borrado final de los pecados y la recepción del sello de Dios.

En el servicio típico, antes de llegar el día, se le exigía a la congregación hacer una preparación especial para este servicio final en el santuario. Se tocaban las trompetas en el primer día del séptimo mes, diez días antes de la expiación final, para recordar al pueblo lo que estaba delante de ellos, y para urgirlos a escudriñar diligentemente sus vidas y quitar todo pecado que se revelara, para que pudieran reunirse alrededor del santuario en el día diez del séptimo mes, con todo pecado confesado y abandonado. El que fallara en hacer este completo trabajo era echado para siempre del campamento.

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: En el mes séptimo, al primero del mes tendréis día de reposo, una conmemoración al son de trompetas, y una santa convocación. Ningún trabajo de siervos haréis; y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová. También habló Jehová a Moisés, diciendo: A los diez días de este mes séptimo será el día de expiación; tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas, y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová. Ningún trabajo haréis en este día; porque es día de expiación, para reconciliaros delante de Jehová vuestro Dios. Porque toda persona que no se afligiere en este mismo día, será cortada de su pueblo” (*Levítico 23:23-29*).

Todas estas ceremonias no eran más que una figura de lo verdadero. Por consiguiente, antes del gran día de la expiación final cuando las vidas de todos los hijos profesos de Dios sean examinadas, un mensaje de amonestación de Dios se proclamará a cada individuo con tal claridad y poder, que nadie tendrá excusa para conocer lo que va a confrontar.

Debido a que esta obra exige el descubrimiento y la liberación de cada pecado en las vidas de los que estarán todavía viviendo cuando la expiación final tome lugar, es evidente que la luz fluyendo del

lugar santísimo superará la que brillaba desde el lugar santo. Esto tiene que ser así, porque nadie puede ver sus pecados ocultos a menos que la luz aumentada sea dirigida a él.

La luz del lugar santísimo comenzó a brillar al terminar los 2.300 años que comenzaron en el año 457 a.C., y terminaron en el año 1844 d.C. Inmediatamente después que Cristo entró en el lugar santísimo, revelaciones de la verdad, anticipadas a cualquier otras que recibieran previamente, comenzaron a darse al pueblo mientras, simultáneamente se dieron cuenta de la necesidad de una obra intensiva de preparación para un inminente día de expiación final. Esta obra nunca se habría realizado en el pueblo de Dios si Cristo no hubiera enviado luz más clara y radiante. Les fue difícil adaptarse a esta responsabilidad, puesto que esperaban ser trasladados al final del período de los 2.300 años. Al principio ignoraban que no estaban listos todavía para la pronta ascensión al cielo.

Antes del gran chasco, los creyentes no entendían que sus nombres iban a ser llamados en el juicio, y que habían de recibir la expiación final antes de ser sellados y trasladados. Pero, mientras ellos podían morir y ser resucitados en tal ignorancia, debían tener mejor información si iban a entrar con éxito en su defensa en el juicio de los vivos, que se programaba juntarse inmediatamente después de 1844. La única razón para no efectuarse fue debido a que los creyentes, habiendo fallado en hacer un progreso espiritual que Dios propuso que lograran, se hundieron en una condición laodicense que los imposibilitó para terminar rápidamente la obra. Ni aprendieron ni cumplieron su parte del plan para que Cristo pudiera realizar su parte del contrato.

Las bendiciones del primero y del segundo departamento no se otorgan automáticamente. Este hecho necesita ser totalmente comprendido por toda persona que se propone encontrar su lugar en el reino celestial.

Para recibir la bendición de cada expiación se requieren los mismos pasos.

Primero, el creyente habiendo sido despertado por el Espíritu Santo a un conocimiento de su necesidad de limpieza y restauración, debe conocer lo que es este específico problema. En el caso del ministerio diario, es la remoción de la culpa incurrida por su transgresión de los mandamientos de Dios y la pecaminosidad que ha sido la causa de estas iniquidades. Cuando afronta

la expiación final él debe entender que necesita la transferencia de sus pecados, no de él mismo, porque esto debe ya haber sido hecho, sino del lugar santísimo al macho cabrío emisario.

Segundo, él debe ser plenamente consciente del hecho que no tiene poder para hacer ninguno de estos trabajos de sí mismo. Sólo Cristo tiene la habilidad para quitar su pecado en primera instancia, y del santuario en la segunda.

Tercero, él debe tener una fe completa en la obra y poder de su Sumo Sacerdote, para que pueda entregar plenamente la obra en sus manos eficientes y todopoderosas.

Algunas personas tienen dificultad en reconocer cuán incapaces son para cambiar sus corazones y hacerse a sí mismos santos. Sienten que mientras deben confiar en Cristo para que los perdone por la culpa incurrida por sus acciones pecaminosas, deben enmendar sus malos caminos y educarse a sí mismos para vivir correctamente. Intentar esto es buscar lo imposible. No ha nacido hombre quien pueda lograrlo. Sólo Cristo tiene el poder para tomar nuestras vidas pecaminosas y transformarlas a su propia semejanza divina. Ninguno sino El puede tomar la vida pecaminosa del creyente y transferirla al santuario celestial.

Pero las personas no debieran tener dificultad en reconocer que cuando se llega a la transferencia del pecado del santuario al macho cabrío, son completamente impotentes. Deben saber que no pueden ascender al cielo, entrar a la directa presencia de Dios, hallar e identificar su propia iniquidad, y luego tomarla devuelta a esta tierra y ponerla sobre el macho cabrío. Sólo Cristo puede hacer esto por ellos. Deben rendir su caso entero en sus manos como el Abogado todopoderoso.

Esto requiere fe implícita en el Mediador divino basada enteramente en sus promesas escritas, lo cual no es fácil, pero se hace peor por la presencia del “acusador de los hermanos”, Satanás. En todo lo posible, estará resuelto a impedir que cualesquiera de los hijos de Dios pase con éxito el juicio. Consecuentemente, desempeña una alta función significativa durante el ministerio en el primer y segundo departamentos. Sus actividades se describen claramente en la profecía parabólica que se registra en *Zacarías* 3:1-5.

“Me mostró al sumo sacerdote Josué, el cual estaba delante del ángel de Jehová, y Satanás estaba a su mano derecha para acusarle. Y dijo Jehová a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás, Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda, ¿No es éste un

tizón arrebatado del incendio? Y Josué estaba vestido de vestiduras viles, y estaba delante del ángel. Y habló el ángel, y mandó a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle esas vestiduras viles. Y a él le dijo: Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala. Después dijo: Pongan mitra limpia sobre su cabeza. Y pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y le vistieron las ropas. Y el ángel de Jehová estaba en pie”.

“La visión de Zacarías con referencia a Josué y el ángel se aplica con fuerza peculiar a la experiencia del pueblo de Dios durante la terminación del gran día de expiación” (*Testimonios para la Iglesia*, tomo 5, pág. 447).

Como tal constituye una maravillosa revelación de la penosa experiencia a través de la cual los hijos de Dios pasarán durante el juicio de los vivos. Los caracteres implicados serán los hijos de Dios, simbolizados por Josué el sumo sacerdote; Cristo como su poderoso Abogado, representado aquí por el Angel del Señor; y Satanás el acusador, de quien ningún símbolo se usa.

Para entender la lección ilustrada aquí, se necesita estar familiarizado con el servicio del santuario tal como se enseñaba en los tipos del Antiguo Testamento. En otras palabras, este pasaje en *Zacarías* se ha de estudiar a la luz del santuario, no de otra manera. Cuando sea hecho este acercamiento, se obtendrá gran luz sobre el juicio de los vivos.

Además, la aplicación de la parábola de Josué y la del Angel al servicio diario tiene que ser estudiada antes de estudiar su relación con la expiación final.

“Así como Satanás acusaba a Josué y su pueblo, en todas las edades ha acusado a aquellos que buscan la misericordia y el favor de Dios. En el Apocalipsis, se le declara ser ‘el acusador de nuestros hermanos’ ‘el cual los acusaba delante de nuestro Dios día y noche’ (Apocalipsis 12:10). La controversia se repite acerca de cada alma rescatada del poder del mal, y cuyo nombre se registra en el Libro de la Vida del Cordero. Nunca se recibe a alguno de la familia de Satanás en la familia de Dios, sin que ello excite la resuelta resistencia del maligno. Las acusaciones de Satanás contra aquellos que buscan al Señor no son provocadas por el desagrado que le causen sus pecados. Su carácter deficiente le causa regocijo. Únicamente por el hecho de que violan la ley de Dios puede él dominarlos. Sus acusaciones provienen solamente de su enemistad hacia Cristo. Por el plan de salvación, Jesús está

quebrantando el dominio de Satanás sobre la familia humana, y rescatando almas de su poder. Todo el odio y la malicia del jefe de los rebeldes se enciende cuando contempla la evidencia de la supremacía de Cristo, y con poder y astucia infernales trabaja para arrebatarle el residuo de los hijos de los hombres que han aceptado su salvación” (*Id.*, pág. 445).

Satanás es incapaz de lograr estos objetivos por la fuerza, porque no puede impeler al hombre a la desobediencia. Sabe siempre que su poder es inferior al de Dios. De manera que nunca ha propuesto que el gran conflicto se resuelva por una contienda de su fuerza contra la de Jehová. Su éxito depende del uso del engaño y acusación. El dirige sus acusaciones contra el pecador en un esfuerzo por desanimarlo con el pensamiento que su iniquidad nunca puede ser lavada. Cuando la fe en Cristo, el poderoso Salvador, se quebranta así, es un sencillo asunto para Satanás guiar al transgresor a confiar en sus propias invenciones.

“Satanás induce a los hombres al escepticismo, haciéndoles perder la confianza en Dios y separarse de su amor; los induce a violar su ley, luego los reclama como cautivos suyos y disputa el derecho de Cristo a arrebatárselos. Sabe que aquellos que buscan a Dios fervientemente para alcanzar perdón y paz, los obtendrán; por lo tanto les recuerda sus pecados para desanimarlos. Constantemente busca ocasión de acusar a aquellos que procuran obedecer a Dios. Trata de hacer aparecer como corrompido aun su servicio mejor y más aceptable. Mediante incontables designios muy sutiles y crueles, intenta obtener su condenación” (*Ibid.*).

El acusador tiene un conocimiento exacto de los pecados cometidos por los que buscan la salvación de Dios, y los carga sobre el alma en la peor luz posible. No existe manera por la cual el culpable pueda defenderse a sí mismo, ni existe un proceder por el cual pueda cambiar su propia naturaleza y hacerse a sí mismo digno de la vida eterna.

“El hombre no puede por sí mismo hacer frente a estas acusaciones. Con sus ropas manchadas de pecado, confiesa su culpabilidad delante de Dios. Pero Jesús, nuestro Abogado, presenta una súplica eficaz en favor de todos los que mediante el arrepentimiento y la fe le han confiado la guarda de sus almas. Intercede por su causa y vence a su acusador con los poderosos argumentos del Calvario. Su perfecta obediencia a la ley de Dios, aun hasta la muerte de Cruz, le ha dado toda potestad en el cielo y en la

tierra, y él solicita a su Padre misericordia y reconciliación para el hombre culpable. Al acusador de sus hijos declara: '¡Jehová te reprenda, oh Satanás! Estos son la compra de mi sangre, tizones arrancados del fuego'. Y los que confían en él con fe reciben la consoladora promesa: 'Mira que he hecho pasar tu pecado de ti y te hecho vestir de ropas de gala' (Zacarías 3:4).

"Todos los que se hayan revestido del manto de la justicia de Cristo subsistirán delante de él como escogidos fieles y veraces. Satanás no puede arrancarlos de la mano de Cristo. Cristo no dejará que una sola alma que con arrepentimiento y fe haya pedido su protección, caiga bajo el poder del enemigo. Su Palabra declara: '¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz, sí, haga paz conmigo' (Isaías 27:5). La promesa hecha a Josué es hecha a todos: 'Si guardares mi ordenanza, . . . entre estos que aquí están te daré plaza' (Zacarías 3:7). Los ángeles de Dios irán a cada lado de ellos, aun en este mundo, y ellos estarán al fin entre los ángeles que rodean el trono de Dios" (*Id.*, págs. 445, 446).

¿Por qué está Satanás tan resuelto a impedir que los hijos de Dios obtengan perdón y limpieza? ¿Cuál será el efecto sobre él si ellos alcanzan estas bendiciones?

Sabe que los pecados de cada persona, los cuales son transferidos al santuario y son finalmente borrados en favor del arrepentido, serán puestos sobre él a fin de que sea forzado a sufrir la pena final por ellos. El terrible sufrimiento que de este modo lo consumirá es una suerte que desea evitar a todo costo. Diferente al Salvador que estuvo preparado a morir en favor de otros, Satanás no considera cuánta agonía y tormento tengan que soportar los pecadores o los justos, con tal de que él no esté incluido. Por lo tanto, obra con astucia diabólica e inflexible propósito para impedir que los pecados de los justos vengan sobre él.

Pero esta no es la única razón para este esfuerzo mal dirigido. El arde también por tan incurable e intenso odio para con el dulce y amado Salvador, que desea herir a todos los que pertenecen a Cristo hasta donde le sea posible. Nada le agradaría más que ver a los cristianos y pecadores sometidos al tormento eterno en el fuego implacable.

La primera oportunidad de Satanás de asegurar que los pecados de los justos nunca volverán sobre él, es en el servicio diario. Si puede impedir que la iniquidad sea transferida del arrepentido al santuario, sabe que ningún caso más le preocupa, porque

todos esos males habitarán con el que los comete y así nunca pueden ser puestos sobre él. Ningún pecado puede alcanzar al macho cabrío a menos que pase a través del santuario primero.

Satanás tiene diferentes medidas diseñadas para hacer frente a diferentes mentes. La mayoría se atan a sus pecados porque él los separa enteramente de la verdad de Dios. Los persuade a que la religión es una gran decepción gratificada por mentes sentimentales y carentes de habilidad. Sin darse cuenta del ministerio de muerte que acumula diariamente una temerosa cosecha de retribución, estas personas se sumergen a sí mismas en intereses y placeres terrenales. Ellos no tienen tiempo para pensar en el día final de cuentas, y no hacen un intento de transferir sus pecados al santuario celestial. El obra continuamente para mantenerlos en esta condición, porque sabe que mientras permanezcan así, no hay peligro de llevar y sufrir sus pecados.

Pero hay otros que se interesan en su bienestar presente y futuro y que tienen confianza que la respuesta se halla en la Palabra de Dios. Para éstos, Satanás suple errores religiosos que niegan al individuo el conocimiento del único camino por el cual sus pecados pueden ser perdonados y, después de limpiarse de ellos, los traspasan al santuario. Así sus iniquidades están sobre ellos todavía mientras que se aseguran falsamente que son libres de la carga de condenación. Ellos tienen una fe firme en Dios pero está mal puesta, porque se les ha enseñado que Dios hará lo que nunca ha prometido hacer. Esta es la más cruel de todas las invenciones de Satanás. Es semejante a ofrecer agua a un hombre que está pronto a perecer de sed, y luego arrebatársela en el último momento. El hombre morirá con una congoja y desilusión en su alma, que de otra manera no estuviera allí.

Jesús proféticamente vio y presenció la horrible experiencia de los que llegarán directamente al fin, confiando que serán salvos y que entonces hallarán que están perdidos para siempre. El dijo: "Allí será el lloro y el crujir de dientes" (*Mateo* 22:13; 24:51; 25:30).

Las personas solamente crujen sus dientes cuando expresan desilusión y angustia extrema. Uno no puede apreciar adecuadamente la plena dimensión de la furia que será expresada en ese momento. Será una señal y sonido de los cuales los justos se horrorizarán de terror, una escena inolvidable que los ayudará para ser libres por toda la eternidad de todo deseo de estar implicados en pecados otra vez.

La incredulidad es un arma extremadamente efectiva en las manos de Satanás. La convicción de que es imposible ser limpio de pecado en esta vida está tan extendida que es casi universal entre los cristianos profesos. Obviamente, si una persona no cree que Cristo lo limpiará completamente de la constante presencia del pecado, la obra no será hecha. Solamente fe trae la victoria. Por esta causa Satanás magnifica el poder del pecado y apremia su negro cuadro sobre el transgresor. Actúa inflexiblemente para enfocar así la atención del pecador en el problema de su permanente mal, que perderá de vista a Cristo y su capacidad para librarlo.

Por estos y otros métodos disponibles, Satanás obra continuamente para impedir el flujo de pecado al santuario. Aunque la persona aprenda la confesión efectiva y aceptable y envía sus transgresiones al santuario celestial, el enemigo no deja a esa alma como un caso perdido. Sabe que no es suficiente que unos pecados se repudien. Son todos los que tienen que partir. Entiende que el que acaricia algunos pecados no vestirá las ropas de bodas en el juicio, aunque haya abandonado otros.

Hay muchas maneras por las cuales el destructor ha tenido éxito en detener el fluido de pecado del arrepentido al santuario. Un método es enredar al creyente en los asuntos de esta vida, para que menos tiempo se pueda invertir al escudriñamiento y estudio de las Escrituras. Estas almas son guiadas con frecuencia a situaciones comprometedoras de las cuales el desembarazo es más difícil.

Satanás disemina constantemente la noción de que la venida de Cristo es un evento muy distante todavía y que permite mucho tiempo para la preparación en una fecha posterior. Así, el alma es conducida a descuidar la obra que sólo puede ser hecha con seguridad hoy. Esto tiene un mayor efecto de detrimento sobre la experiencia espiritual de una persona, porque la priva de un sentido de excesiva pecaminosidad, y quita de ella la urgencia de hacer corrección inmediata para su vida. Muchos individuos que han hecho un excelente comienzo en el proceso de rendir todo pecado, han perdido su fuerza y finalmente dejaron de continuar esta obra vital. Estos se hallarán en el día del juicio con pecado declarado contra ellos en los registros, y sus nombres se borrarán para siempre del libro de la vida.

“Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (*Lucas 9:62*).

Pero, no importa cuán astuta y persistentemente trabaje el diablo, habrá siempre un buen remanente que, con gran decisión quitará todo pecado tan pronto como les sean revelados. Ellos vendrán al final de su prueba con toda iniquidad confesada y abandonada, es decir, en los casos de los que están vivos sobre esta tierra durante el juicio, que todo pecado habrá sido transferido de ellos aunque no estén plenamente conscientes del hecho.

Con estas personas, Satanás ha perdido su primera pelea, aun cuando el pecado ha sido separado del pueblo, no lo ha alcanzado todavía. Puede y contendrá el derecho de Cristo de tomar las iniquidades del santuario y colocarlas sobre él en lugar de colocarlas sobre el pecador que originalmente las cometió. El resultado es una temerosa lucha entre los creyentes y su adversario. Mientras se aferran con fe desesperada a las promesas de su gran Sumo Sacerdote, el diablo usa todo su poder para acusarlos y desanimarlos para que pierdan su sostén de Dios y vuelvan a sus propias obras para salvación. Es en este marco que la parábola de “Josué y el Angel se aplica con fuerza peculiar a la experiencia del pueblo de Dios durante la terminación del gran día de expiación” (*Testimonios para la Iglesia*, tomo 5, pág. 447).

Ahora la atención se dirige a la experiencia a través de la cual el pueblo de Dios pasará, mientras sus casos se investigan en el juicio de los vivos. Ningún pasaje describe mejor esto que la parábola de Josué y el Angel.

Como ya se ha visto, la misma parábola revela también la lucha a través de la cual los justos pasan en su diario caminar con Dios cuando Satanás labora arduamente con sus acusaciones y otras malas estrategias, para negarles el privilegio de tener sus pecados transferidos al santuario. Satanás está plenamente consciente que si tiene éxito en estos objetivos, no tiene necesidad de temer que los pecados de los justos sean finalmente cargados sobre él.

Afortunadamente para los que se salvarán y para la causa de Dios, él no tendrá éxito en sus esfuerzos. Exactamente como ha sido en el pasado, así será todavía en el futuro, un buen número enviará sus pecados con anticipación al juicio. Los que lo hagan y estén todavía vivos cuando el juicio de los vivos se convoque, entonces serán los objetos de los esfuerzos desesperados de Satanás porque los pecados de estas personas sean puestos nuevamente sobre ellas en vez de cargarlos sobre él.



“La visión de Zacarías con referencia a Josué y el ángel se aplica con fuerza peculiar a la experiencia del pueblo de Dios durante la terminación del gran día de expiación”. Testimonios para la Iglesia, tomo 5, pág. 447.

Los santos vivos que, en el futuro cercano afronten esta prueba, no sólo necesitan entender cuáles condiciones ellos deben cumplir, sino también las estratagemas que el enemigo usará contra ellos en ese momento. Por lo tanto está escrito:

“La visión de Zacarías con referencia a Josué y el ángel se aplica con fuerza peculiar a la experiencia del pueblo de Dios durante la terminación del gran día de expiación. La iglesia remanente

será puesta en grave prueba y angustia. Los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús sentirán la ira del dragón y de su hueste. Satanás considera a los habitantes del mundo súbditos suyos, ha obtenido el dominio de las iglesias apóstatas; pero ahí está ese pequeño grupo que resiste su supremacía. Si él pudiese borrarlo de la tierra, su triunfo sería completo. Así como influyó en las naciones paganas para que destruyesen a Israel, pronto incitará a las potestades malignas de la tierra a destruir al pueblo de Dios. Todo lo que se requerirá será que se rinda obediencia a los edictos humanos en violación de la ley divina. Los que quieran ser fieles a Dios y al deber serán amenazados, denunciados y proscritos. Serán traicionados por 'padres, y hermanos, y parientes, y amigos' (Lucas 21: 16) (*Id.*, pág. 447).

En su determinación por ganar, Satanás no se limitará a una línea de ataque sino ejercerá toda presión a su disposición para obtener sus fines. Aunque sabe que el verdadero pueblo de Dios en ese momento ha confesado y abandonado todo pecado, tratará de inducirlos a transgredir la ley de Dios. Si ellos pecan mientras sus casos están siendo investigados, será demasiado tarde, porque la oportunidad de transferir pecado al santuario se terminará, y ellos se perderán eternamente.

De este modo será que, bajo la terrible presión, "Todo lo que se requerirá será que se rinda obediencia a los edictos humanos en violación de la ley divina". Los que se oponen a estas órdenes serán inicialmente amenazados con multas y encarcelamiento, seguido por la pérdida de sus derechos para comprar y vender, y finalmente por el decreto de muerte. El mundo entero marchará contra ellos, mientras los mismos estarán tan esparcidos que se privarán del valioso apoyo provistos por otros de la misma fe.

Lo que hará la prueba tan difícil de soportar será la manera astuta en la cual Satanás hará parecer que obedecer la ley del país sería obedecer las leyes de Dios. En ese momento, debido al pavoroso desastre natural que devastará la tierra, la desenfrenada delincuencia aterrorizando al pueblo, y la inhabilidad total de las autoridades civiles para resolver estos problemas, el mundo entero buscará soluciones satisfactorias para sus dificultades. Se reconocerá generalmente que si los problemas no pueden ser resueltos, esta tierra dejará de ser un planeta habitado.

A causa de que los cuerpos políticos entonces habrán demostrado su incapacidad de revertir la decadencia desesperada hacia la

aniquilación, el pueblo buscará otro dirigente y lo hallarán a la cabeza de las iglesias aliadas. Así como Jezabel la antigua tomó el poder de Acab para resolver sus problemas, así las iglesias en los últimos días, empuñarán el poder del estado que lo entregará voluntariamente, para resolver los problemas masivos que absorben al mundo.

Esto se hará en el nombre de Dios. Será el más grande de los intentos de todo humano de construir el reino de Dios, y los pueblos de toda nación sobre la faz de la tierra, al no aprender las verdaderas lecciones de la historia que muestra que tales disposiciones sólo terminan en fracaso, alabarán el plan como el camino seguro y cierto para la completa recuperación. El que no dé al plan su apoyo de todo corazón, será condenado como un enemigo del estado, de la iglesia y de Dios.

Esto no será una falsificación ordinaria, porque será la obra maestra de engaño de Satanás.

Para levantar el vestido inmaculado de oveja para ver debajo al lobo real, los hijos de Dios habrán de ser completamente familiares con los principios del verdadero sábado de Dios. De otro modo, ellos serán impotentes como el resto del mundo para resistir la presión de reconocer al hombre como el solucionador del problema en lugar de Dios. Pero, cuando las masas rindan su animador apoyo al lado de esta confederación final del mal, los santos se negarán abiertamente a tener parte con ellas. Ellos comprenderán las consecuencias de seguir tales proceder y con solemnidad y exactitud predicen que el glorioso sueño acariciado por las multitudes se tornará en la más terrible pesadilla.

Con todo les parecerá que su posición es desesperada y que serán obligados a sacrificar sus vidas por nada. El enemigo urgirá el testimonio ocular y circunstancias contra ellos en la más abrupta luz posible para desanimarlos a ceder en su protesta y a unirse con el resto del mundo para su servicio. Bajo estas condiciones, será muy difícil para ellos mantener su alianza con Dios.

“Su única esperanza se cifra en la misericordia de Dios; su única defensa será la oración. Como Josué intercedía delante del ángel, la iglesia remanente, con corazón quebrantado y fe ferviente, suplicará perdón y liberación por medio de Jesús su Abogado. Sus miembros serán completamente conscientes del carácter pecaminoso de sus vidas, verán su debilidad e indignidad, y mientras se miren a sí mismos, estarán por desesperar” (*Id.*, págs. 447, 448).

El problema de sostener la honra y causa de Dios en ese momento no será sino el comienzo de sus tribulaciones. Al mismo tiempo, el juicio de los vivos estará en progreso en el cielo, requiriendo que ellos cumplan fiel y plenamente las condiciones necesarias para pasar su penetrante escrutinio. Por supuesto, que fuera mucho más fácil si ellos pudieran manejar cada cosa en un tiempo, pero esto no va a ser.

La cuestión en la obra de la expiación final, como se ha notado, es la mudanza del pecado del santuario al macho cabrío emisario. Esto es lo que Satanás desea impedir mientras simultáneamente se propone establecer su reino sobre esta tierra.

Para que el pueblo de Dios reciba los beneficios de la expiación final, ellos deben saber exactamente lo que son sus necesidades, mientras retienen una convicción absoluta que no tienen poder en sí mismos para cumplir esos requerimientos. Comprendiendo su verdadera posición como receptores dependientes, ellos deben tener una clara visión de la posición de Cristo como su poderoso Abogado y del imponente poder a su disposición y por el cual es capaz de cumplir sus responsabilidades. Entonces, con profundo escudriñamiento de corazón para cerciorarse que todo pecado se ha enviado realmente al juicio, ellos deben ir al santuario para entregar su caso a su Salvador en forma plena que llega a ser enteramente responsabilidad del Señor.

Esto comprobará ser difícil, porque en ese tiempo “serán completamente conscientes del carácter pecaminoso de sus vidas, verán su debilidad e indignidad, y mientras se miren a sí mismos, estarán por desesperar” (*Ibid*).

El hecho de que son conscientes de la pecaminosidad de sus vidas en ese momento, da también a ellos claras visiones de la absoluta e impecable pureza de Cristo y los hace bien sabedores de la perfección de carácter requerido de todos los que llegarán a ser ciudadanos del cielo. El contraste entre sus propias vidas pecaminosas y la justicia de Dios es tan grande que están listos a desesperar para que el impecable Jesús pueda tomar su iniquidad sobre sí mismo y transferirla al macho cabrío.

Satanás entiende estos efectos en las vidas del pueblo de Dios y se esfuerza para ponerlos a su propia cuenta. Consecuentemente, urge su pecaminosidad y sus implicaciones sobre ellos en la peor luz posible en un intento de desesperarlos para apartarlos de su Salvador.

“El tentador estará listo para acusarlos, como estaba listo para resistir a Josué. Señalará sus vestiduras sucias, su carácter deficiente. Presentará su debilidad e insensatez, su pecado de ingratitud, cuán poco semejantes a Cristo son, lo cual ha deshonrado a su Redentor. Se esforzará para espantar las almas con el pensamiento de que su caso es desesperado, de que nunca se podrá lavar la mancha de su contaminación. Esperará destruir de tal manera su fe que se entreguen a sus tentaciones, se desvíen de su fidelidad a Dios, y reciban la marca de la bestia” (*Id.*, pág. 448).

Las ropas viles representando sus caracteres defectuosos a las que Satanás señala, no están en ese momento sobre los santos. Ellos visten las ropas de boda, el símbolo de la justicia perfecta de Cristo. Si no lo están, como la parábola del vestido de bodas registrada en *Mateo* 22:1-11 lo señala tan claramente, ellos serán echados en las tinieblas de afuera para eterna separación de Dios. Satanás no se preocupa en absoluto de que alguien llegue al juicio sin el vestido de bodas. Aquellos en conflicto con el enemigo en ese tiempo, serán los que han enviado sus pecados con anticipación al santuario y que poseen plenamente la inmaculada justicia de Cristo.

Cuando Satanás señala sus ropas viles en el gran día de la expiación final, las señala donde ellas están, en el santuario. Es decir, donde toda la pecaminosidad de sus vidas estará en ese tiempo significativo, y de lo cual los justos están plenamente conscientes. Si este hecho no se reconoce, el estudiante se hallará afrontado con imposibles contradicciones. El no podrá explicar cómo, en *Mateo* capítulo 22, el creyente se describe llegando al juicio con el vestido de bodas de impecable pureza, mientras que en la parábola de Josué y el Angel, se le describe llegando con ropas viles. La primera referencia representa a las personas como serán en sí mismas, mientras en la segunda describe lo que sus registros serán en el cielo.

Prueba de que las ropas defectuosas en el juicio son un símbolo de sus pecados descartados, se halla en el hecho de que Satanás no señala lo que ellas son cuando el juicio se abre, sino lo que ellas han sido. Nótese como se usa el tiempo pasado en este pasaje. Esto es especialmente claro en el párrafo siguiente el citado antes.

“Satanás insiste delante de Dios en sus acusaciones contra ellos, declara que por sus pecados han perdido el derecho a la protección divina y reclama el derecho de destruirlos como transgresores. Los

declara tan merecedores como él mismo de ser excluidos del favor de Dios. ‘¿Son éstos — dice —, los que han de tomar mi lugar en el cielo, y el lugar de los ángeles que se unieron conmigo? Mientras profesan obedecer la ley de Dios, ¿han guardado sus preceptos? ¿No han sido amadores de sí mismos más que de Dios? ¿No han puesto sus propios intereses antes que su servicio? ¿No han amado las cosas del mundo? Mira los pecados que han señalado su vida. Contempla su egoísmo, su malicia, su odio mutuo’” (*Ibid.*).

Lo que Satanás diría si el pueblo de Dios estuviera en pecaminosidad todavía fuera: “Mientras ellos profesan obedecer la ley de Dios, ¿están guardando sus preceptos? ¿No son ellos amadores de placeres más que de Dios? ¿No están colocando sus intereses por encima de su servicio? ¿No aman las cosas del mundo? Mire los pecados que *marcan* sus vidas”.

Pero esto no es lo que él dice, porque sabe que tales preguntas no estarían basadas en hechos. La verdad es que han sido culpables de pecado en el pasado, pero habrán dejado de pecar y estarán viviendo justamente en ese tiempo. Todo lo que Satanás puede hacer es dirigir sus acusaciones contra ellos por lo que fueron antes. Las ropas viles a las que él señala estarán en el santuario, no en los pocos fieles.

“Los hijos de Dios han sido muy deficientes en muchos respetos. Satanás tiene un conocimiento exacto de los pecados que él los indujo a cometer, y los presenta de la manera más exagerada, declarando: ‘¿Me desterrará Dios a mí y a mis ángeles de su presencia, y, sin embargo, recompensará a aquellos que han sido culpables de los mismos pecados? Tú no puedes hacer esto, con justicia, oh Señor. Tu trono no subsistirá en rectitud y juicio. La justicia exige que se pronuncie sentencia contra ellos’.

“Pero aunque los seguidores de Cristo han pecado, no se han entregado al dominio del mal. Han puesto a un lado sus pecados, han buscado al Señor con humildad y contrición y el Abogado divino intercede en su favor. El que ha sido el más ultrajado por su ingratitud, el que conoce sus pecados y también su arrepentimiento, declara: ‘¡Jehová te reprenda, oh Satán! Yo di mi vida por estas almas. Están esculpidas en las palmas de mis manos’.

“Los asaltos de Satanás son vigorosos, sus engaños terribles; pero el ojo del Señor está sobre sus hijos. Su aflicción es grande, las llamas del horno parecen estar a punto de consumirlos; pero Jesús los sacará como oro probado en el fuego. Su índole terrenal

debe ser eliminada, para que la imagen de Cristo pueda reflejarse perfectamente; deben vencer la incredulidad; han de desarrollar fe, esperanza y paciencia” (*Id.*, págs. 448, 449).

Mientras que las acusaciones de Satanás contra el pueblo de Dios son con relación a su pecaminosidad pasada, existe todavía una obra de perfección que debe ser terminada por las terribles pruebas que son obligados soportar. “Su índole terrenal debe ser eliminada, para que la imagen de Cristo pueda reflejarse perfectamente; deben vencer la incredulidad; han de desarrollar fe, esperanza y paciencia”.

Esta no es una obra de quitar pecado, sino de limpieza de mundanalidad, y el desarrollo de virtudes activas cristianas. Esta obra continúa más allá del fin del tiempo de gracia durante la angustia de Jacob como se afirma en *El Conflicto de los Siglos*, página 674. Después que termine el tiempo de gracia, cada uno debe estar sin Mediador entre él y el Juez de toda la tierra. Siendo esto así, la persona no debe tener la más pequeña mancha de pecado, porque, en ese momento, no hay más facilidades para su eliminación.

“Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres, purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha con el mal” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 478).

Si el pecado tiene que ser trasladado enteramente en la terminación del tiempo de gracia, mientras que la mundanalidad está todavía en proceso de eliminación después de ese punto de tiempo, ¿qué es mundanalidad distinta de pecaminosidad? Para hallar la respuesta a esta pregunta, se necesita estudiar otras declaraciones en el Espíritu de Profecía donde se usan las mismas expresiones. En *Comprehensiv e Index to the Writings of Ellen G. White* se numeran solamente dos más y se hallan en *Testimonios para la Iglesia*, tomo 5, páginas 563, 235.

“Manifestando mansedumbre bajo la provocación y apartándonos de la bajeza terrenal, dais evidencia de que el Salvador mora en vosotros, y cada uno de vuestros pensamientos, palabras y actos atraerá a los hombres a Jesús más bien que a vosotros mismos. Hay mucho trabajo que hacer, y poco tiempo en que hacerlo. Sea,

pues, la obra de vuestra vida inspirar en todos el pensamiento de que tienen que trabajar para Cristo. Dondequiera que haya deberes que cumplir que otros no entienden porque no desean ver la obra de su vida, aceptadlos y hacedlos”.

“Es la mundanalidad y el egoísmo lo que nos separa de Dios”.

En la primera de estas dos declaraciones, una conexión se hace entre el fiel seguimiento de una obra de la vida ordenada por Dios y el escape de la mundanalidad. Hay muchas cosas acerca de esta tierra que son buenas en sí mismas. Una persona puede dedicar su vida entera a la consecución de los más excelentes intereses, pero, para los cristianos, todas estas cosas tienen que ponerse a un lado en favor de la responsabilidad suprema de búsqueda para terminar la obra que el Señor asignó. Para hacer esto se requiere que el creyente llegue al punto donde corta todo sentido de dependencia de las cosas terrenales y únicamente pone su confianza en Dios como el director y proveedor. Ha sido falta de la iglesia de hacer esto en el pasado, lo que ha motivado que los movimientos de Dios fracasen uno tras otro.

Para que este último movimiento tenga éxito donde otros han fracasado, los miembros no sólo deben quitar todo pecado; ellos también deben ser libres de todo vestigio terrenal. Su conexión y sumisión al Señor tiene que trascender a todo interés mundanal. Si esto no se logra, entonces será imposible que el conflicto final se gane y la obra se termine. El último movimiento sobre esta tierra será el último porque los miembros que lo formen, habiendo sido totalmente liberados de toda conexión terrenal, se dedicarán sin reserva y a pesar del costo, a la tarea de poner un fin al pecado y traer la justicia perdurable. Intereses mundanales no tendrán dominio en sus afectos. Sin tener en cuenta el peligro en que su obra los colocará, amonestarán a los impíos del seguro resultado de su curso pecaminoso de acción.

“Los hijos de Dios están suspirando y clamando por las abominaciones hechas en la tierra. Con lágrimas advierten a los impíos el peligro que corren al pisotear la ley divina, y con indecible tristeza se humillan delante del Señor a causa de sus propias transgresiones. Los impíos se burlan de su pesar, ridiculizan sus solemnes súplicas y se mofan de lo que llaman debilidad. Pero la angustia y la humillación de los hijos de Dios dan evidencia inequívoca de que están recobrando la fuerza y nobleza de carácter perdidas como consecuencia del pecado. Porque se están

acercando más a Cristo y sus ojos están fijos en su perfecta pureza, discernen tan claramente el carácter excesivamente pecaminoso del pecado. Su contrición y humillación propias son infinitamente más aceptables a la vista de Dios que el espíritu de suficiencia propia y altanero de aquellos que no ven causa para lamentarse, que desprecian la humildad de Cristo y se creen perfectos mientras pisotean la santa ley de Dios. La mansedumbre y humildad de corazón son las condiciones para tener fuerza y alcanzar la victoria. La corona de gloria aguarda a aquellos que se postran al pie de la cruz. Bienaventurados son los que lloran; porque serán consolados.

“Los fieles, que se encuentran orando, están, por así decirlo, encerrados con Dios. Ellos mismos no saben cuán seguramente están escudados. Incitados por Satanás, los gobernantes de este mundo procuran destruirlos; pero si pudiesen abrírseles los ojos, como se abrieron los del siervo de Eliseo en Dotán, verían a los ángeles de Dios acampados en derredor de ellos, manteniendo en jaque a la hueste de las tinieblas con su resplandor y gloria” (*Testimonios para la Iglesia*, tomo 5, pág. 449).

La situación será muy complicada y confusa. Los justos, sabiendo que están en el tiempo del juicio de los vivos, escudriñarán sus corazones con gran diligencia para ver si existen pecados restantes, mientras que al mismo tiempo, entregarán su caso completamente al cuidado de Cristo. Con todo poder a su disposición, Satanás les recordará su pecaminosidad y objeta que el impecable Salvador es demasiado puro y santo para manejar su problema de pecado. Los justos sentirán, como nunca antes, la necesidad de ser completamente libres de iniquidad y ejercerán toda energía en esta dirección. Aunque ansiosos por dedicar todo su tiempo y energía a este trabajo crítico, los impíos a su alrededor deben ser advertidos de las seguras consecuencias provenientes de sus grandes planes para construir el reino de Dios por proceder humanos. Esta obra será de tan grande magnitud, que su fiel realización parece no dejarles tiempo para la preparación del corazón. Por encima de todo esto, los problemas de los justos aumentarán por la inflexible decisión de los impíos, primero encerrarlos tan cerca como sea posible, y luego, cuando esto no funcione, destruirlos completamente.

Siempre ha sido un truco clave de Satanás cargar al pueblo de Dios con un pesado programa de buenas obras, que no tienen

tiempo para el escudriñamiento y desarrollo espiritual. Así que, cuando ve qué enorme llega a ser la responsabilidad de amonestar al mundo, aumentará la carga tanto como pueda para no dárles tiempo para que cumplan las condiciones del gran día de la expiación. No es de admirarse que el pueblo de Dios tenga que divorciarse de la mundanalidad en ese día. Obviamente, los que hayan aprendido una vida simple ahora, serán más aptos para hacer frente a los problemas entonces, teniendo la menor cantidad de arreglos por hacer.

Aparte de los sufrimientos de Cristo, ninguna exigencia mayor se habrá hecho jamás a la humanidad caída y pecadora. Parecerá que nada menos que un esfuerzo sobrehumano los capacitará para afrontar todas las demandas de ese difícil período. Sería bueno si pudiéramos apreciar qué clase de pueblo necesitamos ser para aguantar en ese tiempo. Si lo hacemos, seremos mucho más diligentes de lo que somos, en desarrollar la fe adecuada y la fuerza suficiente.

Obviamente, muchos se apartarán bajo la terrible presión, pero un buen remanente soportará aunque los cielos se desplomen. Sobre aquellos que lo hagan será conferida toda bendición de la expiación final. Sus ropas viles que previamente les fueron quitadas y colocadas en el santuario, se alejarán más, al ser tomadas del santuario y puestas sobre el macho cabrío emisario.

“Mientras los hijos de Dios afligen sus almas delante de él, suplicando pureza de corazón, se da la orden: ‘Quitadle esas vestimentas viles’, y se pronuncian las alentadoras palabras: ‘Mira que he hecho pasar tu pecado de ti, y te he hecho vestir de ropas de gala’. Se pone sobre los tentados, probados, pero fieles hijos de Dios, el manto sin mancha de la justicia de Cristo. El remanente despreciado queda vestido de gloriosos atavíos, que nunca han de ser ya contaminados por las corrupciones del mundo. Sus nombres permanecen en el libro de la vida del Cordero, registrados entre los fieles de todos los siglos. Han resistido los lazos del engañador; no han sido apartados de su lealtad por el rugido del dragón. Ahora están eternamente seguros de los designios del tentador. Sus pecados han sido transferidos al originador de ellos.

“Y ese residuo no sólo es perdonado y aceptado, sino honrado. Una ‘mitra limpia’ es puesta sobre su cabeza. Han de ser reyes y acusaciones y tratando de destruir esta hueste, los ángeles santos, invisibles, iban de un lado a otro poniendo sobre ellos el sello

del Dios viviente. Ellos han de estar sobre el monte de Sión con el Cordero, teniendo el nombre del Padre escrito en sus frentes. Cantan el nuevo himno delante del trono, ese himno que nadie puede aprender sino los ciento cuarenta y cuarto mil que fueron redimidos de la tierra. ‘Estos, los que siguen al Cordero por donde quiera que fuere. Estos fueron comprados de entre los hombres por primicias para Dios y para el Cordero. Y en sus bocas no ha sido hallado engaño; porque ellos son sin mácula delante del trono de Dios’ (Apocalipsis 14:4, 5).

“Entonces se cumplirán completamente estas palabras del ángel: ‘Escucha pues ahora, Josué gran sacerdote, tú, y tus amigos que se sientan delante de ti; porque son varones simbólicos: He aquí, yo traigo a mi siervo, el Pinpollo’. Cristo es revelado como Redentor y Libertador de su pueblo. Entonces serán en verdad los que forman parte del remanente ‘varones simbólicos’, cuando las lágrimas y la humillación de su peregrinación sean reemplazadas por el gozo y la honra en la presencia de Dios y del Cordero. ‘En aquel tiempo el renuevo de Jehová será para hermosura y gloria, y el fruto de la tierra para grandeza y honra, a los librados de Israel. Y acontecerá que el que quedare en Sión, y el que fuere dejado en Jersalem, será llamado santo; todos los que en Jersusalem están escritos entre los vivientes’ (Isaías 4:2, 3) (*Id.*, pág. 450).

La Expiación con el Macho Cabrío Emisario

Capítulo 24

APENAS se terminaba la expiación en el lugar santísimo, se hacía la expiación con el macho cabrío. El sumo sacerdote salía del interior del departamento donde había rociado la sangre delante y sobre el propiciatorio, mientras él mismo se protegía por la nube de incienso. En el tipo, él entonces purificaba el lugar santo de los pecados que simbólicamente se habían acumulado allí durante el servicio del año, y, al salir de este departamento a la luz del día otra vez, los colocaba sobre la cabeza del macho cabrío emisario. Después que se hacía esto, el animal se enviaba lejos, con un hombre apartado para eso, a un lugar desolado donde se dejaba para que pereciera.

Antes del servicio real de la expiación final, dos machos cabríos se escogían. Al echar suertes, uno llegaba a ser el macho cabrío emisario, y el otro, simbolizando a Cristo, era sacrificado para suministrar la sangre necesaria para hacer la expiación final.

“Y hará traer Aarón el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Jehová, y lo ofrecerá en expiación. Mas el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Azazel, lo presentará vivo delante de Jehová para hacer la reconciliación sobre él, para enviarlo a Azazel al desierto” (*Levítico 16:9, 10*).

Desde el momento de su elección, el macho cabrío emisario esperaba hasta que el momento llegara cuando el sumo sacerdote saliera de los lugares santos, y en el instante recibía la carga de pecados previamente mantenida en el santuario.

“Cuando hubiere acabado de expiar el santuario y el tabernáculo de reunión y el altar, hará traer el macho cabrío vivo; y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada, y dejará ir el macho cabrío por el desierto” (*Livítico 16:20-22*).

Satanás es el macho cabrío emisario; una verdad agudamente disputada por las iglesias protestantes, cuyos ministros sostienen que el macho cabrío es un símbolo de Cristo. Su argumento principal para apoyar esta posición, es que una expiación es simbólicamente hecha con este animal y que, por lo tanto, él tiene que tipificar a Cristo, con el único según ellos lo ven, se puede hacer una expiación.

Ninguno puede tener un entender correcto de la palabra “expiación”, y objetar esta manera. Expiación significa, entre otras cosas, limpiar por remisión de pecados. Un acto semejante, no importa por quién se realice, es una expiación. Así que, cuando los pecados se colocan finalmente sobre su originador, el diablo, y se llevan por él a la destrucción final, el universo se limpiará para siempre de ellos y así una expiación se hará ciertamente. Esto no minimiza ni desacredita las poderosas expiaciones hechas por Cristo, sin lo cual no se pudiera realizar la remisión de pecado sobre el macho cabrío. Más bien confirma la efectividad de la obra hecha por Cristo, porque, sin ella, Satanás nunca pudiera ser compelido a llevar finalmente los pecados de los justos.

Un examen cuidadoso del macho cabrío en el tipo confirma que él no señala a Cristo Jesús.

En primer lugar, él no salía voluntariamente para su castigo, porque un hombre destinado para eso se requería para conducirlo al destierro. Al retroceder, luchar y resistir, mostraba claramente que no tenía intención de ser abandonado en el desierto.

Esto es lo contrario a Cristo que con tanta voluntad y alegría llevó los pecados de la humanidad. Ninguno tuvo que obligarlo a cumplir su función de víctima sacrificada. Movido por infinito amor por la humanidad perdida, vino de su propia voluntad a pagar la pena. “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (*Isaías 53:7*).

En la noche cuando los soldados, guiados por los principales sacerdotes y Judas, llegaron para arrestarlo, demostró cuán fácil pudo haber escapado de ellos y con qué voluntad les permitió que lo arrestaran. El los escuchó venir antes que lo vieran, pero no hizo esfuerzo para huir o aun para ocultarse. En cambio, apaciblemente les dijo: “¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús nazareno”. Y les respondió al simplemente decirles: “Yo soy” (*Juan 18:4, 5*).



Hacia la terminación del día de expiación, un hombre muy destinado para el propósito, arrastraba al indómito macho cabrío al desierto del cual nunca regresaría. Así Cristo, el Hombre destinado para esto, conducirá al diablo y lo encadenará a una tierra desolada después que la expiación final sea terminada, y El haya regresado a esta tierra. Entonces Satanás sabrá que nunca regresará al campamento de los santos ni restaurará su primera gloria o posición.

“Mientras estas palabras eran pronunciadas, el ángel que acababa de servir a Jesús se puso entre él y la turba. Una luz divina iluminó el rostro del Salvador, y le hizo sombra una figura como de paloma. En presencia de esta gloria divina, la turba homicida no pudo resistir un momento. Retrocedió tambaleándose.

Sacerdotes, ancianos, soldados, y aun Judas, cayeron como muertos al suelo.

“El ángel se retiró, y la luz se desvaneció. Jesús tuvo oportunidad de escapar, pero permaneció sereno y dueño de sí. Permaneció en pie como un ser glorificado, en medio de esta banda endurecida, ahora postrada e inerte a sus pies. Los discípulos miraban, mudos de asombro y pavor” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 644).

Los discípulos no compartieron con su Maestro el hermoso espíritu de sumisión dedicada, y Pedro decidió que el Salvador no fuera arrestado, y desenvainó la espada y cortó la oreja del siervo del sumo sacerdote.

“Cuando Jesús vio lo que había hecho, libró sus manos, aunque eran sujetadas firmemente por los soldados romanos, y diciendo: ‘Dejad hasta aquí’, tocó la oreja herida, y ésta quedó inmediatamente sana. Dijo luego a Pedro: ‘Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y él me daría más de doce legiones de ángeles?’ — una legión en lugar de cada uno de los discípulos” (*Id.*, 645).

Si un ángel pudo inmovilizar totalmente esa compañía de hombres furiosos y armados, ¿entonces qué podían hacer doce legiones de ellos? Esa demostración de poder en el Getsemaní confirma que la única manera posible en que Cristo podía ser crucificado, era que voluntaria y sumisamente caminara al Calvario, como de hecho lo hizo. Nada hay acerca del macho cabrío emisario que ilustre la expiación hecha por Cristo, cuando era arrastrado por un hombre literal destinado para el propósito.

Una segunda evidencia de que el macho cabrío no podía ser Cristo, se halla en el hecho de que él era alejado a eterna separación del campamento de Israel, para que pereciera solo en el desierto. Alabemos al Padre eterno, al Hijo, y al Espíritu Santo, que este no es la determinante suerte de Cristo. ¡Cuán terrible fuera que tuviera que sufrir todo por nosotros, y que por su infinito sacrificio, abriera para nosotros el camino de regreso al paraíso, si debiera ser excluido para siempre del Edén restaurado y de los que ha salvado para habitarlo! ¡Cuál hijo de Dios consideraría el cielo ser un lugar de felicidad si Cristo no estuviera allá! Sin Cristo no sería cielo. Mientras el plan de salvación lograra mucho y, en sus gloriosos logros, generado alabanza y adoración de todas

las criaturas de Dios, habría una sombra eterna sobre todas las cosas por el hecho de Cristo no compartir la victoria eterna.

Afortunadamente, Cristo nunca será conducido a separarse eternamente de su pueblo y dejado para que perezca solo en el desierto. En la nueva tierra, el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, los santos ángeles, y todos los redimidos, estarán unidos como una familia completa. Ellos tendrán el compañerismo con Cristo, adorarán su incomparable carácter, y crecerán para siempre en la maravillosa luz de su presencia.

Hablando de lo que se le mostró en visión de la tierra restaurada, Juan escribió:

“Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (*Apocalipsis* 21:22, 23).

Es Satanás quien, resistiendo a cada paso, será conducido por la fuerza a separarse de los redimidos de Dios eternamente. Percerá solo en tierra inhabitada fuera de la nueva Jerusalén, para nunca ser visto otra vez. Es su suerte, no la de Cristo, la que se describe con exactitud en la transacción del macho cabrío.

Tiene que ser recordado también que Cristo no será un portador de pecado después de la expiación final en el santuario celestial. Esto se muestra claramente en el tipo, cuando la expiación final se hacía por el sumo sacerdote y su casa, en adición a los lugares santos y el altar. Por estos medios se purificaban simbólicamente de todo pecado que en tipo ellos llevaron durante el servicio del año.

“Y hará traer Aarón el becerro de la expiación que es suyo, y hará la reconciliación por sí y por su casa. Y hará traer Aarón el becerro que era para expiación suya, y hará la reconciliación por sí y por su casa, y degollará en expiación el becerro que es suyo. Después tomará un incensario lleno de brasas de fuego del altar de delante de Jehová, y sus puños llenos del perfume aromático molido, y lo llevará detrás del velo. Y pondrá el perfume sobre el fuego delante de Jehová, y la nube del perfume cubrirá el propiciatorio que está sobre el testimonio, para que no muera. Tomará luego de la sangre del becerro, y la rociará con su dedo hacia el propiciatorio al lado oriental; hacia el propiciatorio esparcirá con su dedo siete veces de aquella sangre” (*Levítico* 16:6, 11-14).

De este modo en el tipo, el sumo sacerdote, conforme a las instrucciones de Dios, hacía muy cuidadosamente una expiación final

por sí mismo y por su casa. El principio es que, “. . . lo que se hacía típicamente en el santuario terrenal, se hace en realidad en el santuario celestial” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 473).

Por lo tanto, Jesús debe hacer también una expiación final por sí mismo. Esto no es necesario debido a ningún pecado suyo, porque nunca tuvo impurezas. Es a causa de los pecados que llevó en favor de todos los que enviaron sus transgresiones al santuario, que El necesita una limpieza para ser libre para siempre de estos pecados y tener el derecho de colocarlos sobre el macho cabrío emisario.

En el tipo del Antiguo Testamento, la expiación final se hacía para el santuario y el sumo sacerdote, y así tiene que ser otra vez en el antitipo.

Por lo tanto, cuando los pecados se hayan removidos de Cristo y del santuario en la expiación final, y salga para colocarlos sobre el macho cabrío, El no es más el portador de pecados. Esa obra se termina para siempre. Así indica que alguien que lleva una carga de pecado después de ese momento, como lo hace el macho cabrío emisario, no puede ser Cristo.

En todo el Espíritu de Profecía, la única persona reconocida como el antitipo del macho cabrío es Satanás. Aquí se halla una declaración típica para este efecto:

“Se vio además que, mientras que el holocausto señalaba a Cristo como sacrificio, y el sumo sacerdote representaba a Cristo como mediador, el macho cabrío simbolizaba a Satanás, autor del pecado, sobre quien serán colocados finalmente los pecados de los verdaderamente arrepentidos. Cuando el sumo sacerdote, en virtud de la sangre del holocausto, quitaba los pecados del santuario, los ponía sobre la cabeza del macho cabrío para Azazel. Cuando Cristo, en virtud de su propia sangre, quite del santuario celestial los pecados de su pueblo al fin de su ministerio, los pondrá sobre Satanás, el cual en la consumación del juicio debe cargar con la pena final. El macho cabrío era enviado lejos a un lugar desierto, para no volver jamás a la congregación de Israel. Así también Satanás será desterrado para siempre de la presencia de Dios y de su pueblo, y será aniquilado en la destrucción final del pecado y de los pecadores” (*Id.*, pág. 475).

Aunque las evidencias muestran que sólo Satanás puede cumplir el tipo del macho cabrío, y es por tanto Azazel, algunos se confundirán porque esta enseñanza muestra a Cristo y Satanás como los portadores y parece no hacer distinción entre ellos.

Nunca alguien debe rechazar la clara verdad, simplemente debido a las conclusiones que puedan ser sacadas. Nosotros debemos aceptar más bien las claras afirmaciones en las Escrituras y entonces probar las conclusiones para ver si ellas se justifican. Cuando esto se haga será obvio que hay ciertas diferencias significativas entre Cristo y Satanás como portadores del pecado. Por ejemplo, cuando Cristo lleva los pecados de sus hijos, toma sobre sí algo que nunca fue suyo, pero Satanás sólo recibe devuelta su propia pertenencia.

Además, no existe elemento de virtud salvadora en la función de Satanás cuando las iniquidades de los justos se pongan finalmente sobre él, como existe en el continuo ministerio de Jesús. Ellos no llevan la carga de pecado de la misma manera. Si estas diferencias se entienden claramente, no habrá problema en reconocer a Satanás como Azazel, el macho cabrío emisario.

El servicio real en el que los pecados eran puestos sobre el macho cabrío en tipo, se realizaba frente al tabernáculo, en el atrio, y a plena vista de los hijos de Israel. El atrio era un símbolo de la tierra, mientras que los dos departamentos señalaban a su equivalencia en el cielo. En otras palabras, el atrio del santuario celestial es esta tierra.

Estos servicios que tomaban lugar en tipo en el atrio del santuario del Antiguo Testamento, tienen que hallar su cumplimiento en eventos ocurriendo sobre esta tierra. Por ejemplo, todo animal que se sacrificaba en un servicio cualquiera, moría en el atrio a plena vista de quien en el momento pudiera estar presente. De igual manera, como debe ser esperado, Jesús, el gran antitipo de todos estos sacrificios, murió sobre esta tierra visto por centenares de personas que estaban presentes. Por otra parte, aquellas cosas que se hacían en tipo dentro del santuario y que las personas no podían presenciar, se hacen en el antitipo en el templo celestial y no pueden ser vistas por el pueblo de Dios sobre la tierra excepto con los ojos de la fe.

Estos hechos conducirían a la expectación de que la imposición final de pecados sobre el macho cabrío, Satanás, no puede tomar lugar hasta que Jesús haya completado su obra en el santuario y haya bajado a esta tierra; el único lugar, conforme al tipo, donde esto puede ser hecho. Esto es, en realidad, lo que sucederá, como se verifica por la declaración siguiente escrita en el contexto de la segunda venida de Cristo:

“Ahora se realiza el acontecimiento predicho por el último solemne servicio del día de las expiaciones. Una vez terminado el servicio que se cumplía en el lugar santísimo, y cuando los pecados de Israel habían sido quitados del santuario por virtud de la sangre del sacrificio por el pecado, entonces el macho cabrío emisario era ofrecido vivo ante el Señor; y en presencia de la congregación el sumo sacerdote confesaba sobre él ‘todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus transgresiones, a causa de todos sus pecados, cargándolos así sobre la cabeza del macho cabrío’ (Levíticos 16:21, V.M.). Asimismo, cuando el servicio de propiciación haya terminado en el santuario celestial, entonces, en presencia de Dios y de los santos ángeles y de la hueste de los redimidos, los pecados del pueblo de Dios serán puestos sobre Satanás; se le declarará culpable de todo el mal que les ha hecho cometer. Y así como el macho cabrío emisario era despachado a un lugar desierto, así también Satanás será desterrado a la tierra desolada, sin habitantes y convertida en un desierto horroroso.

“El autor del Apocalipsis predice el destierro de Satanás y el estado caótico y de desolación a que será reducida la tierra; y declara que ese estado de cosas subsistirá por mil años. Después de descritas las escenas de la segunda venida del Señor y la destrucción de los impíos, la profecía prosigue: ‘Y vi un ángel descender del cielo, que tenía la llave del abismo, una grande cadena en su mano. Y prendió al dragón, aquella serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y le ató por mil años; y arrojólo al abismo, y le encerró, y selló sobre él, porque no engañe más a las naciones, hasta que mil años sean cumplidos: y después de esto es necesario que sea desatado un poco de tiempo’ (Apocalipsis 20:1-3)” (*Id.*, pág. 716).

El ángel que ata y destierra al diablo no puede ser otro que el antitipo del hombre destinado. La pregunta ahora es: ¿Quién es este ángel? En *Apocalipsis*, un ángel puede representar diversas cosas. En los primeros tres capítulos los ángeles son las siete iglesias; en las siete trompetas ellos son los que anuncian el problema y angustia contra las diversas babilonias sucesivas; en los capítulos 14 y 18, los siete ángeles simbolizan siete movimientos de personas a través de los cuales el Señor terminará su obra en el mundo; y en el capítulo 10, el ángel es Cristo Jesús. Justamente lo que el ángel representa en cada caso se determina por el contexto y generalmente por declaraciones apropiadas. De este modo,

no debe haber dificultad en determinar quién es el ángel que antitipifica al hombre destinado al descender del cielo con una gran cadena en sus manos para atar a Satanás y guiarlo a la desolación en la que estará esta tierra durante el milenio.

Sólo hay un Angel que tiene el poder para desterrar a Satanás al desierto, y ese es Cristo Jesús, el Arcangel. El es el que descende del cielo con la gran cadena en sus manos y encierra a Satanás en esta tierra desolada por mil años.

Algunos pueden objetar esto al contender que el sumo sacerdote, no el hombre destinado, es el representante de Cristo. Esta disputa pasa por alto el hecho de que Cristo simbolizaba más que al sumo sacerdote. El es también el Cordero, la Puerta, el Pan sin levadura, la Luz, y mucho más. La verdad es que ambos, el sumo sacerdote y el hombre destinado representan a Cristo. El es representado por el sumo sacerdote hasta ese momento cuando la ministración en el santuario concluía para devolver a Satanás lo que es suyo, los pecados que motivó que el pueblo de Dios cometiera. A este punto, se necesita un nuevo símbolo para representar el cambio de función que Cristo ahora debe ocupar, y es el hombre destinado quien lo suministra.

Será un privilegio para el pueblo de Dios presenciar la imponente ceremonia cuando sus pecados serán puestos sobre Satanás por las poderosas manos de su amado Angel, el hombre destinado, Cristo Jesús. Será una promesa visible que sus transgresiones verdaderamente se han separado para siempre de ellos. Verán la perfecta justicia de Dios al devolver a Satanás lo que es suyo, las iniquidades que los tentó a cometer. Cristo muy voluntariamente toma la culpa de otros sobre sí mismo; está de más decir, que el diablo no quiere aceptar sus responsabilidades, porque es la manera de los hombres y ángeles malos, de quien Satanás es el principal, desviar tanta culpa por sus pecados como puedan sobre el pueblo de Dios.

Cuando Satanás así se haya separado para siempre del campamento de Israel, y sea visto por los redimidos que él nunca los puede tentar otra vez, ellos irrumpen en un canto arrebatador de alabanza mientras Cristo los conduce en su emocionante viaje espacial a su hogar en las alturas. Siete maravillosos días se invertirán en este viaje de la tierra al cielo, uno de ellos será el sábado más glorioso que alguna persona salvada haya conocido.

Por los siguientes mil años ellos vivirán y reinarán con Cristo antes de regresar a este desolado planeta para las escenas del juicio final, la obliteración por fuego de las obras del pecado, y el imponente espectáculo de la creación de nuevos cielos y nueva tierra. Después de eso se extenderá ante ellos una infinita vida de gloria, de un ilimitado y vigoroso desarrollo, y perfecto y eterno gozo. En una luz más clara, ellos comprenderán las palabras: “Oh Dios, santo es tu camino” (*Salmo 77:13*).

La Advertencia del Juicio

Capítulo 25

EL evento más crítico que alguna vez tome lugar en la vida de una persona es el juicio, en el cual su destino eterno se decidirá irrevocablemente. El Dios de amor y misericordia no permitiría que este evento venga sobre su pueblo sin la clara y específica amonestación de su naturaleza y su tiempo.

Hasta ahora, se ha dedicado espacio considerable a la naturaleza del juicio y el carácter de requisitos que tienen que ser poseídos por los que pasarán su profundo escrutinio. Ahora el momento ha llegado para considerar cuándo tomará lugar. Amplia evidencia se ha provisto en las Escrituras para precisar este momento en la historia.

En el tiempo de Pablo, el evento estaba todavía en el futuro. Cuando estaba ante Félix, razonó “. . . del juicio venidero” (*Hechos 24:25*).

En el Areópago habló del todavía distante evento cuando, en el día señalado por Dios “. . . en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (*Hechos 17:31*).

Por la inspiración del Espíritu en el estudio de las Escrituras, Pablo sabía que no podía llevar a cabo todavía el mensaje de un juicio ya en sesión. Ciertamente debió estar en sesión, pero el incrédulo pueblo de Dios lo había retardado efectivamente a una fecha más tarde de la que pudo haber sido. No demorará para siempre. En vista de toda las circunstancias relatadas, El Señor fijó irrevocablemente el día cuando comenzaría y, cuando el cumplimiento del tiempo haya llegado, él comenzará’.

Para el solitario y exiliado profeta de Patmos, el Señor reveló que se levantaría un movimiento de personas que, bajo la dirección personal de Cristo, anunciaría que “. . . la hora de su juicio ha llegado” (*Apocalipsis 14:7*). Este mensaje pondría el sello sobre las predicciones hechas en el Antiguo Testamento en los tipos y en profecías directas al confirmar lo que se predijo.

Un examen sera hecho primeramente del mensaje contenido en las fechas de los tipos con relación al año religioso de los judíos. En total, había siete fiestas específicas con significado profético especial. Cuatro se agrupaban en la primera parte del año, y tres

al final. La primera al iniciar el año, era la pascua que se celebraba en el día catorce el primer mes. La fiesta de los panes comenzaba el día siguiente y continuaba por una semana, pero el segundo día de ella, el día dieciséis, era el día cuando los primeros frutos se ofrecían.

Cincuenta días después llegaba la fiesta de las semanas, que más tarde se conoció como el pentecostés y en la cual se hacía otra ofrenda de los primeros frutos. El registro bíblico de esto se halla en *Levítico* 23:4-40.

“Estas son las fiestas solemnes de Jehová, las convocaciones santas, a las cuales convocaréis en sus tiempos: en el mes primero, a los catorce del mes, entre las dos tardes, pascua es de Jehová. Y a los quince días de este mes es la fiesta solemne de los panes sin levadura a Jehová; siete días comeréis panes sin levadura. El primer día tendréis santa convocación; ningún trabajo de siervo haréis. Y ofreceréis a Jehová siete días ofrenda encendida; el séptimo día será santa convocación; ningún trabajo de siervo haréis. Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla por primicia de los primeros frutos de vuestra siega. Y el sacerdote mecerá la gavilla delante de Jehová, para que seáis aceptos; el día siguiente del día de reposo.* La mecerá. Y el día que ofrezcáis la gavilla, ofreceréis un cordero de un año, sin defecto, en holocausto a Jehová. Su ofrenda será dos décimas de efa de flor de harina amasada con aceite, ofrenda encendida a Jehová en olor gratísimo; y su libación será de vino, la cuarta parte de un hin. No comeréis pan, ni grano tostado, ni espiga fresca, hasta este mismo día, hasta que hayáis ofrecido la ofrenda de vuestro Dios; estatuto perpetuo es por vuestras edades en dondequiera que habitéis. Y contaréis desde el día que sigue al día de reposo*, desde el día en que ofrecisteis la gavilla de la ofrenda mecida; siete semanas cumplidas serán. Hasta el día siguiente del séptimo día de reposo contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis el nuevo grano a Jehová. De vuestras habitaciones traeréis dos panes para ofrenda mecida, que serán de dos décimas de efa de flor de harina, cocidos con levadura, como primicias para Jehová . . .”

* Aquí equivale a sábado

Las primeras cuatro convocatorias terminaban al comienzo del tercer mes, que corresponde a nuestro mes de mayo. No era sino hasta que más de cuatro meses pasaran que la fiesta siguiente comenzaba. Esta era la fiesta de las trompetas que comenzaba en el primer día del séptimo mes y era seguida por el día de la expiación en el día diez, y la fiesta de los tabernáculos en el día quince. El registro bíblico de éstas se halla en los versículos siguientes los citados anteriormente:

“Y habló Jehová a Moisés diciendo: En el mes séptimo, al primero del mes tendréis día de reposo, una conmemoración al son de trompetas, y una santa convocación. Ningún trabajo de siervos haréis; y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová. También habló Jehová a Moisés, diciendo: A los diez días de este mes séptimo será el día de expiación; tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas, y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová. Ningún trabajo haréis en este día; porque es día de expiación, para reconciliaros delante de Jehová vuestro Dios. Porque toda persona que no se afligiere en este mismo día, será cortada de su pueblo. Y cualquiera persona que hiciera trabajo alguno en este día, yo destruiré a la tal persona de entre su pueblo . . . Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: A los quince días de este mes séptimo será la fiesta solemne de los tabernáculos a Jehová por siete días . . . Pero a los quince días del mes séptimo, cuando hayáis recogido el fruto de la tierra, haréis fiesta a Jehová por siete días; el primer día será de reposo, y el octavo día será también día de reposo. Y tomaréis el primer día ramas con fruto de árbol hermoso, ramas de palmeras, ramas de árboles frondosos, y sauces de los arroyos y os regocijaréis delante de Jehová vuestro Dios por siete días”.

Cada una de estas fiestas era una profecía decretada señalando la secuencia de eventos que ocurrirían en los tiempos del Nuevo Testamento, cuando el antitipo reemplazara al tipo. La primera de éstas, la pascua, señalaba a la muerte de Cristo en el Calvario como Pablo escribió: “. . . porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (*1 Corintios 5:7*).

Los judíos en los días de Cristo habían perdido completamente de vista el significado contenido en el sistema de sacrificios, pero cuando el Salvador, como un muchacho de doce años, hizo su primera visita a Jerusalén, comenzó a entender el misterio de su propia misión cuando contempló el sacrificio del cordero de la pascua.

La pascua se cumplió con exactitud ambos en tiempo y tipo en el año especificado en la profecía de *Daniel* capítulo 9. Cuando la hora se acercaba, Jesús estaba en el norte de la provincia de Galilea donde, al saber que el tiempo para su sacrificio se acercaba, “. . . afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (*Lucas* 9:51).

El día de la pascua ese año comenzó con la puesta del sol en el quinto día de la semana, hoy llamado jueves de tarde. En el aposento alto, el bendito Salvador comió la cena con sus discípulos e instituyó la cena del Señor. El día siguiente, en el momento del sacrificio matutino, pendía de la cruz, y, en el momento del sacrificio vespertino, murió.

Algunos pueden asombrarse por qué Jesús no murió el jueves por la tarde, en el momento cuando se sacrificaba el cordero de la pascua, pero esto no podía ser. Si, para cumplir el tipo, Cristo debía morir en el momento exacto que el cordero de la pascua moría, entonces debía morir otra vez en el antitípico momento de muerte en el día de la expiación y en todo otro cumplimiento de un tipo del Antiguo Testamento. En cambio, El murió sólo una vez en el momento que correspondía sobre la base del servicio diario. Este completo y suficiente sacrificio cumplió los requerimientos de todo servicio que Cristo iba a realizar en su elevado ministerio sacerdotal.

Así fue que Jesús entregó su preciosa vida en el momento del sacrificio vespertino, pero en el día de la pascua. Con tanta exactitud el tipo cumplió el antitipo, que Jesús expiró en la cruz en el momento preciso que el cordero había de morir en la puerta del templo en ese día. Cuando el último momento de Cristo se acercó, el sacerdote estaba listo con el cuchillo en alto para degollar el cordero. Sus músculos tensos, pero el descenso del cuchillo se detuvo por el rompimiento repentino de arriba hacia abajo del pesado velo. El sacerdote inconsciente y horrorizado y distraído dejó libre al cordero que inmediatamente escapó de su suerte, mientras que en su lugar moría el Cordero de Dios. El tipo había cumplido el antitipo de la manera más exacta posible.

“Cuando los labios de Cristo exhalaban el fuerte clamor: ‘Consumado es’, los sacerdotes estaban oficiando en el templo. Era la hora del sacrificio vespertino. Habían traído para matarlo el cordero que representaba a Cristo. Ataviado con sus vestiduras significativas y hermosas, el sacerdote estaba con el cuchillo levantado, como Abraham a punto de matar a su hijo. Con intenso interés, el pueblo estaba mirando. Pero la tierra tembló y se agitó;

porque el Señor mismo se acercaba. Con un ruido desgarrador, el velo interior del templo fue rasgado de arriba abajo por una mano invisible, que dejó expuesto a la mirada de la multitud un lugar que fuera una vez llenado por la presencia de Dios. En este lugar, había morado la *shekinah*. Allí Dios había manifestado su gloria sobre el propiciatorio. Nadie sino el sumo sacerdote había alzado jamás el velo que separaba este departamento del resto del templo. Allí entraba una vez al año para hacer expiación por los pecados del pueblo. Pero he aquí, este velo se había desgarrado en dos. Y no era más sagrado el lugar santísimo del santuario terrenal.

“Todo era terror y confusión. El sacerdote estaba por matar la víctima; pero el cuchillo cayó de su mano enervada y el cordero escapó. El símbolo había encontrado en la muerte del Hijo de Dios la realidad que prefiguraba. El gran sacrificio había sido hecho. Estaba abierto el camino que llevaba al santísimo. Había sido preparado para todos un camino nuevo y viviente. Ya no necesitaría la humanidad pecaminosa y entristecida esperar la salida del sumo sacerdote. Desde entonces, el Salvador iba a officiar como sacerdote y abogado en el cielo de los cielos. Era como si una voz viva hubiese dicho a los adoradores: Ahora terminan todos los sacrificios y ofrendas por el pecado. El Hijo de Dios ha venido conforme a su Palabra: ‘Heme aquí (en la cabecera del libro está escrito de mí) para que haga, oh Dios, tu voluntad’. ‘Por su propia sangre [él entra] una sola vez en el santuario, habiendo obtenido eterna redención’ (Hebreos 10:7; 9:12)” (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 704, 705).

La misma precisión que marcó el cumplimiento de la pascua, continúa en todo los eventos que antipifican cada una de las fiestas a su turno.

En la mañana después de la crucifixión, comenzó la fiesta de los panes sin levadura. Durante una semana, la levadura se debía separar completamente de sus vidas. La eliminación de toda levadura, el símbolo del pecado, se cumplió al Cristo llevar los pecados del mundo a la tumba, donde reposó el primero de los siete días de la fiesta del pan sin levadura.

El día dieciséis era la fiesta de las primicias. En esa precisa mañana Cristo se levantó, y, al hacerlo, cumplió el tipo como Pablo lo confirma: “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho” (*1 Corintios 15:20*).

“Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de aquellos que dormían. Estaba representado por la gavilla agitada, y su resurrección se realizó en el mismo día en que esa gavilla era presentada delante del Señor. Durante más de mil años, se había realizado esa ceremonia simbólica. Se juntaban las primeras espigas de grano maduro de los campos de la mies, y cuando la gente subía a Jerusalén para la pascua, se agitaba la gavilla de primicias como ofrenda de agradecimiento delante de Jehová. No podía ponerse la hoz a la mies para juntarla en gavillas antes que esa ofrenda fuese presentada. La gavilla dedicada a Dios representaba la mies. Así también Cristo, las primicias, representaba la gran mies espiritual que ha de ser juntada para el reino de Dios. Su resurrección es símbolo y garantía de la resurrección de todos los justos muertos. ‘Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con él a los que durmieron en Jesús’ (1 Tesalonicenses 4:14)” (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 729, 730).

En el momento cuando Cristo se levantó, hubo una cosecha considerable lista para recoger formada de todos los justos que habían muerto antes de esa resurrección. Ellos estaban tan listos para el reino como siempre, porque ninguna obra más podía ser hecha en ellos después que la peregrinación terrenal había terminado y bajado al descanso. Sin embargo, por razones mejor conocidas por el Altísimo, no toda esta cosecha se llevó al cielo sino solamente los “que habían sido colaboradores con Dios y que, a costa de su vida, habían dado testimonio de la verdad” (*Id.*, pág. 730).

Ejemplos de éstos son hombres como Abel y Juan el Bautista. Ellos fueron colaboradores del Señor y, al costo de sus vidas, se mantuvieron en la verdad como muchos otros en el Antiguo Testamento. Esta multitud de almas fieles, teniendo sus tumbas abiertas cuando ocurrió el terremoto durante la crucifixión, se levantó el domingo por la mañana cuando Cristo lo hizo, y luego lo acompañaron de regreso al cielo donde se encuentran desde entonces. Un día muy pronto ellos vendrán con Cristo a esta tierra para dar la bienvenida a los vivos y a los santos resucitados a su gloria eterna.

Cincuenta días transcurrían entre las primicias y la fiesta de las semanas o pentecostés. Cristo permaneció con la naciente iglesia durante los primeros cuarenta días de este período, después del cual ascendió al cielo mientras sus seguidores sobre la tierra dedicaban los últimos diez en diligente escudriñamiento del alma

y casi continua oración. El resultado fue el más poderoso derramamiento del Espíritu Santo jamás recibido por un grupo de personas. Previamente, individuos habían sido grandemente bendecidos, pero nunca el Espíritu Santo había descendido sobre un grupo de personas colectivamente. Fue una hora de gran poder y efectividad para la iglesia.

El derramamiento del Espíritu Santo no vino ni un día después ni un día antes sino a su tiempo, como las Escrituras lo confirman:

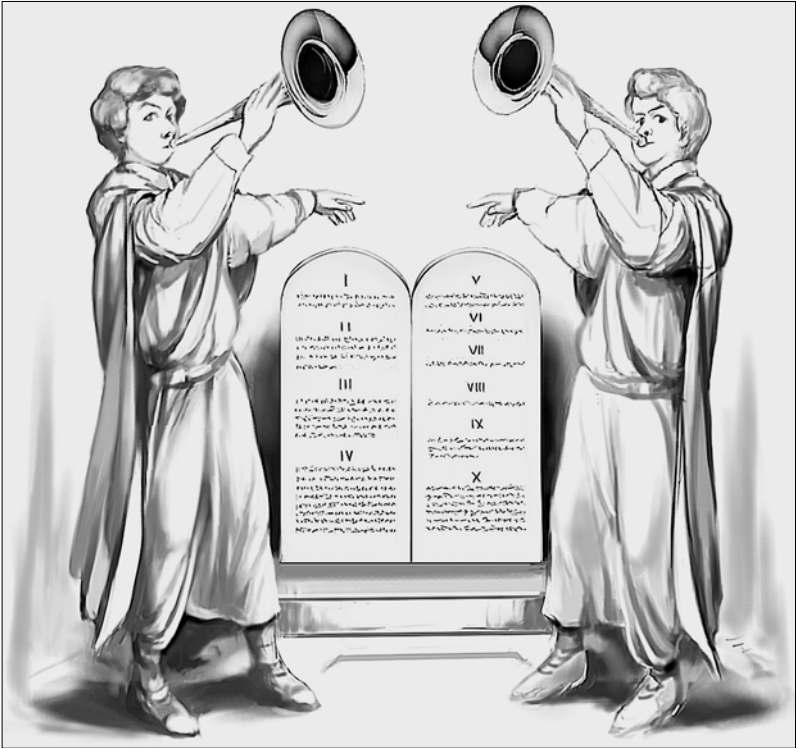
“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (*Hechos 2:1-4*).

Así como las primeras cuatro fiestas se agrupaban en el comienzo del año religioso judío, así los primeros cuatro eventos tipificados por ellas se agrupaban estrechamente en los tempranos días del período antitípico. Esto conduciría a la conclusión correcta de que los últimos tres eventos, aquellos que señalaban adelante por las últimas tres fiestas, no ocurrirían hasta cerca del fin de la historia humana y que, por lo tanto, un período considerable de tiempo separaría los primeros cuatro eventos de los últimos tres. Esto comprobó ser el caso.

La fiesta de las trompetas se celebraba en el primer día del séptimo mes y era una amonestación solemne que el gran día de expiación era inminente. Por ello se urgía al pueblo a prepararse para este evento crítico, para que no estuvieran desprevenidos para cumplir sus exigentes condiciones.

La manera precisa y cierta en la cual las primeras cuatro fiestas se cumplieron, garantiza que las últimas tres se cumplirán con exactitud. En otras palabras, tan ciertamente como las trompetas se tocaban en advertencia de un tiempo específico, así habría un evento igual en la historia. Un mensaje para todo el mundo, exactamente en el momento preciso se daría por un pueblo bajo la dirección y orden personal de Dios, amonestando a todos los hombres que el juicio había llegado.

Sólo hay un movimiento en la historia humana que responde a estas expectativas, y ese es el mensaje de la hora del juicio que se proclamó a mediados del siglo diecinueve. Como ya se estableció,



La fiesta de las trompetas estaba destinada a preparar a los israelitas para la llegada del día de la expiación. En cumplimiento de este tipo la advertencia de la llegada del juicio se proclamó en todo el mundo por el Movimiento Adventista.

Pablo no buscó ese desarrollo en su tiempo, ni se declaró en los mensajes de los grandes reformadores protestantes. De hecho, Martín Lutero estimaba que estaba todavía en el futuro pero no más de trescientos años. El escribió: “Estoy verdaderamente convencido de que el día del juicio no tardará más de trescientos años” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 348).

Cuando estas cosas se entiendan, ellas inspirarán gran confianza en aquellos cuya fe se funda en el mensaje adventista basado en

Daniel capítulo 8 y *Apocalipsis* capítulo 14. No hay en el mundo hoy otro movimiento religioso que pueda identificarse sea él mismo o cualquier otro como respuesta para las seguras especificaciones de esta profecía. Al contrario, las iglesias protestantes en particular, ridiculizan el movimiento adventista, describiéndolo bajo términos derogatorios. Que ninguno de los verdaderos hijos de Dios se intimide o se desanime por estas falsas evaluaciones de un movimiento que puede responder a las especificaciones de la profecía. Hacia el fin del tiempo, tiene que existir un movimiento simbolizado por la fiesta de las trompetas, que proclamará la llegada del juicio y la segunda venida. El gran Movimiento del Segundo Advenimiento que comenzó en 1833 y creció en proporciones mundiales en pocos años, es ese movimiento.

Los que ridiculizan el mensaje de la hora del juicio y el pueblo que la proclama, sienten que tienen amplia justificación para su posición en base de lo que parece ser un fracaso. Más de ciento cincuenta años han pasado desde que el mensaje de la pronta venida de Cristo comenzó a proclamarse en el contexto de un juicio que estaba sobre ellos, pero las cosas predichas no han llegado a suceder todavía. Debido a que las iglesias caídas argumentan que ha habido suficiente tiempo para que se cumplan estas predicciones, y el hecho de que ellas no se hayan cumplido es para ellas prueba que no se cumplirán. Así se fortalecen en el mal y están seguras de que todo es paz, cuando de hecho no hay paz. Ellas hallarán demasiado tarde que han estado apoyándose en una falsa seguridad y serán rápidamente lanzadas en la ruina universal que sobrecogerá al mundo.

Es verdad que ha habido una innecesaria y criminal demora. La obra debió haber terminado décadas atrás, pero hubo una temerosa apostasía entre los que recibieron la responsabilidad de proclamar el mensaje enviado del cielo, hasta que ellos mismos no estuvieron más seguros en qué creer. Muchos regresaron a las enseñanzas mismas de las que el adventismo una vez se libró, mientras que otros neciamente se aferran a la esperanza que el adventismo laodicense terminará la obra, mientras que la única manera en la cual esta puede ser terminada es revivir el mensaje adventista original.

Esta será terminada. La obra será revivida en armonía con las especificaciones divinas, y pronto el Salvador vendrá en las nubes de los cielos para reunir a sus escogidos.

Mientras tanto, la fiesta de las trompetas es seguida por el grande y terrible día de la expiación y el juicio, y esto también halla su equivalencia en el tipo. Nada puede ser más cierto, porque, tan seguro como hubo un tipo, así ciertamente aparecerá el antitipo.

Diez años después que el movimiento adventista marchó dentro del subterráneo, el juicio de los muertos comenzó el 23 de octubre de 1844, en el lugar santísimo del santuario celestial. Desde entonces ha estado avanzando y, “Pronto — nadie sabe cuándo — les tocará ser juzgados a los vivos. En la augusta presencia de Dios nuestras vidas deben ser pasadas en revista” (*Id.*, pág. 544).

La determinación precisa de la fecha de 1844 será el tema de un capítulo futuro en el que se mostrará que el juicio de los muertos comenzó exactamente en ese punto del tiempo.

La apertura del juicio es ahora un evento del pasado, mientras delante de nosotros están las escenas finales conectadas con el juicio, como ya se discutió en los capítulos anteriores. Nosotros estamos viviendo en el tiempo de la sexta fiesta.

Pero más allá del juicio está ese tiempo de alegría prefigurado en la fiesta de las trompetas. Ese es el tiempo cuando la cosecha se habrá recogido y los santos podrán descansar de todas sus labores. Esta fiesta hallará su cumplimiento cuando el Señor regrese y seamos transportados al cielo. Es la fiesta más feliz de toda la historia.

Hay un número inapreciable de lecciones escritas en los mensajes que se hallan en los servicios típicos realizados en los rituales judíos, pero este estudio se ha limitado a su aspecto profético. Ellos constituyen la primera presentación de secuencia comprensiva de eventos para acontecer en la dispensación cristiana y, como tales, forma la base para los grandes detalles contenidos en las profecías de *Daniel* y *Apocalipsis* a los que volveremos en los capítulos futuros.

El estudio de estas fiestas, sus profecías equivalentes hallada en otros pasajes, y su inequívoco cumplimiento, sólo puede inspirar a todo verdadero creyente de fe, esperanza y coraje, mientras confirma en él, gran confianza y en el movimiento adventista y la certeza del regreso de Cristo. Cuán reales son las palabras que “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiéndo primero esto, que ninguna

profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 *Pedro* 1:19-21).

El Tiempo Profetizado

Capítulo 26

EL mensaje contenido en las fiestas típicas carece de especificación exacta del tiempo, aun cuando ganamos mucho valor de ellas. Por ejemplo, la exactitud con la cual las primeras cuatro fiestas se cumplieron tanto en tiempo como en tipo, nos asegura que las últimas tres tomarán también lugar como se predijo en tiempo y en tipo.

No obstante, ellas no son el fin de la luz dada sobre el tema, porque el Señor no nos ha dejado sin información específica en cuanto a cuándo el juicio vendría, y cuándo levantaría un poderoso movimiento para advertir de su inminente llegada. El comenzó la revelación de esta información adicional en Daniel capítulo 7.

Es es la segunda visión profética que se da al profeta. La primera, que se registra en Daniel capítulo 2, se le suministró con la visión ya dada a Nabucodonozor y su interpretación. La segunda visión que se halla en el séptimo capítulo, se extiende tras la primera y da una clara y exacta aproximación de cuándo el juicio se abriría.

Ante la mirada de asombro del mensajero fiel de Dios, los esfuerzos transitorios del hombre por construir un imperio estable mundial le fueron presentados por bestias salvajes que seguían una a la otra en constante sucesión. Primero esta el león, después vino el oso, luego el leopardo con cuatro alas y cuatro cabezas, y la gran bestia semejante al dragón con diez cuernos que se proyectaban de su cabeza. La naturaleza rapáz, salvaje y carnívora de los animales usada para simbolizar los poderes terrenales que sostenían el dominio mundial desde los tiempos de Nabucodonozor hasta la caída de Roma, indica el carácter y métodos de los potentados humanos que buscaron por medios arbitrarios imponer su voluntad sobre el mundo. Al menospreciar el camino de Dios, a pesar de las lecciones ya escritas en la historia demostrando el cierto resultado de intentar construir el reino de Dios de la manera humana, ellos usaron los mismo métodos como los que habían pasado antes y sufrieron la misma suerte.

Cuando el cuarto y último imperio mundial, Roma, siguió a sus antecesores a la ruina idéntica, un nuevo poder ascendió al trono

del entonces mundo conocido. Está simbolizado por el cuerno pequeño que surgió de entre los diez después que se establecieron los últimos. En el curso de su ascendencia, arrancó tres de los otros, fue diferente del resto, hablaba blasfemias contra el Altísimo, quebrantó a los santos, pensó en cambiar los tiempos y las leyes, y gobierno supremo por tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo. Su supremacía continuó hasta que el juicio se abrió, cuando su dominio sería quitado para destruirlo hasta el fin.

“Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará. Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes derribará. Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo. Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin” (Daniel 7:23-26).

Esta escena del juicio se describe en pavorosos términos en el comienzo del capítulo:

“Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos” (Daniel 7:9, 10).

“. . . fueron puestos tronos”. Esta traducción es consistente con la manera en la que un antiguo escenario de juicio oriental se preparaba para la entrada del juez supremo. Generalmente el salón era circular, la parte interna del techo era sostenido por un anillo de hermosas columnas de piedras, y el piso era pavimentado de piedra pulida. Cuando el momento del juicio se acercaba, los siervos entrarían, llevando enormes cojines que lanzaban sobre el piso. Cuando los reyes y potentados entraban, se sentarían de piernas cruzadas sobre esos cojines, dándoles la dignidad de tronos. De este modo, poner tronos era en realidad crear tronos en la preparación de la escena de juicio para su obra.

Durante siglos subsecuente a la ascensión de Cristo, la escena del juicio en el cielo permaneció vacía mientras que Dios y Cristo

trabajaban juntos en el primer departamento del santuario celestial, pero el tiempo vino cuando la escena estuvo lista y la entrada del Altísimo tomó lugar. Este pasaje es uno que comprueba que hay dos departamentos en el santuario celestial y que el ministerio del juicio investigador no comenzó hasta después del surgimiento y caída del poder del cuerno pequeño.

El poder representado por el cuerno pequeño no puede ser otro que el papado, porque es la única organización que responde a cada detalle en las especificaciones proféticas. Primero que todo, la información provista limita su surgimiento a un tiempo específico. No hay sentido en investigar otro poder respondiendo a su descripción hasta después del levantamiento y caída de los cuatro imperios mundiales, Babilonia, Medo-Persa, Grecia y Roma, y la llegada de los reinos que habían de crecer del imperio romano. Una vez estos reinos se formaron, era el momento de buscar un poder que, en su surgimiento, arrancaría tres de los otros.

El imperio romano comenzó a sentir el ataque de los llamados reyes bárbaros alrededor del año 533 d.C., todos los diez reyes establecieron su supremacía, y la silla del gobierno de Roma se trasladó a Constantinopla, la ciudad ahora conocida como Estambul. En ese año, Justiniano, el emperador de Roma que se residió en Constantinopla, comisionó al general Belisario para liberar a los “cristianos” en el norte de Africa e Italia. El hizo esto con el propósito específico en mente de ganar el favor del papa y el partido católico que sufría severa persecución en manos de los reyes arrianos que les negaban la libertad de practicar su religión.

Procopio relata que la guerra africana fue emprendida por Justiniano para aliviar a los cristianos (católicos de aquella región, y que cuando expresó su intención al respecto, el prefecto del palacio casi lo disuadió de su propósito. Pero tuvo un sueño en el cual se le ordenó, ‘que no retrocediese ante la ejecución de su designio; porque al asistir a los cristianos derribaría el poder de los vándalos’” (Las Profecías de Daniel y el Apocalipsis, tomo 1, pág. 99, por Uriah Smith).

Belisario atacó a los vándalos en el norte de Africa con tan despiadada furia que la raza se extinguió. La campaña se terminó alrededor del año 534. Previamente, en el año 493, los ostrogodos habían destruido a los hérulos y ocuparon a Roma donde efectivamente impidieron la ascendencia al poder por el papa. Habiendo terminado su misión contra los vándalos, Belisario en

seguida volvió su atención a los ostrogodos a quienes destruyó en el año 538. El decreto de Justiniano, dando al papa la silla del poder en Roma, se puso ahora en efecto, y un nuevo rey gobernó en Europa.

De este modo, como exactamente se especificó, él surgió entre los diez, pero después de ellos, tres fueron arrancados delante él. No existe otro poder aparte del papado que cumpla estos detalles.

Ni hay duda acerca de su cumplimiento de otros puntos de la profecía. El ha hablado grandes cosas contra el Altísimo en las que pretende que él es Dios sobre la tierra, y tiene el poder para cambiar o modificar incluso la ley divina. Aquí esta su arrogante presunción en sus propias palabras:

“El papa es como si fuera Dios sobre la tierra, único gobernante de los fieles en Cristo, el más grande rey de todos los reyes, que tiene plenitud de poder, a quien se le ha confiado por el Dios todopoderoso el gobierno del reino terrenal así como el celestial.

“El papa es de tan grande autoridad y poder que puede modificar, explicar o interpretar aun la divina” (Ferraris, *Prompta Bibliotheca*, volumen VI, págs. 27, 29. Venice, 1772).

“El principal pontífice más santo y bendito, papa Martin, el quinto por la divina providencia, que tiene el juicio celestial, señor de la tierra, sucesor de Pedro, escogido del Señor, señor del universo, padre de reyes, luz del mundo” (Saludo del papa Martin V, en mensajes al patriarca y emperadores en Constantinopla en 1422, en Baronios), (*Ecclesiastical Annals*, volumen XXVII, págs. 526, edición 1874).

Para dar apoyo a su pretensión que posee el poder para cambiar aun la ley divina, el papa señala su maravilloso éxito en inducir millones a observar el primer día en lugar del séptimo de la semana como el día de adoración. Tiene que ser admitido que esto no significa proeza y confirma que esta organización posee gran poder. Sin embargo, mientras es una cosa admitir cándida y honestamente su posesión de gran poder, otra cosa es decir que esto demuestra que el papado tiene la habilidad real para cambiar la ley divina. El hecho de que millones observen una ley instituida por el papado en lugar de los mandamientos de Dios, no es prueba que los mandamientos de Jehová se han cambiado. Porque ningún hombre, sea pontífice, dictador, déspota, rey o presidente tiene ni tendrá el poder para efectuar el cambio más leve en las leyes divinas.

A pesar de esto, el blasfemo rey del papado debate que en realidad él ha hecho esto. El dice:

“Pregunta: Tienes alguna manera de comprobar que la iglesia tiene poder para instituir fiestas de precepto?”

“Respuesta: si ella no tuviera tal poder, no podría haber hecho aquello en lo cual todos los religiosos modernos están de acuerdo con ella — no pudiera haber sustituido la observancia del domingo el primer día de la semana, por la observancia del sábado el séptimo día, un cambio para el que no existe autoridad bíblica” (Keenan, *A Doctrinal Catechism*, pág.174, tercera edición americana, New York: Kenedy and sons).

Esta evidencia y muchas más que podrían ser ofrecidas, prueba más allá de duda que el papado habló grandes palabras contra el Altísimo al dar a su cabeza humana los títulos y posiciones que pertenecen sólo a Dios.

En adición, las fuerzas papales hicieron lo máximo para quebrantar a los santos. Siglo tras siglo, ellos erigieron el cadalso, construyeron su fuego, exiliaron a los cristianos, y los agotaron en toda manera posible. A no ser por la intervención y reacción que Roma puso en función contra sí misma, el verdadero pueblo de Dios habría sido exterminado y el mundo destruido.

A esta abominación de desolación, se le daría poder durante un período designado como, “tiempo, y tiempos, y medio tiempo (Daniel 7:25).Entonces el juicio iniciaría para quitar su poder y destruirlo hasta al fin.

Es claro entonces, que el juicio no se convoca hasta que tiempo, tiempos, y medio tiempo terminen. Por lo tanto, para saber cuándo se abre este crítico e importante evento, se necesita comprender qué largo es este período, cuándo comienza y cuándo termina.

Después que se halle el punto de terminación, la apertura del juicio se sabrá que es inminente.

Al determinar la duración de tiempo, tiempos, y medio tiempo, es una excelente oportunidad de dejar que la Biblia sea su propio intérprete. Esto se realiza al comparar esos pasajes en los que la expresión se usa. Aparte del versículo que hemos usado, sólo hay unos pocos más, y el siguiente se halla en Daniel 12:6, 7, donde se formuló una pregunta y se dio una respuesta.

“Y dijo uno al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas? Y oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su

diestra y su siniestra al cielo, y juró por el que vive por los siglos, que será por tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo. Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas”.

De esta referencia se aprende un poco más. Mientras que el versículo en el capítulo anterior usa la expresión, “medio tiempo”, este versículo usa “la mitad de un tiempo”. Esto no es todavía suficiente para determinar la extensión plena del período específico, pero este problema se resuelve completamente en Apocalipsis 12:6, 14, donde la expresión se usa dos veces con información adicional suficiente para clarificar la cuestión. Aquí están los dos versículos:

“Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días.

“Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo”.

El segundo versículo es una completa reafirmación del primero. Es la misma mujer, en el mismo vuelo al mismo desierto, donde ella es alimentada durante el mismo período. El segundo versículo describe la duración de la estancia de la mujer en el desierto con el mismo lenguaje usado en Daniel 7:25 y 12:7 — tiempo, tiempos, y medio tiempo —, mientras que el primer versículo declara ser 1.260 años. Esta declaración del mismo período de tiempo bajo estas dos diferentes expresiones, no deja duda acerca del hecho que el tiempo, tiempos, y medio tiempo, es 1.260 años en extensión.

Esto significa que un tiempo profético es 360 días, tiempos o dos tiempos es igual a 720 días, y medio tiempo, 180 días.

Algunos comentadores han afirmado que un tiempo es un año judío, pero esto no es así, porque el año judío no es 360 días en extensión. La longitud del año se determina por el tiempo que toma la tierra para girar alrededor del sol, cuyo período es muy cerca a 365 y la cuarta parte de un día, sea en Israel o en cualquier parte del mundo.

“La longitud de cada uno de los meses se determinó de la observación de testigos que reportaron haber visto la nueva luna creciente y que fueron cuestionados cuidadosamente por las autoridades (al principio quizás por los sacerdotes y eventualmente por el Sanedrín), mientras que la longitud del año variaba de 352 a 356 o (si era un año bisiesto) de 382 a 386” (Encyclopedia Britannica, volumen 4, pág. 524, edición 1963).

En la profecía bíblica, un día es un símbolo para un año, así que 1.260 días son igual a 1.260 años. Fue en el año 538 que el papa ascendió al trono vacante en Roma por el victorioso Belisario. Desde ese punto, la profecía declaraba que él dominaría por 1.260 años; es decir, hasta 1798. Esto prueba ser el caso, porque en ese año se administró la herida de muerte cuando el general francés, Bertier, marchó a Roma, tomó al papa prisionero, y lo envió al exilio donde murió miserablemente. Por todas partes del mundo, confiadamente se pensó que el poder papal terminaba para siempre, aunque las Escrituras advertían que la herida de muerte se sanaría con un restablecimiento final de la supremacía Babilonia antes que todo el sistema se borrara en permanente olvido.

El fin de la autoridad papal en Europa llegó sin sorpresa para los que eran estudiantes de la profecía bíblica. Ellos sabían lo que la expresión, “tiempo, tiempos, y medio tiempo” significaba. Comprendían que el año 538 era el punto inicial y que, por lo tanto, el papa sería depuesto en el año 1798. Cuando este año llegó, esperaban confiadamente que estos desarrollos tomaran lugar, como de hecho lo hicieron.

El rey Edward fue uno de los estudiantes de la Biblia que escribió de estos eventos como sigue: “Nosotros hemos razonado para percibir entonces, que los 1.260 años ahora se han terminado. — Y que podemos aventurarnos a fechar el inicio de ese período, no como la mayoría de los comentaristas hasta ahora lo han hecho, desde la entrega de Pepino al papa de Ravena; o desde la decisión de Carlos Magno, y adjudicación del papa de ser el vicario de Dios sobre la tierra; sino desde el fin del poder de los godos en Roma. Porque las dos de aquellas otras circunstancias sólo eran (semejante a dones subsecuentes, o adquisiciones de territorios y rédito), meros aumentos de esplendor, y confirmaciones de ese estado de supremacía eclesiástica, en el cual fue dejado el poder papal, en Roma por Belisario, en su expulsión de los godos, y el arruinamiento de su reino.

“Y si estas cosas son así, — verdaderamente entonces esa gran ciudad Babilonia es caída, es caída —; es echada por tierra; no será más hallada. Y nada resta, más que nosotros esperemos el fin, con terrible inquietud. También por la terminación de los más lejanos eventos, que son, en el lenguaje emblemático, de la sagrada Profecía, descrita como estando cerca” (Rey Eduard, F.R.S., F.S.A., Remarks on the Signs of the Times, edición filadelfia 1800). Citado

en *Prophetic Faith of Our Fathers*, volumen II. páginas 767, 769, por L.E. Froom.

El rey Eduard sólo fue uno de un número de escritores que reconocía y declaraba los mismos hitos en cumplimiento de profecía, el fin de los 1.260 años de supremacía papal, y el comienzo del tiempo del fin. Tan real como estas pautas históricas habían pasado, el tiempo había llegado para la apertura del juicio, antes del cual Dios levantaría un pueblo para proclamar la amonestación de su inminencia.

La profecía en Daniel capítulo 7 no revela el año específico en el que el juicio comenzaría. Eso es dejado para la visión siguiente; la registrada en Daniel capítulo 8, donde se muestra que el juicio comenzaría al terminar el período de los 2.300 años.

Es altamente significativo que, a medida que los siglos avanzaban hacia la subsecuente resurrección y ascensión de Cristo, ninguno entre el pueblo de Dios, o ni siquiera otro por ese asunto, esperaba que el juicio comenzara antes de 1798. El interés de los hijos del Señor se movió hacia delante a través de las declaraciones proféticas a medida que cada porción se cumplía a su tiempo. Por ejemplo, los que vivían durante los días del poder de Roma, sabían que ella era el cuarto imperio después de Babilonia, Medo-Persa, y Grecia. Sabían que los diez reyes se levantarían entre los cuales aparecería el temeroso anticristo, pero no percibían que su reino anticristiano, horrible y cruel se extendería durante mil años, ni entendían la naturaleza exacta de este anticristo.

Durante la Edad Media cuando el papado estaba en las alturas de su dominio de mentes humanas, los reformadores aparecieron uno tras otro a medida que el Señor los levantaba. Con claridad aguda, ellos reconocían en el papa de Roma el hombre de pecado, y su organización como la abominación de desolación. Con un coraje inspirado por las verdades vivientes ellos leían en la segura palabra de profecía, y abiertamente denunciaban el monstruo papal y llamaban a los hombres por todas partes a escapar de su brutal tiranía, pero no entendían todavía el significado de la expresión, “y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo”.

No fue sino hasta que esto se esperaba que se cumpliera que los creyentes conocieron lo que significaban esas palabras y anticiparon correctamente la caída del papado en el año 1798. Una vez se logró esto, un cambio de interés y estudio tomó lugar entre los

cristianos en ambos lados del Atlántico. Ellos volvieron su atención, independiente de la influencia de un grupo sobre otro, a la profecía en Daniel capítulo 8 y Apocalipsis capítulo 14.

LeRoy Edwin Froom observó esto en su inspección comprensiva del desarrollo profético de interpretación. El escribió lo siguiente:

“Sin embargo, cerca del fin del siglo, dos cambios notables con todo estrechamente relacionados en estudio y énfasis ocurrieron en el campo de la interpretación profética, un cambio de interés de Daniel capítulo 7, con sus 1.260 años, por Daniel capítulo 8 y el gran período de 2.300 años; y el segundo, de Apocalipsis capítulo 13 a Apocalipsis capítulo 14. Obsérvense éstos en más grandes detalles.

“Durante los primeros cuatro siglos, Roma como el cuarto poder mundial — el de Babilonia, Medo-Persa y Macedonia habiendo pasado de vista, fue el punto central de interés profético contemporáneo, en las exposiciones de Hipólito y otros intérpretes primitivos cristianos. En el siglo siguiente el punto de luz cambió a los diez cuernos como los diez reinos bárbaros en el territorio de la antigua Roma, como enfatizó Sulpicio Severo y Jerónimo. Luego, en el último período medieval y la era de la gran reforma protestante, el foco penetrante de mayor reconocimiento y declaración se puso sobre el cuerno undécimo, o cuerno pequeño, como el papado —una identificación que se había establecido desde

Eberhard of Salzburg, alrededor del año 1240. Esto se declaró por Wyclef, Lutero, Knox y muchos otros, y ahora se toma tan axiomático entre todos los protestantes.

“El tiempo asignado del dominio especial y espiritual del papado, los 1.260 años, llegó a ser el punto siguiente de interés sostenido. Comenzando en pleno siglo antes de la revolución francesa, hombres semejante a Cressener, Fleming, Newton y otros buscaron ese período terminando alrededor del año 1800, o un poco antes.

“Luego, seguido a la cautividad del papa Pio VI, en 1798, hubo un amplio reconocimiento en ambos lados del Atlántico del cumplimiento del fin de los funestos 1.260 años. Eso dejó solamente los cercanos eventos de Daniel capítulo 7 para terminarse todavía, con las imponentes escenas del juicio en el fin del mundo.

“Y ahora viene el notable cambio de interés y estudio inmediato de Daniel capítulo 7 a Daniel capítulo 8 y los 2.300 días de

profecía. Entre variadas interpretaciones allí se levantó, no sólo en Bretaña y Europa, sino se extendió en África y también en toda la India, y especialmente aquí en América, unos sesenta diligentes estudiantes de profecía, en varias denominaciones y áreas de lenguas, sonando esta nueva nota, que los 2.300 años terminarían cerca de 1843, 1844 o 1847, aunque diferían en cuanto a lo que entonces tomaría lugar. Se nos dijo que mil púlpitos en Bretaña solamente, escuchaban este debate, con veintenas en Norte América declarando lo mismo. Nunca ha habido tal grupo desde que comenzó la interpretación profética” (*The Prophetic Faith of Our Fathers*, Volumen 4, págs. 207, 208).

Este maravilloso cambio en interés no fue accidental. Aunque estos fanáticos estudiantes de la Biblia no lo percibieran, el hecho es que el Espíritu Santo estaba dirigiendo sus mentes en este nuevo campo de interés para preparar mentes para reunirse en un movimiento de personas divinamente preparadas y conducidas por medio del cual el Señor anunciaría que la hora del juicio había llegado. Fue el estudio de Daniel capítulo 8 y Apocalipsis capítulo 14, lo que produjo este movimiento y así se ejecutó la voluntad de Dios. Estos pasajes llegaron a ser el fundamento y pilar central de la fe adventista.

Así como la atención de los estudiantes de la Biblia en todas partes cambió de Daniel capítulo 7 a Daniel capítulo 8 subsecuente al final de los 1.260 años en 1798, así la atención ahora se volverá al final de estos dos capítulos.

La información registrada por el profeta en el capítulo ocho de su libro, se dio en la segunda visión que se le dio y fue la última en ser revelada durante la supremacía de Babilonia. Fue en el tercer año del reinado de Belsazar que el mensaje vino a Daniel, y esto comprobó ser los meses finales del arrogante rey en función a pesar del hecho de que, en su juicio, su trono se le aseguraba por el resto de su vida. Poco sabía él cuando reunió a sus señores y nobles para esa noche de fiesta de borrachera, que nunca vería el amanecer de otro día, ni sabía que la destrucción repentina y total de Babilonia sería una descripción de la forma en la cual la última manifestación de Babilonia, en un tiempo que resta por llegar, se desplomaría a eterna ruina.

Daniel 8 es un capítulo que debiera ser completamente entendido por el pueblo de Dios en el tiempo presente. Por lo tanto, una clara y completa consideración de él se dará en este capítulo.

En visión, Daniel se hallaba en “Susa, que es la capital del reino en la provincia de Elam; y vi, pues, en visión, estando junto al río Ulai” (Daniel 8:2).

Ante sus asombrados ojos apareció un carnero con dos cuernos que, cuando salió en su forma conquistadora, haciendo conforme a su voluntad, llegó a ser grande. Pero el suyo no había de ser dominio eterno que nunca pasaría, porque finalmente vino contra él un macho cabrío extremadamente agresivo con un poderoso cuerno entre sus ojos. Daniel reportó que:

“... vino hasta el carnero de dos cuernos, que yo había visto en la ribera del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza. Y lo vi que llegó junto al carnero, y se levantó contra él y lo hirió, y le quebró sus dos cuernos, y el carnero no tenía fuerzas para pararse delante de él; lo derribó, por tanto, en tierra, y lo pisoteó, y no hubo quien librase al carnero de su poder. Y el macho cabrío se engrandeció sobremanera; pero estando en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo” Versículos 6-8.

No hay duda acerca de cuáles reinos se representaban en estas dos bestias, el carnero y el macho cabrío, porque el ángel le dijo a Daniel quiénes eran ellos. Estos eran entonces los reinos futuros de Medo-Persa y Grecia, como está escrito:

“En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos, éstos son los reyes de Media y de Persia. El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero. Y en cuanto al cuerno que fue quebrantado, y sucedieron cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos se levantarán de esa nación, aun que no con la fuerza de él”. Versículos 20-22.

El primero gran rey de Grecia no era más que Alejandro el Grande que murió en la misma flor de su vida de un severo ataque de fiebre producida durante un enorme banquete. Después de su muerte, el reino no pasó a su posteridad sino se dividió entre cuatro de sus generales.

“Casandro tuvo Macedonia y Grecia en el oeste; Lisímaco recibió Tracia y las partes de Asia que están sobre el Helesponto y el Bósforo por el norte; Tolomeo obtuvo Egipto, Libia, Arabia y Palestina en el sur; y Seleuco recibió Siria y todo el resto de los dominios de Alejandro en el oriente” (Las Profecías de Daniel y el Apocalipsis, tomo 1, pág. 83, por Uriah Smith).

Tremendos como fueran los eventos que transcurrían en el surgimiento y caída de los imperios de Medo-Persa y Grecia, no son los más trascendentales y de absorbente atención en la profecía. Otro poder había de surgir de uno de los cuernos después que ellos se establecieron, y desempeñaría una parte en la historia humana que tendría el más grande efecto sobre el verdadero pueblo de Dios.

“Y de uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho al sur, y al oriente, y hacia la tierra gloriosa. Y se engrandeció hasta el ejército del cielo; y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra; y las pisoteó. Aun se engrandeció contra el príncipe de los ejércitos, y por él fue quitado el continuo sacrificio, y el lugar de su santuario fue echado por tierra. Y a causa de la prevaricación le fue entregado el ejército junto con el continuo sacrificio; y echó por tierra la verdad, e hizo cuanto quiso, y prosperó”. Versículos 9-12.

No era extraña para Daniel la situación profetizada en estos versículos, porque existía en su propio tiempo. Babilonia, bajo Nabucodonozor y los reyes que lo sucedieron, habían hecho todas estas cosas con la iglesia de Dios. El reino babilónico, que era el anticristo en ese tiempo, se engrandeció aun hasta el ejército de los cielos; echó por tierra y pisoteó algunos del ejército y de las estrellas; y se engrandeció aun hasta el Príncipe de los ejércitos y nunca más blasfemo que cuando Belsazar bebió vino de los vasos de oro traídos del santuario; quitó el continuo; echó por tierra el lugar de Dios del santuario; lanzó por tierra la verdad; lo hizo y prosperó. Esta fue la perspectiva más desalentadora para Daniel, cuyo amor por la causa de Dios era el interés que dominaba su vida.

El profeta entendía que los imperios mundiales no surgen y caen en unos pocos meses. Por lo tanto, sabía que siglos pasarían antes que Medo-Persa y Grecia desaparecieran del escenario de acción. Más allá vendría el surgimiento del poder del cuerno pequeño durante tal reino la iglesia no sería el poder prevaleciente en el mundo, sino que sería reducida a una estreches peor que la prevaleciente mientras Daniel veía este panorama de condiciones futuras. El prospecto era tan lóbrego que parecía no ofrecer esperanza de que la iglesia llegara a ser un instrumento adecuado para establecer justicia perdurable y poner un fin al pecado. Le parecía al profeta que los poderes de las tinieblas triunfarían mientras que la verdad y misericordia se triturarían en el polvo.

Para hacer el asunto aún peor, el futuro se veía como si fuera una tétrica continuación del desdichado pasado. Dios había llamado a Abraham para ser el padre de una poderosa nación a través de la cual pudiera terminar el gran conflicto y restablecer el pulso de armonía en todo el universo. Después de serios retrocesos, Jehová finalmente estableció a la descendencia de Abraham en su propia tierra de donde planeó que ellos debían extender justicia a toda nación en la tierra.

Para garantizar su éxito, los equipó con las facilidades necesarias para lograr la victoria deseada. Les dio la libertad personal, el continuo, el santuario, y, lo más importante que todo, Cristo como su Líder y Cabeza. El enemigo nada tenía para igualar el imponente poder legado a Israel quienes tenían toda promesa y prospecto de ser los instrumentos efectivos de Dios para terminar rápidamente la lucha entre Cristo y él mismo.

No importa cuán irremediable parezca su prospecto, Satanás nunca abandona la batalla sin una desesperada lucha, y él sabía justamente dónde dirigir su ataque. Después que Josué y los ancianos que lo sobrevivieron fueron a su descanso, Satanás indujo a los israelitas a sustituir las órdenes específicas de Dios de echar a los cananitas hasta que los despojaron totalmente, con su propio plan para construir y consolidar primero sus ganancias. Volviéndose a sus propios caminos, los israelitas perdieron mucho del poder y protección personal de Dios, y Satanás fue rápido en tomar ventaja de la situación.

El dirigió la invasión de la tierra ocupada por el pueblo de Dios y, habiéndolos vencido, con prontitud quitó las facilidades tan esenciales para su éxito. Los privó de su libertad, quitó el continuo, echó por tierra el santuario, y se exaltó a sí mismo en el lugar de Cristo. Mientras pudiera mantenerlos en esta situación, sabía que no había esperanza de que ellos cumplieran su misión asignada. Este punto necesita ser claramente visto, porque es esencial para la victoria. El pueblo por medio del cual el Señor terminará su obra será un pueblo libre; ellos serán bendecidos con el ministerio diario de su gran Sumo Sacerdote, cuyo ministerio en el santuario celestial será claramente entendido y aceptado en ellos y por ellos; y ni Satanás ni sus agentes sobre la tierra serán exaltados al lugar de Cristo en sus mentes y corazones.

Todas las veces que Dios levantó un campeón por medio del cual liberó a su pueblo del poder de sus enemigos, les devolvió las

mismas cosas esenciales que Satanás les había quitado. Cada vez que recuperaron estos poderes robados, manifestaron estupenda promesa de lograr su destino, pero era al poco tiempo que la misma triste historia se repetía. El peor ejemplo de todos fue cuando su apostasía los indujo a su cautividad en Babilonia. El pueblo fue privado de su libertad, el santuario fue un montón de ruinas, se quitó el continuo, y el hombre de pecado se exaltó por encima del Príncipe de los ejércitos. No había posibilidad de que los israelitas cumplieran su misión mientras estuvieran cautivos en esta tierra extraña.

Cuando Daniel contempló la triste historia del pasado extendiéndose en lo que parecía un futuro sin fin, la pregunta natural que vino a la mente fue: ¿Hasta cuándo continuaría esto? Si la obra iba a ser terminada, tendría que llegar el tiempo cuando este patrón de éxito y fracaso se rompiera. Tendría que levantarse un pueblo que nunca más fuera privado otra vez de las facilidades por lo cual sólo Dios podía realizar su obra por medio de ellos. ¿Pero, cuánto tiempo pasaría antes que tal momento llegara? Fue en este punto que Daniel escuchó que se formulaba la misma pregunta. El dijo:

“Entonces oí a un santo que hablaba; y otro de los santos preguntó a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión del continuo sacrificio, y la prevaricación asoladora entregando el santuario y el ejército para ser pisoteados?” Versículo 13.

A esta pregunta vino la respuesta inmediata: “Y él dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. Versículo 14.

Nunca debe ser olvidado que Daniel 8:14 es la respuesta a la pregunta formulada en el versículo anterior. Esa pregunta se hizo en el contexto del patrón global de la historia, no solamente dentro de la extensión del tiempo limitado del poder del cuerno pequeño, y se respondió en el mismo contexto. En otras palabras, la pregunta no fue, como muchos imaginan, ¿Hasta cuándo el poder del cuerno pequeño continúa haciendo estas cosas?

Los que interpretan el versículo de esta manera, añaden a las Escrituras para que el versículo les diga lo siguiente: “¿Hasta cuándo durará la visión del continuo sacrificio, y la prevaricación asoladora entregando el santuario y el ejército para ser pisoteado por el poder del cuerno pequeño?”

Si el versículo se hubiera escrito de esta manera, entonces los dos mil trescientos años no habrían comenzado hasta que el poder

del cuerno pequeños quitara el continuo y colocara la prevaricación asoladora en su lugar. Conforme a Daniel 12:11, ese evento tomó lugar en el año 508 d.C. Si el poder del cuerno pequeño iba a continuar durante casi dos milenios y medio más allá de ese punto, entonces la purificación del santuario no podría comenzar antes del año 2808, que está casi mil años en el futuro.

Pero esas palabras no están escritas en el versículo, ni están implicadas. La pregunta realmente es: ¿Hasta cuándo el patrón, comenzando tan pronto como Dios dio el santuario y su ministerio a su pueblo, continuará con inflexible regularidad durante interrumpidos siglos, y ser mantenido todavía por el poder futuro del cuerno pequeño? Es en el contexto del patrón global de la historia que esta pregunta se formula, no dentro de los límites estrechos de un poder.

De este modo, el fin de los dos mil trescientos años de profecía marca el punto del tiempo cuando Babilonia nunca más podrá conducir al pueblo de Dios a la servidumbre, quitarle el continuo, echar por tierra el lugar del Señor del verdadero santuario, o exaltarse por encima del Príncipe de los ejércitos en sus vidas. El patrón no puede continuar para siempre. Se romperá y, tan cierto como lo sea, la obra podrá ser finalmente terminada. El pueblo de Dios necesita apreciar plenamente la estupenda promesa dada en la respuesta: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. Más confirmación del final de poder de Babilonia sobre los santos se da en Daniel 12:6-12. Se formula otra vez una pregunta y se da una respuesta.

“Y dijo uno al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas?

¿Cuáles son las maravillas a las que se hace referencia aquí?

La pregunta se formuló después que se le mostró a Daniel las visiones sucesivas, en las que vio la casi continua supremacía de los poderes malos de las tinieblas sobre la iglesia. Esto es algo de admiración, porque lo inverso debió siempre haber sido el caso, como lo confirma un momento de consideración.

Cuando Dios dio a Israel su comisión, los ilimitados recursos del cielo estuvieron a su disposición y no había posibilidad de que los israelitas conocieran alguna vez la derrota si mantenían una conexión viviente con su Señor y permanecían en su voluntad. Opuesto contra ellos estaban los poderes que eran pequeños en comparación y no habría sido una sorpresa si el ejército de Jehová

hubiera traído rápidamente el gran conflicto a una conclusión satisfactoria. La maravilla de toda la historia es que las fuerzas débiles de Satanás estuvieron casi continuamente en el dominio. Esas victorias repetidas que el enemigo nunca debió haber ganado son las maravillas sobre las cuales se hizo la pregunta: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas?

“Y oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su diestra y su siniestra al cielo, y juró por el que vive por los siglos, que será por tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo. Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas”. Versículo 7.

El “tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo” terminó en 1798, el año que marcó la caída de Babilonia cuando la herida de muerte se administró. El santuario iba a permanecer pisoteado hasta 1844, pero con esta caída del papado, el fin de estas maravillas se había logrado. Un nuevo día había comenzado, porque, aunque Babilonia ascienda de la desolación desde el fondo del abismo, se hallará a sí misma completamente inhabilitada para vencer y subyugar la iglesia de Cristo. En este tiempo el ejército del Señor será victorioso y hará lo que Israel debió haber realizado milenios atrás.

Sin embargo, Daniel no entendió la respuesta, así que repitió la pregunta. El dijo:

“Y yo oí, mas no entendí. Y dije: Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?” Versículo 8.

La respuesta señaló la misma fecha, pero desde un punto diferente de comienzo, el tiempo cuando el continuo fue quitado y la prevaricación asoladora se estableció.

“El respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán. Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días” Versículos 9-12.

El fin de estas maravillas, o estas cosas, se adapta a 1798, una fecha que se expande más allá de la eliminación del continuo y el establecimiento de la prevaricación asoladora por 1.290 años. Fue por tanto en el año 508 que estas terribles cosas se hicieron, las cuales, después de 1798, nunca ocurrirían otra vez. ¿Cuál fue esa

respuesta al quitamiento del continuo y el establecimiento de la prevaricación que hace desolar?

Con la declinación del imperio romano, los reyes bárbaros, que soportaban el arrianismo y se oponían a la religión católica romana, se propusieron establecer su dominio en el mundo. Si ellos lo hubieran hecho así, el papado nunca habría llegado a ser la fuerza dominante en la historia en la que en realidad se convirtió. Pero hubo un evento que cambió el resultado. Fue la conversión al catolicismo de Clodoveo, rey de los francos, en el año 496. El que había sido la amenaza principal para el papa, se convierte en su más fuerte aliado y, por la conquista de los visigodos en el año 508, decidió cuál poder gobernaría en Europa. La batalla decisiva tomó lugar en el año 507, sintiéndose el pleno efecto de ella en el año siguiente. El papado ahora estaba libre para establecer la prevaricación que desoló y privó al pueblo del continuo ministerio de su amante Sumo Sacerdote en el santuario celestial. Mil doscientos noventa años más tarde, su poder se había de quebrantar, como ciertamente lo fue en el año 1798.

Debe ser enfatizado que, mientras el tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo, trae un fin a las maravillas, la plena bendición no se llevó acabo hasta que la verdad de la restauración total y purificación del santuario vino al pueblo de Dios. Por consiguiente, la gloriosa bendición está sobre los que esperan y llegan al año 1843, el fin de los 1.335 días cuando esta gloriosa luz acerca de estas cosas se reveló a la iglesia. Los que aguardaron y recibieron este conocimiento estaban siendo preparados para la puerta abierta puesta delante de ellos en la conclusión de los dos mil trescientos años.

La respuesta que se da en Daniel 8:14, no sólo confirma que la última iglesia sería permanentemente emancipada en el fin de este período, sino apunta también a la apertura del juicio investigador en el cielo y explica por qué el Señor no escoge iniciar esta importante obra antes de este tiempo.

No fue realmente posible que Dios abriera el juicio antes que las maravillas se terminaran y el santuario se restaurara a su lugar correcto, porque la obra en el lugar santísimo requiere que los súbditos del juicio sigan a su Sumo Sacerdote por fe a medida que entra ante Dios en su favor. Tan completamente se oscureció la obra de Cristo en el santuario celestial de la herencia del Señor durante la Edad Media, que hubiera sido imposible para

ellos entonces cooperar con su Mediador en una obra de juicio. Al enseñar que cada iglesia católica romana era un antitipo del santuario del Antiguo Testamento, los sacerdotes derribaron el lugar del santuario de Dios desde los cielos a esta tierra. Esto les permitió reemplazar el ministerio de Cristo por aquel solamente mortal, la exaltación de la humanidad por encima del Príncipe de los príncipes, y así retrazar la apertura del juicio.

Nosotros podemos ahora confiar en el hecho que la verdad del santuario nunca será quitada otra vez de los hijos de la luz. Aunque muchos de los que comenzaron a caminar por los caminos de Dios caigan antes del fin, habrá siempre un remanente que se asirá de los mensajes vivientes que Dios ha enviado para terminar la obra, y esta es la garantía de que estamos viviendo en el tiempo del fin. Este es un cambio bienvenido del patrón del pasado cuando cada apostasía terminaba en la pérdida del santuario y sus servicios. Por ejemplo, cuando la iglesia apostólica decayó, la verdad del santuario se perdió tan completamente que fue como si nunca se hubiera conocido. El libro de Hebreos permaneció sellado durante la Edad Media.

Otra vez, cuando Cristo estaba sobre la tierra, los judíos se habían apartado de Dios, los romanos estaban en el poder, y, mientras los hebreos continuaban presentando los sacrificios, no tenían concepción del significado de lo que estaban haciendo. Se había echado por tierra el santuario en sus mentes y se había quitado el continuo.

Fue al poco tiempo después que el pueblo adventista puso en alto la antorcha de la verdad y vio el santuario y su Sumo Sacerdote restaurados a sus posiciones correctas, que comenzaron también a deslizarse en la oscura apostasía. La historia del pasado indicaría que a este punto, una vez más, el santuario fuera echado por tierra de su lugar correcto, el continuo fuera perdido, y el pueblo de Dios fuera traído bajo la servidumbre de Babilonia.

Pero esto no es así.

En cambio, un buen remanente se ha aferrado a la verdad salvadora del santuario, está experimentando el continuo como un poder viviente que los salva del pecado, y están permitiendo que nadie sino Cristo ocupe las posiciones que le pertenecen. Esto comprueba que la Palabra de Dios es verdadera y confiable. Las maravillas se terminaron. El santuario se restauró a su lugar correcto. Se ha roto el poder del hombre de pecado. Nunca más él conducirá al pueblo de Dios a la esclavitud.

Ahora se necesita identificar más positivamente el poder del cuerno pequeño que hace terribles cosas contra la causa y el pueblo de Dios. Mientras que la interpretación de la profecía nombra específicamente los poderes representado por el carnero y el macho cabrío, no lo hace así en relación con el cuerno pequeño. Con todo, la evidencia suministrada es más que suficiente para certificar quién es este rey malo.

La identificación de poderes simbolizados en la profecía bíblica es una ciencia exacta. Los métodos poco correctos no suministrarán las respuestas correctas. El estudiante de la Biblia puede estar satisfecho de que ha hallado el mensaje que Dios propuso para él, solamente cuando halle los poderes que cumplen cada especificación establecida. Si esto se hace cuidadosa y honestamente, puede estar seguro de que tiene las respuestas correctas.

El poder del cuerno pequeño en Daniel 8:9-12, surgió después que el imperio griego se dividió en cuatro reinos, un desarrollo que se terminó en el año 311 a. C., al poco tiempo después de la muerte de Alejandro en el año 323 a. C.

Al hacerlo así se volvió muy grande, en comparación con Medo-Persa que llegó a ser grande, y el macho cabrío que se hizo sobremanera grande. Estas expresiones son obviamente relativas, como toda comparación. Por ejemplo, el escarabajo gigante que mide diez centímetros de longitud, es un insecto grande cuando se compara con una hormiga pequeña, pero es una criatura pequeña cuando se coloca al lado de un elefante. Nuestro sol es un cuerpo celeste demasiado grande cuando se compara con la tierra, pero es extremadamente pequeño cuando se compara con algunas estrellas gigantes en el espacio.

En Daniel capítulo 8, la norma de comparación se pone cuando Medo-Persa se describe como siendo grande. Grecia ha de ser todavía más grande porque se describe como siendo sobremanera grande, mientras que el poder del cuerno pequeño ha de ser el más grande de los tres, porque, en comparación con los otros, era muy grande.

Puesto que Medo-Persa y Grecia eran un grande y aún más grande imperios mundiales respectivamente, el poder del cuerno pequeño no podía ser menos que otro imperio mundial. Solamente un reino que llega después de Grecia califica para esta posición, y esa era Roma en sus dos formas, pagana y papal.

En su ambiciosa arrogante presunción de dominio mundial, ella debía moverse primero hacia el sur, luego hacia el oriente, y finalmente invadir la tierra gloriosa que es Israel. Véase versículo 9. Esta no es la mayor secuencia natural. Uno podía esperar que, después de haber establecido su poder en Egipto, ella pasara naturalmente a Palestina y luego al oriente, pero esto no fue lo que pasó. Primero ella fue a Egipto, luego al oriente, y por último a Palestina.

“Y se engrandeció contra el príncipe de los ejércitos; y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó” Versículo 10.

Más comentario se da sobre esto cuando el ángel explicaba al profeta lo que significaban estas palabras. El dijo: “Y al fin del reinado de éstos, cuando los transgresores lleguen al colmo, se levantará un rey altivo de rostro y entendido en enigmas. Y su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia; y causará grandes ruinas, y prosperará, y hará arbitrariamente, y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos” Versículos 23, 24.

Los ejércitos se forman del pueblo de Dios, y las estrellas son los maestros a quienes Cristo ha nombrado para instruir su rebaño. El mismo simbolismo se usa y se explica en Apocalipsis 1:16, 20.

“Tenía en su diestra siete estrellas . . . las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias”.

“‘El que tiene las siete estrellas en su diestra . . . dice estas cosas’ (Apocalipsis 2:1). Estas palabras son dirigidas a los maestros de la iglesia, aquellos a quienes Dios confió pesadas responsabilidades. Las dulces influencias que han de abundar en la iglesia están vinculadas estrechamente con los ministros de Dios, quienes deben revelar el amor de Cristo. Las estrellas del cielo están bajo su dirección. Las llena de luz; guía y dirige sus movimientos. Si no lo hiciera, llegarían a ser estrellas caídas. Así es con sus ministros. Son instrumentos en sus manos, y todo lo bueno que pueden hacer es realizado por medio del poder divino. Por medio de ellos se difunde la luz del Salvador, quien ha de ser su eficiencia. Si tan sólo miraran a él como él miraba al Padre, serían capacitados para hacer su obra. Cuando dependan de Dios, él les dará su esplendor para reflejarlo al mundo” (Los Hechos de los Apóstoles, pág. 468).

Algunos de estos maestros y algunos del ejército debían ser educados en los principios divinos y debían ser echados por tierra, o, en otras palabras, regresar al polvo de donde vinieron.

No hay necesidad aquí de referir hechos y números en relación con la implacable persecución que los poderes pagano y papal

dirigieron contra los cristianos. Millones de los verdaderos hijos de Dios perecieron. Ministros y pueblos fueron lanzados a los leones, quemados vivos, exiliados, esclavizados, torturados, enterados vivos, decapitados o asesinados en los bosques y campos donde se retiraban para adorar al Dios a quien ellos amaban y servían. La cosa admirable es que, en lugar de debilitar y destruir la iglesia, esta matanza sólo servía para fortalecerla. La sangre de los degollados era semilla que brotaba en abundancia. Al final se comprobaba que el perseguidor, y no los perseguidos, era el que se privaba del poder. Ninguno ha prevalecido todavía en exaltarse a sí mismo al arrastrar a otros en el polvo, aunque inicialmente alguno pudo parecer tener éxito.

Ningún poder sobre la tierra se iguala a Roma pagana y papal en su decisión de exterminar toda oposición a su régimen. El resultado fue que literalmente millones de cristianos fueron obligados a dar su vida antes que renunciar a su lealtad a la causa de Dios. Uno podría argumentar que grandes dictadores semejante a Hitler fueran tan inmisericordes, y esto es verdad, pero su régimen sólo duró unos pocos años, mientras que el aliento destructor y salvaje de Roma desoló a la iglesia durante casi dos milenios.

Los que imponen sufrimiento y destrucción sobre el pueblo de Dios, son considerados por Dios como si lo hubieran hecho personalmente a El, aunque esto no significa que El adopta una disposición vengativa. Los hombres se equivocan totalmente cuando piensan que, al destruir cristianos, están haciendo un servicio para Dios. La sangre de los asesinados descansa pesadamente sobre el perseguidor y será obligado a pagar con interés cuando el día de cuentas llegue. El entonces hallará que su exaltación propia sobre el Príncipe de los ejércitos fue imaginaria y no real.

“Aun se engrandeció contra el príncipe de los ejércitos, y por él fue quitado el continuo sacrificio, y el lugar de su santuario fue echado por tierra. Y a causa de la prevaricación le fue entregado el ejército junto con el continuo sacrificio; y echó por tierra la verdad, e hizo cuanto quiso, y prosperó.

“Con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano; y en su corazón se engrandecerá, y sin aviso destruirá a muchos; y se levantará contra el Príncipe de los príncipes, pero será quebrantado, aunque no por mano humana” (Daniel 8:11, 12, 25).

La palabra “sacrificio” no se halla en el texto original. Esto se indica en muchas Biblias al imprimir la palabra en letra cursiva.

Los traductores la agregaron porque pensaron que el sentido la requería, pero se equivocaron. El Espíritu de Profecía confirma que es una palabra agregada:

“Entonces vi en relación con el ‘continuo’ (Daniel 8:12) que la palabra ‘sacrificio’ había sido provista por la sabiduría humana, y no pertenece al texto, y que el Señor dio el sentido correcto a los que proclamaron que había llegado la hora del juicio. Mientras existió la unión, antes de 1844, casi todos aceptaban la opinión correcta acerca del ‘continuo’; pero en la confusión reinante desde 1844 se han aceptado otras opiniones, y como consecuencia han entrado tinieblas y confusión” (Primeros Escritos, págs. 74, 75).

El concepto sostenido durante la reforma era que “el continuo” se refería a la constante administración de Cristo Jesús en el santuario celestial. Este concepto fue sostenido por O.R.L. Crosier, quien se describe que tiene “la verdadera luz, sobre la purificación del santuario” (A word to the Little Flock, pág. 12). Jaime White tenía el mismo concepto como Crosier, pero diferente a William Miller y Uriah Smith que creían que “el continuo” se refería al paganismo.

No es de admirarse que William Miller adoptara este concepto erróneo cuando no entendía claramente lo que era la purificación del santuario en realidad. El enfoque de Uriah Smith más técnico que espiritual a Daniel y Apocalipsis, lo guió también a una conclusión equivocada sobre este punto, como lo fue en otras áreas vitales como la identificación del rey del norte, y el verdadero concepto de Armagedón.

Las profecías de Daniel, al igual que algunas de Apocalipsis, se interesan más en la lucha entre Cristo y Satanás. Por lo tanto, lo que se describe como lo que el hombre de pecado está haciendo, son sus ataques contra la obra y ministerio de Cristo en el cielo y en la tierra. Fue el lugar del santuario de Cristo que se echó por tierra y su diario o continuo ministerio lo que se quitó del pueblo. La profecía no admite otra interpretación que esta.

El papado ha quitado el continuo y echado por tierra el lugar del santuario de Cristo al enseñar que cada iglesia católica romana es el antitipo del santuario del Antiguo Testamento, y al sustituir el ministerio de los sacerdotes terrenales por aquel ministerio de amor de Cristo en las alturas. Así la atención del pueblo se ha desviado del poder salvador de lo celestial a los efectos destructores de lo terrenal.

Declaraciones de autores de la Iglesia Católica romana ya se han citado en capítulos anteriores para comprobar el hecho de que el papado se ha exaltado a sí mismo por encima del Dios del cielo. Su decisión de gobernar a los hombres en lugar de Dios, es lo que hace a Babilonia ser lo que ella es. Esta es una violación muy seria de estos principios básicos del orden y organización divinos, y la fuente de toda crueldad, corrupción, pérdida y muerte. Esta es la abominación que desola y nada hay que Dios odie más ardentemente que este sistema.

Mucho tiempo podría dedicarse a examinar estas diversas declaraciones identificando la obra y carácter del poder del cuerno pequeño, pero se ha dicho suficiente para certificar que sólo hay un poder que se adapta a la descripción, y ese es Babilonia en sus formas pagana y papal. Solamente permanece ahora la determinación del punto de comienzo y fin de los dos mil trescientos años, en el fin del cual el poder de Babilonia de tomar el continuo y echar por tierra el santuario terminaría para siempre, y el tiempo llegaría para que el juicio comience.

Ninguna explicación del punto de partida y el fin de este importante período de tiempo se da en Daniel capítulo 8, a pesar del hecho que al ángel Gabriel se le ordenó explicar cada parte de la visión al profeta, como está escrito: “Y oí una voz de hombre entre las riberas del Ulai, que gritó y dijo: Gabriel, enseña a éste la visión”. Versículo 16.

El carnero, el macho cabrío, el rey primero, los cuatro reyes y el poder del cuerno pequeño todo está explicado, pero cuando el ángel comenzó a revelar el significado del elemento del tiempo en la profecía, Daniel fue físicamente incapaz de soportar más, y el ángel tuvo que posponer la explicación de esta parte de la visión.

No es de admirarse que Daniel se desmayara al contemplar las espantosas revelaciones de la historia futura en la que la iglesia sería oprimida por mucho tiempo, y la obra de Dios retrasada más allá del tiempo cuando debía haber terminado. Fue la prueba más penosa para el profeta.

Una vez me sentí apenado que la explicación del elemento del tiempo en la profecía tuviera que demorar hasta el capítulo siguiente. Lamenté que el Señor no bendijera especialmente a Daniel con la fuerza para soportar lo que se le estaba mostrando, pero, ahora estoy muy agradecido de que la respuesta demorara, porque por ello una revelación más grande se ha provisto

que de otra manera fuera imposible. La experiencia me enseñó de nuevo de que no hay mejora en los caminos de Dios. Ellos son perfectos en cada detalle.

Al poco tiempo de Daniel demostrar que emocionalmente podía resistir las terribles revelaciones registradas en Daniel capítulo 8, el fin vino al reino de Babilonia. En una noche ella fue reducida a completa desolación y ruina de la cual nunca iba a recuperarse. Para el profeta, esto era un momento de nueva esperanza y altas expectativas. El entendía la profecía comunicada por medio de Jeremías, que setenta años determinarían la supremacía de Babilonia y esperó que a los israelitas se les permitiera regresar a reconstruir el templo, y volver a restituir sus servicios.

Pero los meses pasaron y ninguno de los desarrollos tomaron lugar. Al entender la naturaleza condicional de algunas profecías, Daniel temió de que su pueblo una vez mas hubiera frustrado los propósitos de Dios como a menudo lo había hecho en ocasiones. Hubo ocasiones, por ejemplo, cuando el Señor intentó guiarlos directamente a la tierra prometida, pero, cuando llegaron a Cades barnea, exhibieron un espíritu de incredulidad y rebelión que hizo esto imposible.

Reconociendo la posibilidad de que esto sucediera otra vez, Daniel elevó una de las más notables oraciones de confesión en registro. En favor de su pueblo, él confesó los pecados que los había puesto en cautividad y temía que éstos impidieran su liberación de la servidumbre. Bueno habría sido si todos los judíos se hubieran unido con él en sus oraciones.

Esa poderosa petición, pronunciada por inspiración del Espíritu Santo y mezclada con el incienso de la impecable justicia de Cristo, ascendió al Padre, que pronto comisionó a Gabriel para comunicar la información que no sólo respondió la cuestión acerca del futuro de los judíos, sino explicó los dos mil trescientos días de profecía. Una respuesta sirvió a los dos asuntos, un hecho que hizo la luz dada en Daniel capítulo 9 mucho más disponible. Se le aconsejó a Daniel “. . . Entiende, pues, la orden, y entiende la visión” (Daniel 9:23).

La “orden” y la “visión” eran dos cosas diferentes y no tienen porque ser confundidas la una con la otra.

El asunto en la mente de Daniel era el futuro de su pueblo, y estaba estrechamente conectado con la profecía dada por medio de Jeremías y registrada en Jeremías 25:12. ¿Iban ellos a ser liberados ahora que los setenta años de dominio de Babilonia terminaban,

o por causa de su fracaso de un verdadero arrepentimiento de los pecados que los había puesto allí, iban a permanecer bajo el gobierno de Medo-Persa por un período más largo?

La visión a la que se refería no era la misma revelación de verdad, porque el mensaje dado por medio de Jeremías no vino en forma de una visión. La palabra del Señor se pronunció al profeta sin que viera bestias, aguas, cuernos, o cosas semejantes. Por lo tanto, la única visión a la que se pudo hacer referencia en este caso era el punto sin explicación de Daniel capítulo 8.

Hay otra evidencia para confirmar esto. Se le ordenó a Gabriel: “enseña a éste la visión” (Daniel 8:16). Así que era su responsabilidad explicar cada parte de la visión. Cuando le fue imposible hacer esto en una sesión, tuvo que completar su tarea después cuando se concedió la oportunidad otra vez. Esto comprobó ser cuando Daniel estuvo absorto en el problema de la profecía de Jeremías.

El hecho es que si, en Daniel capítulo 9, Gabriel no terminó su asignación de explicar toda la visión, entonces falló en hacer plenamente lo que el Señor le ordenó, porque no hay un lugar en las Escrituras donde él impartiera la interpretación necesaria. Es aquí o no es otra parte. Esto significa que si una persona no puede aceptar a Daniel capítulo 9 como la explicación de Daniel 8:14, entonces debe tomar la posición que lo último nunca se ha explicado y deja el asunto allí. Los que rechazan la conexión entre los dos capítulos, y con todo intentan explicar Daniel 8:14, sólo pueden ofrecer una interpretación humana con la ausencia de una revelación divina de lo que significa. No sólo tal interpretación es totalmente sin valor; sino es también peligrosa y engañosa. Ningún verdadero hijo de Dios puede darle la más mínima credencial. El poderoso ángel del cielo informó al profeta que “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos” (Daniel 9:24).

Durante casi dos mil años antes del tiempo de Daniel, los israelitas habían sido los guardadores del pacto y había sido su continua responsabilidad la de canalizar la luz a toda nación sobre la tierra. Vez tras vez ellos habían reemplazado los intereses de Dios por los suyos propios y consecuentemente se hundieron en la profunda apostasía, pero el Señor les había perdonado y restablecido. Esto ocurría tan frecuente que parecía como si el

proceso continuara para siempre. En realidad, la jefatura comenzó a promover activamente la idea de que la comisión a los judíos nunca podía ser retirada, independiente de cuán indigna e ineficiente pudieran llegar a ser.

Pero, Dios explícitamente les declaró que había un límite, un tiempo de prueba más allá del cual ellos no podían ir. Si ellos no ponían un fin de los pecados y traían la justicia perdurable en ese tiempo, entonces el lugar especial que ocupaban sería dado a otro pueblo. Esto no era porque Dios se impacientara con ellos, sino porque se habían vuelto incapaces de hacer otra vez la voluntad de Jehová. El Señor no tendría otra opción más que reconocer la irreversible separación que los judíos mismos establecieron, y luego buscar otro pueblo por medio del cual haría lo que pudo haber hecho por medio de ellos.

El punto de inicio de este período de prueba fue “. . . la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén”. Versículo 25. Se requirió tres decretos para cumplir esta especificación. El primero fue hecho por el rey Ciro para la reconstrucción de la casa de Dios, en el año 536 a. C. Esdras 1:1-4. El segundo, fue por Darío en el año 519 a. C., removiendo los obstáculos puestos en la obra y por lo cual confirmó el primer decreto. Esdras 6:1-12. El tercero fue por Artajerses en el año 457 a. C., y dio a los judíos plena restitución de sus derechos como una nación. Esdras capítulo 7. Por estos tres edictos, se completó la orden para edificar y reconstruir la ciudad y el tiempo llegó para el inicio de los 490 años.

De todos este es el tiempo más verificable de profecía, porque tiene un punto específico de comienzo e igualmente definitivos puntos de control a lo largo del camino. Como ninguna otra profecía pudo hacerlo, confirma el principio de año por día de interpretación profética.

Sesenta y nueve semanas o 483 años después del año 457 a.C., el Mesías debía aparecer y confirma el pacto por una semana, así asegurando a los judíos que a pesar de la profunda apostasía en la que se hundieron, si sólo se hubieran arrepentido y hubieran vuelto sus vidas a la armonía con Dios, podían ser todavía su pueblo escogido.

En la mitad de la semana, se quitaría la vida al Mesías, o sería crucificado por su pueblo.

Los eventos tomaron lugar exactamente en los tiempos especificados. Jesús comenzó su ministerio en el año 27 d.C.; El murió

tres años y medio más tarde en el año 31 d.C.; y el tiempo de gracia para los judíos como nación terminó en el año 34 d.C. Después de eso nunca los judíos pudieron volver a obtener su condición como pueblo escogido. Esto se verifica en el último versículo del capítulo.

“Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que estaba determinado se derramara sobre el desolador”.

La pregunta es: ¿Qué desolaría El? El tema de esa profecía es la “santa ciudad” y el “pueblo judío”, para quien el tiempo de gracia se extendió. Sin embargo, el Señor conocía de antemano que ellos fracasarían, y, en ese seguro conocimiento, el relata lo que sucedería en el fin a la “santa ciudad”. Por la diseminación de las abominaciones ella sería desolada aun hasta la consumación cuando lo que está determinado se derrame sobre el desolador.

La consumación de todas las cosas no llegará sino hasta el fin del milenio, con todo, justamente hasta ese momento, Jerusalén iba a permanecer un lugar desolado cubierto de la abominación que hace desolar. Nunca más podía ser la morada del Espíritu de Dios, ni podían los judíos ser más el canal de luz para el mundo.

“La ciudad de Jerusalén no es más un lugar sagrado. La maldición de Dios está sobre ella debido al rechazo y la crucifixión de Cristo. Una negra mancha de culpa descansa sobre ella, y nunca será un lugar sagrado otra vez hasta que se haya limpiado por el fuego purificador del cielo. En el tiempo cuando esta tierra maldita por el pecado sea purificada de toda mancha de pecado, Cristo estará otra vez sobre el monte de los olivos. Cuando sus pies descansen sobre el monte, se partirá en dos, y se convertirá en una gran llanura, preparada para la ciudad de Dios” (The Review and Herald, 30 de julio, 1901).

En contra de la luz dada a Daniel, esos ministros y pueblo que están en las iglesias de Babilonia en donde hay una seria carencia de conocimiento concerniente a las profecías contenidas en Daniel y en el Apocalipsis, creen que habrá una restauración de los judíos a su posición perdida como mensajeros de Dios, y realmente forzarán este concepto a medida que entremos al conflicto final. No obstante, el verdadero creyente entenderá que el día de gracia para Jerusalén pasó y que ni la ciudad ni el país serán el centro de la obra de Dios otra vez.

La instrucción dada por Dios por medio de Gabriel en Daniel capítulo 9, no puede ser considerada excepto en el contexto del período de los 2.300 años. Es por esta razón que el ángel dirige la atención del profeta a esta inexplicable porción de la visión previa antes de entregar los detalles del período de los 490 años. Por lo tanto, nosotros debemos estudiar Daniel capítulo 9 como la explicación de Daniel 8:14. El que lo estudie de otra manera fallará en entender el mensaje tan esencial para nuestro bienestar presente y eterno.

Indica entonces que los 490 años eran una porción de los 2.300 años y no puede ser otra cosa que la primera parte del más largo período. De tal manera que, el punto de comienzo de los 490 y 2.300 años tiene que ser lo mismo, el año 457 a.C., en tal caso el más largo intervalo que termina en octubre de 1844.

Hay una poderosa evidencia para confirmar que este es el verdadero final del más largo período profético en las Escrituras. En todo el Espíritu de Profecía, ninguna otra fecha es aun considerada. Además, la profetiza pudo testificar que el Señor le había mostrado específicamente que el 22 de octubre de 1844, era la fecha correcta.

“El Señor me ha mostrado en visión, que Jesús se levantó y cerró la puerta, y entró en el lugar santísimo en el mes séptimo de 1844” (A Word to the Little Flock, pág. 12).

La entrada de Cristo en el lugar santísimo en el cielo, coincidió con un evento más importante sobre la tierra. La profecía había declarado que al terminar los 2.300 años, el santuario no sería más pisoteado, sino que sería restaurado a su lugar correcto en la fe de los verdaderos hijos de Dios. El quebrantamiento del poder papal en el año 1798 entonces no había logrado esto, aunque preparó el camino. En los años que siguieron, se hizo constante progreso hacia la consecución de esta meta.

Cuando William Miller respondió con poca disposición al llamado de Dios para dar la advertencia del segundo advenimiento, estaba todavía bajo la falsa comprensión que el santuario era esta tierra, y ni sus amigos ni sus enemigos detectaron esta falta en su mensaje. El santuario no se había restaurado todavía a su lugar correcto, y no lo sería hasta que el tiempo estipulado en la profecía llegara a su plenitud.

Los 2.300 años terminaron en la tarde del 22 de octubre de 1844, y la creencia todavía de que el lugar de su santuario está aquí sobre la tierra, por mucho tiempo tan inculcada por la Iglesia

Católica, persistía en la mente de los creyentes, y fue la causa de su temeroso chasco. Pero, con la terminación de los 2.300 días de profecía, el tiempo había llegado para el cambio, y había de venir exactamente cuando se especificó. Esta predicción debía cumplirse exactamente como las otras que la precedieron; tan exactamente como la muerte de Cristo coincidió con el momento del sacrificio vespertino.

Así comprobó ser. Tan pronto como el período terminó, dos hombres, O.R.L. Crosier y Hiram Edson, en la temprana mañana del 23 de octubre, después de una noche de oración para que la luz divina explicara por qué Cristo no había aparecido como se esperaba, caminaban a través de un plantío de maíz cuando, con notable claridad vieron el sitio real del santuario para purificarse en el fin de los 2.300 años. La revelación vino como el Espíritu Santo en el pentecostés cuando el momento llegó, ni un día antes ni un día después. Tal cumplimiento exacto de la profecía debe confirmar a cada creyente la veracidad de la profecía hecha en Daniel 8:14.

Los que no habían abandonado su fe en el mensaje adventista, rápidamente vieron y aceptaron plenamente la luz que reveló la obra de su Sumo Sacerdote en el lugar santísimo en el cielo. Ahora podían reunirse en el verdadero santuario que el Señor plantó en el cielo de los cielos, y esto habilitó a Cristo para comenzar la obra del juicio investigador y la expiación final; una obra que no puede ser dada a menos que el verdadero Israel comprenda y coopere con Cristo al reunirse en el santuario con aflicción de alma, arrepentimiento genuino, y confesión aceptable.

Nosotros ahora estamos viviendo en el tiempo de la purificación del santuario celestial. “El juicio se lleva ahora adelante en el santuario celestial. Esta obra se viene realizando desde hace muchos años. Pronto — nadie sabe cuándo — les tocará ser juzgados a los vivos. En la augusta presencia de Dios nuestras vidas deben ser pasadas en revista. En éste más que en cualquier otro tiempo conviene que toda alma preste atención a la amonestación del Señor: ‘Velad y orad: porque no sabéis cuándo será el tiempo’. ‘Y si no velares, vendré a ti como ladrón, y no sabrás en qué hora vendré a ti’ (Marcos 13:33; Apocalipsis 3:3)” (El Conflicto de los Siglos, págs. 544, 545).

Sabia en verdad es la persona que hoy reconoce la naturaleza real del tiempo en el cual vive, y se aprovecha de toda provisión hecha en su favor para salvación eterna.

La Falsificación

Capítulo 27

EL Señor nunca hace una obra para su pueblo o le suministra una verdad salvadora excepto que Satanás anticipe una falsificación destructora calculada a desviar almas de Dios hacia él mismo. Cuanto más importante es el mensaje, tanto más diligente es el enemigo en perpetrar este mal.

Ningún mensaje podía ser más importante que la amonestación del juicio, ni un movimiento más significativo que aquel por medio del cual el mensaje se dio. Por lo tanto, el pasaje que formó el fundamento de este movimiento sería el tema de una contrainterpretación satánica destinada a descarriar y destruir a los hijos de Dios. Ese pasaje es *Daniel* 8:14.

“El pasaje bíblico que más que ninguno había sido el fundamento y el pilar central de la fe adventista era la declaración: ‘Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el Santuario’ (*Daniel* 8:14, V.M.). Estas palabras habían sido familiares para todos los que creían en la próxima venida del Señor. La profecía que encerraba era repetida como santo y seña de su fe por miles de bocas. Todos sentían que sus esperanzas más gloriosas y más queridas dependían de los acontecimientos en ella predichos. Había quedado demostrado que aquellos días proféticos terminaban en el otoño del año 1844” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 461).

Aquellos de nosotros que nos levantamos en la fe adventista generalmente sólo hemos oído una interpretación de esta profecía. Esto ha conducido a la conclusión de que, por fuera del adventismo, la profecía ha sido ignorada completamente, y que otras personas no tienen interpretación de ella. Un conocimiento de la política de Satanás de falsificar cada mensaje importante que Dios ha enviado a su pueblo nos asegura que, entre las iglesias caídas, ha de haber una interpretación de esta profecía vital que es una falsificación de la real. Además, a medida que avancemos al conflicto final cuando el mensaje sobre el santuario y su purificación llegue a ser un elemento poderoso en el progreso de la causa de Dios, sus enemigos enseñarán la falsa explicación de estos símbolos con todo el poder y efectividad disponible a ellos.

Cuando ese momento llegue, por una parte el verdadero pueblo de Dios necesita estar establecido en la verdad y, por otra parte, estar en la capacidad de hacer frente y exponer lo falso. Que nadie imagine que esto será una simple tarea, porque es con la astucia más grande que Satanás ha formulado esas enseñanzas.

Yo nunca olvidaré la primera ocasión cuando me confronté con la explicación alternativa de *Daniel* capítulos 8 y 9. Fue en el año 1955 cuando fui nombrado líder misionero de la iglesia en Longburn Missionary College, en Nueva Zelanda. A medida que íbamos de puerta en puerta, llegué a una casa donde dos señoras estaban muy deseosas de estudiar conmigo y propusieron que fuera de *Daniel* capítulos 8 y 9. Con alegría acepté esta propuesta imaginando que no tendría ninguna dificultad en convencerlas de las verdades contenidas en estas referencias.

Con la mayor confianza ellas me presentaron una interpretación que nunca había oído antes y me sentí tan convencido que pronto entré en absoluta confusión. Me sentí incapaz de responderles y me fui a casa esa tarde dudando seriamente del mensaje y el movimiento adventista. Nunca había pensado que fuera posible desafiar la posición adventista sobre *Daniel* 8:14, y cuando fui confrontado con tal desafío, no tuve la habilidad para defenderla.

Durante la semana siguientes, estudié este mensaje vital como nunca antes. El Señor en su maravillosa providencia dirigió mi atención a un pequeño libro escrito por un hombre que había detectado los errores en esta contrainterpretación, y el resultado fue que surgí de la experiencia más sólidamente establecido en el adventismo que antes. Desde entonces nunca los poderes de las tinieblas han podido impresionarme con esta falsa enseñanza.

La teoría promovida por los que rechazan la verdad es que el poder del cuerno pequeño no fue Roma pagana ni Roma papal sino fue un rey selúcida llamado Antíoco IV Epífanes. Este hombre nació alrededor del año 215 a.C., y murió en el año 163 a.C. El tenía planes ambiciosos de construir un poderoso imperio, pero él mismo se halló frustrado por todos lados, primero por los romanos, luego por los macabeos, por las fuerzas en Persia, y finalmente por la consumación que quitó su vida antes que alcanzara los sesenta años de edad.

Su presunción del nombre “Epífanes”, que significa, “Dios manifiesto”, indica el nivel exaltado al que buscaba elevarse. El puede con justicia ser llamado un anticristo, que de hecho lo era. Esta

función no era singular para él, porque ha habido millones que caen en esta categoría. Algunos, por supuesto, tales como los grandes césares y los reyes de Babilonia, han ocupado esta posición más poderosamente que otros.

En el año 170 a.C. él salió a pelear contra Egipto que estaba tratando de conquistar a Palestina. Tuvo mucho éxito en esta campaña, pero el sistema de gobierno que estableció en Egipto no perduró su estancia, así que regresó para sitiar a Alejandría. Los egipcios entonces apelaron a Roma, que, en respuesta, envió a Gaius Popilio Lenas, para ordenarle salir del país. El romano llegó desarmado y sin escolta excepto por un siervo, y al principio Antíoco se negó a obedecer. En seguida, el representante de Roma dibujó un círculo sobre la arena alrededor del rey selúcida y le exigió que diera una respuesta positiva antes que abandonara el círculo.

El humillado rey, sabiendo la futilidad de entrar en conflicto con el gran poder de Roma, obedeció la orden y salió del país. Marchó hacia Jerusalén donde ocupó la ciudad y profanó el santuario al ofrecer carne de cerdo sobre los altares sagrados por un período de tres años y diez días. Esto para los judíos fue en verdad una abominación desoladora.

Luego los macabeos se levantaron contra él y forzaron su retiro a Persia donde, después de exitosas campañas, sucumbió a la muerte.

Ciertos aspectos de las actividades de este hombre parecen cumplir la profecía, y éstas serán examinadas una por una.

El poder del cuerno pequeño había de surgir de uno de los cuatro cuernos en los que el imperio de Grecia se dividió. “Y de uno de ellos salió un cuerno pequeño . . .” (*Daniel* 8:9).

Se discute que Antíoco, siendo un rey selúcida, surgió de esa división del imperio. Lo correcto es que no salió de la división, sino era uno de las cuatro partes del imperio. Nosotros debemos recordar que el cuerno no representa un solo rey, sino el reino sobre el cual el primer rey y los que lo suceden gobiernan. Por ejemplo, cuando Daniel le dijo a Nabucodonozor que él era el rey simbolizado por la cabeza de oro, quería decir las dos cosas, el rey de entonces vivo y los que lo sucederían hasta que los Medo-Persas, representados por la plata, tomaran su lugar. Si Nabucodonozor fuera el rey específico simbolizado por el oro, entonces el rey que lo seguiría fuera otro babilonio. Pero esta no era la idea proyectada en la profecía y el rey babilonio lo sabía. El entendía que otra

nación iba a suplantarse el imperio que había construido. Esta fue la razón por la cual él rechazó la profecía y construyó una imagen enteramente de oro.

La expresión: “Y de uno de ellos salió un cuerno pequeño, . . .” se adapta mucho más correctamente al poder romano. Los registros confiables del establecimiento original y temprano desarrollo de Roma no están realmente disponibles pero existe mucho para indicar que ella fue colonizada por los griegos. A medida que pasaban los siglos, Roma, que salió de uno de los cuernos, llegó a ser a su turno un poderoso reino gobernando en todo el mundo. Así, mientras Roma surgió de uno de los cuernos y se desarrolló en un cuerno de poder como quiso, Antíoco era uno de los poderes del cuerno.

El poder del cuerno pequeño “creció mucho . . .” En ningún sentido de la palabra puede Antíoco cumplir estas especificaciones. Ni siquiera fue el más grande de la dinastía seléucida, y ciertamente un poder menor comparado con Medo-Persa, Grecia, o Roma. Como se observó antes, en estos capítulos, el carnero, Medo-Persa, fue *grande*, el macho cabrío *sobremano* grande, pero el poder del cuerno pequeño había de ser *muy* grande.

Puesto que los dos poderes mundiales anteriores habían sido ambos, uno grande y el otro todavía más grande respectivamente, lo menos que el poder del cuerno pequeño podía ser era un poder mundial, dejando a Roma como la única candidata para la posición. Ningún otro imperio universal sucedió a Grecia.

Cuando esto se señala a los que apoyan a Antíoco Epífanes como el poder del cuerno pequeño, responden al decir que el significado de este gobernante se ha pasado por alto; que él ejerció más poder que el que ha sido generalmente reconocido, y que es tiempo de que él reciba pleno crédito. La verdad es que él fue todo un fracaso y sin importancia quien nunca alcanzó ninguna de sus ambiciones. El hecho permanece todavía que él no se adapta a la especificación de un poder *muy* grande en comparación con los dominios mundiales que precedieron su reino.

Sólo uno tiene que recordar la escena dramática en el desierto fuera de Alejandría cuando el enviado romano dibujó el círculo sobre la arena y le ordenó que, antes de dejar el sitio, el rey seléucida le respondiera que dejaría a Egipto, una orden que el rey aunque sin querer obedeció rápidamente.

En esta situación, Roma era obviamente el poder *muy* grande. El respeto por su imponente poder había llegado a ser tan

completo que ella pudo ejercer su voluntad simplemente al enviar un representante desarmado para transmitir sus instrucciones. Antíoco sabía que si no obedecía, el ejército romano llegaría para ejecutar la orden. Su poder siendo insignificante en comparación al poder muy grande de Roma, no tenía otra opción que abandonar sus sueños de conquista en Egipto y partir a otros lugares.

Así llegó a Jerusalén donde temporalmente ganó el control de la ciudad, el país y el santuario. No obstante, fue al poco tiempo que la gente se levantó contra él y fue desterrado. Mientras que su dominio sobre una pequeña nación sólo duró un poco más de tres años, Roma dominó el mundo entero durante medio milenio. La diferencia entre esos dos poderes es tan tremenda que no puede haber duda en cuanto cuál fue el poder *muy* grande. Es igual que decidir el ganador de cuatrocientos metros de competencia cuando un contendor llega a la cinta trescientos noventa y nueve metros adelante de su competidor.

Mientras que Antíoco estuvo implicado en las mismas áreas como Roma, no procedió contra ellas en el orden especificado. La profecía exigía al poder particular crecer hacia el “sur, y al oriente, y hacia la tierra gloriosa”. Versículo 9. Este no es el orden natural, porque se esperaría que un poder que había conquistado a Egipto marchara hacia la tierra gloriosa, Palestina, antes de moverse al oriente, y en realidad, este es el curso seguido por Antíoco, pero este no es el orden especificado en la profecía.

Por otra parte, esta es la secuencia sin saberla seguida por los romanos que primero conquistaron a Egipto, luego avanzaron al oriente, y finalmente ocuparon la tierra prometida.

Es verdad que Antíoco fue un anticristo y que él estableció lo que los judíos reconocieron como una abominación de desolación, cuando ofreció carne de cerdos sobre los altares sagrados como se registra en *1Macabeos* 1:54.

“El 15 del mes Casleu del año 145, Antíoco erigió el abominable ídolo de la desolación sobre el altar, y edificó altares en todas las ciudades circunvecinas de Judá”.

Sin embargo, si Antíoco era el anticristo al que se menciona en *Daniel* capítulo 8, entonces habría de continuar esta obra durante 2.300 días exactos antes que la iniquidad lo llevara a su fin. El hecho es que no estuvo en Jerusalén ni siquiera la mitad de este período antes de ser expulsado de la ciudad y del país

para siempre. En ninguna manera él cumplió las especificaciones de tiempo de la profecía.

Fue exactamente tres años y diez días después que Antíoco puso la abominación en el templo en Jerusalén, que los sacrificios correctos se restituyeron, después que el altar profanado se derribó y se reemplazó, como está escrito en *1 Macabeos 4:52, 53*.

“El 25 del noveno mes, llamado Casleu, del año 148, se levantaron al alba y ofrecieron un sacrificio legal en el altar de los holocaustos que habían construido”.

Yo no he podido determinar cuál calendario se usó en este registro, así que es imposible decir exactamente cuántos días pasaron entre las dos fechas mencionadas en los versículos previamente citados. Sin embargo, sería muy cerca a 1.105 días completos. ($365 \times 3 + 10 = 1.105$). Si se hubiera ajustado los años en la secuencia tal como un año bisiesto, variaría el número de días, más o menos.

En cualquier caso, el número cae muy cerca a los 2.300 días estipulado en la profecía, especialmente cuando se considera que cada día es igual a un año literal. Así que, mientras Antíoco estuvo aproximadamente 1.105 días en Jerusalén, la profecía le exigía, si él y la Jerusalén terrenal hubieran sido los temas de ella, estar allí durante 2.300 años.

Los que contienden en favor de Antíoco reclaman que la verdadera traducción es 2.300 tardes y mañanas, o 1.150 días. Por supuesto, 2.300 tardes y mañanas son en realidad 2.300 días, pero si fueran todavía 1.150 días literales, Antíoco fracasa en cumplir todavía la especificación exactamente. El estuvo escasos cincuenta días aproximadamente.

Uno podría asombrarse, por qué esta interpretación, de todas maneras, tuviera un significado hoy. El hombre vivió y murió mucho tiempo antes de Cristo, y es desconocido para la mayoría de la gente. No obstante, existen dos razones de por qué esta explicación de la profecía es una cosa mala. La primera es que ofrece una enseñanza alternativa acerca de los 2.300 días que desvía a las personas de la enseñanza real, y segundo, forma la base de una teoría apoyando una aparición en los últimos días de un último anticristo que ejerce poca semejanza al divinamente predicho. Así la gente es educada a esperar algo que nunca sucederá, mientras que permanecen en la ignorancia de la verdad de lo que realmente va a pasar.

Se debate que Antíoco es importante como el tipo por el cual los que escuchan se informarán del temible antitipo que en los últimos días se dedicará a la destrucción de todas las cosas que pertenecen a Dios y su glorioso reino. Muchos creen y enseñan que como Antíoco actuaba, así este futuro perpetrador de todo mal reinará en la Jerusalén literal durante tres años y medio, al comienzo de lo cual el rapto secreto tomará lugar. Se espera entonces que, al final de este período de tiempo literal, Cristo retornará para desalojar a este monstruo de Jerusalén, y establecer de nuevo a los judíos en Palestina y Jerusalén. Se argumenta que ellos saldrán como embajadores del Altísimo a ganar al mundo para Cristo, y esto terminará en un milenio de pacífica prosperidad para toda la humanidad.

Aunque, siempre que es sostenida, la teoría básicamente es la misma, iglesias individuales han agregado sus propias y especiales variaciones y énfasis a la doctrina. Es importante entender cómo y cuándo vino a la existencia. Aunque no lo reconocen, la doctrina es católica romana, ella vino de Babilonia, y fue originalmente formulada para desviar la acusación de que el papado es el anticristo, y quitar la efectividad de la poderosa obra de la reforma protestante.

Antes del glorioso despertar que tomó lugar en la Edad Media, las autoridades de la iglesia eran muy cuidadosas en mantener la Biblia escondida del pueblo al dejar sin traducirla del hebreo, griego y latín. Los sacerdotes sólo leían esas porciones que consideraban que el pueblo podía oír con seguridad, con la salvaguardia adicional de sus propias interpretaciones que se añadían. Uno podía estar seguro de que ninguna porción profética fuera alguna vez presentada a la congregación. Ellos eran dejados en la ignorancia de los pasajes que identifican y exponen el anticristo.

Una de las primeras cosas emprendidas por los grandes reformadores fue remediar esta deficiencia al colocar una traducción legible en las manos del pueblo. Fue Wycliffe quien produjo la primera versión en inglés de las Escrituras, mientras la famosa traducción de Lutero se usa todavía hasta el día de hoy. En adición, ellos dirigieron a sus oídos a los grandes pasajes proféticos y claramente identificaron a la Iglesia Católica Romana como el anticristo de la profecía.

Tan agudas y claras fueron estas enseñanzas que centenares de miles fueron convencidos de su verdad y dejaron el aprisco romano. Cuando el papado vio sus defensas rotas, sabía que tenía que recurrir a otras medidas para restaurar su prestigio



Hoy, los terroristas buscan ocultar su propia identidad con papeles falsificados, para ganar la entrada en otros países y ejecutar la destrucción. De igual manera, Satanás busca interpretar mal la clara palabra profética y motiva la caída de las almas a su ruina eterna.

perdido. De alguna manera tenía que anular el poderoso efecto de las Escrituras sobre la mente del pueblo. Sólo había una manera. Una contrainterpretación tenía que ser producida.

Al rescate vinieron tres notables sacerdotes jesuitas, Ribera de Salamanca, España, Belarmino de Roma, y Alcazar de Sevilla, España. Estos hombres simultáneamente promovieron lo

que ha llegado a ser como la Preterista y Futurista interpretación de *Daniel* capítulo 8 y 9. Alcazar se concentró en la Preterista, mientras que los otros dos trabajaron en la Futurista.

“Estas fueron destinadas a confrontar y destruir la histórica interpretación de los protestantes. Aunque mutuamente exclusivo, la alternativa jesuita se conformó al gran objetivo igualmente bien, cuando ambas rechazaron la aplicación de las profecías de la existente iglesia de Roma. La una lo realizó al detener la profecía enteramente sin alcanzar la carrera del papado romano. La otra lo logró al sobresaltar la inmensa era de dominio papal, estrechando al anticristo en un pequeño fragmento de tiempo en el todavía distante futuro, apenas antes de la gran consumación. Ella se llama consecuentemente la teoría hueca” (*The Prophetic Faith of Our Fathers*, por LeRoy Edwin Froom, volumen 2, págs. 486, 487).

En la teoría Futurista se enseña que las sesenta y nueve semanas de *Daniel* capítulo 9 alcanza hasta el Calvario, en cuyo tiempo la dispensación de la ley llegó a su fin y la reemplazó la era de gracia. Luego comenzó el tiempo de los gentiles que se extendía a una fecha futura cuando las setenta semanas se cumplirían.

Para hallar inspiración y material en el cual edificar estas teorías, los papistas recurrieron a los escritos de los hombres en el pasado. Así fue que ellos recogieron los argumentos de un sirio sofista, llamado Porphyry, que vivió alrededor de los años 233-304 d.C. Este hombre se convirtió en el más resuelto opositor pagano del cristianismo y realizó una misión especial de desacreditar a Daniel. El contendía que el profeta no vivió seis siglos antes de Cristo, sino fue su contemporáneo. Objetaba que el profeta por tanto no predijo eventos futuros sino que engañosamente presentó los eventos pasados como si fueran profecía.

En su propio tiempo, este falso maestro no ganó mucha atención y tuvo que haberse desanimado por el resultado de sus esfuerzos. El material permaneció inédito por muchos siglos hasta que en el siglo dieciséis, los sacerdotes jesuitas hallaron en sus escritos lo que ellos pudieron usar en sus intentos de deshacer la reforma.

Ellos tuvieron mucho más éxito en sus esfuerzos que Porphyry. Centenares de miles que tenían más interés en ser miembros de iglesia del que tenían en la verdad, se alegraron de que hubiera una interpretación alternativa y se unieron al rebaño. Construida y engrandecida por los que siguieron sus originadores, la

doctrina del Futurismo llegó a ser la posición establecida por los papistas en relación con *Daniel* capítulo 8 y 9. Fue así instituida como una parte del “vino del furor de su fornicación” (*Apocalipsis* 14:8).

El éxito de esta contrareforma fue más allá de reconfirmar miembros en la Iglesia Católica. El tiempo vino cuando llegó a ser también la enseñanza establecida en las iglesias contra las cuales ella había sido originalmente dirigida, como Froom lo observa:

“De este modo en el comentario de Ribera se echó el fundamento para esa gran estructura del Futurismo, construida y engrandecida por los que siguieron, hasta que se convirtió en la posición católica común. Y entonces, maravillas de maravillas, en el siglo diecinueve este esquema de interpretación jesuita vino a ser adoptado por un creciente número de protestantes, hasta que hoy el Futurismo, amplificado y adornado con la teoría del rapto, ha llegado a ser la creencia generalmente aceptada por el ala fundamentalista del protestantismo popular” (*The Prophetic Faith of Our Fathers*, volumen 2, pág. 493).

Y si esto no asombra lo suficiente, aquellos más iluminados de todos los protestantes, los Adventistas del Séptimo Día, tienen un crecido número de ministros y pueblo que rechazan la histórica posición protestante en favor de la jesuita. ¡Maravillosos oh cielos y asómbrate oh tierra que tales cosas pudieran ser alguna vez!

Igualmente admirable es el hecho de que, cuando se señala a un protestante moderno que la doctrina fue especialmente desarrollada por el papado para anular los grandes mensajes que Dios entregó por medio de los reformadores, no hace en absoluto impresión en su mente.

Con todo debe tener una profunda influencia. ¿Cómo puede uno aceptar como verdad una interpretación de la Escritura que se formuló bajo las circunstancias y el propósito por lo cual la contraexplicación de los 2.300 años de profecía se promovió? No hay posibilidad que tal enseñanza pueda ser de Dios. Es únicamente del diablo y nunca tendrá un lugar entre los verdaderos hijos de Dios.

Por otra parte, halla amplia aceptación entre los que no caminan con el Señor, porque la profecía advierte que todas las naciones en el fin participarán de las falsas doctrinas del papado. El tiempo ha llegado cuando estas palabras están siendo cumplidas; tanto así, que las iglesias protestantes fundamentales son más

activas en promover estos errores de lo que está la misma madre iglesia. Tiene que producir gran satisfacción a la iglesia papal ver que sus teologías están siendo proclamadas por los que pretenden protestar contra ella.

El mensaje que los 2.300 años terminaron en 1844 es una verdad que provino de las iniciativas de Dios en todos los siglos. Es un mensaje de esperanza, dirección, y ánimo para el pueblo de Dios, y es una verdad que nunca debe ser abandonada hasta el fin del tiempo. Ahora es cierto, que siempre habrá un buen remanente que se aferrará a estos principios salvadores. Es por medio de ellos que se pondrá fin al pecado y se traerá la justicia perdurable.

Backcover

Sólo hay un camino de salvación, el que fue formado en la mente de Dios y en el cual no hay un hilo de invención humana. Se deja a los hombres escudriñar diligentemente hasta que hallen ese camino, porque no hay salvación en ningún otro. En vez de hacer esto, los religiosos han buscado obtener liberación del pecado y de la muerte en sus propios términos, hasta el punto que el mundo actual está saturado de una serie interminable de medios propuestos de salvación. El indagador de la verdad se desconcierta por toda esta confusión, hasta que contemple dentro del santuario en donde se revelan los caminos de Dios tan claramente que ninguno necesita errar.

EL CAMINO DE DIOS EN EL SANTUARIO no es una presentación muerta y técnica como han sido muchos libros sobre el tema del santuario. Es vivo y tiene una visión espiritual en cada aspecto del edificio y sus servicios. Se escribe para dar a cada creyente una experiencia cristiana más rica y más positiva.

Para un estudio adicional recomendamos los libros siguientes:

| | |
|---|--------------|
| Los Vivos y los Muertos. | F. T. Wright |
| Confesión Aceptable | F. T. Wright |
| Justicia Viviente y el Sábado de Dios. | F. T. Wright |
| Los 144.000 | F. T. Wright |
| Los Tres Templos. | F. T. Wright |
| La Venida de Cristo Demorada — ¿Por Qué?. | F. T. Wright |
| La Iglesia de Dios no Es Babilonia | F. T. Wright |
| Afrontando el Juicio — ¿Estas Listo? | F. T. Wright |
| Yo Pienso Como un Hombre | F. T. Wright |
| Justificado — por Fe! | F. T. Wright |
| Ved Aquí al Dios Vuestro. | F. T. Wright |
| Reposo del Sábado de Dios | F. T. Wright |
| Salvación del Niño. | F. T. Wright |
| Reavivamiento y Reforma. | F. T. Wright |
| Los Siete Angeles. | F. T. Wright |
| De la Esclavitud a la Libertad | F. T. Wright |

El camino Consagrado a la Perfección Cristiana A. T. Jones
Individualidad en Religión A. T. Jones

Carta a los Romanos E. J. Waggoner

Estos libros están también disponibles en otras lenguas:
inglés, alemán, francés, portugués y rumano.

Sólo hay un camino de salvación, el que fue formado en la mente de Dios y en el cual no hay un hilo de invención humana. Se deja a los hombres escudriñar diligentemente hasta que hallen ese camino, porque no hay salvación en ningún otro. En vez de hacer esto, los religiosos han buscado obtener liberación del pecado y de la muerte en sus propios términos, hasta el punto que el mundo actual está saturado de una serie interminable de medios propuestos de salvación. El indagador de la verdad se desconcierta por toda esta confusión, hasta que contemple dentro del santuario en donde se revelan los caminos de Dios tan claramente que ninguno necesita errar.

EL CAMINO DE DIOS EN EL SANTUARIO no es una presentación muerta y técnica como han sido muchos libros sobre el tema del santuario. Es vivo y tiene una visión espiritual en cada aspecto del edificio y sus servicios. Se escribe para dar a cada creyente una experiencia cristiana más rica y más positiva.

